

Papeles póstumos
del Club Pickwick.
Vol II

Charles Dickens



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

20. EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE DODSON Y FOGG ERAN HOMBRES DE NEGOCIOS, Y SUS PASANTES, HOMBRES DE PLACER; Y SE DESCRIBE LA ENTRAMABLE ENTREVISTA CELEBRADA ENTRE MR. WELLER Y SU PADRE, AL QUE NO HABÍA VISTO HACÍA LARGO TIEMPO; SE MUESTRAN LOS SELECTOS ENTENDIMIENTOS QUE SE REUNÍAN EN LA URRACA Y SE ANUNCIA EL ADMIRABLE CAPÍTULO SIGUIENTE

En el piso bajo de una inmunda casa situada en el confín de Freemads Court, Cornhill, se hallaban sentados los cuatro pasantes de los señores Dodson y Fogg, procuradores de Su Majestad en el Banco del Rey y Pleitos Generales de Westminster y del Supremo Tribunal de la Cancillería: los mencionados pasantes, en el curso de sus tareas diarias, recibían los bienhechores rayos del sol y la luz del cielo poco más o menos que como un hombre que se

hallara colocado en el fondo de un pozo bastante profundo, sin la ventaja de ver las estrellas por el día, que este último disfruta.

El despacho de los pasantes de los señores Dodson y Fogg era una oscura y húmeda estancia dividida por un alto tabique de manera que ocultaba a los pasantes de las miradas del vulgo: un par de sillas viejas de madera, un reloj de sonoro tictac, un almanaque, un paraguero, un perchero y unas cuantas estanterías, en las que se hallaban depositados varios paquetes de papeles sucios, viejas cajas de madera con etiquetas de papel y varios deteriorados tinteros de diversas formas y tamaños. Había una puerta de cristales, que se abría al pasillo que al patio conducía, y al otro lado de esa puerta apareció Mr. Pickwick, seguido de Sam Weller, en la mañana siguiente a la ocurrencia que queda fielmente relatada en el último capítulo.

—Pase usted. ¿Es que no puede entrar? — dejó oír una voz del otro lado del tabique divi-

sor, en respuesta al discreto golpe dado en la puerta por Mr. Pickwick.

Éste y Sam Weller entraron en el despacho.

—¿Están Mr. Dodson y Mr. Fogg, sir? —preguntó amablemente Mr. Pickwick, adelantándose, sombrero en mano, hacia el tabique.

—Mr. Dodson no está, y Mr. Fogg se halla ocupado —respondió la voz.

Y al propio tiempo, la cabeza cuya era la voz surgió por encima de la división con una pluma detrás de la oreja, y dirigió una mirada a Mr. Pickwick.

Era una rala cabeza, cuyos exiguos restos capilares partíanse en una raya escrupulosamente abierta hacia un lado y estaban aplastados con pomada, retorciéndose en dos rabos semicirculares, que orlaban una achatada faz, exornada por dos pequeños ojuelos y guarnecida de un cuello sucio y de una maltrecha corbata negra.

—Mr. Dodson no está en casa, y Mr. Fogg se halla ocupado —dijo el hombre a quien la voz pertenecía.

—¿Cuándo volverá Mr. Dodson, sir? —preguntó Mr. Pickwick.

—No puedo decirle.

—¿Tardará mucho en desocuparse Mr. Fogg?

—No lo sé.

En esto, procedió el hombre a arreglar su pluma con gran prolijidad, mientras que otro pasante, que a la sazón mezclaba polvos de Seidlitz por debajo de la tapadera de su pupitre, sonreía asintiendo.

—Estoy por esperar—dijo Mr. Pickwick.

No obtuvo respuesta; por lo cual Mr. Pickwick se sentó sin que nadie se lo dijera y se puso a escuchar el ruidoso tictac del reloj y el murmullo de la conversación de los pasantes.

—¿Fue un juerga, verdad? —dijo uno de ellos, que vestía levita castaña con botones de latón, entintados pantalones y botas de cuero

tosco, al final de una inaudita reseña de sus aventuras de la pasada noche.

—Magnífica... —dijo el hombre de los polvos de Seidlitz.

—Presidió Tomás Commins —dijo el hombre de la levita castaña—. Eran las cuatro y media cuando llegué a Somers Town, y estaba tan atrozmente borracho, que no encontraba medio de meter la llave en la cerradura, y tuve que llamar a la vieja. No quiero pensar lo que diría el viejo Fogg si lo supiera. Me hubiera dado el hatillo, creo... ¿eh?

Los pasantes rieron a coro esta festiva observación.

—No ha sido menuda la que ha tenido Fogg aquí esta mañana —dijo el hombre de la levita castaña— mientras que Jacobo estaba arriba sacando los papeles y vosotros dos habíais ido al Timbre. Estaba aquí Fogg abriendo las cartas, cuando vino ese muchacho de la demanda contra Camberwell, ya sabéis... ¿Cómo se llama?

—Ramsey —dijo el pasante que se había dirigido a Mr. Pickwick.

—Sí, Ramsey... ese gran parroquiano de mísero aspecto. «¿Qué hay, sir?», dice el viejo Fogg, mirándole fijamente, ya sabéis cómo las gasta. «Bien, sir, ¿viene usted a liquidar?» «Sí, a eso vengo, sir», dijo Ramsey, llevándose la mano al bolsillo y sacando el dinero; «cinco libras y media la deuda, y las costas tres libras con cinco: aquí está todo sir», y suspiraba como una fragua al sacar el dinero, que traía envuelto en un pedazo de papel secante. Miró el viejo Fogg primero al dinero y después a él, y en seguida sacó esa tosecilla peculiar, por la que comprendí que tramaba algo. «¿No sabe usted que se ha registrado una declaración que aumenta las costas?», dijo Fogg. «¿Cómo es eso, sir?», dijo Ramsey, quedándose de una pieza. «Hasta anoche no expiró el plazo, sir.» «No importa», dijo Fogg, «mi pasante ha ido ahora mismo a registrarla. Mr. Wicks, ¿no acaba de ir Mr. Jackson a registrar esa declaración del asunto Bull-

man y Ramsey?» Claro está que yo dije que sí, y Fogg tosió otra vez y se quedó mirando a Ramsey. «¡Dios mío!», dijo Ramsey. «Después de haberme vuelto loco para arañar ese dinero, no sirve para nada.» «Para nada», dijo Fogg, con frialdad; «lo que debe usted hacer es volver a arañar algún dinero más y traerlo oportunamente.» «No puedo, ¡por Dios!», dijo Ramsey golpeando el pupitre con el puño. «Nada de bravatas, sir», dijo Fogg, simulando enfadarse. «Si no digo nada, sir», dijo Ramsey. «Sí», dijo Fogg; «salga usted, sir, salga de este despacho, y vuelva, sir, cuando aprenda a conducirse bien». Ramsey trató de decir algo, pero no le dejó Fogg, por lo cual se metió el dinero en el bolsillo y salió renqueando. Apenas se cerró la puerta, se volvió hacia mí Fogg con una dulce sonrisa en su cara, y sacó la declaración del bolsillo de su levita. «Wicks», dijo Fogg, «tome un coche y vaya en seguida al Temple para que registren esto. Las costas están garantizadas, por ser un hombre acomodado, de familia nu-

merosa, que tiene un salario de veinticinco che-
lines semanales, y si nos trae un pagaré de un
procurador, como tendrá que hacerlo al cabo,
estoy seguro de que sus patronos lo pagarán;
así es que podemos sacarle lo que queremos,
Mr. Wicks, y es una acción cristiana, Mr. Wicks;
porque con la familia que tiene y los cortos in-
gresos de que dispone no está de más que le
demos una lección por haber contraído una
deuda, ¿verdad, Mr. Wicks?»; y sonreía tan
candorosamente al marcharse, que era un en-
canto verle. «Es un hombre de negocios admi-
rable», dijo Wicks, revelando la más profunda
admiración. «¿Verdad que es admirable?»

Los otros tres suscribieron esta opinión con
toda su alma, y la anécdota promovió regocijo
inmenso.

—Qué hombre tan encantador, sir —
murmuró Mr. Weller a su amo—; qué bien ma-
neja la farsa, sir.

Asintió con la cabeza Mr. Pickwick y tosió
para llamar la atención del joven que estaba

detrás del tabique, el cual, después de haber permanecido atento al coloquio de los pasantes, se dignó volver a ocuparse del visitante.

—¿Estará ya libre Fogg? —dijo Jackson.

—Voy a ver —dijo Wicks, apeándose negligentemente de su taburete—. ¿A quién anuncio a Mr. Fogg?

—Pickwick —replicó el ilustre protagonista de estas memorias.

Subió con el recado Mr. Jackson y volvió en seguida diciendo que Mr. Fogg recibiría a Mr. Pickwick dentro de cinco minutos; después de lo cual se acomodó de nuevo en su pupitre.

—¿Cuál era su nombre? —murmuró Wicks.

—Pickwick —replicó Jackson—: es el demandado del asunto Bardell y Pickwick.

De pronto se oyó un arrastre de pies, mezclado con el ruido de carcajadas reprimidas, por detrás del tabique.

—Le están tomando el pelo, sir —murmuró Mr. Weller.

—¿Tomándome el pelo, Sam? —replicó Mr. Pickwick—. ¿Qué es eso de tomarme el pelo?

Mr. Weller se limitó a responder señalando hacia atrás con el pulgar, y levantando la cabeza Mr. Pickwick, sorprendió el hecho divertido de que los cuatro pasantes, con sus caras llenas de regocijo y con sus cabezas asomadas por encima del tabique, dedicábase a curiosear la figura y aspecto del presunto malabarista de femeninos corazones y perturbador de la felicidad de las mujeres. Al levantar la suya Mr. Pickwick, desapareció repentinamente la fila de cabezas y se oyó inmediatamente un furioso ruido de plumas que garabateaban el papel.

Un súbito campanillazo hizo a Mr. Jackson encaminarse al despacho de Fogg, de donde volvió para decir que éste esperaba a Mr. Pickwick si quería subir a su despacho.

Subió Mr. Pickwick, en consecuencia, dejando abajo a Sam Weller. En la puerta del despacho aparecían rotuladas en caracteres legibles las imponentes palabras: «Mr. Fogg»; y después

de llamar y de recibir licencia para entrar, introdujo Jackson a Mr. Pickwick.

—¿Está Mr. Dodson? —preguntó Mr. Fogg.

—Acaba de llegar, sir —replicó Jackson.

—Dígale que suba.

—Voy, sir.

Retiróse Jackson.

—Tome asiento, sir —dijo Fogg—. Allí está el escrito, sir; mi socio vendrá en seguida, y hablaremos del asunto, sir.

Mr. Pickwick tomó asiento y un periódico; pero, en vez de leer, empezó a mirar por encima de éste y echó una ojeada al hombre de negocios, que era un viejo con la cara salpicada de granos, de aspecto de vegetariano, y que vestía levita negra, pantalón de oscura mezclilla y cortas polainas negras; un ser que parecía formar parte del pupitre en que escribía y compartir el pensar y sentir de este artefacto.

Al cabo de unos minutos de silencio, Mr. Dodson, que era un hombre gordo, grasiento,

de severo continente y voz dominante, entró en la habitación y dio principio el diálogo.

—Éste es Mr. Pickwick —dijo Mr. Fogg.

—¡Ah! ¿Es usted el demandado en el asunto Bardell-Pickwick? —dijo Dodson.

—Yo soy—respondió Mr. Pickwick.

—Bien, sir —dijo Dodson—. ¿Y qué es lo que usted propone?

—¡Eso es! —dijo Fogg, metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón y retrepándose en su silla—. ¿Qué es lo que usted propone, Mr. Pickwick?

—¡Chist, Fogg! —dijo Dodson—. Déjeme oír a Mr. Pickwick.

—He venido, señores —dijo Mr. Pickwick, mirando plácidamente a los dos socios—, he venido, señores, a manifestar la sorpresa que me ha producido recibir su carta del otro día y a inquirir qué fundamentos tiene la demanda.

—Los fundamentos...

Era todo lo que se había permitido exponer Fogg cuando fue atajado por Dodson.

—Mr. Fogg —dijo Dodson—, voy a hablar.

—Dispense, Mr. Dodson —dijo Fogg.

—En cuanto a los fundamentos de la demanda, sir —prosiguió Dodson con aire de gran elevación moral—, consulte usted a su propia conciencia y a sus personales sentimientos. Nosotros, sir, nosotros nos guiamos exclusivamente por la afirmación de nuestro cliente. Esa afirmación, sir, puede ser cierta, o puede ser falsa; puede ser fidedigna, o puede no ser fidedigna; mas, si es cierta y si es fidedigna, no vacilo en decir, sir, que los fundamentos de nuestra demanda, sir, son fuertes e incommovibles. Usted puede ser un infeliz, sir, o puede ser un hombre astuto; pero si se me requiriera como jurado sobre mi palabra, para emitir una opinión acerca de su conducta, sir, no vacilo en afirmar que no abrigaría acerca de ella más que una sola opinión.

Aquí se irguió Mr. Dodson, adoptando el continente de un hombre cuya virtud se siente ultrajada, y miró a Fogg, el cual metió aún más

sus manos en los bolsillos, y moviendo su cabeza con aire de prudencia, dijo en tono de la más ferviente aprobación:

—Indudablemente.

—Bien, sir —dijo Mr. Pickwick, mostrando en su semblante la más viva contrariedad—, me permitirá usted que le asegure que yo soy el más inocente de los hombres por lo que a este asunto se refiere.

—No diré que no lo sea, sir —replicó Dodson—; confío en que puede usted serlo, sir. Si es usted en realidad inocente de lo que se le imputa, es usted el hombre más infortunado que en mi opinión pueda existir. ¿Qué le parece a usted, Mr. Fogg?

—Yo creo precisamente lo mismo que usted —replicó Fogg con sonrisa de incredulidad.

—El escrito, sir, que inicia la demanda —prosiguió Dodson— fue presentado en regla. Mr. Fogg, ¿dónde está el libro de registros?

—Aquí está —dijo Mr. Fogg, sacando un voluminoso libro con cubierta de pergamino.

—Aquí está la entrada —continuó Dodson—. «Middlesex, por orden de Marta Bardell, viuda, contra Samuel Pickwick. Indemnización, 1.500 libras. Apoderados de la demandante: Dodson y Fogg. Agosto, 28, 1830.» Todo en regla, sir.

Tosió Dodson y miró a Fogg, que dijo: «Todo en regla». Luego ambos se quedaron mirando a Mr. Pickwick.

—¿Creo entender, por lo tanto —dijo Mr. Pickwick—, que tienen ustedes la intención de seguir la acción?

—¿Cree entender, sir? Puede usted estar seguro —replicó Dodson, sonriendo todo cuanto se lo permitía su solemnidad.

—¿Y que la indemnización se ha fijado en mil quinientas libras? —dijo Mr. Pickwick.

—A lo cual puede usted añadir la certeza de que, si hubiéramos podido influir sobre nuestro cliente, la indemnización se hubiera triplicado, sir —dijo Dodson.

—Y me parece haber oído decir a la señora Bardell —dijo Fogg, fijando sus ojos en Dodson— que no se contentaría con un penique menos.

—¡Ah!, indudablemente —replicó Dodson con gran severidad; pues debe advertirse que, hallándose el asunto muy al principio, no hubiera convenido en modo alguno facilitar que Mr. Pickwick llegara a una transacción, aunque estuviese dispuesto a ello—. En vista de que usted ni siquiera ofrece sus condiciones, sir —dijo Dodson, desplegando un pergamino que tenía en la mano derecha y entregando afectuosamente a Mr. Pickwick con la izquierda una copia del mismo—, creo favorecerle poniendo en sus manos una copia de este escrito, sir. Éste es el original, sir.

—Muy bien, señores, muy bien —dijo Mr. Pickwick, levantándose y montando en cólera al propio tiempo—: se entenderá con ustedes mi procurador, señores.

—Será para nosotros una dicha —dijo Fogg, frotándose las manos.

—Muy grande —dijo Dodson, abriendo la puerta.

—Y antes de marcharme, señores —dijo excitadísimo Mr. Pickwick, girando sobre sí mismo—, permítanme decirles que de todos estos miserables y canallescios procedimientos...

—Alto, sir, alto —interrumpió Dodson con gran compostura—. Mr. Jackson, Mr. Wicks...

—Sir —dijeron los dos pasantes, asomándose por el fondo de la escalera.

—No quiero más sino que oigan lo que dice este caballero —replicó Dodson—. Siga, sir, se lo suplico... ¿Miserables y canallescios procedimientos ha dicho usted, creo?

—Sí —dijo Mr. Pickwick, indignándose progresivamente—. Dije, sir, que entre todos los miserables y canallescios procedimientos que hasta ahora se han seguido, es éste el peor. Lo repito, sir.

—¿Oye usted esto, Mr. Wicks? —dijo Dodson.

—¿No olvidará usted esas frases, Mr. Jackson? —dijo Fogg.

—Y aun puede que quiera usted llamarnos estafadores, sir —dijo Dodson—. Dígalo, sir, si es que lo desea; dígalo, sir.

—Lo digo —dijo Mr. Pickwick—: son ustedes unos estafadores.

—Muy bien —dijo Dodson—. ¿Oyen ustedes desde abajo, Mr. Wicks?

—Sí, sir —dijo Wicks.

—Lo mejor era que subiera usted uno o dos escalones, si es que no lo oye bien —exclamó Mr. Fogg—. Prosiga, sir, prosiga. Ya puede usted llamarnos ladrones, sir. O quién sabe si desearía pegar a uno de nosotros. Hágalo, sir... si así lo desea; no haremos la más pequeña resistencia. Hágalo, sir.

Colocóse provocativamente al alcance del puño crispado de Mr. Pickwick, y es indudable que hubiera este caballero complacido su an-

helo vivísimo de no haber intervenido Sam, que, al oír la disputa, salió del despacho, subió las escaleras y detuvo el brazo de su amo.

—Salta usted en seguida —dijo Mr. Weller—. Es muy bonito el juego de raquetas y volantes, menos cuando es usted el volante y las raquetas dos abogados, porque entonces se hace demasiado irritante para ser divertido. Vamos, sir, si quiere usted desahogarse abofeteando a alguno, salga al patio y deme a mí un puñetazo; pero eso es demasiado caro para hacerlo aquí.

Y sin más ceremonias hizo Mr. Weller bajar a su amo las escaleras, cruzar el patio, y después de situarle ya en seguridad en Cornhill, le siguió, dispuesto a ir con él adonde quisiera llevarle.

Mr. Pickwick empezó a pasear distraídamente, cruzó por detrás de la Mansion House y enderezó sus pasos por Cheapside. Sam empezaba a preguntarse adónde se dirigían, cuando su amo se volvió, y dijo:

—Sam, voy en seguida a buscar a Mr. Perker.

—Ahí es precisamente adonde debía usted haber ido anoche, sir —repuso Mr. Weller.

—Eso creo, Sam —replicó Mr. Pickwick.

—Ya lo sé yo —dijo Mr. Weller.

—Bien, bien, Sam —replicó Mr. Pickwick—, en seguida vamos; pero como me encuentro bastante sofocado, me gustaría primero tomar una copa de aguardiente con agua, Sam. ¿Dónde podré tomarla, Sam?

Era tan ilimitado y notable el conocimiento que tenía de Londres Mr. Weller, que replicó sin vacilar lo más mínimo:

—La segunda manzana a mano derecha... la penúltima casa de esta misma acera... siéntese junto a la mesa que hay al lado de la primera chimenea, porque ésa no tiene pata en medio, como las otras, lo que es muy molesto.

Mr. Pickwick ejecutó ciegamente las indicaciones de su criado, y ordenando a Sam que le siguiera entró en la taberna señalada, donde en

un periquete le pusieron delante el aguardiente y el agua; en tanto que Mr. Weller, sentado a respetuosa distancia, aunque en la misma mesa de su amo, se las hubo con una pinta de cerveza.

Era el establecimiento de aspecto ordinario y tosco y veíase aparentemente favorecido por una parroquia de cocheros de punto; pues varios caballeros, que por su catadura debían de pertenecer a esta culta profesión, estaban bebiendo y fumando en diferentes mesas. Había entre ellos uno rubicundo y obeso, ya de alguna edad, sentado junto a una de las mesas opuestas, que atrajo la atención de Mr. Pickwick. Hallábase el hombre gordo fumando con gran avidez, pero entre cada media docena de bocanadas quitábase la pipa de la boca y miraba primero a Mr. Weller y luego a Mr. Pickwick. En seguida ocultaba en el vaso toda la parte de su rostro que en él cabía y nuevamente miraba a Sam y a Mr. Pickwick. Otra media docena de bocanadas con aire de honda meditación y otra

mirada. Por último, el hombre gordo, levantando las piernas y apoyándose contra la pared, empezó a fumar incesantemente y a contemplar a los recién llegados a través del humo, como si hubiera tomado la resolución de mirarles hasta hartarse.

Las primeras evoluciones del hombre gordo habían escapado a la observación de Mr. Weller; mas como viese que los ojos de Mr. Pickwick se dirigían de cuando en cuando hacia aquel hombre, empezó a mirarle también, poniéndose la mano sobre los ojos, cual si quisiera reconocerle y se propusiera cerciorarse de su identidad. Pronto se disiparon sus dudas, porque el hombre gordo, después de producir con su pipa una espesa nube, dejó oír una ronca voz, que parecía un raro esfuerzo de ventriloquía, y que salía de la enorme bufanda que abrigaba su pecho y garganta, articulando estas palabras:

—¡Eh, Sammy!

—¿Qué es eso, Sam? —preguntó Mr. Pickwick.

—Calle, no lo hubiera creído, sir —replicó Mr. Weller, con ojos de asombro—. Es el viejo.

—¿El viejo? —dijo Mr. Pickwick—. ¿Qué viejo?

—Mi padre, sir —replicó Mr. Weller—. ¿Cómo va, viejo? Con una hermosa explosión de afecto filial preparó Mr. Weller las sillas de al lado para el hombre gordo, que se adelantaba a saludarle con la pipa en la boca y el vaso en la mano.

—¿Qué hay, Sammy? —dijo el padre—. Hace más de un año que no te veo.

—Así es, viejo perdulario —replicó el hijo—. ¿Cómo está la madrastra?

—Te diré, Sammy —dijo Mr. Weller padre con gran solemnidad de ademanes—; no ha existido una mujer más encantadora, como viuda, que ésta con la que me he casado por segunda vez...; era una criatura amabilísima, Sam; lo que te puedo decir de ella es que era

una viuda tan agradable, que ha sido una gran lástima que haya cambiado de estado. No sirve para esposa, Sammy.

—¿No, eh? —preguntó Mr. Weller hijo.

Y el anciano Weller movió su cabeza, replicando con un profundo suspiro.

—Me he precipitado, Sammy, me he precipitado. Toma ejemplo de tu padre, hijo mío, y ándate con cuidado con las viudas, sobre todo si han tenido establecimiento de bebidas, Sam.

Y después de pronunciar Mr. Weller padre este consejo paternal, en tono patético, encebó su pipa con el tabaco que llevaba en una caja de estaño, y sacudiendo las cenizas de la anterior provisión, empezó a fumar furiosamente.

—Dispense, sir —dijo, cambiando de conversación y dirigiéndose a Mr. Pickwick después de una breve pausa—; no se ofenderá, supongo, sir. ¡Me figuro que no habrá usted agarrado ninguna viuda, sir!

—Yo no —replicó Mr. Pickwick, riéndose.

Y en tanto que reía Mr. Pickwick, Mr. Sam Weller informó a su padre por lo bajo acerca de las relaciones que le ligaban a aquel caballero.

—Dispense, sir —dijo Mr. Weller padre, quitándose el sombrero—: espero que no habrá faltado en nada Sammy.

—Absolutamente en nada —dijo Mr. Pickwick.

—Encantado de oírle, sir —replicó el anciano—. Me costó muchos quebraderos de cabeza su educación, sir: dejarle correr por las calles cuando era pequeño y campar por sus respetos. Es el único medio de lograr que un chico se despabile, sir.

—Tal vez sea algo peligroso, creo yo —dijo Mr. Pickwick, con una sonrisa.

—Y no del todo seguro —añadió Mr. Weller—; el otro día me la dieron bien.

—¡Cómo! —dijo su padre.

—De verdad —dijo Sam.

Y procedió a contarle del modo más breve posible cómo se había dejado engañar por las

estratagemas de Job Trotter. Escuchó Mr. Weller padre con la más profunda atención el relato, y dijo al acabar:

—¿No era uno de esos mozos delgado y alto, con pelos largos y con el habla muy atropellada?

Aunque no estuviera Mr. Pickwick muy seguro de la identidad de la referencia, dijo que sí a la ventura.

—¿No era el otro un muchacho de cabello negro, y no llevaba librea castaña, y no tenía una cabezota muy ancha?

—Sí, sir, él es —dijeron Mr. Pickwick y Sam, llenos de ansiedad.

—Entonces ya sé dónde están —dijo Mr. Weller—: los dos están en Ipswich perfectamente.

—¡Cómo! —dijo Mr. Pickwick.

—Sin duda —dijo Mr. Weller—, y les diré cómo lo he sabido. Yo llevo un coche de Ipswich de cuando en cuando sustituyendo a un amigo mío. Lo llevé precisamente el día si-

guiente de la noche en que usted cogió el reuma, y en El Negro de Chelmsford..., que era el sitio adonde ellos se habían dirigido, les tomé para Ipswich, donde el criado ese de la librea castaña me dijo que se quedarían por mucho tiempo.

—Voy a seguirle —dijo Mr. Pickwick—; después de todo, nos da lo mismo ver Ipswich que cualquier otra población. Voy a seguirle.

—¿Está usted seguro de que eran ellos, mi amo? —preguntó Mr. Weller hijo.

—Completamente, Sammy, completamente —respondió su padre—; porque su aspecto es muy raro, además de que me extrañó la familiaridad que había entre amo y criado; y hay más, pues cuando se sentaron frente a frente en el coche les oí reírse y celebrar cómo se la habían dado al viejo soplón.

—¿Al viejo qué? —preguntó Mr. Pickwick.

—Viejo soplón, sir; con lo cual no dudo que se referían a usted, sir.

No hay nada positivamente infamante u ofensivo en el apelativo de «soplón»; pero no es en modo alguno una designación halagüeña ni respetuosa. Habiéndose amontonado en el recuerdo de Mr. Pickwick, desde el momento en que empezara a hablar Mr. Weller, todos los ultrajes que había recibido de Jingle, sólo faltaba una pluma para hacer caer la balanza, y esta pluma fue la palabra «soplón».

—Le seguiré —dijo Mr. Pickwick, dando en la mesa un resuelto puñetazo.

—Yo tengo que bajar a Ipswich pasado mañana, sir —dijo el anciano Weller—, partiendo de El Toro de Whitechapel, y si usted piensa ir, podría hacerlo conmigo.

—Así lo haremos —dijo Mr. Pickwick—. Eso es; escribiré a Bury diciendo que vayan a buscarme a Ipswich. Iremos con usted. Pero no tenga prisa, Mr. Weller. ¿No quiere usted tomar algo?

—Es usted muy bueno, sir —replicó Mr. Weller, deteniéndose bruscamente—. Tal vez no

estaría mal una copita de aguardiente a la salud de usted y por la suerte de Sammy, sir.

—Ya lo creo que no —replicó Mr. Pickwick—. ¡Eh, una copa de aguardiente aquí!

Sirvióse el aguardiente; y después de haberse mesado el cabello Mr. Weller, mirando a Mr. Pickwick, y de hacer con la cabeza a Sam un signo de inteligencia, vertió en su enorme garganta el contenido de la copa cual si hubiera sido el de un dedal.

—Bien, padre —dijo Sam—; cuidado, viejo, a ver si le repite su antiguo achaque de gota.

—Ya he encontrado para ella una cura magnífica, Sammy —dijo Mr. Weller, poniendo la copa en la mesa.

—¿Un remedio magnífico para la gota? —dijo Mr. Pickwick, sacando apresuradamente el cuaderno de notas—. ¿Cuál es?

—La gota, sir —replicó Mr. Weller—, la gota es un padecimiento que proviene del exceso de comodidad. Si alguna vez le atacara la gota, sir, cásese en seguida con una viuda que posea una

voz bien fuerte y que sepa hacer uso de ella, y no volverá usted a sufrir de gota. Es una receta admirable, sir; yo la tomo con gran constancia, y puedo garantizar que aleja todas las enfermedades que se producen por la demasiada alegría.

Después de revelar este precioso secreto, apuró Mr. Weller otra copa, produjo un laborioso guiño, suspiró profundamente y se retiró con pausado andar.

—¿Qué piensas de lo que dice tu padre, Sam? —preguntó Mr. Pickwick, sonriendo.

—¡Qué pienso, sir! —replicó Mr. Weller—. Pues que es una víctima del matrimonio, como dijo el capellán de cámara de Barba Azul, al enterrarle, con lágrimas de compasión.

Sin haber obtenido respuesta este oportuno comentario, después de pagar Mr. Pickwick el consumo reanudó su paseo hacia Gray's Inn. Daban las ocho cuando llegó a las misteriosas arboledas del mencionado lugar, y la continuada serie de caballeros llenos de barro y de man-

chados sombreros blancos y raídos trajes que se derramaba hacia las diversas avenidas que de allí parten diole a entender que la mayoría de las oficinas se habían cerrado ya por aquel día.

Subiendo dos empinados tramos de inmundas escaleras, convencióse de que sus vaticinios eran exactos. La puerta exterior de la oficina de Mr. Perker estaba cerrada, y el mortal silencio que siguió a la repetida llamada de Mr. Weller demostró que los oficiales habían interrumpido sus tareas.

—Es una broma, Sam —dijo Mr. Pickwick—; pero no me importaría perder una hora con tal de verle; sé muy bien que no podría pegar los ojos en toda la noche si no tuviera la tranquilidad de haber confiado este asunto a un profesional.

—Aquí parece que viene una mujer, sir —replicó Mr. Weller—; tal vez ella sepa dónde podemos encontrar a alguno. Hola, buena señora, ¿dónde está la gente de Mr. Perker?

—La gente de Mr. Perker —dijo una flacucha y mísera vieja que en aquel momento se paraba a tomar resuello después de subir la escalera—, la gente de Mr. Perker se ha ido, y voy a limpiar ahora la oficina.

—¿Es usted la criada de Mr. Perker? —preguntó Mr. Pickwick.

—Soy la lavandera de Mr. Perker —replicó la vieja.

—¡Ah! —dijo Mr. Pickwick medio aparte a Sam—. Es curioso, Sam, que en estas casas llamen lavanderas a las viejas. ¿Por qué será esto?

—Será porque tienen una repugnancia mortal a lavar cualquier cosa, me figuro, sir —replicó Mr. Weller.

—Nada me extrañaría —dijo Mr. Pickwick, contemplando a la vieja, cuya apariencia, así como el aspecto de la oficina, que ella acababa de abrir, denotaban una arraigada resistencia al empleo del agua y del jabón—. ¿Sabe usted dónde podría encontrara Mr. Perker, buena mujer?

—No, no lo sé —replicó la vieja, con aire gruñón—; está fuera.

—Es una desdicha —dijo Mr. Pickwick—. ¿Dónde está su pasante, sabe usted?

—Sí, sé dónde está; pero no le agradecería que yo se lo dijese a usted —replicó la lavandera.

—Tengo con él un asunto muy importante —dijo Mr. Pickwick.

—¿No sería lo mismo por la mañana? —dijo la mujer.

—No sería lo mismo —replicó Mr. Pickwick.

—Bien —dijo la vieja—; si es algo muy importante, yo se lo diré a usted, pues creo que no habrá mal ninguno en ello. Si va usted ahora mismo a La Urraca y el Tronco y pregunta al del mostrador por Mr. Lowten, se lo enseñará, y ése es el pasante de Mr. Perker.

Con esta indicación y habiéndose informado poco después de que la hostería en cuestión estaba situada en una plazoleta, con la doble ventaja de hallarse en la vecindad del Clare Markert y casi a la espalda de New Inn, Mr.

Pickwick y Sam bajaron la indecente escalera y se dirigieron en busca de La Urraca y el Tronco.

Esta favorecida taberna, templo de las nocturnas orgías de Mr. Lowten y sus compañeros, era lo que las gentes de baja estofa dirían un figón. Que el tabernero era un hombre metalizado probábalo sobradamente el hecho de haber subarrendado un chiscón que había debajo de una de las ventanas de la cantina, y que tanto por su forma como por su tamaño se asemejaba a una litera, a un zapatero remendón; y que era un ser de inclinaciones filantrópicas se evidenciaba por la protección que otorgaba a un pastelero, el cual, sin temor a las interrupciones del paso, vendía sus delicadas mercancías en la misma puerta de entrada. En las ventanas bajas, que se hallaban guarnecidas de cortinajes de color de azafrán, colgaban dos o tres cartelones impresos en los que se daba noticia de cierta sidra del Devonshire y de cierto aguardiente de Dantzig, mientras que en un gran cartón negro advertíase en letras blancas

al público ilustrado que en las bodegas del establecimiento se encerraban 500.000 barriles de cerveza doble, llevando a la mente una impresión de incertidumbre, no del todo desagradable, acerca del emplazamiento que en los antros misteriosos de la tierra pudiera ocupar esta inmensa caverna. Si añadimos que la deteriorada muestra exterior exhibía la figura medio borrada de una urraca que miraba intencionalmente a un retorcido manchón pardo, que los vecinos habían aprendido a interpretar desde su infancia como un «tronco», hemos dicho todo lo pertinente al exterior del edificio.

Al acercarse Mr. Pickwick al mostrador, una mujer de avanzada edad surgió por detrás de un biombo y se puso delante del caballero.

—¿Está aquí Mr. Lowten, señora? —preguntó Mr. Pickwick.

—Sí que está, sir —replicó la hostelera—. Oye, Carlitos, enseña a este caballero dónde está Mr. Lowten.

—El señor no puede ir en este momento —dijo un tosco mozalbete, escanciador, de faz roja— porque Mr. Lowten está cantando una canción cómica y le interrumpiría. En seguida acabará, sir.

No había acabado de hablar el rubicundo mozalbete, cuando un golpeteo unánime de mesas y el choque de las copas anunció que el canto había terminado, y Mr. Pickwick, dejando a Sam solazarse en la cantina, se hizo conducir a la presencia de Mr. Lowten.

Al oír el anuncio de que «un caballero desea hablarle, sir», un joven de rostro abotagado, que rebosaba de la silla que había a la cabecera de la mesa, miró con cierta extrañeza hacia donde la voz venía; extrañeza que no hubo de disminuir al encontrarse sus ojos con un individuo al que nunca había visto.

—Dispense, sir —dijo Mr. Pickwick—, y siento molestar a los otros señores, pero vengo con un asunto muy importante, y si me permite

usted que le hable unos minutos en ese rincón, le quedaré muy agradecido.

Levantóse el abotagado joven, y acercando una silla a la que Mr. Pickwick ocupaba en un rincón de la estancia, se puso a escuchar atentamente la relación.

—¡Ah! —dijo el joven al concluir Mr. Pickwick—. Dodson y Fogg... gran práctica la suya... hombres de negocios, Dodson y Fogg, sir.

Admitió Mr. Pickwick lo de la gran práctica de Dodson y Fogg, y Lowten prosiguió:

—Perker está fuera y además no vendrá antes de fin de semana; pero si usted quiere sostener la demanda y me deja la copia, yo puedo hacer todo lo necesario hasta que él vuelva.

—A eso he venido precisamente —dijo Mr. Pickwick, entregándole el documento—. Si ocurriera algo de particular, puede usted escribirme a la lista de Ipswich.

—Perfectamente —replicó el pasante de Mr. Perker.

Y al ver que los ojos de Mr. Pickwick se dirigían curiosamente hacia la mesa, añadió:

—¿Quiere usted quedarse con nosotros un rato? Tenemos esta noche gran concurrencia: aquí está Samkin y el primer pasante de Green, Smithers y la cancillería de Price, y Pinkin y Thomas... canta admirablemente..., y Jacobo Bamder y otros muchos. ¿Llega usted del campo, supongo? ¿Quiere usted sentarse con nosotros?

No pudo Mr. Pickwick resistir esta ocasión tentadora que se le presentaba de estudiar la naturaleza humana. Se dejó conducir a la mesa, y después de haber sido presentado a la concurrencia, se sentó en una silla próxima a la del presidente y pidió una copa de su bebida favorita.

Prodújose un silencio completamente opuesto a lo que esperaba Mr. Pickwick.

—¿No encuentra usted esto desagradable, verdad, sir? —dijo el vecino de la derecha: un

señor con camisa rayada y botones de mosaico, que tenía un cigarro en la boca.

—Nada de eso —replicó Mr. Pickwick—, me gusta mucho, aunque yo no soy fumador.

—Yo sentiría mucho decir que no lo era —interrumpió otro de enfrente—. El tabaco es para mí la casa y la mesa.

Miró al que hablaba Mr. Pickwick y pensó que si además de eso fuera también el lavabo, no le viniera mal.

Otra vez se hizo el silencio. Mr. Pickwick era un extraño, y su llegada había sido para la asamblea un jarro de agua fría.

—Mr. Grundy va a obsequiar a la concurrencia con una canción —dijo el presidente.

—No —dijo Mr. Grundy.

—¿Por qué no? —dijo el presidente.

—Porque no puedo.

—Diga usted mejor que es porque no quiere —replicó el presidente.

—Bueno, pues porque no quiero —respondió Mr. Grundy. La resuelta negativa de

Mr. Grundy a complacer a la compañía ocasionó un nuevo silencio.

—¿No hay nadie que quiera animar esto? —dijo el presidente, con desaliento.

—¿Y por qué no nos alegra usted, señor presidente? —dijo un joven bigotudo y estrábico con abierto cuello sucio, desde la cabecera de la mesa.

—Silencio, silencio —dijo el fumador de la pedrería de mosaico.

—Pues porque no sé más que una canción, y la he cantado ya, y cuesta una buena ronda de copas cantar dos veces lo mismo en una noche.

La excusa estaba justificadísima y se hizo de nuevo el silencio.

—He estado esta tarde, caballeros —dijo Mr. Pickwick, pretendiendo plantear un tema que todos habrían de entrar a discutir—, he estado esta tarde en un sitio en el que hace años no había estado y del que apenas conozco nada; me refiero, caballeros, a Gray's Inn. Estas anti-

guas casas de vecindad son rincones curiosos en una ciudad tan grande como Londres.

—¡Por Júpiter! —dijo por lo bajo el presidente a Mr. Pickwick—. Ha atinado usted con una cosa que por lo menos a uno de nosotros le va a hacer hablar por los codos. Va usted a sacar de sus casillas a Jacobo Bamder; no se le ha oído nunca hablar de otra cosa que de las mansiones y ha vivido en ellas solo, hasta volverse medio loco.

La persona aludida por Lowten era un hombrecito amarillento, cargado de hombros, cuya fisonomía, a causa del hábito de permanecer inclinado hacia delante mientras estaba callado, no había aún podido ver Mr. Pickwick. Maravillóse, pues, cuando el citado personaje levantó su arrugada faz para mirarle y fijó en él sus ojos grises, de que aquellas singulares facciones pudieran haber escapado a su atención un instante siquiera. Había en la cara de aquel hombre una mueca de perpetua sonrisa; apoyaba la barbilla en una larga y descarnada mano de

uñas desmesuradas, y al torcer su cabeza a un lado y mirar de modo penetrante a través de sus tupidas pestañas grises, asumía su semblante una ruda expresión de astucia que le hacía verdaderamente repulsivo.

Tal era el tipo que se lanzó en aquel momento, prorrumpiendo en animado torrente de palabras. Mas como este capítulo se va haciendo largo y sea este viejo un personaje digno de atención, ha de constituir una deferencia para él y una ventaja para nosotros dejarle hablar por sí mismo en otro capítulo.

21. EN EL CUAL SE ENGOLFA EL VIEJO EN SU TEMA FAVORITO Y RELATA LA HISTORIA DE UN RARO CLIENTE

—¡Ah! —dijo el anciano, cuyo tipo y maneras se han descrito brevemente en el último capítulo—. ¡Ah! ¿Quién habla por ahí de las covachas?

—Yo, sir —respondió Mr. Pickwick—, que estaba diciendo lo curiosos que son tales lugares.

—¡Usted! —dijo el anciano despectivamente—. ¿Qué sabe usted de los tiempos en que los muchachos se encerraban en esas estancias solitarias y leían y leían hora tras hora, noche tras noche, hasta que su razón empezaba a divagar a consecuencia del trabajo nocturno, hasta que se agotaban sus fuerzas mentales, hasta que llegaba la mañana, que no les traía refrigerio ni salud, y se aniquilaban en el sacrificio inhumano que hacían de sus energías juveniles a

los áridos libros? Y acercándonos a más recientes épocas, a tiempos muy distintos de aquéllos, ¿qué sabe usted de la consunción progresiva, de la rápida depauperación ocasionada por la fiebre, como resultado de una vida de franquichela y disipación que han sufrido muchos hombres en esos mismos recintos? ¿Cuántos no fueron los que solicitaron en vano la gracia de los curiales y que al salir de las oficinas de los magistrados, con el corazón desfallecido, buscaron el reposo en el Támesis, o asilo en la cárcel? No son ésas comunes mansiones. Si las tablas de los frisos se hallaran dotadas de memoria y de palabra y pudieran destacarse de los muros y contar su horroroso cuento... ¡La novela de la vida, sir, la novela de la vida! Aunque parezcan viviendas comunes, yo le aseguro a usted que son viejos lugares bien extraños, y que oiría mejor cualquier leyenda espeluznante que la historia verdadera de esas antiguas residencias.

Advertíase algo tan insólito en la brusca energía del viejo y en el tema esbozado, que Mr. Pickwick no pudo aprestar comentario en respuesta; y el viejo, refrenando su impetuosidad y reasumiendo la expresión habitual que le abandonara durante el exabrupto precedente, dijo:

—Mírelas ahora bajo otro prisma: bajo su aspecto más corriente y menos romántico. ¡Qué lugares de tortura lenta constituyen! Piense usted en el hombre indigente que ha consumido todos sus recursos y mendigado y hostigado a sus amigos para seguir una profesión que jamás habría de proporcionarle un pedazo de pan. La paciencia..., la esperanza..., el desaliento..., el temor..., la miseria..., la pobreza..., el fracaso de sus ilusiones; y como fin de su carrera..., el suicidio o la embriaguez desarrapada y asquerosa. ¿No digo bien?

Y el viejo se frotaba las manos y miraba complacido a su alrededor por haber logrado

presentar desde un punto de vista nuevo su tema favorito.

Mr. Pickwick miraba al anciano con gran curiosidad, mientras que el resto de la concurrencia sonreía y guardaba silencio.

—Hablar de esas universidades alemanas —dijo el viejecito—. ¡Puah, puah! Hay bastantes novelas en casa sin necesidad de andar media milla para buscarlas; pero la gente no piensa en ello nunca.

—Yo nunca pensé en los episodios relativos a eso, ciertamente —dijo sonriendo Mr. Pickwick.

—Ya lo creo que no —dijo el viejecito—, claro que no. Es lo que me decía un amigo mío: «¿Qué hay de particular en esas viviendas?». «Extraños lugares», le dije yo. «Nada de eso», dijo él. «Solitarios», dije yo. «Tampoco», dijo él. Y murió cierta mañana de apoplejía en el momento de abrir su puerta. Cayó de cabeza sobre el buzón, y allí quedó por espacio de ocho me-

ses. Todo el mundo creía que había salido de la ciudad.

—¿Y cómo se le encontró al fin? —preguntó Mr. Pickwick.

—Los administradores decidieron echar abajo la puerta, pues llevaba dos años sin pagar el alquiler. Así lo hicieron. Forzaron la cerradura, y en los brazos del portero, que abría la puerta, cayó un empolvado esqueleto con casaca azul y cortos pantalones negros con bajos de seda. Curioso, bastante curioso, ¿verdad?

El viejecito inclinó su cabeza y se frotó las manos con satisfacción inefable.

—Conozco otro caso —dijo el viejecito, luego que terminaron sus ademanes de contento—. Ocurrió en la casa Clifford. Era un inquilino de una buhardilla... Mal genio; se encerró en su dormitorio y tomó una dosis de arsénico. Creyó el mayordomo que había desaparecido; abrió la puerta y puso nueva cédula de alquiler; vino otro, tomó el cuarto, lo amuebló y allí se fue a vivir. No sabía lo que le pasaba, pero no podía

dormir, por estar siempre inquieto y fatigado. «Es raro», dijo. «Utilizaré como dormitorio la otra habitación, y ésta para despacho.» Hizo el cambio, y durmió muy bien aquella noche; pero advirtió de pronto que no podía leer por las tardes: se ponía nervioso y agitado, siempre estaba despabilando las luces y sobresaltado. «No puedo estar tranquilo», dijo al venir una noche del teatro y disponiéndose a beber un vaso de grog frío, de espaldas a la pared, con objeto de evitarse la preocupación de tener alguien detrás, «no puedo estar tranquilo». Y en esto se detuvieron sus ojos en una pequeña alacena que siempre había estado cerrada, y un estremecimiento cruzó todo su cuerpo. «Ya he experimentado antes esta rara sensación», dijo; «no puedo dejar de pensar que en esa alacena hay algo siniestro». Hizo un gran esfuerzo, se armó de valor, golpeó la cerradura con el hurgón, abrió la puerta, y allí, de pie, y tieso en el rincón, estaba el último inquilino con una botellita

firmemente agarrada en su mano y con su cara... ¡bueno!

Al acabar el viejo contempló con sonrisa de pícaro deleite los rostros atentos de los maravillados oyentes.

—¡Qué cosas tan raras nos cuenta usted, sir!
—dijo Mr. Pickwick, atalayando con ayuda de sus lentes el semblante del viejo.

—¡Raras! —replicó el viejecito—. ¡Qué tonte-ría! Usted lo juzga raro porque no sabe nada de esto. Es divertido, pero nada singular.

—¡Divertido! —exclamó Mr. Pickwick a su pesar.

—Sí, divertido, ¿no? —replicó el viejecito con diabólico gesto.

Y sin esperar respuesta, prosiguió:

—Conocí a otro... esperen ustedes... hará unos cuarenta años... que alquiló un departamento viejo, húmedo, putrefacto, en una de las más antiguas mansiones, que había permanecido cerrado y deshabitado unos dos años. Corrían muchas historias de viejas acerca

de aquel lugar, y hay que reconocer, en efecto, que no era muy alegre; pero siendo él pobre y la vivienda barata eran razones suficientes para él aunque aquélla hubiera sido diez veces peor. Habíase visto precisado a quedarse con algunos muebles que estaban empotrados en la pared, y entre otros con una grande estantería para papeles, con anchas puertas de cristal, veladas en el interior por verdes cortinas: un artefacto bien inútil para él, que no tenía papeles que guardar; y en cuanto a sus vestidos, los llevaba encima, lo que no constituía gran trabajo para él, ciertamente. Bueno, pues hizo llevar todo su ajuar... para lo que ni siquiera necesitó un viaje de angarillas... y lo esparció por la estancia, procurando que cuatro sillas hicieran el efecto de una docena. Estaba sentado una noche ante el fuego, bebiendo el primer vaso de dos galones de whisky que había pedido a crédito, y recapacitaba en si alguna vez los pagaría, y, caso de hacerlo, cuántos años había de tardar, cuando toparon sus ojos con las cristaleras del

viejo armario de madera. «¡Ah!», dijo. «Si no me hubiera visto obligado a tomar este horripilante armatoste a la tasación del viejo prendero, podría haber empleado el dinero en alguna cosa más comfortable. Y le diré a usted en qué, viejo amigo», dijo dirigiéndose en voz alta al armario, a falta de otro interlocutor: «si no fuera más lo que me cuesta hacer astillas su viejo esqueleto que lo que éstas habrían de valerme, hubiera hecho fuego de usted en un periquete». No había hecho más que pronunciar estas palabras, cuando un ruido semejante a un débil gruñido pareció dejarse oír en el interior del mueble. Sobresaltóse al principio; mas reflexionando que tal ruido procediera del joven inquilino del departamento inmediato, que tal vez hubiera comido fuera de casa, apoyó su pie en la galería del hogar y levantó el hurgón para atizar el fuego. En aquel momento se repitió el sonido, y abriéndose lentamente la vidriera, descubrió una pálida y extenuada figura en sucio y raído atavío, erecta en el interior del

armario. Era alta y delgada la figura y el rostro denotaba preocupación y ansiedad; mas había algo en el tono del cutis y tal flacura y ultraterrena apariencia en el conjunto, que no podía atribuirse a ningún ser de este mundo. «¿Quién es usted?», dijo el nuevo inquilino, poniéndose lívido, enarbolando el hurgón, no obstante, y refiriéndolo con preciso designio al rostro de la figura. «¿Quién es usted?» «No me tire ese hurgón», respondió la aparición; «si usted lo arrojará con perfecta puntería, pasaría a través de mí sin resistencia e iría a estrellarse contra el respaldo de madera. Yo soy un espíritu». «Bien, ¿pero quiere decirme qué se le ofrece aquí?», preguntó desfallecido el inquilino. «En esta habitación», replicó la aparición, «se consumó mi ruina mundanal, y mis hijos y yo nos vimos reducidos a la mendicidad. En este armario fueron depositados los papeles que un largo proceso fue acumulando durante años y años. En esta habitación, después de haber muerto yo de dolor, a causa del fracaso de mis esperanzas,

dos viles arpías se distribuyeron la riqueza por la que yo había luchado durante toda mi existencia miserable, y de cuya fortuna, al fin, ni un solo penique quedó para mis infelices descendientes. Logré ahuyentarles de aquí por el terror, y desde entonces aquí me guarezco por las noches, únicas horas en que puedo tornar al mundo, y me sumerjo en las escenas de mi prolongada miseria. Este recinto es mío. Déjeme-lo». «Si usted insiste en hacer aquí su aparición», dijo el inquilino, que ya había tenido tiempo de recobrar su presencia de ánimo durante la prosaica relación del espectro, «le daré a usted posesión con el mayor gusto, mas desearía que usted me permitiese hacerle una pregunta». «Diga», dijo la aparición con sequedad. «Vaya», dijo el inquilino, «no dirijo la observación a usted exclusivamente, por ser igualmente aplicable a todos los espectros que he oído hablar; pero se me antoja inexplicable el que, siendo a ustedes posible visitar los más hermosos lugares de la tierra, porque supongo

que el espacio para ustedes no existe, hayan de volver precisamente a los lugares en los que más padecieron». «¡Caramba!, pues es verdad; nunca había pensado en eso», dijo el espectro. «Ya ve, sir», prosiguió el inquilino, «que ésta es una estancia muy incómoda. Por el aspecto de ese armario, me inclino a creer que no está completamente limpio de chinches, y yo pienso que usted podría encontrar residencia mucho más confortable; esto sin contar con que el clima de Londres es sumamente desagradable». «Tiene usted razón», dijo el espectro con gran cortesía; «hasta ahora no se me había ocurrido; voy a cambiar de aires inmediatamente». Y, en efecto, empezó a desvanecerse con las últimas palabras; sus piernas habían desaparecido completamente. «Y si usted, sir», dijo el inquilino, tratando de alcanzarle en su fuga, «si usted tuviera la bondad de indicar a las otras señoras y caballeros que ahora se dedican a frecuentar las viejas casas abandonadas, que en cualquier otra parte hallarían más grata estan-

cia proporcionaría usted un gran beneficio a la sociedad». «Así lo haré», replicó el espectro; «por fuerza somos obtusos, muy obtusos; no puedo explicarme cómo hemos sido tan estúpidos». Con estas palabras desapareció el espíritu, y lo que es más notable —añadió el viejo, mirando con malicia a los de la mesa—, jamás volvió a presentarse.

—Eso no está mal, suponiendo que sea verdad —dijo el de la pedrería de mosaico, encendiendo un nuevo cigarro.

—*Suponiendo* —exclamó el anciano, con una mirada de soberano desprecio—. Pues estoy viendo —añadió dirigiéndose a Lowten— que tampoco va a ser cierta la historia del cliente extraño que conocimos cuando estábamos en el bufete del procurador... lo estoy viendo.

—No puedo decir nada absolutamente acerca de eso porque nunca he oído esa historia —arguyó el propietario de los gemelos de mosaico.

—Desearía que usted la contara, sir —dijo Mr. Pickwick.

—Anda, cuéntala —dijo Lowten—; sólo yo la he oído y casi la he olvidado.

Paseó el anciano sus ojos por la mesa con más terrible ironía que nunca, como saboreando triunfante la atención que se pintaba en todos los rostros. Luego, pasándose la mano por la barba y mirando al techo para traer a su memoria todos los detalles, empezó del modo siguiente:

HISTORIA DEL CLIENTE RARO

—Poco importa —dijo el anciano— dónde o cómo llegó a mi noticia esta breve historia. Si hubiera de relatarla por el orden en que la supe, tendría que comenzar por la mitad, y al llegar al final, volver de nuevo al principio. Bastará que les diga que yo fui testigo de algunos episodios de ella. En cuanto a lo demás, me consta que ha ocurrido real-

mente y aún viven algunas personas que lo recordarían de sobra.

»En la calle Alta del Borough, cerca de la iglesia de San Jorge, y al mismo lado, se levanta, como muchos saben, la más reducida de nuestras prisiones de insolventes, la de Marshalsea. Si en sus últimos tiempos fue algo distinta de aquel pozo de inmundicias de más remotas épocas, aun después de mejorar de condición no ofrecía el más pequeño atractivo para los atrabiliarios ni consuelo para los imprevisores. No disponía el delincuente para tomar el aire y estirar los miembros de un patio menos amplio, en Newgate, que el deudor insolvente en la prisión de Marshalsea¹.

»Ignoro si será mi fantasía, o tal vez la imposibilidad de separar el viejo edificio de los recuerdos que a él se asocian, pero es el caso que yo no puedo ver esta parte de Lon-

¹ Mejor. Pero esto pertenece al pasado a otra edad mejor, y la prisión ya no existe.

dres. Es amplia la calle, espaciosas las tiendas, el ruido de los coches, las pisadas del incesante arroyo de gentes... todo el inquieto fragor del tráfico resuena en ellas de la mañana a la noche, pero las calles circundantes son mezquinas y estrechas; la pobreza y el hampa se aglomeran en las populosas avenidas; la indigencia y la desgracia se pintan en el frente de la angosta prisión; un velo de horror y melancolía parece, al menos a mis ojos, envolver la escena e impregnarlo todo con su tinte lívido y siniestro.

»Muchos ojos que ha largo tiempo duermen en la tumba han mirado esta mansión con bastante ligereza al cruzar por primera vez la puerta de la vieja prisión de Marshalsea: porque la desesperación rara vez sobreviene a la primera asechanza del infortunio. El hombre confía en los amigos a los que aún no ha probado; recuerda los muchos ofrecimientos de ayuda que se le hicieran liberalmente por sus optimistas camaradas en los tiempos en que no se los ne-

cesitaba; abriga esperanza... la esperanza de la inocencia feliz... y aunque se abate al recibir el primer golpe, renace en su pecho y en él florece por breve espacio hasta que muere ante la evidencia del desaliento y el abandono. ¡Qué pronto se hundían en la cabeza estos mismos ojos que fulguraban en rostros consumidos por el hambre y demacrados por la reclusión en aquellos días en los que no era tropo del discurso decir que los deudores se pudrían en la prisión, sin esperanza de redención ni perspectiva de libertad! La atrocidad ya no existe en toda su realidad espantosa; pero queda de ella lo bastante para originar episodios que hacen sangrar el corazón.

»Hace veinte años desgastábase el piso con los pasos de una madre y un niño, quienes día tras día, al apuntar la mañana, presentábanse a la puerta de la prisión; muchas veces, después de una noche de dolor sin tregua y de ansiosas cavilaciones, llegaban con una hora de anticipación, y entonces la madre, volviendo triste-

mente sobre sus pasos, llevaba al chico al puente viejo, y levantándole en sus brazos para mostrarle el espejo de las aguas, que reflejaba el sol de la mañana, y el atropellado ir y venir de los preparativos para los trabajos y placeres del día que en el río se advertían a aquella hora temprana, esforzándose por interesar sus pensamientos en los objetos que delante de él había. Mas poco tardaba en bajar al niño, y ocultando su rostro en su chal, daba suelta a las lágrimas que la cegaban; porque nada exterior interesante o distraído lograba animar la cara flaca y enfermiza del infante. Los recuerdos del niño eran muy escasos, pero todos del mismo género: todos se relacionaban con la pobreza y la desdicha de sus padres. Horas y horas había permanecido sentado en las rodillas de su madre, contemplando con simpatía infantil las lágrimas que resbalaban por la faz de la mujer, y al cabo deslizábase suavemente hacia algún oscuro rincón, en el que se dormía entre sollozos. Las negras realidades del mundo con casi

todas las más duras privaciones —hambre y sed, frío y penuria—, habían venido a casa con él desde los primeros albores de su razón; y aunque en él se advirtiera la forma externa de la niñez, esa jocosa alegría del corazón, la alocada risa y los ojos chispeantes faltaban por completo.

»El padre y la madre veían esto y se miraban poseídos de pensamientos de agonía que no osaban expresar en palabras. El hombre robusto y saludable, que hubiera resistido todas las fatigas del esfuerzo activo, se iba consumiendo en el estrecho confinamiento y en el ambiente malsano de la hacinada prisión. La ingrávida y delicada mujer rendíase progresivamente al efecto combinado de los padecimientos físicos y morales. El corazón tierno del niño se iba destrozando.

»Vino el invierno, y con él largas semanas de frío y lluvia incesantes. Se había mudado la pobre muchacha a una mísera vivienda que estaba situada junto a la prisión de su marido; y

aunque el cambio se hubiera hecho necesario a causa de su indigencia progresiva, sentíase ahora más feliz, por hallarse más cerca de él. Durante dos meses ella y su pequeño compañero vieron abrirse la puerta como siempre. Cierta día dejó ella de venir por primera vez. Otra mañana vino sola. El niño había muerto.

»Mal sabían aquellos que comentaban fríamente la pérdida sufrida por el pobre hombre —juzgándola como término del padecer para el que dejaba el mundo, y como alivio venturoso para los recursos del superviviente—, mal sabían, digo, el dolor espantoso de la pérdida. Una mirada silenciosa de interés y afecto cuando todos los demás ojos se apartan indiferentes — la seguridad de poseer la simpatía y el cariño de un ser cuando todos nos abandonan— es un sostén, un apoyo, un consuelo para el que se ve sumido en la aflicción, que no se compra con riquezas ni se alcanza con el poder. El niño sentábase horas enteras a los pies de sus padres con sus manecitas abandonadas entre las de

ellos y con su fina cara desmayada hacia ellos levantada. Ellos habían visto cómo se les iba aquel ser día tras día; y aunque su breve existencia había sido triste, y aunque había partido hacia la paz y el descanso que no gozara en el mundo, con ser niño, ellos eran sus padres, y su pérdida les hirió en lo más hondo del alma.

»Bien veían todos los que contemplaban la faz desfallecida de la madre que no habría de tardar la muerte en poner fin a su jornada de prueba y adversidad. Los compañeros de prisión de su marido rehuían mezclarse en sus penas, y dejaron para él solo la pequeña estancia que él ocupara al principio con otros dos prisioneros. Ella la compartió con él; y pasando los días sin pena y sin esperanza, se apagaba su vida poco a poco.

»Una tarde se desmayó en los brazos de su marido y tuvo éste que acercarla a la abierta ventana para reanimarla con el aire; la luz de la luna cayó de lleno sobre su rostro, haciendo ver al marido la alteración profunda de sus rasgos,

lo que le hizo vacilar bajo su carga, como un niño sin fuerzas.

»—Déjame sentar, Jorge —dijo ella con voz débil.

»Hízolo así él, y sentándose a su lado, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

»—Es horrible dejarte, Jorge —dijo ella—; pero es la voluntad de Dios y tienes que sufrirlo por mi amor. ¡Oh! ¡Cuántas gracias le doy por haberse llevado al niño! Es feliz y está en el cielo. ¡Qué hubiera hecho aquí sin su madre!

»—¡No morirás, María, no morirás! —dijo el marido, irguiéndose.

»Empezó a pasearse apresuradamente de acá para allá, golpeándose la cabeza con los puños crispados; luego, sentándose al lado de ella y sosteniéndola en los brazos, añadió con más tranquilidad:

»—Levántate, mujer querida. Levántate, te lo suplico. Quiero que vivas.

»—Ya no, Jorge, ya no —dijo la moribunda—. Deja que me lleve junto a mi hijo; mas

prométeme que si algún día sales de esta espantosa cárcel y llegas a ser rico, has de hacerme trasladar a un cementerio aldeano, lejos, muy lejos de aquí... donde podamos descansar en paz. Querido Jorge, prométeme que lo harás.

»—Lo haré, lo haré —dijo el hombre, arrojándose apasionadamente de rodillas—. ¡Háblame, María, una palabra aún, una mirada... nada más que una!

»Calló el hombre, porque el brazo que estrechara su cuello se puso rígido y pesado. Un profundo suspiro se escapó de la exhausta forma que ante sí tenía; moviéronse los labios y tembló una sonrisa en su cara; pero los labios palidieron y la sonrisa se apagó convirtiéndose en rígida mueca de espectro. Estaba solo en el mundo.

»Aquella noche, en el silencio y desolación de su miserable estancia, se arrodilló el desgraciado junto al cuerpo inanimado de su esposa y puso a Dios por testigo para asegurar que desde aquel momento habría de emplearse en

vengar la muerte de ella y del niño; que desde entonces hasta el último instante de su vida emplearía sus energías todas en aquel objeto único; que su venganza había de ser terrible; que su odio había de ser incansable y eterno, y que había de perseguir su objeto a través del mundo entero.

»La honda desesperación y la pasión sobrehumana habían producido en su fisonomía tan fiero estrago en una noche, que sus compañeros de infortunio retrocedieron espantados al verle pasar. Sus ojos estaban inyectados y apenas se abrían; una lividez mortal cubría su semblante, y su cuerpo se inclinaba como vencido por la edad. La violencia de su dolor le había hecho morderse el labio inferior hasta traspasarlo casi, y la sangre que de la herida brotaba corría por su barba y manchaba su camisa y pañuelo. Ni una lágrima, ni una frase de queja dejó escapar; pero la mirada inquieta y la prisa descompuesta con que recorría el patio denotaban la fiebre en que ardía.

»El cuerpo de su esposa tenía que ser sacado de la prisión sin demora. Recibió la noticia con perfecta calma y la consideró natural. Casi todos los habitantes de la prisión se habían congregado para presenciar la salida del cadáver; hiciéronse atrás a uno y otro lado cuando el viudo apareció; éste avanzó rápidamente y se paró, aislado, en el espacio despejado del portal, de donde se había retirado la multitud por instinto de delicadeza. El basto féretro fue transportado pausadamente a hombros. Un silencio mortal se impuso a la concurrencia, sólo interrumpido por las ruidosas lamentaciones de las mujeres y por las pisadas lúgubres de los enterradores. Éstos llegaron al lugar en que se hallaba el doliente marido, e hicieron alto. Tendió éste su mano sobre el féretro, y asiendo maquinalmente el paño que lo cubría, les hizo señal de que prosiguieran. Los vigilantes de la prisión se descubrieron al paso, y un momento después la puerta de la cárcel se ce-

rró. Miró el hombre distraídamente a la concurrencia, y cayó al suelo pesadamente.

»Aunque se le vio día y noche por espacio de muchas semanas entregado a los más violentos arrebatos de la fiebre, no le abandonaron un momento la consciencia de su desgracia ni el recuerdo del voto que hiciera. Cambiaban las escenas ante sus ojos, sucedíanse los lugares y se atropellaban los acontecimientos en el vértigo de su delirio; mas todos ellos relacionábanse en alguna manera con el objetivo primordial de su pensamiento. Navegaba sobre un mar sin orillas, que cubría un cielo rojo, y sus encrespadas aguas agitábanse furiosas, inflándose y arremolinándose por doquier. Otro barco les precedía luchando empeñadamente contra la borrasca; agitábase sobre los palos el velamen hecho jirones y la cubierta rebosaba de criaturas, a las que el vaivén lanzaba hacia las bordas, sobre las que rompían olas enormes, que arrasaban al mar espumoso a muchos seres. Pero ellos avanzaban cruzando la masa rugiente de

las aguas con una fuerza y una presteza a las que nada podía oponerse; y embistiendo al barco delantero por una de las bandas, le destruyó bajo su quilla. Del enorme torbellino que produjo el naufragio levantóse un desgarrador lamento, tan agudo y penetrante —el grito de muerte de cien criaturas que se ahogan, confundido en un fiero alarido—, que resonó por encima del grito de guerra de los elementos, y retumbó, pareciendo rasgar el aire, el cielo y el océano. Mas, ¡qué era aquello..., aquella cabeza gris que se advertía en la superficie del agua, mirando con gesto de agonía, y que gritaba pidiendo socorro con el aliento sofocado por las olas! Una simple mirada bastó para que nuestro hombre se arrojara del barco y se acercara hacia aquello, nadando con brazadas vigorosas. Lo alcanzó. Llegó a su lado. Eran sus rasgos; viole llegar el viejo y trató de evitar la presa de su garra; pero le asió con firmeza y le arrastró aguas abajo. Abajo, abajo iba con él: ya estaban a cincuenta brazas de la superficie; cada vez se

defendía la presa con más debilidad, hasta que cesó la resistencia. Estaba muerto; le había matado, y había cumplido su juramento.

»Ahora cruzaba las arenas abrasadas de un desierto infinito, descalzo y solitario. La arena le hería y le cegaba. Sus granos finísimos penetraban los poros de su piel y le irritaban hasta la vesania. Masas gigantescas de tierra, arrastradas por el viento y brillantes al sol deslumbrador, levantábanse a lo lejos como pilares del fuego viviente. Los huesos de los hombres que habían perecido en aquella espantosa consunción yacían a sus pies desparramados; una luz trágica todo lo bañaba alrededor; en lo que la vista alcanzaba sólo se veían objetos tremebundos. Pugnando por dejar salir de su pecho un grito de terror, con la lengua pegada al paladar, emprendió insensata carrera. Impulsado por una fuerza sobrenatural hendió las arenas, hasta que, postrado por la fatiga y la sed, cayó exánime en tierra. ¿Qué grata frescura le

hizo volver a la vida, qué sonido refrigerante aquel? ¡Agua! Era un manantial, cuya clara y fresca vena corría a sus pies. Bebió afanosamente, y estirando sus miembros doloridos al borde del arroyo, cayó en sopor delicioso. Despertóle el ruido de unos pasos que se acercaban. Un viejo se adelantaba vacilante para calmar su sed abrasadora. ¡Otra vez era él! Ciñó con sus brazos el cuerpo del viejo y lo tiró al suelo. Luchó el vencido y bramó pidiendo agua. ¡Una sola gota de agua para salvar su vida! Pero el hombre sujetábale con firmeza y contemplaba su agonía con mirada afanosa; cuando la cabeza inanimada del viejo cayó sobre su pecho, apartó de sí el cadáver con los pies.

»Cuando la fiebre remitió y volvió a la razón, despertó para encontrarse rico y libre; para saber que el padre que le habría dejado morir en la cárcel —que había dejado morir a aquellos que eran para él más queridos que su propia existencia de angustia y dolor del corazón, que

no cura la medicina— había sido encontrado muerto en su lecho. Había tenido corazón para permitir que su hijo fuera un mendigo; pero, confiado en su energía tanto como en su riqueza, había demorado su testamento, y ahora estaría en el otro mundo rechinando los dientes al pensar en la riqueza que su indolencia le dejaba. Despertó para eso y despertó para más aún: para recordar la finalidad de su vida y para recordar que su enemigo era el padre de su misma esposa, el hombre que le había llevado a la prisión y el que cuando su hija, con el pequeño en brazos, se arrojó a sus plantas pidiendo amparo, les había cerrado su puerta con desprecio. ¡Oh, cuánto maldecía la debilidad que le impedía hallarse firme y activo para consumir su proyectada venganza!

»Hizo que le sacaran del escenario de su desgracia y miseria, trasladándose a una tranquila residencia de la costa, no con la esperanza de recobrar la paz del ánimo, ni la felicidad, ya que ambas habían huido para siempre, sino

para restaurar sus energías postradas y meditar en su acariciado proyecto. Y allí algún espíritu maligno le ofreció la ocasión para su primera y más horrible venganza.

»Corría el verano, y, poseído de sus lúgubres preocupaciones, dejó su solitaria vivienda cierta tarde y comenzó a vagar por una estrecha senda que serpeaba por la falda de los cerros, dirigiéndose a un apartado y agreste lugar que había interesado a su fantasía en uno de sus paseos anteriores; y sentándose sobre una roca desprendida y sepultando su cara entre sus manos, allí permanecía horas y horas, hasta que cerraba la noche y las sombras prolongadas de las colinas envolvían en su negrura los objetos que le rodeaban.

»Hallábase allí sentado una plácida tarde, en su posición habitual, y levantaba de cuando en cuando su cabeza para contemplar el vuelo de tal cual gaviota fugitiva o para recorrer con sus ojos la senda roja que, partiendo del centro del océano, parecía conducir hasta el confín en que

el sol se ponía, cuando la profunda quietud del lugar sintióse perturbada por un grito de socorro; quedóse escuchando, con la duda de haber oído bien, cuando oyó repetirse el grito con mayor vehemencia, e irguiéndose rápidamente, se dirigió hacia la parte de que el grito procedía.

»El hecho se reveló por sí mismo al mundo: unas cuantas prendas de vestir yacían dispersas en la playa; aún se veía sobre las ondas a cierta distancia de la orilla una cabeza humana, y un viejo, con las manos cruzadas, corría de un lado para otro implorando, desolado, socorro. El inválido, cuyas fuerzas se habían ya restablecido suficientemente, despojóse de su chaqueta y avanzó rápidamente hacia el mar, con intención de zambullirse para arrastrar el hombre hasta la orilla.

»—¡Pronto, sir, en nombre del cielo! ¡Socorro, socorro, sir, por amor de Dios! ¡Es mi hijo, sir, mi único hijo! —dijo el viejo, corriendo afa-

nosamente a su encuentro—. ¡Mi único hijo, sir, y está pereciendo ante los ojos de su padre!

»A la primera palabra que el viejo pronunció detúvose en su carrera el desconocido, y, cruzándose de brazos, se quedó completamente inmóvil.

»—¡Gran Dios! —exclamó el viejo, recordando—. ¡Heyling!

»Sonrió el desconocido y guardó silencio.

»—¡Heyling! —dijo el viejo fuera de sí—. ¡Mi hijo, Heyling, mi hijo querido, mira, mira!

»Jadeante, el angustiado padre señaló el lugar en que el joven luchaba por la vida.

»—¡Ay! —dijo el viejo—. Aún grita. Aún está vivo. ¡Heyling, sálvate, sálvate!

»Sonrió de nuevo el desconocido y permaneció inmóvil como una estatua.

»—Fui injusto contigo —gritó el viejo, cayendo de rodillas y juntando sus manos implorantes—. ¡Véngate; toma mi vida; arrójame al agua, y si la naturaleza humana puede reprimir todo impulso de lucha, moriré sin agitar pies ni

manos! ¡Hazlo, Heyling, hazlo; pero salva a mi hijo! ¡Es tan joven, Heyling, tan joven para morir!

»—Oye —dijo el desconocido apretando con rabia la muñeca del viejo—: quiero vida por vida, y aquí hay una. Mi hijo murió ante los ojos de su padre, con una agonía mucho más penosa que la que ese joven detentador de la dote de su hermana está sufriendo mientras hablo. Usted reía... reía en la misma cara de su hija, donde la muerte había ya puesto su mano... de nuestros sufrimientos. ¿Qué piensa usted de aquello ahora? ¡Mire allá!

»Al decir esto, señaló al mar el desconocido. Un débil lamento se oyó expirar en la superficie: el último esfuerzo desesperado del moribundo agitó por unos segundos las rizadas ondas, y el agujero por donde bajara a su tumba prematura se borró en las aguas.

»Tres años habían pasado cuando un caballero se apeó de un coche particular a la puerta

de un procurador de Londres, bien conocido entonces como hombre poco escrupuloso en sus asuntos profesionales, y pidió una entrevista privada para un asunto de importancia. Aunque el cliente no había aún traspuesto la primavera de la vida, era su rostro pálido, huraño y macilento, y no precisaba la aguda perspicacia de un hombre de negocios para cerciorarse con una sola ojeada de que las enfermedades o los padecimientos morales habían influido más en la alteración de su aspecto que hubiéralo hecho simplemente la mano del tiempo en un período dos veces más largo que la edad del cliente.

»—Deseo que emprenda usted un asunto por mi cuenta —dijo el desconocido.

»Inclinóse cortésmente el procurador y miró hacia un amplio legajo que el caballero llevaba en su mano. Advirtió la mirada el visitante y prosiguió:

»—No es un asunto vulgar —dijo—, y no han llegado a mis manos estos papeles sin que

me hayan costado mucho dinero y mucho trabajo.

»Dirigió el procurador una mirada más curiosa aún sobre el legajo, y, desatando el visitante la cuerda que lo sujetaba, descubrió una gran cantidad de pagarés con copias de diligencias y otros documentos.

—Con la garantía de estos papeles —dijo el cliente— la persona cuyo nombre aparece ha tomado, como usted verá, grandes cantidades de dinero durante algunos años. Convínose tácitamente entre él y la persona en cuyas manos obraban primero estos documentos —de la cual yo los he ido adquiriendo poco a poco, por tres o cuatro veces su valor, hasta hacerme con todos ellos— que esos préstamos habrían de renovarse de cuando en cuando hasta expirar un plazo prefijado. Pero este convenio no figura en ninguna parte. El prestatario ha sufrido últimamente grandes pérdidas, y estas obligaciones, al caer sobre él de una vez, le aniquilarían.

»—El total es de muchos miles de libras — dijo el procurador, mirando los papeles por encima.

»—Así es —dijo el cliente.

»—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el hombre de negocios.

»—¡A hacer! —replicó el cliente con súbita vehemencia—. Accionar todos los resortes de la ley, todos los recursos y trampas que pueda fraguar el ingenio y ejecutar la desaprensión; los medios lícitos y los rastreros; el peso de la ley estricta, sobrecargado con las argucias de los más sutiles picapleitos. Quiero hacerle morir de muerte cruel y prolongada. Arruinarle, confiscar y vender sus tierras y bienes, arrojarle de su hogar, arrastrarle a la mendicidad en los últimos años de su vida y que muera en una cárcel.

»—Pero las costas, señor mío, las costas de todo esto... —arguyó el procurador luego que se hubo recobrado de su momentánea sorpre-

sa—. Si el demandante fuese un indigente, ¿quién ha de pagar las costas, sir?

»—Dígame una suma —dijo el desconocido, cuya mano temblaba de tal manera por la excitación, que apenas podía sostener la pluma que al hablar enristraba—; una suma, y ya es de usted... No se asuste de decírmela, hombre. No me parecerá nada caro si usted cumple mi objeto.

»Indicó el procurador una suma considerable, al azar, en concepto de anticipo necesario para asegurarse contra la posibilidad de una pérdida, más bien con la mira de averiguar hasta dónde se hallaría dispuesto a llegar el cliente que porque juzgara posible que se allanase a satisfacer la demanda. Suscribió un cheque el desconocido por el importe de la cantidad fijada, y se marchó.

»Hízose honor al convenio, y persuadido el procurador de que podía confiar por completo en su extraño cliente, emprendió su tarea afanosamente. Por espacio de más de dos años

viose a Mr. Heyling sentado días enteros en el despacho, examinando los papeles que iban acumulándose y leyendo una y otra vez, con ojos resplandecientes de alegría, las cartas de reconvención, los ruegos de moratorias, la pintura de la inminente ruina que cada vez amenazaba más fatalmente a la parte contraria al amontonarse diligencia sobre diligencia y proceso sobre proceso. A todas las instancias que se le dirigían en súplica de una breve prórroga contestaba de la misma manera: que había que pagar. Tierras, casas, enseres, todo fue confiscado sucesivamente en las numerosas ejecuciones decretadas; y hubiera sido el viejo reducido a prisión de no haber huido burlando la vigilancia de la policía.

»Lejos de saciarse la implacable odiosidad de Heyling por los éxitos progresivos de su persecución, aumentó y centuplicóse con la ruina infligida. Al enterarse de la fuga del anciano fue indescriptible su furia. Rechinaron sus dientes de rabia, se arrancó los cabellos y

denostó con hórridas imprecaciones a los encargados de la custodia del viejo. Sólo a fuerza de asegurarle el descubrimiento del fugitivo pudo recobrar una calma relativa. Envióse agentes en todas direcciones en su busca; pusieronse en juego cuantas estratagemas pudieron fraguarse para descubrir su guarida; mas fue todo en vano. Pasó medio año sin que pudiera hallarse al fugitivo.

»Por fin, una noche, a deshora, Heyling, de quien nada se supiera desde muchas semanas antes, apareció en el domicilio particular del procurador y le dio aviso de que un caballero deseaba verle al instante. Antes de que el procurador, que ya había reconocido su voz desde lo alto de la escalera, pudiera decir al criado que le hiciera pasar, habíase lanzado escaleras arriba y entraba en el despacho pálido y jadeante. Cerrando la puerta para que nadie escuchara, sentóse en una silla y dijo con voz queda:

»—¡Chist! Al fin le encontré.

»—¡Cómo! —dijo el procurador—. Muy bien, querido señor, muy bien.

»—Está escondido en una vivienda mísera de Camden Town —dijo Heyling—. Casi ha sido conveniente haberle perdido de vista, porque así ha permanecido solo todo este tiempo en la más abyecta miseria, y está pobre... muy pobre.

»—Muy bien —dijo el procurador—. ¿Tendrá usted mañana, Por supuesto, la orden de arresto?

»—Sí —replicó Heyling—. ¡Pero no! No. Pasado mañana. Le sorprenderá a usted este deseo mío de aplazamiento —añadió con sonrisa siniestra—; es que se me había olvidado. Ese día es un aniversario en su vida: esperemos hasta entonces.

»—Muy bien —dijo el procurador—. ¿Quiere usted escribir sus instrucciones para el alguacil?

»—No; hágale reunirse conmigo aquí a las ocho de la noche, y yo le acompañaré.

»Reuniéronse a la hora fijada, y, alquilando un coche de punto, ordenaron al cochero detenerse en el rincón del camino viejo de San Pancrás, en el que se halla la fábrica. Cuando se apearon del coche era ya noche cerrada, y siguiendo el paredón que da frente al hospital de veterinaria penetraron en una callejuela que se llama, o se llamaba entonces, calle del Pequeño Colegio y que no sé cómo estará hoy, mas sí que por aquellos días era un lugar desamparado y rodeado casi exclusivamente de campo y desmontes.

»Encasquetándose hasta las orejas la gorra de viaje que llevaba, y embozándose en la capa completamente, detúvose Heyling en la casa de aquella calle que ofrecía más miserable apariencia y llamó discretamente a la puerta. Una mujer abrió en seguida, marcando un saludo que indicaba haberle reconocido, y después de decir Heyling al oficial que se quedara abajo, subió sin hacer ruido la escalera y, abriendo

una puerta que había enfrente, entró súbitamente en la estancia.

»El objeto de sus pesquisas y de su animosidad insaciable, que era ahora un decrepito anciano, hallábase sentado ante una mesa desmantelada, sobre la que había una palmatoria. Estremecióse el viejo al entrar el desconocido y enderezóse con dificultad sobre los pies.

»—¿Y ahora qué, ahora qué? —dijo el anciano—. ¿Qué nueva desgracia es ésta? ¿Qué busca usted aquí?

»—Decirle una palabra —replicó Heyling.

»Y al decir esto se sentó al otro extremo de la mesa, y despojándose de su capa y su gorra, diose a conocer como cual era.

»El anciano perdió el habla en el mismo instante. Desplomóse sobre su silla, y juntando sus manos miró a la aparición con una expresión en la que se mezclaban el odio y el espanto.

»—Hoy hace seis años —dijo Heyling— que reclamé la vida que usted me debía a cambio de la de mi niño. Junto al cuerpo inanimado de su

hija juré vivir una vida de venganza. Desde entonces no he desfallecido un momento en mi propósito; mas si alguna vez me hubiera dejado vencer por la flaqueza, hubiera bastado pensar en aquel gesto de dolor sin queja con el que la vi morir, o en el rostro hambriento de nuestro inocente niño, para seguir mi empeño con nuevas energías. Mi primer acto de revancha bien lo recordará usted; ahora viene el último.

»Tembló el anciano, y sus manos cayeron inertes a uno y otro lado.

»—Mañana salgo de Inglaterra —dijo Heyling después de una breve pausa—. Esta noche voy a hacerle entrar en esa muerte en vida a que usted me condenó: en una prisión sin esperanza.

»Levantó los ojos para contemplar la faz del anciano, guardó silencio, alzó la luz para ver mejor aquella cara, la dejó suavemente sobre la mesa y abandonó la estancia.

»—Vaya usted a ver al anciano —dijo a la mujer al abrir la puerta, e indicó al agente que le siguiera—. Creo que está enfermo.

»La mujer cerró la puerta, subió aprisa la escalera, y le encontró sin vida.

»Bajo una losa sencilla, en uno de los más apacibles y retirados cementerios de Kent, en el que se mezclan las flores silvestres con la hierba, y cuyo paisaje de tonos suaves que le rodea forma el más hermoso rincón en el vergel de Inglaterra, yacen los huesos de la madre y de su tierno niño. Mas no les acompañan las cenizas del padre; ni desde aquella noche volvió a tener el procurador la más insignificante noticia de la historia postrera de su extraño cliente.

Concluyó su historia el viejo, acercóse a una percha que había en un rincón y, descolgando su sombrero y su abrigo, se los puso con gran parsimonia, y sin decir palabra se marchó pausadamente. Como el caballero de los botones de

mosaico se había quedado dormido y casi todos los circunstantes ocupábanse ávidamente en la tarea pintoresca de engrasar su grog, levantóse Mr. Pickwick sin que nadie lo advirtiera y, después de pagar su cuenta y la de Mr. Weller, salió atravesando en compañía de éste el portal de La Urraca y el Tronco.

22. MR. PICKWICK SE DIRIGE A IPS-
WICH, Y SE. COMPROMETE EN UNA
AVENTURA CON UNA SEÑORA DE EDAD
MADURA, DE AMARILLOS RIZADORES

—¿Es ése el equipaje de tu amo, Sammy? — preguntó Mr. Weller a su entrañable hijo al entrar éste en el patio de la posada de El Toro, de Whitechapel, con un saco de viaje y un pequeño portamantas.

—En otra cosa acertarás menos, viejo amigo —replicó Mr. Weller hijo, despojándose de su carga en el patio y sentándose en ella luego—. El amo vendrá en seguida.

—¿Estará cobrando energías, supongo? — dijo el padre.

—Está tomando una energía de ocho peniques —respondió el hijo—. ¿Cómo está la maestra esta mañana?

—Rarilla, Sammy, rarilla —replicó el viejo Mr. Weller con grave talante—. Parece que se está haciendo algo metodista en estos últimos

tiempos, Sam, y se ha puesto extraordinariamente piadosa. Es demasiado buena para mí, Sammy. Creo que no me la merezco.

—¡Ah! —dijo Samuel—, ésa es mucha abnegación de su parte.

—Mucha —replicó su padre suspirando—. Ha dado en inventar un procedimiento para regenerar a las personas como si volvieran a nacer, Sammy; creo que le llama el nuevo nacimiento. Me gustaría mucho ver prácticamente ese sistema, Sammy. Sería para mí un encanto ver nacer otra vez a tu madrastra. ¡Cuánto gozaría yo en ponerle ama!

»¿Qué creerás que hicieron las mujeres el otro día? —prosiguió Mr. Weller, después de un breve silencio, durante el cual llevóse repetidamente a la nariz con malicia el dedo índice—. ¿Qué creerás que hicieron el otro día, Sam?

—No sé —replicó Sammy—. ¿Qué?

—Fueron y mandaron preparar un gran té para un punto que llaman ellas su pastor —dijo

Mr. Weller—. Estaba yo mirando la muestra de nuestra casa, cuando advertí en ella un pequeño cartel que decía: «Papeletas a media corona. Todos los pedidos al Comité. Secretaria, señora Weller»; y al entrar en casa me encontré sentado al Comité en la sala: catorce mujeres; quisiera que las hubieras oído, Sammy. Allí estaban tomando acuerdos y votando recursos y toda clase de cosas. Bueno, entre que tu madrastra se empeñó y la curiosidad que yo sentía por ver aquel juego, me decidí a suscribirme a la papeleta; la cita era a las seis de la tarde del viernes. Me vestí lo más elegante que pude y me encaminé con la vieja entrando en el piso primero de una casa en que estaba servido el té para treinta personas; allí había un montón de mujeres cuchicheando, que me miraron como si en su vida hubieran visto a un hombre gordo de cincuenta y ocho años. Empezó a oírse un gran alboroto abajo, y un mozo alticón y flacucho, de nariz roja y blanco pañuelo, entró precipitadamente y gritó: «Aquí viene el pastor a visitar a

su fiel rebaño»; y entró un gordo joven vestido de negro, de cara pálida, sonriendo hacia todos lados como un muñeco de reloj. ¡Qué aires los de aquel mozo, Sammy! «El beso de paz», dice el pastor; y besó a todas las mujeres, y cuando acabó, empezó la rueda el de la nariz roja. Yo estaba pensando si sería conveniente empezar por mi parte; pues junto a mí se sentaba una señora muy aceptable, cuando trajeron el té y vino tu madrastra, que había estado abajo co-ciéndolo. Cayeron sobre él como fieras. ¡Qué himno tan precioso y sonoro, Sammy, se oía mientras tomaban el té; qué gracia para comer y beber! Me hubiera gustado que vieras al pastor enredado con el jamón y los pasteles. Nunca he visto comer y beber como lo hacía aquel mozo. Pues al de la nariz roja no te gustaría a ti cebarle por contrata, aunque no era nada comparado con el pastor. Al acabar el té entonaron otro himno, y luego empezó el pastor a predicar; y lo hizo muy bien, si se mira cómo tendría el buche de pasteles. De pronto se levantó y

gritó: «¿Dónde está el pecador, dónde está el miserable pecador?». Con esto, todas las mujeres me miraron a mí y empezaron a gemir como si se estuvieran muriendo. Aquello me pareció bastante raro, pero no dije palabra. Se levanta otra vez y, encarándose conmigo, dice: «¿Dónde está el pecador, dónde está el miserable pecador?», y todas las mujeres empezaron a gemir nuevamente diez veces más fuerte que antes. Yo me puse furioso con esto y, avanzando un paso, dije: «Amigo mío, ¿esa observación se refiere a mí?». Y en lugar de pedirme perdón, como lo hubiera hecho cualquier caballero, se me puso más insolente aún, y me llamó vaso, Sammy..., vaso de maldad... y toda clase de cosas. Se me alborotó la sangre, y primero le di dos o tres para él, y luego dos o tres más para que se los pasara al hombre de la nariz roja, y me marché. Quisiera que hubieras oído cómo chillaban las mujeres al sacar al pastor de debajo de la mesa... ¡Hola! Aquí está el amo, con toda su grandeza.

Mientras decía esto Mr. Weller, apeábase de un coche Mr. Pickwick y entraba en el patio.

—Hermosa mañana, sir —dijo Mr. Weller padre.

—Magnífica en verdad —replicó Mr. Pickwick.

—Magnífica en verdad —repitió un caballero pelirrojo con nariz y antiparras inquisidoras que se había desencajonado de un coche al mismo tiempo que Mr. Pickwick—. ¿Va usted a Ipswich, sir?

—Sí —replicó Mr. Pickwick.

—Coincidencia extraordinaria. Yo también. Mr. Pickwick hizo una inclinación.

—¿Va usted en el exterior? —dijo el pelirrojo.

Mr. Pickwick hizo otra inclinación.

—¡Gran Dios, qué cosa más notable...! Yo voy fuera también —dijo el caballero pelirrojo—; vamos juntos.

Y el pelirrojo caballero, que era un personaje de solemne apariencia, afilada nariz y hablar

misterioso y que mostraba una tendencia como de pájaro a imprimir a su cabeza una sacudida cada vez que decía algo, sonrió cual si hubiera hecho uno de los más raros descubrimientos que caben en el patrimonio de la humana perspicacia.

—Encantado con su compañía, sir —dijo Mr. Pickwick.

—¡Ah! —dijo el nuevo personaje—. ¿Es gran cosa para ambos, verdad? La compañía, sabe usted..., la compañía es... es... es una cosa muy distinta de la soledad..., ¿verdad?

—Eso no hay quien lo niegue —dijo Mr. Weller, terciando en la conversación con afable sonrisa—. Eso es lo que se llama una proposición evidente por sí misma, como decía el carnicero a la criada cuando ésta le fue contando que él no era un caballero.

—¡Ah! —dijo el pelirrojo caballero, examinando a Mr. Weller de pies a cabeza, con las cejas enarcadas—. ¿Amigo de usted, sir?

—Amigo, precisamente, no —replicó Mr. Pickwick por lo bajo—. Ciertamente que es mi criado, pero yo le permito muchas libertades; porque, de usted para mí, me agrada su originalidad y estoy algo orgulloso de él.

—¡Ah! —dijo el caballero pelirrojo—. Eso, ¿sabe usted?, es cuestión de gusto. Yo no soy aficionado a nada original; no me gusta; no veo la necesidad de ello. ¿Cómo se llama usted, sir?

—He aquí mi tarjeta, sir —replicó Mr. Pickwick, a quien hizo mucha gracia lo súbito de la pregunta y el singular estilo del desconocido.

—¡Ah! —dijo el caballero pelirrojo, guardando la tarjeta en su cuaderno—. Pickwick; muy bien. Me gusta conocer los nombres, porque esto ahorra muchas molestias. Ésta es mi tarjeta, sir: Magnus, ahí lo ve usted... mi apellido es Magnus. Me parece que es bonito, ¿verdad, sir?

—Muy bonito, en efecto —dijo Mr. Pickwick, sin poder reprimir una sonrisa.

—Sí que lo es —prosiguió Mr. Magnus—. Y delante de él hay un bonito nombre, como usted verá. Permítame, sir... Si pone usted la tarjeta un poco oblicua, así, caerá la luz sobre las letras. Ahí... Pedro Magnus... Suena bien, creo, sir.

—Muy bien —dijo Mr. Pickwick.

—Las iniciales ofrecen una curiosa circunstancia —dijo Mr. Magnus—. Fíjese usted bien... P M... Post meridiano. En las esquelas para los íntimos me firmo a veces «Tarde». Esto divierte mucho a mis amigos, Mr. Pickwick.

—Ya lo creo que les divertirá —dijo Mr. Pickwick, envidiando lo fácilmente que se divertían los amigos de Mr. Magnus.

—Vamos, caballeros —dijo el jefe de la cochera—; el coche está listo; cuando ustedes quieran.

—¿Está ya colocado todo mi equipaje? —preguntó Mr. Magnus.

—Todo, sir.

—¿Está el saco rojo?

—Todo, sir.

—¿Y el saco de correos?

—En la bolsa delantera, sir.

—¿Y el envoltorio pardo?

—Debajo del asiento, sir.

—¿Y la sombrerera de cuero?

—Están todos, sir.

—¿Quiere usted subir? —dijo Mr. Pickwick.

—Dispéñseme —replicó Mr. Magnus, de pie sobre la rueda—. Dispéñseme, Mr. Pickwick. No me decido a montar en esta incertidumbre. El modo en que se expresa este hombre casi me da la seguridad de que no está dentro esa sombrerera de cuero.

Como no bastaran las rotundas afirmaciones del mozo de la cochera, no hubo más remedio que extraer la sombrerera de cuero del fondo de la caja del coche para convencerle de que se hallaba el objeto perfectamente cargado. Mas después de haberse asegurado de tal extremo, concibió el vivo presentimiento de que el saco rojo habíase extraviado; luego, de que había

sido robado el cabás de correa y, por fin, de que el envoltorio de papel de estraza estaba desatado.

Cuando al cabo comprobó con sus propios ojos lo infundado de todas y cada una de sus sospechas, se resolvió a trepar al techo del carruaje, notándose tranquilo y feliz por haber disipado de su mente toda preocupación.

—Es usted bastante nervioso, ¿verdad, sir?
—observó Mr. Weller padre, mirando de soslayo al nuevo amigo, que en aquel momento subía a ocupar su puesto.

—Sí; me inquietan bastante estas pequeñeces —dijo el desconocido—; pero ya estoy tranquilo... completamente tranquilo.

—Bueno, más vale así —dijo Mr. Weller, y luego—: Sammy, ayuda a subir a tu amo. La otra pierna, sir; eso es; dénos ahora la mano, sir. ¡Arriba! Algo menos pesaba usted cuando era muchacho, sir.

—Ya lo creo, Mr. Weller —dijo Mr. Pickwick, acomodándose a su lado en el pescante, falto de resuello y con aire placentero.

—Salta, Sammy —dijo Mr. Weller—; ahora, arrea, Guillermo. Cuidado con el arco de la puerta, caballeros. «Las cabezas», como dice el pastelero. Así, Guillermo. Suéltalos.

Y partió el coche remontando Whitechapel, entre la admiración de los habitantes de la densa y populosa barriada.

—No es una ciudad muy bonita —dijo Sam, llevándose la mano al sombrero, como hacía siempre que entraba en colloquio con su amo.

—No, ciertamente, Sam —replicó Mr. Pickwick, contemplando la concurrida e inmunda calle que a la sazón cruzaban.

—Y es cosa bien extraña, sir —dijo Sam—, que cuanto más pobre es un lugar, más parece atraer a las ostras. Mire aquí, sir, a cada media docena de casas hay un puesto de ostras. Hacen ringla en la calle. Que me condene si no pienso que, al verse pobre un hombre, se lanza fuera

de su casa y se pone a comer ostras como un desesperado.

—Ni más ni menos —dijo Mr. Weller padre—, y eso mismo hace con el salmón escabechado.

—He aquí dos hechos notables que nunca se me habían presentado —dijo Mr. Pickwick—. En cuanto paremos tengo que anotarlos.

En esto trasponían la barrera de Mile End; en el más profundo silencio recorrieron tres o cuatro millas, y al cabo, volviéndose hacia Mr. Pickwick, dijo de pronto Mr. Weller:

—Es bien particular la vida de estos picapuestas, sir.

—¿De estos qué...? —dijo Mr. Pickwick.

—De estos picapuestas.

—¿Qué entiende usted por picapuestas?

—El viejo quiere decir los guardabarreras, sir —aclaró Mr. Samuel Weller.

—¡Ah! —dijo Mr. Pickwick—. Ya comprendo. Sí; es un vida muy curiosa, muy desagradable.

—Todos ellos son gentes que han sufrido alguna contrariedad en su vida —dijo Mr. Weller padre.

—¿Cómo? —dijo Mr. Pickwick.

—Sí; por eso se retiran del mundo y se meten en las barreras, en parte con objeto de hacer vida solitaria y en parte con el fin de vengarse de la humanidad a fuerza de cobrarles consumos.

—¡Caramba! —dijo Mr. Pickwick—. No lo sabía.

—Pues no tiene duda —dijo Mr. Weller—. Si fueran caballeros, se les llamaría misántropos; pero como no lo son, no se les llama sino consumidores.

Y con esta conversación, que atesoraba el inestimable encanto de ser a un tiempo instructiva y regocijante, supo engañar Mr. Weller el tedio del viaje durante casi todo el día. No faltaron temas de conversación, pues cuando decaía la locuacidad de Mr. Weller venía a reemplazarle con ventaja el afán que mostraba Mr.

Magnus por conocer con pelos y señales la historia personal de sus compañeros de viaje y la ansiedad tumultuosa que manifestaba en todas las paradas por la seguridad y estado de los dos sacos, la sombrerera de cuero y el envoltorio de papel de estraza.

En la calle principal de Ipswich, a mano derecha, y a poco de atravesar la explanada del Ayuntamiento, radica una posada conocida en aquellos alrededores por el apelativo de El Gran Caballo Blanco, y que llama la atención por una figura esculpida en piedra que representa un animal rampante de cola enhiesta y crines flotantes que ofrece remota semejanza con un caballo de carga y que se alza sobre la puerta de entrada. El Gran Caballo Blanco era famoso en la comarca, como pudiera serlo un toro de concurso, un nabo histórico o un verraco ciclópeo por sus colosales dimensiones. No es fácil hallar en parte alguna tan intrincado laberinto de galerías desmanteladas, aglomeración comparable de hediondos y oscuros apo-

sentos, ni tan gran número de mezquinas guaridas para comer y dormir como las que se encerraban entre las paredes de El Gran Caballo Blanco de Ipswich.

A la puerta de esta destartalada hostería deteníase el coche de Londres todas las noches a la misma hora, y de este mismo coche de Londres fue del que se apearon Mr. Pickwick, Sam Weller y Mr. Pedro Magnus, precisamente en la noche a que nos referimos en este capítulo.

—¿Para usted aquí, sir? —preguntó Mr. Pedro Magnus luego que se hubo depositado en la galería el saco de correas, el rojo, el paquete de papel pardo y la sombrerera de cuero ¿Para usted aquí, sir?

—Sí —dijo Mr. Pickwick.

—¡Dios del cielo! —dijo Mr. Magnus—. Nada me ha maravillado como estas coincidencias extraordinarias. También me hospedo yo aquí. Supongo que cenaremos juntos.

—Encantado —dijo Mr. Pickwick—. No sé fijamente si habrá aquí algún amigo mío o no.

¿Mozo, hay algún caballero aquí llamado Mr. Tupman?

Un corpulento mozo, que ostentaba una servilleta de quince días y en sus piernas medias contemporáneas de aquélla, abandonó pausadamente su ocupación de contemplar la calle al oír el interrogante de Mr. Pickwick, y luego de inspeccionar minuciosamente el aspecto del caballero, desde la copa del sombrero hasta el extremo inferior de las polainas, replicó con énfasis:

—¡No!

—¿No? ¿No hay ninguno que se llame Snodgrass? —preguntó Mr. Pickwick.

—¡No!

—¿Ni Winkle?

—¡No!

—Mis amigos no han llegado hoy, sir —dijo Mr. Pickwick.

—Cenaremos, pues, solos. Indíquenos un gabinete privado, mozo.

Al oír esta demanda, dignóse el corpulento mozo ordenar al limpiabotas que entrara el equipaje de los viajeros, y conduciéndoles por un largo y oscuro pasillo, les introdujo en una amplia y desguarnecida estancia, con desvencijada y sucia chimenea, en la que una débil lumbrera se afanaba en vano por animarse, pero que se extinguía rápidamente al influjo desalentador del lugar. Al cabo de una hora, sirvióse a los viajeros una mezquina ración de pescado y una lonja de carne, despachadas las cuales, Mr. Pickwick y Mr. Pedro Magnus acercaron sus sillas al fuego, y luego de mandar traer una botella del peor y más caro oportó, en beneficio de la casa, bebieron agua y aguardiente para atender al suyo propio.

Mr. Pedro Magnus era comunicativo por naturaleza, y el agua y el aguardiente operaron la maravilla de sacar a relucir los más escondidos secretos de su alma.

Después de producir varias referencias acerca de sí mismo, de su familia, de sus parientes,

amigos y relaciones, de sus bromas, negocios y hermanos (todos los parlanchines se complacen grandemente en mencionar a sus hermanos), contempló Mr. Pedro Magnus a Mr. Pickwick por algunos minutos a través de sus lentes azules, y dijo con aire de modestia:

—¿Y qué piensa usted..., qué piensa usted, Mr. Pickwick..., qué me trae aquí?

—Le aseguro —dijo Mr. Pickwick— que no puedo adivinarlo: negocios tal vez.

—Acierta usted en parte —replicó Mr. Pedro Magnus—; pero yerra en parte al mismo tiempo.

—Pues —dijo Mr. Pickwick— me entrego a su albedrío, y puede decírmelo o no, según tenga por conveniente, porque no he de adivinarlo aunque me pase la noche intentándolo.

—Vaya, pues... ¡je, je! —dijo Mr. Pedro Magnus, sonriendo tímidamente—. ¿Qué pensaría usted, Mr. Pickwick, si yo hubiera venido aquí para hacer una declaración? ¡Je, je!

—¿Qué pensaría? Pues que saldrá usted airoso, casi seguramente —replicó Mr. Pickwick con una de sus sonrisas más joviales.

—¡Ah! —dijo Mr. Magnus—. ¿Pero lo cree usted así, Mr. Pickwick? ¿Lo cree usted, realmente?

—Ciertamente —dijo Mr. Pickwick.

—No; usted se chancea.

—Nada de eso.

—Bien; pues entonces —dijo Mr. Magnus—, para confiarle un secretillo, le diré que yo también lo creo así. No me arredra el decirle, Mr. Pickwick, aunque soy por naturaleza celoso... terriblemente celoso, que la dama se halla en esta casa.

Quitóse los lentes Mr. Magnus para hacer unos cuantos guiños y se los encajó nuevamente.

—Por eso se escapaba usted de aquí tantas veces antes de cenar —dijo Mr. Pickwick, enarcando las cejas.

—¡Chist...! Acierta usted... Era por eso; mas no para cometer la imprudencia de verla, ¡por supuesto!

—¿No?

—No; no sería conveniente, ¿sabe usted?, así, acabado de llegar. Espero a mañana, sir; así tendré dobles probabilidades de éxito. Mr. Pickwick, sir, hay un traje en ese saco y un sombrero en esa caja que son inapreciables por el efecto que han de producir.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Mr. Pickwick.

—Sí; ya habrá notado usted la inquietud en que me ha tenido todo el día. No creo que puedan comprarse por dinero un traje y un sombrero semejantes, Mr. Pickwick.

Felicitó Mr. Pickwick por su adquisición al venturoso propietario de aquellas prendas irresistibles, mientras que Mr. Pedro Magnus permaneció algunos momentos en muda contemplación.

—Es una hermosa mujer —dijo Mr. Magnus.

—Sí, ¿eh? —dijo Mr. Pickwick.

—Mucho —dijo Mr. Magnus—, mucho. Vive a veinte millas de aquí, Mr. Pickwick. He sabido que había de permanecer aquí esta noche y toda la mañana de mañana, y he venido para pescar la oportunidad. Yo creo que una fonda es buen sitio para declararse a una mujer que está sola, Mr. Pickwick. Pienso que hallándose de viaje ha de percibir menos su soledad que en su casa. ¿Qué opina usted, Mr. Pickwick?

—Creo que es muy probable —replicó el caballero.

—Dispéñseme, Mr. Pickwick —dijo Mr. Pedro Magnus—; Pero soy algo curioso de mío: ¿a qué puede usted haber venido?

—Para un asunto mucho menos grato —replicó Mr. Pickwick poniéndose encarnado al recordarlo—. He venido aquí a denunciar la impostura y falsedad de un ser en cuyo honor y veracidad confié ciegamente.

—¡Santo Dios! —dijo Mr. Pedro Magnus—. Sí que es desapacible. Se trata de una dama, supongo, ¿eh? ¡Ah! ¡Pérfida, Mr. Pickwick, pér-

fida! Bueno, Mr. Pickwick, no quiero por nada del mundo excitar su dolor. Penosos asuntos, sir, muy penosos. No se cohiba por mí, Mr. Pickwick, de explayar sus angustias. Yo sé bien lo que es ser burlado por una mujer, sir; he sufrido yo eso tres o cuatro veces.

—Mucho le agradezco su conmiseración por lo que usted supone ser afección de melancolía —dijo Mr. Pickwick, dando cuerda a su reloj y dejándolo sobre la mesa—; pero...

—No, no —dijo Mr. Pedro Magnus—; no me diga nada: es un asunto enojoso. Ya comprendo, ya comprendo. ¿Qué hora es, Mr. Pickwick?

—Más de las doce.

—¡Caramba! Ya es hora de irse a la cama. Hice mal en sentarme aquí. Mañana voy a estar pálido, Mr. Pickwick.

Ante la sola presunción de semejante calamidad Mr. Magnus tiró de la campanilla en demanda de la camarera, y una vez transportados a su dormitorio el saco de correas, el saco rojo, la sombrerera y el envoltorio pardo, en-

caminóse, provisto de un barnizado candelero rojo, hacia uno de los extremos de la casa, en tanto que Mr. Pickwick, con otro candelero barnizado, era conducido hacia el opuesto lado, cruzando al paso por un dédalo de tortuosos pasadizos.

—Éste es su cuarto, sir —dijo la camarera.

—Muy bien —replicó Mr. Pickwick, mirando a su alrededor.

Era una habitación bastante capaz, con una chimenea encendida y dos camas; su apariencia, en suma, era más confortable de lo que Mr. Pickwick pudiera esperar, dado el concepto que se había formado acerca del alojamiento en El Gran Caballo Blanco.

—¿Por supuesto que no duerme nadie en la otra cama?

—¡Oh, no, sir!

—Muy bien. Diga a mi criado que mañana a las ocho y media me suba agua caliente y que esta noche no le necesito.

—Bien, sir.

Y después de dar las buenas noches a Mr. Pickwick, retiróse la camarera, dejándole solo.

Sentóse Mr. Pickwick en una silla ante el fuego y se perdió en una serie de perezosas meditaciones. Pensó primero en sus amigos, y se preguntó cuándo vendrían a reunirse con él; en seguida asaltó su mente el recuerdo de Martha Bardell, pasando su imaginación, por asociación natural, a la inmunda oficina de Dodson y Fogg. De Dodson y Fogg se escapó por la tangente al mismo centro y médula de la historia del cliente raro, y tornó luego a El Gran Caballo Blanco de Ipswich, conservando bastante clarividencia para convencerse de que estaba quedándose dormido. Levantóse, en consecuencia, y empezaba a desnudarse, cuando recordó que había dejado su reloj en la mesa del gabinete del piso bajo.

Era este reloj un objeto predilecto de Mr. Pickwick, por haberlo llevado en su chaleco durante muchos más años de los que tendríamos derecho a consignar ahora. Jamás había

concebido su mente la posibilidad de meterse en la cama sin sentir el suave tictac bajo su almohada, o en la relojera, sobre su cabeza. Y como era algo tarde y no podía llamar a hora tan avanzada de la noche, deslizóse en la casaca de que acababa de despojarse y, tomando el barnizado candelero, bajó despacio la escalera.

Cuantas más escaleras bajaba, más parecía tener que bajar; al llegar Mr. Pickwick a cierto angosto pasillo, empezaba ya a felicitarse de haber pisado la planta baja, cuando apareció ante sus ojos atónitos otro tramo de escaleras. Por fin hallóse en un patio empedrado que recordaba haber visto al entrar en la posada. Cruzó pasillos y pasillos en su afanosa exploración; asomóse a una y otra estancia, y cuando, ya desesperado, se hallaba a punto de dar por terminada su pesquisa, abrió la puerta del mismo gabinete en que había consumido la velada y vio sobre la mesa su extraviada prenda. Tomó el reloj triunfante Mr. Pickwick y volvió sobre sus pasos hacia el dormitorio. Si en su marcha

descendente habíanle asaltado dificultades e incertidumbres, su viaje de retorno se le hacía infinitamente más complicado. Filas de puertas guarnecidas de botas de todas formas, hechuras y tamaños aparecían en varias direcciones. Más de una docena de veces levantó suavemente el picaporte de algún dormitorio, cuya puerta creía reconocer como la suya, y otras tantas oyó alguna voz malhumorada que decía desde dentro: «¿Quién demonios anda ahí?», o «¿Qué busca usted aquí? », que le hizo deslizarse de puntillas, con celeridad sorprendente. Ya estaba en los linderos de la desesperación, cuando llamó su atención una puerta abierta; asomóse al punto. Al fin era aquélla: allí estaban las dos camas, cuya posición recordaba perfectamente, y el fuego vivo aún. La vela, va bastante corta cuando se la dieron, habíase consumido en las corrientes de aire y se deshizo en la palmatoria en el momento de cerrar la puerta.

—No importa —dijo Mr. Pickwick—; puedo desnudarme con el resplandor de la chimenea.

Las camas estaban colocadas una a cada lado de la puerta y en el espacio comprendido entre ellas y la pared había un estrecho callejón que terminaba en una tosca silla, así dispuesta para que la persona pudiera subir o bajar de la cama por aquel lado, si el caballero o la dama juzgábanlo necesario. Después de correr Mr. Pickwick las cortinas de la cama sentóse en la tosca silla y procedió a despojarse con toda cachaza de sus botas y polainas. Quitóse y dobló la levita, el chaleco y la corbata, y desdoblado lentamente su emborlado gorro de dormir, ajustóselo firmemente en la cabeza atando por debajo de su barba las cintas de que siempre tenía provista esta prenda. En aquel momento sobrevino a pensamiento lo absurdo de su reciente confusión. Repantingado en la silla, rió Mr. Pickwick de tan buena gana, que cualquier hombre normal hubiérase regocijado al ver las sonrisas, que dilataban sus bondadosos rasgos, temblar retozonas bajo el gorro de dormir.

—Está bueno esto —se dijo a sí mismo Mr. Pickwick, riendo hasta casi hacer saltar las cintas del gorro—, está bueno esto de haberme perdido y haber andado todas las escaleras. Chusco, muy chusco.

Sonrió en esto Mr. Pickwick con más gana aún que antes, y se disponía a continuar desnudándose con el mejor humor del mundo, cuando vino a interrumpirle algo inesperado: nada menos que la entrada en el cuarto de una persona con una palmatoria, que, cerrando la puerta tras de sí, dirigióse al tocador y dejó en él la luz.

La sonrisa que jugueteaba por el rostro de Mr. Pickwick trocóse al instante en una mueca de estupefacción y maravilla. La persona, quienquiera que fuese, habíase introducido tan repentinamente y con tal sigilo, que no le había dejado tiempo para gritar u oponerse a la entrada. ¿Quién podría ser? ¿Un ladrón? Tal vez un ente avieso que le habría visto subirlas esca-

leras con un magnífico reloj en la mano. ¿Qué debería hacer?

Para que Mr. Pickwick lograra echar una ojeada sobre el misterioso visitante, sin riesgo de ser descubierto, no tenía otro medio que deslizarse a la cama y asomarse furtivamente entre las cortinas del lado opuesto. Manteniendo las cortinas cuidadosamente cerradas con las manos, de modo que sólo podía vérsese la cara y el gorro, y calándose los lentes, hizo coraje y miró hacia fuera.

A Punto estuvo de desmayarse, vencido por el horror y el anonadamiento. De pie, frente al espejo, veíase a una dama de mediana edad, con amarillos rizadores de papel, ocupada en la faena de atusar lo que las señoras llaman los «abuelos». Aunque allí hubiera entrado por distracción, era obvio que se proponía pasar allí la noche, porque había traído consigo una lamparilla con pantalla, que colocara por precaución, digna de alabanza, contra el fuego, dentro de un aguamanil, en el suelo, desde donde lan-

zaba sus destellos como un faro gigantesco sobre una pequeñísima extensión de agua.

«¡Dios me valga!», pensó Mr. Pickwick, «qué cosa más espantosa!».

—¡Ejem! —dejó oír la señora.

Y la cabeza de Mr. Pickwick se ocultó con automática presteza.

«Jamás me ocurrió nada tan horrible», pensó el pobre Mr. Pickwick, cuyo frío sudor brotaba en gotas sobre el gorro. «Nunca. Esto es horroroso.»

Era imposible resistir el deseo apremiante de ver lo que iba a pasar, y, en consecuencia, sacó de nuevo la cabeza Mr. Pickwick. El porvenir se ofrecía más alarmante aún. La madura señora había terminado el arreglo de su cabellera y, después de cubrirla con una cofia nocturna de muselina de rizados bordes, estábase contemplando el fuego con aire pensativo.

«Esto se está poniendo grave», razonó para sí Mr. Pickwick. «No puedo consentir que las cosas vayan por este camino. Por el confiado

abandono que se ve en esta señora, considero indudable que me he equivocado de habitación. Si llamo, esta mujer va a alarmar la casa; pero si me quedo quieto, las consecuencias pueden ser peores aún.»

No habrá que decir que Mr. Pickwick era uno de los seres más honestos y delicados del mundo. La sola idea de mostrarse ante una señora con el gorro de dormir le sobrecogía; mas las condenadas cintas del mismo se habían hecho un nudo y érale imposible librarse de ellas. La advertencia era imprescindible. Sólo había un modo de hacerla. Ocultóse entre las cortinas, y dijo muy alto:

—i Eh, eh!

El sobresalto de la dama ante el ruido inesperado se evidenció, porque dejó caer la pantalla de la lámpara nocturna; mas debió persuadirse de que aquello había sido una simple alucinación de su fantasía, porque, al aventurarse Mr. Pickwick a asomar la cabeza, creyéndola

desmayada y petrificada por el terror, la vio contemplando el fuego, pensativa, como antes.

«Es una mujer extraordinaria», pensó Mr. Pickwick, ocultándose de nuevo. «¡Eh, eh!»

Estas últimas voces, que tanto se parecían a aquellas, según nos refiere la leyenda, de que se valía el gigante Blunderbore para comunicar sus órdenes, fueron demasiado perceptibles para que pudiera tomárselas por meras falacias de la imaginación.

—¡Cielos! —dijo la dama—. ¿Qué es esto?

—Es... es... nada más que un caballero, señora —dijo Mr. Pickwick, desde el interior.

—¡Un caballero! —dijo la señora, gritando aterrada.

«Llegó el momento», pensó Mr. Pickwick.

—¡Un desconocido! —exclamó frenéticamente la dama.

Un instante más, y la casa se ponía en conmoción. Los vestidos dejaron oír su roce sonoro al acercarse la señora a la puerta.

—¡Señora! —dijo Mr. Pickwick, asomando la cabeza, a punto ya de desesperarse—. ¡Señora!

Y aunque ningún propósito preconcebido impulsara a Mr. Pickwick a sacar la cabeza en aquel momento, no dejó de producir al instante un feliz resultado. La señora, según hemos dicho ya, estaba junto a la puerta. Hubiérala ya cruzado sin duda alguna, para ganar la escalera, si la aparición súbita del gorro de Mr. Pickwick no la hubiese hecho retroceder hasta el rincón extremo del cuarto, donde se quedó mirando estupefacta a Mr. Pickwick, mientras que Mr. Pickwick contemplábala estupefacto también.

—¡Miserable! —dijo la señora, tapándose el rostro con las manos—. ¿Qué busca usted aquí?

—Nada, señora, nada —dijo, afanoso, Mr. Pickwick.

—¿Nada? —dijo la señora mirándole con altanería.

—Nada, señora, por mi honor —dijo Mr. Pickwick, sacudiendo su cabeza con tanta ener-

gía que hizo danzar de nuevo la borla del gorro—. Me anonada, señora, la vergüenza que me produce dirigirme a una dama hallándome en gorro de dormir —la señora se arrancó el suyo a toda prisa—, pero no me lo puedo quitar —y en prueba de su aserto dióse un fuerte tirón del gorro Mr. Pickwick—. No dudo, señora, que me he equivocado de habitación. No llevaba aquí ni cinco minutos cuando usted entró.

—Suponiendo que sea cierta esa historia inverosímil —dijo la dama, suspirando agitada—, tiene usted que abandonar el cuarto al instante.

—Lo haré, señora, con el mayor gusto —replicó Mr. Pickwick.

—Al instante, sir —dijo la dama.

—Sin duda, señora —se apresuró a decirle Mr. Pickwick—. Sin duda, señora. Yo..., yo ..., deploro, señora —dijo Mr. Pickwick, mostrándose a los pies de la cama—, haber sido la causa inocente de esta alarma y conmoción; lo deploro profundamente, señora.

La señora le señaló la puerta. Una de las más preeminentes cualidades de Mr. Pickwick se puso gallardamente de manifiesto en tan críticas circunstancias, pues no obstante haberse calado el sombrero sobre el gorro en la guisa de los antiguos corchetes y de llevar en la mano sus botas y polainas y bajo el brazo la levita y el chaleco, no podía abandonarse su innata galantería.

—Lo siento con toda mi alma, señora —dijo Mr. Pickwick, haciendo una profunda reverencia.

—Si es así, sir, saldrá usted sin demora de la estancia —dijo la dama.

—Inmediatamente, señora; al instante, señora —dijo Mr. Pickwick, abriendo la puerta y dejando caer las dos botas con estrépito.

»Confío, señora —prosiguió Mr. Pickwick, recogiendo sus botas y volviéndose al punto para hacer otra reverencia—; confío, señora, en que mi conducta irreprochable y la devoción

que su sexo me inspira podrán disculpar lo ocurrido en cierto modo.

Pero antes de que terminase Mr. Pickwick la frase habíale empujado la señora al pasillo, cerrando la puerta y echando el cerrojo.

Aunque tuviese Mr. Pickwick motivos para felicitarse por haber escapado tan suavemente de su embarazosa situación pasada, no era muy envidiable la que a la sazón corría. Veíase solo en un pasillo, a medio vestir, en casa extraña y en plena noche; no era probable que en la más absoluta oscuridad pudiera encontrar el camino de su habitación, no habiéndole sido posible descubrirlo con auxilio de luz; y si en sus pesquisas infructuosas llegaba a producir el más leve ruido, no parecía difícil recibiera un tiro y aun que fuera asesinado por cualquier viajero que se hallara despierto. No le quedaba otro recurso que permanecer allí hasta que viniera el día. Así, pues, avanzando algunos pasos a lo largo del pasillo y sufriendo no poco sobresalto por haber tropezado al hacerlo con varios pares

de botas, acurrucóse en un pequeño hueco que la pared hacía y se dispuso a esperar la mañana con todo el estoicismo de que era capaz. Mas no le condenaba el destino a sufrir esta prueba de paciencia, porque no llevaba mucho tiempo en su nuevo escondite cuando vio, con horror indescriptible, aparecer a un hombre con una luz por el extremo del pasillo. Su espanto trocóse pronto, sin embargo, en alegría al reconocer a su fiel servidor. Era, en efecto, aquel hombre Mr. Samuel Weller, que, después de haber permanecido hasta tan tarde de charla con el limpiabotas, que tenía que esperar el correo, se retiraba a descansar.

—Sam —dijo Mr. Pickwick apareciendo de repente—, ¿dónde está mi cuarto?

Mr. Weller contempló a su amo con la más acentuada sorpresa, y sólo después que le repitiera por tres veces sucesivas la pregunta giró en redondo y le guió hacia la estancia que con tanto afán buscaba.

—Sam —dijo Mr. Pickwick al meterse en la cama—, he sufrido esta noche la más rara equivocación que he oído en mi vida.

—No me extrañaría, sir —repitió secamente Mr. Weller.

—Pero estoy resuelto, Sam —dijo Mr. Pickwick—, aunque tuviera que pasar en esta casa seis meses, a no aventurarme a andar solo por ella otra vez.

—Ésa es la resolución más prudente que podría usted tomar, sir —replicó Mr. Weller—. Necesita usted que haya quien mire por usted cuando su juicio se marcha de visita.

—¿Qué quieres decir con eso, Sam? —dijo Mr. Pickwick.

Incorporóse en la cama y extendió la mano, como si fuera a decir algo más; pero, reprimiéndose bruscamente, se volvió del otro lado y dio a su criado las buenas noches.

—Buenas noches, sir —replicó Mr. Weller.

Detúvose al salir al pasillo..., movió la cabeza., siguió andando..., paróse otra vez..., apagó

la luz..., sacudió de nuevo la cabeza, y, por fin, encaminóse a su cuarto lentamente, sumido en las más profundas meditaciones.

23. EN EL CUAL MR. SAMUEL WELLER COMIENZA A DEDICAR SUS ENERGÍAS AL DUELO DE REVANCHA CONTRA MR. TROTTER

En una pequeña estancia, próxima a la cuadra, a la hora temprana de la mañana que se iniciara por la aventura de Mr. Pickwick con la dama cuarentona de los rizadores amarillos, hallábase sentado Mr. Weller padre y ocupado en los preparativos de su viaje a Londres. La actitud en que se ofrecía en aquel momento era notoriamente adecuada para que se le hiciera un retrato.

Tal vez en pasadas épocas de su carrera podría haber lucido Mr. Weller una silueta de rasgos uniformes y precisos. Pero su rostro habíase ensanchado bajo la influencia de la buena vida y de su genuina tendencia a la resignación; sus líneas carnosas y pronunciadas tanto se habían excedido de sus límites prístinos, que, a menos de contemplar su faz de lle-

no, habíase difícil percibir otra cosa que la punta de una rubicunda nariz. El mentón había adquirido, por la misma causa, esa forma imponente y grave que suele describirse anteponiendo la palabra «sota» al vocablo significativo de tan expresivo rasgo; su tez ostentaba esa abigarrada combinación de colores que sólo puede advertirse en personas de su profesión y en el rosbif cuando se sirve por debajo del punto. Tenía una bufanda carmesí de viaje arrollada a su cuello, que se adaptaba con tan imperceptible gradación a la sotabarba, que era difícil distinguir los pliegues de la una de los de la otra. Montaba sobre la bufanda un largo chaleco de anchas listas rojas y cubría a éste una casaca verde de holgados faldones, exornada con grandes botones de latón, de los cuales los dos que guarnecían el chaleco se hallaban tan distanciados, que nadie había podido verlos a la vez. Su cabello, negro, liso y corto, apenas sobresalía de las grandes alas de su sombrero de aplastada copa. Llevaba sus piernas aprisiona-

das en calzones encordelados y medias botas revueltas, y una cadena de reloj de cobre rematada por una leontina y una llave del mismo metal pendía libre de su voluminoso abdomen.

Hemos dicho que Mr. Weller se ocupaba en preparar su viaje a Londres, y, en efecto, se hallaba tomando un tentempié. Sobre la mesa que ante sí tenía había un jarro de cerveza, una lonja de vaca fiambre y un pan de respetables dimensiones, a cada uno de los cuales supo atender Mr. Weller alternativamente y sin la menor parcialidad. Acababa de cortar una rebanada de pan, cuando el ruido de los pasos de alguno que entraba le hizo levantar la cabeza, y vio a su hijo.

—Buenos días, Sammy —dijo el padre.

El hijo acercóse al jarro de cerveza y, después de un movimiento de cabeza, echó un trago prolongado por toda respuesta.

—Sorbes bastante bien, Sammy —dijo Mr. Weller, mirando hacia el interior del jarro, luego que su primogénito lo dejó sobre la mesa

medio vacío—. Hubieras hecho la gran ostra si hubieras nacido en ese reino.

—Sí; apuesto cualquier cosa a que me hubiera dado la gran vida —replicó Sam, cayendo furiosamente sobre el fiambre.

—Siento mucho, Sammy —dijo Mr. Weller padre, agitando la cerveza y describiendo pequeños círculos con el jarro, disponiéndose a beber—, siento mucho haber sabido por ti mismo que te has dejado sopapear por el castaño. Hasta trece días estuve en la creencia de que las palabras Weller y sopapeo no podían andar juntas nunca, Sammy.

—Exceptuando el caso de una viuda, por supuesto —dijo Sam.

—Las viudas, Sammy —replicó Mr. Weller, demudándose ligeramente—, las viudas quiebran todas las reglas. He oído calcular el número de mujeres normales que harían falta para hacerse contigo tan pronto como una sola viuda. Creo que son veinticinco; pero aún creo que hagan falta más.

—¡Ah, sí, ya lo creo! —dijo Sam.

—Además —prosiguió Mr. Weller, sin fijarse en la interrupción— es una cosa muy distinta. Ya sabes, Sammy, lo que dijo aquel abogado que defendió a uno que pegaba a su mujer con el hurgón siempre que se ponía a medios pelos: «Después de todo, señor, no se trata más que de una inocente debilidad». Eso digo yo de las viudas, Sammy, y eso dirás tú cuando tengas mi edad.

—Yo me las hubiera arreglado mejor —dijo Sam.

—¡Me las hubiera arreglado mejor! —repitió Mr. Weller, dando en la mesa un puñetazo—. ¡Arreglado mejor! Yo sé de un mozalbete que no ha tenido la mitad ni la cuarta parte siquiera de tu educación, que no ha dormido en los mercados ni siquiera seis meses y que se hubiera sonrojado de caer de esa manera; sonrojado, Sammy.

En la vehemencia despertada por esta reflexión desconsoladora, tiró de la campanilla Mr. Weller y pidió otro jarro de cerveza.

—Bien; no hay para qué hablar de esto ahora —dijo Sam—. Ya está hecho y no tiene remedio, lo cual es un consuelo, como suelen decir en Turquía cuando por error le cortan la cabeza a un inocente. Estoy convencido, mi señor, de que en cuanto me eche a la cara a ese Trotter va a ver lo que es bueno.

—Así lo espero, Sammy —replicó Mr. Weller—. Ésta es tu ocasión, Sammy, y ya puedes darte prisa para lavar el baldón que ha caído sobre el nombre de la familia.

Para festejar tal discurso bebió Mr. Weller de un trago dos tercios por lo menos del nuevo jarro y lo pasó a su hijo para que despachara el resto, lo que llevó a cabo instantáneamente.

—Y ahora, Sammy —dijo Mr. Weller, consultando el reloj de dos esferas que colgaba del extremo de la cadena de cobre—, ya es hora de que suba a la oficina para tomar la hoja de ruta

y ver cargar el coche; porque los coches, Sammy, como los cañones, requieren mucho cuidado para ser cargados antes de dispararse.

Sonrió Mr. Weller hijo con aire filial a esta paternal humorada del oficio. Su venerado padre siguió diciendo en tono solemne:

—Voy a separarme de ti, Samivel, hijo mío, y no sé cuándo te veré otra vez; tu madrastra puede aniquilarme; pueden suceder mil cosas antes de que recibas noticias del famoso Mr. Weller de la «Bell Savage». El nombre de la familia descansa en ti, Samivel, y yo espero que procederás como es tu deber. En cuanto a los demás detalles de la vida, sé que puedo confiar en ti como en mí mismo. Así, pues, sólo me resta hacerte una ligera advertencia. Si por acaso llegas a los cincuenta y se te ocurre casarte con alguien, sea quien sea, enciérrate al instante en tu habitación, si es que tienes alguna, y envenénate. Ahorcarse es demasiado vulgar, así que nada de eso. Envenénate, Samivel, hijo mío, y ya verás cómo quedas contento.

Con estas conmovedoras palabras miró fijamente Mr. Weller a su hijo, y girando pausadamente sobre los talones desapareció de su vista.

Con el meditabundo talante que estas palabras le hicieron adoptar salió Mr. Weller de El Gran Caballo Blanco luego que su padre se hubo marchado, y enderezando sus pasos hacia la iglesia de San Clemente, trató de disipar su melancolía dejándose ir por sus vetustos aledaños. Algún tiempo hacía que rondaba por allí, cuando se halló en un lugar apartado: una especie de patio de severa apariencia, que advirtió no tenía otra salida que aquella por la que él había entrado. Disponíase a volver sobre sus pasos, cuando se sintió clavado al suelo por una súbita aparición, aparición cuyo aspecto y figura vamos a describir.

Absorto en sus divagaciones, estábase contemplando Mr. Weller los viejos edificios de ladrillo, echando miradas distraídas sobre cierta lozana criada que ora levantaba un visillo,

ora abría de par en par la ventana de un dormitorio, cuando la puerta verde de un jardín situado en el fondo del patio abrióse de pronto, dando salida a un hombre que la cerró cuidadosamente tras de sí y se dirigió apresuradamente hacia el sitio en que estaba Mr. Weller.

Ahora bien; si esto se considera meramente como un hecho aislado y exento de circunstancias accesorias, no había en ello nada de extraordinario; porque en todas partes del mundo hay hombres que salen de jardines, que cierran las verjas tras ellos y que emprenden marcha apresurada sin que llamen la atención de nadie. Es, pues, evidente que debía de haber algo en el hombre, en su persona o en su aire, o en ambos, para que atrajera la curiosidad de Mr. Weller: Si habíalo o no, el lector habrá de resolverlo cuando se haya descrito fielmente la actuación del individuo en cuestión.

Al cerrar el hombre tras sí la verja verde, marchó, como ya hemos dicho dos veces, con paso apresurado hacia la salida del patio; mas

no bien advirtió a Mr. Weller, vaciló, paróse un momento, cual si dudara qué partido tomar. Como había cerrado la puerta verde y no había otra salida que la de enfrente, no tardó en comprender que para pasar era preciso que se quitase de en medio Mr. Weller. Reanudó, no obstante, su rápida marcha, mirando resuelto hacia adelante. Lo más raro del caso es que el hombre contraía su rostro, que dibujaba las más espantosas y extrañas muecas del mundo. Nunca viéronse las líneas naturales desfiguradas por artificio escultórico tan original como el que aquel hombre impuso en un momento a su fisonomía.

«Bien», se dijo Mr. Weller al ver acercarse a aquel hombre. «Es particular. Juraría que es él».

Iba el hombre acercándose, y cuanto más avanzaba más espantosas eran las contorsiones de su rostro.

—Respondería de ese pelo y de esa levita castaña —dijo Mr. Weller—; pero lo que es esa cara, no he visto otra igual en mi vida.

Al decir esto Mr. Weller, tomaron las facciones del hombre un mohín extraterreno verdaderamente repulsivo. No tuvo más remedio que pasar junto a Mr. Weller, cuya escrutadora mirada logró descubrir bajo las desconcertantes torsiones de aquella faz algo demasiado parecido a los ojuelos de Mr. Job Trotter, para creerse víctima de un error.

—¡Hola, sir! —exclamó Sam, furioso.

El hombre se paró.

—¡Hola! —repitió Sam con mayor vehemencia aún.

El hombre de cara repulsiva miró con gran sorpresa a un extremo del patio, a todas las ventanas de las casas circundantes... a todas partes menos hacia Sam Weller, y daba un paso hacia delante, cuando le detuvo otra nueva llamada.

—¡Eh, sir! —dijo Sam por tercera vez.

Ahora no había error posible respecto a la procedencia de la voz, y el hombre no tuvo más

remedio que dirigir su mirada francamente al rostro de Sam Weller.

—Eso no viene a cuento, Job Trotter —dijo Sam—. ¡Vaya! Nada de tonterías. No es usted tan bonito que pueda permitirse ocultar ninguna de sus buenas partes. Haga el favor de traer sus ojos del cogote a su sitio si no quiere que yo se los saque de la cabeza. ¿Oye usted?

Comprendiendo que Mr. Weller estaba dispuesto a proceder según anunciaban sus palabras, hizo Mr. Trotter recobrar a su cara la expresión natural, y marcando un ademán de alegría, exclamó:

—¿Qué es lo que veo? ¡Mr. Walker!

—¡Ah! —replicó Sam—. ¿Se alegra usted mucho de verme, verdad?

—¡Alegrarme! —exclamó Job Trotter—. ¡Oh, Mr. Walker, si usted supiera cuánto he buscado esta entrevista! Es demasiado, Mr. Walker: no puedo más, no puedo.

Y con estas palabras rompió Mr. Trotter en un respetable flujo de lágrimas, y echando sus

brazos a Mr. Weller, le abrazó estrechamente en un espasmo de alegría.

—¡Fuera! —gritó Sam, indignado por semejantes extremos, pugnando por zafarse de la aprehensión del entusiasta amigo—. ¡Fuera digo! ¿Para qué viene a llorarme encima, regadera mecánica?

—Porque estoy contentísimo de verle —replicó Mr. Trotter, soltando poco a poco a Mr. Weller en cuanto vio que empezaban a desvanecerse los síntomas belicosos—. ¡Oh, Mr. Walker, es demasiado!

—¡Demasiado! —repitió Sam—. Eso creo yo: que es demasiado. ¿Y ahora qué es lo que tiene usted que decirme, eh?

Mr. Trotter no respondió, porque el diminuto pañuelo rojo funcionaba a toda máquina.

—¿Qué es lo que piensa usted decirme, antes de que yo le quite la cabeza? —repitió Mr. Weller en tono amenazador.

—¡Cómo! —dijo Mr. Trotter con gesto de resignada sorpresa. —¿Qué es lo que va usted a decirme?

—¿Yo, Mr. Walker?

—No me llame Mr. Walker; ni nombre es Weller. Lo sabe usted perfectamente. ¿Qué es lo que va usted a decirme?

—Por Dios, Mr. Walker... digo, Mr. Weller... muchas cosas si quiere usted venir conmigo a alguna parte en que podamos charlar a gusto. ¡Si usted supiera lo que yo le he buscado, Mr. Weller...!

—¿Mucho, verdad? —dijo Sam, secamente.

—Mucho, mucho, sir —replicó Mr. Trotter sin que se moviera un solo rasgo de su cara—. Pero vengan esas manos, Mr. Weller.

Contempló Sam a su compañero por espacio de unos segundos, y de pronto, como obedeciendo a un súbito impulso, accedió a lo que se le pedía.

—¿Cómo —dijo Job Trotter cuando ya salían juntos—, cómo está su querido amo? ¡Oh, es un

hombre dignísimo, Mr. Weller! ¿Espero que no cogería un catarro aquella noche terrible, sir?

Cruzó por los ojos de Mr. Trotter al decir esto un relámpago fugacísimo de profunda malicia, que produjo un estremecimiento en el puño crispado de Mr. Weller, infundiéndole el deseo ardiente de hacérselo sentir al otro en las costillas. Contúvose, sin embargo, Mr. Weller, y respondió que su amo estaba perfectamente.

—Me alegro mucho —replicó Mr. Trotter—. ¿Está aquí?

—¿Está el de usted? —preguntó Sam, por toda respuesta.

—Sí, está aquí, y lamento tener que decirle que está peor que nunca.

—¡Ah ...! —dijo Sam.

—¡Sí, imposible, tremendo!

—¿En un pensionado?

—No, no en un colegio —replicó Job Trotter, con el mismo gesto malicioso que antes impresionara a Sam—. No en un colegio.

—¿En la casa de la puerta verde? —dijo Sam, mirando de cerca a su compañero.

—No, no; allí, no —replicó Job con una precipitación desacostumbrada en él—; allí, no.

—¿Qué hacía usted allí? —preguntó Sam, con perspicaz mirada—. ¿Se encontró usted sin saber cómo del otro lado de la puerta?

—Vaya, Mr. Weller —replicó Job—, no me importa comunicarle mis secretillos, porque, como usted sabe, nos tomamos gran apego cuando nos vimos por primera vez. ¿No recuerda usted lo agradablemente que lo pasamos aquella mañana?

—Sí —dijo Sam, impaciente—. Recuerdo. Bueno.

—Bueno —respondió Job, hablando con gran precisión y en el grave tono de un hombre que comunica un importante secreto—; en esa casa de la puerta verde, Mr. Weller, se albergan muchas buenas criadas.

—Así lo creo por lo que he visto —interpuso Sam.

—Sí —prosiguió Mr. Trotter—, y una de ellas es una cocinera que ha ahorrado algún dinero, Mr. Weller, y desea, si puede establecerse, abrir una tiendecita en cosa de cerería.

—¿Sí?

—Sí, Mr. Weller. Pues bien, sir, la vi en una capilla a la que yo voy. Hay en esta ciudad, Mr. Weller, una capillita muy aseada, donde cantan la colección número cuatro de himnos que llevo generalmente conmigo en un librito que tal vez haya usted visto en mis manos; y entré en intimidad con ella, Mr. Weller, y de aquí nació una amistad entre nosotros, y puedo aventurarme a decir, Mr. Weller, que voy a ser el cerero.

—¡Ah, y hará usted un cerero muy complaciente! —replicó Sam, mirando a Job con aire de intenso disgusto.

—La gran ventaja de esto, Mr. Weller —continuó Job, cuyos ojos se llenaban de lágrimas al hablar—, será permitirme abandonar este desdichado empleo, al lado de ese mal hombre, y dedicarme a una vida mejor y más

honrada; mucho más en armonía con la educación que se me había dado, Mr. Weller.

—Por fuerza tiene usted que haber recibido una educación exquisita —dijo Sam.

—¡Oh, mucho, Mr. Weller, mucho! —replicó Job.

Ante la remembranza de la pureza de sus días juveniles, Mr. Trotter sacó el pañuelo rojo y lloró copiosamente.

—Debe usted de haber sido un chico verdaderamente encantador para ir con usted a la escuela —dijo Sam.

—¡Sí que lo fui, sir! —replicó Job, lanzando un profundo suspiro—. Yo era el ídolo del lugar.

—¡Ah! —dijo Sam—, no me extraña. Debe usted de haber sido un gran consuelo para su bondadosa madre.

Al oír estas palabras, Mr. Job Trotter se introdujo una punta del pañuelo encarnado en cada uno de sus ojos y empezó a llorar a lágrima viva.

—¿Qué le pasa a este hombre? —dijo Sam, indignado—. Los caños de Chelsea no son nada para usted. ¿Por qué se está usted liquidando ahora? ¿Por la conciencia de su villanía?

—No puedo acallar mis emociones, Mr. Weller —dijo Job después de una breve pausa—. ¡Pensar que mi amo pudo sospechar la conversación que tuve con el de usted, que me arrebató en una silla de posta, y que, después de convencer a la tierna doncella para que dijera que no le conocía, y de sobornar a la directora del colegio para que hiciera lo mismo, abandonó a aquélla en busca de otro negocio mejor! ¡Oh! ¡Mr. Weller, me hace estremecer!

—Fue eso lo que ocurrió, ¿verdad? —dijo Mr. Weller.

—Así fue, sin duda —replicó Job.

—Bien —dijo Sam cuando ya iban acercándose al hotel—. Yo quiero charlar un poco con usted, Job; así es que, si no tiene usted compromiso especial, me gustaría ver a usted en El Gran Caballo Blanco esta noche hacia las ocho.

—No faltaré —dijo Job.

—Mejor será —replicó Sam con una mirada muy significativa—; en otro caso podrá ser que fuera a preguntar por usted hacia dentro de la puerta verde, y esto podría contrariarle.

—Le buscaré, seguramente —dijo Mr. Trotter.

Y estrechando con el mayor fervor la mano de Sam, se marchó.

—Ten cuidado, Job Trotter, ten mucho cuidado —dijo Sam, mirándole alejarse—, porque si no, esta vez vas a tener bastante conmigo. A fe que sí.

Después de este soliloquio, y luego que se hubo perdido de vista Job, dirigióse Mr. Weller lo más pronto posible al dormitorio de su amo.

—Todo marcha, sir —dijo Sam.

—¿Qué es lo que marcha, Sam? —pregunto Mr. Pickwick.

—Les he descubierto, sir —dijo Sam.

—¿Descubierto a quién?

—A aquel famoso caballerete y al mocito melancólico del cabello negro.

—¡Imposible, Sam! —dijo Mr. Pickwick con gran vehemencia—. ¿Dónde están, Sam, dónde están?

—¡Chist! —replicó Mr. Weller.

Y mientras ayudaba a vestirse a Mr. Pickwick, detalló el plan de ataque que se proponía desarrollar.

—¿Pero cuándo se va a hacer eso, Sam?

—Todo se hará oportunamente, sir —replicó Sam.

Si se hizo oportunamente o no, podrá verse por lo que sigue.

24. EN EL QUE, POR CONCEBIR CELOS MR. PEDRO MAGNUS E INQUIETUDES LA DAMA, CAEN LOS PICKWICKIANOS EN LAS GARRAS DE LA LEY

Cuando bajó Mr. Pickwick al gabinete en que pasara la velada en compañía de Mr. Pedro Magnus, encontró a éste vistosamente ataviado con todo lo que contenían los dos sacos, la sombrerera de cuero y el pardo envoltorio, y paseándose por la estancia en estado de la mayor agitación.

—Buenos días, sir —dijo Mr. Pedro Magnus—. ¿Qué le parece a usted?

—De gran efecto, realmente —replicó Mr. Pickwick, examinando con sonrisa bondadosa el tocado de Mr. Pedro Magnus.

—Me parece que sí —dijo Mr. Magnus—. Mr. Pickwick, acabo de enviarle mi tarjeta.

—¿Sí? —dijo Mr. Pickwick.

—Y el criado me ha traído recado de que ella me recibirá a las once... a las once, sir. No falta más que un cuarto de hora.

—Poco tiempo falta —dijo Mr. Pickwick.

—Poco —replicó Mr. Magnus—, demasiado poco para estar tranquilo... ¿verdad, Mr. Pickwick?

—En estos casos lo es todo la confianza del éxito —observó Mr. Pickwick.

—Así lo creo, sir —dijo Mr. Pedro Magnus—. Tengo gran confianza, sir. Realmente, no veo por qué, Mr. Pickwick, ha de abrigarse temor en estos casos. ¿Qué es, después de todo, sir? Nada que suponga vergüenza; cuestión de mutua conveniencia, y nada más. De un lado, el marido, y la esposa del otro. Éste es mi juicio sobre el asunto, Mr. Pickwick.

—Es una actitud verdaderamente filosófica —replicó Mr. Pickwick—. Pero el almuerzo aguarda, Mr. Magnus. Vamos.

Sentáronse a almorzar; mas era evidente que Mr. Magnus, a despecho de su jactanciosa pre-

tensión de calma, sufría intensa nervosidad, de la cual eran los síntomas principales la inapetencia, una endiablada propensión a tirar cuanto había en la mesa, los vanos y fúnebres intentos de zumba y una irresistible tendencia a mirar al reloj a cada instante.

—¡Je... je... je! —balbució Mr. Magnus, afectando un optimismo que en vano disimulaba la inquietud que le poseía—. Sólo faltan dos minutos, Mr. Pickwick. ¿Estoy pálido, sir?

—No mucho —respondió Mr. Pickwick.

Transcurrió un breve silencio.

—Dispéñeme, Mr. Pickwick: ¿ha hecho usted en su tiempo algo así? —dijo Mr. Magnus.

—¿Una declaración amorosa, quiere usted decir? —dijo Mr. Pickwick.

—Sí.

—¡Nunca —dijo Mr. Pickwick, con gran energía—, nunca!

—¿Entonces no tendrá usted idea de cómo debe empezarse? —dijo Mr. Magnus.

—¡Psh...! —dijo Mr. Pickwick—. Alguna vez he pensado en esas cosas; pero como nunca las he experimentado, sentiría mucho que usted se guiara por mí.

—Le agradecería mucho que me hiciera alguna indicación, sir —dijo Mr. Magnus, echando otra mirada al reloj, cuya manecilla señalaba casi cinco minutos más de la hora.

—Bien, sir —dijo Mr. Pickwick, con la grave solemnidad que el grande hombre sabía adoptar cuando quería fijar sus ideas de modo indeleble—: empezaría, sir, por dedicar un homenaje a la belleza y preciosas dotes de la dama, y de ahí me desviaría para ocuparme de mi humilde persona.

—Muy bien —dijo Mr. Magnus.

—Humilde para ella sólo, se entiende, sir —prosiguió Mr. Pickwick—. Para mostrarle que yo no estaba huérfano de todo mérito, recapitularía mi vida pasada y expondría mi condición presente. Insinuaría, por ejemplo, que para cualquiera otra podría yo constituir una pro-

porción codiciable. Me explayaría luego en la pintura efusiva de mi amor y en lo acendrado de mi devoción. Tal vez intentara entonces apoderarme de su mano.

—Sí, ya —dijo Mr. Magnus—; ése es un detalle de gran importancia.

—Acto seguido, sir —continuó Mr. Pickwick, cobrando entusiasmo a medida que el tema se le ofrecía cada vez más brillante y tentador—, acto seguido formularía la sencilla y escueta pregunta: «¿Me quiere usted?». Creo no equivocarme al afirmar que en tal momento ella volvería su rostro a otro lado.

—¿Cree usted con seguridad eso? —dijo Mr. Magnus—. Porque si no lo hiciera en el momento oportuno sería desconcertante.

—Creo que sí —dijo Mr. Pickwick—. Ya en esto le oprimiría la mano... y creo..., creo, Mr. Magnus, que después de hacer esto, en el caso de que no me rechazara, retiraría suavemente el pañuelo que, por mi experiencia de la naturaleza humana, presumo que la dama se habría

llevado a los ojos, y le robaría un beso respetuoso. Creo que la besaría, Mr. Magnus; y ya en este punto, sospecho que, si la dama hubiera de aceptarme, murmuraría en mi oído una palabra tímida de consentimiento.

Levantóse Mr. Magnus; contempló en silencio por breves momentos el rostro inteligente de Mr. Pickwick, y como el reloj señalara diez minutos más de la hora, le estrechó la mano con efusión y salió precipitadamente.

Dio Mr. Pickwick varias vueltas por la estancia, y, siguiendo el minuterero su ejemplo en cierto modo, llegaba a apuntar la media cuando la puerta se abrió bruscamente. Volvióse para recibir a Mr. Pedro Magnus y halló en su lugar la cara risueña de Mr. Tupman, el plácido semblante de Mr. Winkle y los inteligentes rasgos de Mr. Snodgrass. Saludábales Mr. Pickwick, cuando entró Mr. Pedro Magnus.

—Amigos míos, el señor de quien les hablaba..., Mr. Magnus —dijo Mr. Pickwick.

—Servidor de ustedes, caballeros —dijo Mr. Magnus, presa de ostensible excitación—. Mr. Pickwick, permítame una palabra, sir

Al decir esto, introdujo Mr. Magnus el índice en el ojal de la levita de Mr. Pickwick y, llevándole aparte, exclamó:

—Felicítame, Mr. Pickwick; seguí su consejo al pie de la letra.

—¿Y resultó acertado, sir? —preguntó Mr. Pickwick.

—Lo fue, sir. No pudo resultar mejor —replicó Mr. Magnus—. Es mía, Mr. Pickwick.

—Pues le felicito con todo mi corazón —replicó Mr. Pickwick, estrechando calurosamente la mano de su nuevo amigo.

—Tiene usted que verla, sir —dijo Mr. Magnus—; por aquí, si hace al favor. Dispénsenme, señores, un instante.

Con esta precipitación sacó Mr. Pedro Magnus del gabinete a Mr. Pickwick. Paróse frente a la puerta inmediata del pasillo y dio un golpe suave en ella.

—Adelante —dijo una voz femenina.

Y entraron.

—Miss Witherfield —dijo Mr. Magnus—. Permítame que le presente a mi amigo Mr. Pickwick. Mr. Pickwick, tengo el gusto de presentar a usted a Miss Witherfield.

Hallábase la dama en el fondo de la estancia. Al hacer la reverencia, Mr. Pickwick sacó sus lentes del bolsillo de su chaleco y se los puso. No bien hizo esto, dejó escapar una exclamación de inusitada sorpresa, retrocediendo algunos pasos, en tanto que la dama, sofocando un grito, se tapó el rostro con las manos y se desplomó en una silla. Quedó inmóvil Mr. Pedro Magnus mirando a uno y a otra, denotando su semblante la mayor estupefacción y horror profundo. Todo esto era verdaderamente extraño; pero es el caso que en cuanto se puso los lentes Mr. Pickwick reconoció en la futura señora Magnus a la dama en cuya estancia habíase introducido tan aturdidamente la noche anterior; y tan pronto como los lentes de Mr. Pick-

wick hubiéronse montado en su nariz, la señora identificó la faz que viera circundada por todos los horrores de un gorro de dormir. Gritó la dama y sobrecogióse Mr. Pickwick.

—¡Mr. Pickwick! —exclamó Mr. Magnus, sin salir de su asombro—. ¿Qué significa esto, sir? ¿Qué es lo que esto significa, sir? —añadió Mr. Magnus en tono amenazador y más elevado.

—Sir —dijo Mr. Pickwick algo indignado por la brusca transición con que Mr. Pedro Magnus había empezado a conjugar en el modo imperativo—, renuncio a contestar a esa pregunta.

—¿Renuncia usted, sir? —dijo Mr. Magnus.

—Renuncio, sir —replicó Mr. Pickwick—. No puedo allanarme a decir palabra que comprometa a esta señora o que despierte en su pecho impresiones enojosas, sin su permiso y consentimiento.

—Miss Witherfield —dijo Mr. Pedro Magnus—, ¿conoce usted a este señor?

—¡Conocerle! —repitió la dama, titubeando.

—Sí, conocerle, señora; digo si le conoce —
repitió Mr. Magnus, furioso.

—Le he visto —contestó la dama.

—¿Dónde? —preguntó Mr. Magnus—.
¿Dónde?

—Eso —dijo la dama, levantándose y afron-
tándole audaz—, eso no he de revelarlo por
nada del mundo.

—Ya lo comprendo, señora —dijo Mr. Pick-
wick—, y respeto su delicadeza; jamás se sabrá
por mí, créame.

—A fe mía, señora —dijo Mr. Magnus—,
que, teniendo en cuenta mi situación respecto
de usted, toma usted este asunto con bastante
tranquilidad... ¡con bastante calma, señora!

—¡Cruel, Mr. Magnus! —dijo la dama.

Y empezó a llorar copiosamente.

—Diríjame a mí sus reproches, sir —
interrumpióle Mr. Pickwick—; de merecerlo
alguien, sólo yo merezco vituperio.

—¡Ah! ¿Sólo usted, verdad? —dijo Mr. Magnus—. Ya veo claro, sir. ¿Renuncia usted a su propósito, no es eso?

—¡A mi propósito! —dijo Mr. Pickwick.

—¡A su propósito, sir! ¡Oh, no me mire, sir! —dijo Mr. Magnus—. Recuerdo sus palabras de anoche, sir. Vino usted aquí para descubrir la impostura y falsedad de un individuo en cuyo honor y veracidad había usted confiado ciegamente... ¿eh?

Aquí dejó escapar un resoplido Mr. Pedro Magnus, y quitándose los lentes azules, quizá por diputarlos inútiles en este acceso de celos, imprimió a sus ojuelos un movimiento circular, verdaderamente espantoso.

—¿Eh? —dijo Mr. Magnus, y secundó el resoplido con redoblada vehemencia—. Pero usted me responderá.

—¿Responder de qué? —dijo Mr. Pickwick.

—¡A usted qué le importa! —repitió Mr. Magnus, midiendo la estancia con paso apretado—. ¡A usted qué le importa!

Algo muy significativo debe de encerrar esta frase de «a usted qué le importa», porque no recordamos haber presenciado una cuestión en la calle, en el teatro, en un café o en cualquiera otra parte, en que no haya figurado como respuesta obligada para todas las demandas agresivas. «¿Es que se tiene usted por caballero?» «¡A usted qué le importa!» «¿He dicho algo a la señorita?» «¡A usted qué le importa!» «¿Es que quiere usted que le rompa la cabeza contra la pared» «¡A usted qué le importa!» Y debe observarse también que parece entrañar cierta secreta burla este universal «a usted qué le importa», porque despierta en el pecho de quien escucha mayor indignación que la más grave injuria.

No queremos decir que esta frase trivial promoviese en el ánimo de Mr. Pickwick la indignación que hubiera provocado fatalmente en un ente vulgar. Sólo consignaremos el hecho de que Mr. Pickwick abrió la puerta, y gritó incontinentemente:

—¡Tupman, venga acá!

Mr. Tupman se presentó al momento, con asombrado talante.

—Tupman —dijo Mr. Pickwick—, un secreto de índole delicada, concerniente a esa señora, ha ocasionado una discusión que acaba de suscitarse entre este caballero y yo. Al asegurarle yo que no tiene relación alguna con él ni con sus proyectos, requiero a usted solamente, para que se entere de que, si aún continúa sosteniéndolo, es que manifiesta una duda sobre mi veracidad que he de considerar como un insulto gravísimo.

Al decir esto Mr. Pickwick, envolvió a Mr. Pedro Magnus en una mirada que era toda una enciclopedia.

La gallarda y honrada actitud de Mr. Pickwick, unida a aquella fuerza y energía de expresión que le distinguía, hubiera sido bastante para llevar la convicción a cualquier ánimo razonable; mas, por desdicha, el espíritu de Mr. Pedro Magnus se hallaba en aquel momento

totalmente desquiciado. Así, pues, en vez de rendirse a las explicaciones de Mr. Pickwick, como debiera haber hecho, comenzó a dejarse poseer de una ira furiosa y violenta, a ponerse rojo y a hablar de lo que debía concederse a sus propios sentimientos, acentuando su peroración con paseos agitados y mesándose el cabello; pasatiempos en los que de cuando en cuando se introducía la variante de manotear frente al rostro filantrópico de Mr. Pickwick.

Consciente, por su parte, Mr. Pickwick de su inocencia y rectitud, y amargado por haber involucrado tan malhadadamente a la dama en aquella enojosa cuestión, no se sentía tan en calma como fuera su deseo. Y fue la consecuencia que subieron de tono las palabras y las voces y que Mr. Magnus acabó por decir a Mr. Pickwick que ya recibiría sus noticias; a lo que respondió Mr. Pickwick, con laudable cortesía, que cuanto antes mejor, con lo cual la dama abandonó la estancia, aterrada, y, llevándose

Mr. Tupman a Mr. Pickwick, dejaron a Mr. Pedro Magnus con sus propias meditaciones.

De haber vivido la dama en el comercio y trato del mundo o de haberse asimilado las costumbres y maneras de los que dictan las leyes e imponen la moda, hubiera sabido que este género de ferocidades son la cosa más inofensiva que existe. Mas habiendo pasado en pueblo la mayor parte de su vida y sin haber leído la reseña de los debates parlamentarios, encontrábase poco familiarizada con estos refinamientos de las esferas civilizadas. Por eso, en cuanto llegó a su cuarto se encerró en él y comenzó a recapacitar en la escena que acababa de presenciar; invadieron su fantasía los cuadros más terroríficos de destrucción y matanza, y ya veía en uno, de tamaño natural, traído entre cuatro, a Mr. Pedro Magnus con el lado izquierdo artísticamente acribillado de balas. Cuanto más meditaba la señora, más crecía su terror. Por fin decidióse a visitar al magistrado principal de la ciudad para solicitar de él que se

apoderase sin demora de las personas de Mr. Pickwick y Mr. Tupman.

Muchas fueron las razones que impulsaron a la dama a tomar esta resolución, y fue la principal que ello había de suministrar una prueba de su afecto a Mr. Pedro Magnus y del anhelo que sentía por su seguridad. De sobra conocía el natural celoso de Mr. Pedro Magnus para aventurar la más remota alusión a la causa verdadera de la agitación que sufriera al verse frente a frente con Mr. Pickwick, y fiaba en su influjo y poder de persuasión respecto del hombrecito para apaciguar su celoso arrebatado, siempre que se hiciera desaparecer a Mr. Pickwick y no hubiera ocasión para un nuevo encuentro. Con estas reflexiones, atavióse la dama con su sombrero y chal y se encaminó resueltamente a la morada del magistrado.

Jorge Nupkins, esquire, presidente de la Audiencia de la ciudad, era un personaje tan importante, que el más diligente andarín no podría topar otro semejante entre la salida y la

puesta del sol del día 21 de junio, no obstante ser este día, según los almanaques, el más largo y, por ende, el más favorable para llevar a cabo las pesquisas. Estaba aquella mañana Mr. Nupkins extraordinariamente irritado y frenético por haberse producido una sublevación en la ciudad: todos los estudiantes habíanse concitado en aquel largo día escolar para romper los cristales de la tienda de un frutero de su aversión particular; habían abucheado al alguacil y apedreado al guardia: un anciano con botas altas que había sido en el lapso de medio siglo policía, hombre y muchacho. Mr. Nupkins gesticulaba majestuosamente sentado en su sillón, hirviendo de rabia, cuando se le anunció una señora para asunto urgente y privado. Miró Mr. Nupkins con aire de terrible sosiego y ordenó que se hiciera entrar a la dama; orden que, cual los mandatos de los emperadores, magistrados y demás potestades terrenas, fue inmediatamente obedecida. Miss Witherfield, denotando

intensa agitación, fue introducida en consecuencia.

—¡Muzzle! —dijo el magistrado.

Muzzle era un reducido ujier, más largo de torso que de piernas.

—¡Muzzle!

—A la orden de usía.

—Trae una silla y márchate.

—Voy, señor.

—Señora, ¿quiere usted explicar su asunto? —dijo el magistrado.

—Es de índole sumamente enojosa, sir —dijo Miss Witherfield.

—Lo supongo, señora —dijo el magistrado—. Serénessé usted, señora.

Mr. Nupkins adoptó un continente benigno.

—Dígame cuál es el asunto legal que la trae, señora.

Por fin, el magistrado se sobrepuso al hombre y recobró su talante severo.

—Es muy desconsolador para mí, sir, tener que decirlo —dijo Miss Witherfield—; pero temo que aquí va a verificarse un duelo.

—¿Aquí, señora? —dijo el magistrado—. ¿Dónde, señora?

—En Ipswich.

—¿En Ipswich, señora? ¡Un duelo en Ipswich! —dijo el magistrado, horrorizado ante la revelación—. Imposible, señora. Nada de eso puede registrarse en esta ciudad, estoy convencido. Por Dios, señora, ¿no está usted enterada de la actividad de la justicia local? ¿No ha oído usted acaso que el último día de mayo invadí con seis policías especiales una pista de lucha y a riesgo de ser víctima de las enconadas iras de la multitud suspendí el pugilato entre la «Bola», de Middlesex, y la «Bantama»², de Suffolk? ¡Un duelo en Ipswich, señora! No creo... no puedo creer —dijo el magistrado— que haya

² «Bola», «Bantama»: apodos de los púgiles; el segundo significa un ave. (N. del T.)

dos hombres bastante audaces para intentar ese quebranto de la paz de la ciudad.

—Desgraciadamente, mis noticias son bien ciertas —dijo la señora—; yo presencié la reyer-ta.

—Es lo más extraordinario —dijo son asom-bro el magistrado—. ¡Muzzle!

—A la orden de usía.

—¡Que venga Mr. Jinks en seguida! Al ins-tante.

—Voy, sir.

Retiróse Muzzle y entró en el despacho un escribiente pálido, de nariz afilada, mediana edad y derrotado ropaje.

—Mr. Jinks —dijo el magistrado—. Mr. Jinks.

—Sir —dijo Mr. Jinks.

—Esta señora, Mr. Jinks, ha venido a parti-ciparme que se ha concertado un duelo en la ciudad.

Ignorando Mr. Jinks qué actitud mostrar, produjo una sonrisa de subordinado.

—¿De qué se ríe usted, Mr. Jinks? —dijo el magistrado. Mr. Jinks recobró al momento la seriedad.

—Mr. Jinks —dijo el magistrado—, es usted un imbécil.

Mr. Jinks miró humildemente al grande hombre y mordió el cabo de su portaplumas.

—Es posible que vea usted algo muy cómico en la información de esta señora; pero lo que puedo decirle, Mr. Jinks, es que tiene usted muy pocos motivos para reír —dijo el magistrado.

Suspiró el hambriento Jinks cual si se diera cuenta sobradamente de los pocos motivos que tenía para sentirse alegre, y como se le ordenara tomar los informes de la señora, sentóse torpemente en una silla y se dispuso a escribir.

—Ese Pickwick es el principal, a lo que entiendo —dijo el magistrado, luego de acabarse la denuncia.

—Él es —dijo la dama.

—Y el otro perturbador... ¿cómo se llama, Mr. Jinks?

—Tupman, sir.

—Tupman es el segundo.

—Sí.

—¿Y dice usted, señora, que el otro contrincante se ha ocultado?

—Sí —replicó Miss Witherfield, con una suave tosecilla.

—Muy bien —dijo el magistrado—. Ésos son dos matachines de Londres que han venido a destruir la población de Su Majestad pensando que a esta distancia de la capital se ablanda o paraliza el brazo de la ley. Se les hará escarmentar. Extienda usted los mandamientos, Mr. Jinks. ¡Muzzle!

—Mande usía.

—¿Está abajo Grummer?

—Sí, sir.

—Dígale que suba.

Partió el complaciente Muzzle y tornó presto, acompañado del anciano de las botas altas

que se hacía notar principalmente por su nariz de alcohólico, ronca voz, paletó de tabaco y mirada errabunda.

—¡Grummer! —dijo el magistrado.

—Sir.

—¿Está la ciudad tranquila ahora?

—Completamente, sir —replicó Grummer—.

La excitación popular ha remitido bastante por haberse desparramado los chicos en el *cricket*.

—Sólo medidas de rigor pueden aplicarse en estos tiempos, Grummer —dijo el magistrado con acento de firmeza—. Si se menosprecia la autoridad de los agentes del rey, será preciso publicar la ley de tumultos. Si el Poder civil no es bastante para defender estas ventanas, Grummer, el militar tendrá que defender al Poder civil y a las ventanas. Creo que ésta es una máxima constitucional, Mr. Jinks, ¿no es así?

—Ciertamente, sir —dijo Jinks.

—Muy bien —dijo el magistrado, firmando los mandamientos—. Grummer hará compare-

cer a estos sujetos ante mí esta misma tarde. Los hallará usted en El Gran Caballo Blanco. ¿Recuerda usted el caso de la «Bola», de Middlesex, y la «Bantama», de Suffolk, Grummer?

Mr. Grummer, echando hacia atrás su cabeza, encareció que nunca lo olvidaría, cosa muy probable, ya que se le recordaba todos los días.

—Pues esto es aún más anticonstitucional —dijo el magistrado—; esto constituye una alteración más grave del orden y una conculcación más flagrante de la prerrogativa de Su Majestad. Creo que el duelo es una de las más indiscutibles prerrogativas de Su Majestad, ¿eh, Mr. Jinks?

—Taxativamente consignada en la Carta Magna, sir —dijo Jinks.

—Una de las más brillantes joyas de la corona británica, arrancada a Su Majestad por los barones; ¿no es eso, Jinks? —dijo el magistrado.

—Eso es, sir —replicó Jinks.

—Muy bien —dijo el magistrado, irguiéndose solemne—. Pues no ha de ser violada en esta

parte de su dominio. Grummer, tome auxiliares y ejecute cuanto antes estos mandamientos. ¡Muzzle!

—Mande, sir. —Acompañe a la señora.

Retiróse Miss Witherfield profundamente admirada de la cultura y celo del magistrado; Mr. Nupkins se retiró a almorzar; Mr. Jinks se retiró dentro de sí mismo, único retiro de que disponía, además del camastro que había en el cuartucho que ocupaba por el día la familia de la patrona, y Mr. Grummer se retiró con el propósito de lavar, con el desempeño de su nueva comisión, la afrenta que había recibido aquella mañana en unión del otro representante de Su Majestad: el alguacil.

Mientras que todos estos contundentes y enérgicos preparativos enderezados a la conservación del orden cerníanse sobre ellos, Mr. Pickwick y sus amigos, ajenos a los graves acontecimientos que se avecinaban, estaban almorzando tranquilamente, bastante parleros y joviales por cierto. Comenzaba Mr. Pickwick

en aquel momento a relatar su aventura de la noche precedente, con gran regocijo de sus discípulos, especialmente de Mr. Tupman, cuando se abrió la puerta y viose asomar un rostro inquisitorial. Los ojos de aquel rostro inquisitorial dirigiéronse de modo insistente hacia Mr. Pickwick, y debieron quedar satisfechos de su indagatoria, porque el cuerpo a que pertenecía el rostro inquisitorial fue poco a poco introduciéndose en la estancia y presentó la figura de un anciano con botas altas. Para no prolongar la impaciencia del lector, diremos que los ojos no eran otros que los errabundos de Mr. Grummer, y que el cuerpo era el propio cuerpo de la mencionada persona.

La actuación de Mr. Grummer fue original, dentro de las normas profesionales. Fue su primer acto cerrar la puerta por dentro; el segundo, pasarse cuidadosamente el pañuelo por cabeza y rostro; el tercero, dejar el sombrero con el pañuelo dentro sobre la silla más cercana, y el cuarto, sacar del bolsillo de su paletó

una corta cachiporra rematada por una corona de bronce, con la que señaló a Mr. Pickwick con ademán patibulario y grave.

Mr. Snodgrass fue el primero que rompió el azorante silencio. Miró con firmeza a Mr. Grummer por algunos segundos, y dijo con énfasis:

—Ésta es una habitación privada, sir. Una habitación privada.

Movió la cabeza Mr. Grummer, y respondió:

—Para Su Majestad no hay habitaciones privadas una vez que se ha traspuesto la puerta de la calle. Es la Ley. Hay quien sostiene que la casa de un inglés es un castillo. Eso es una cuchufleta.

Los pickwickianos se miraron atónitos.

—¿Quién es Mr. Tupman? —preguntó Mr. Grummer.

Por intuición habíase percatado de quién era Mr. Pickwick; le había conocido en seguida.

—Yo soy Tupman —dijo éste.

—Pues yo soy la Ley —dijo Mr. Grummer.

—¿Cómo? —dijo Mr. Tupman.

—La Ley —repitió Mr. Grummer—, la Ley, el Poder civil y ejecutivo: éstos son mis títulos, ésa es mi autoridad. Tupman y Pickwick, por alteración del orden de nuestro desacatado Señor el Rey... con arreglo a los estatutos y previos los requisitos... todo en regla. Pickwick, queda usted detenido. Tupman, igualmente.

—¿Qué significa esta insolencia? —dijo Mr. Tupman, levantándose—. ¡Salga usted de la estancia!

—Atención —exclamó Grummer, retrocediendo más que a paso hacia la puerta, y entreabriéndola—: ¡Dubbley!

—¿Qué hay? —respondió desde el pasillo una voz de bajo.

—Venga en seguida, Dubbley.

A esta voz de mando, un hombre de rostro vil, de seis pies de alto y de un volumen proporcionado, deslizóse a duras penas por la estrecha abertura y penetró en la estancia, rojo por el laborioso proceso de su entrada.

—¿Están ahí los demás números, Dubbley?
—preguntó Mr. Grummer.

Mr. Dubbley, que era hombre de pocas palabras, asintió con el ademán.

—Llame a la división que está a sus órdenes, Dubbley —dijo Mr. Grummer.

Cumplió lo mandado Mr. Dubbley e irrumpieron en la habitación doce hombres con sus mazas coronadas. Guardó Mr. Grummer la suya y miró a Mr. Dubbley; guardó a su vez su cachiporra Mr. Dubbley y miró a su división; guardaron los hombres sus estacas y se quedaron mirando a los señores Tupman y Pickwick.

Mr. Pickwick y sus secuaces levantáronse a una.

—¿Qué significa este allanamiento de nuestra morada? —dijo Mr. Pickwick.

—¿Quién se atreve a detenerme a mí? —dijo Mr. Tupman.

—Pero, ¿qué es lo que quieren ustedes, so granujas? —dijo Mr. Snodgrass.

Mr. Winkle no dijo nada; mas fijó sus ojos en Mr. Grummer, y clavó en él una mirada tal, que, de haber tenido éste alguna sensibilidad, le hubiera perforado el cerebro. Pero no le produjo el menor efecto.

Al percatarse los agentes de que Mr. Pickwick y sus amigos estaban dispuestos a rebelarse contra la autoridad de la ley, se arremangaron con ademán significativo los brazos, cual si se propusieran derribarles primero y levantarlos después, por mera formalidad profesional, de la que no había que hablar siquiera. Pero esta mímica demostración no pasó inadvertida para Mr. Pickwick. Conferenció aparte con Mr. Tupman y declaróse dispuesto a marchar al juzgado, pero no sin rogar a los presentes que tomaran nota de que en cuanto se hallara en libertad habría de reclamar contra esta monstruosa conculcación de sus fueros de inglés; a lo cual los presentes rieron de la mejor gana, con excepción de Mr. Grummer, que parecía considerar que el menor desacato al derecho divino

de los magistrados constituía blasfemia intolerable.

Pero cuando, ya resignado Mr. Pickwick a doblegarse ante las leyes de su país, retirábanse defraudados y malcontentos los camareros, lacayos, camareras y postillones que esperaban el espectáculo de una deliciosa trifulca de la obstinada actitud del caballero, suscitóse una dificultad que no podía haberse previsto. Aunque abrigando Mr. Pickwick la más profunda veneración hacia las autoridades, oponíase resueltamente a mostrarse públicamente rodeado de guardias y alguaciles, como un delincuente vulgar. Mr. Grummer, en vista de la inquietud pública que reinaba (pues era media fiesta y los chicos aún no se habían metido en sus casas), se opuso con igual empeño a marchar por su lado con los guardias y se negó a aceptar la palabra que le ofreciera Mr. Pickwick de encaminarse derechamente al juzgado. Mr. Tupman y Mr. Pickwick, además, rehusaban sufragar los gastos de un coche, único medio de transporte

digno de que podía echarse mano. Agrióse la disputa y se prolongó largamente la controversia. Pero en el momento en que la justicia se disponía a vencer la oposición que hacía Mr. Pickwick para dirigirse al juzgado por el sumario procedimiento de llevarlo a la fuerza, alguien recordó que había en el patio de la posada una vieja litera que fuera construida para cierto propietario gotoso y que era tan capaz para Mr. Pickwick y Mr. Tupman como cualquier otro carruaje. Alquilóse la silla, que fue traída al vestíbulo; embutiéronse en ella Mr. Pickwick y Mr. Tupman, y bajaron las cortinillas; no tardó en hallarse un par de conductores, y salió la procesión en el mayor orden. Los guardias rodeaban el vehículo; Mr. Grummer y Mr. Dubbley pusieronse al frente con aire de triunfadores; detrás marchaban del brazo Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, y los desarrapados de Ipswich cubrían la retaguardia.

Aun cuando poco se alcanzase a los comerciantes de la localidad de la naturaleza del deli-

to, no podían menos de sentirse halagados y edificados por aquel espectáculo. Allí contemplaban el brazo de la ley gravitando con la fuerza de veinte batidores de oro sobre dos criminales de la misma metrópoli; toda aquella máquina estaba dirigida por su propio magistrado y accionada por sus propios guardias; y ambos culpables, gracias al esfuerzo del conjunto, hallábanse confinados en el estrecho recinto de una litera. Muchas fueron las frases de admiración y aplauso que recibió Mr. Grummer al caminar maza en ristre al frente de la cabalgata; prolongadas y atronadoras fueron las admiraciones de la chusma, y entre unánimes testimonios del público asenso, avanzaba la procesión con parsimonia y majestad.

Vestido Mr. Weller con su casaca mañanera y horteriles manguitos, regresaba un tanto mo- hino de practicar una desafortunada inspección sobre la casa de la puerta verde, cuando, al levantar sus ojos del suelo, vio venir calle abajo una muchedumbre que rodeaba un artefacto

muy semejante a una silla de manos. Deseoso de apartar sus pensamientos del recuerdo de su frustrada empresa, hízose a un lado para ver pasar la multitud; y, observando que chillaban y vociferaban con gran satisfacción y regocijo, empezó él mismo, con objeto de animarse, a chillar con toda su fuerza.

Pasó ante él Mr. Grummer, pasó Mr. Dubbley y pasó la litera y la escolta de guardias, y Sam hacíase aún eco de la algazara de la plebe y agitaba su sombrero en el aire, cual si se hallara poseído de la más desenfrenada alegría (sin saber todavía de qué se trataba), cuando quedó suspenso ante la aparición inesperada de Mr. Winkle y Mr. Snodgrass.

—¿Qué juerga es ésta, señores? —gritó Sam—. ¿Qué es lo que han metido tan de mañana en esa relojera?

Respondieron ambos; pero sus palabras se ahogaron en el tumulto.

—¿Quién? —gritó Sam de nuevo.

De nuevo contestaron a una, y aunque no oyera tampoco las palabras, comprendió Sam, por el movimiento de los labios, que habían articulado la mágica palabra «Pickwick».

Era bastante. Un minuto después había Sam atravesado la multitud, parado a los conductores y encarándose con el orondo Grummer.

—¡Eh, buen viejo! —dijo Sam—. ¿A quién ha metido usted en esa litera?

—¡Atrás! —dijo Mr. Grummer, cuya dignidad, como la de muchos otros hombres, había crecido prodigiosamente con aquel soplo de popularidad.

—Déle un golpe si no se quita —dijo Mr. Dubbley.

—Le agradezco mucho, buen viejo —replicó Sam—, que haya tenido en cuenta mi conveniencia y aún agradezco más a ese otro caballero, que parece que se ha escapado de la caravana de un gigante, su magnífica idea; pero si le fuera a usted lo mismo, preferiría que contestara a mi pregunta. ¿Qué tal, sir?

Esta frase última fue dirigida con aire protector a Mr. Pickwick, que en aquel momento sacaba la cabeza por la ventanilla.

—¡Ah! —dijo Sam—. Está muy bien, sobre todo la corona, que talmente parece de verdad.

—¡Atrás! —dijo el ofendido Grummer.

Y para reforzar la orden metió con una mano en la misma corbata de Sam el bronceo emblema de la realeza y le asió con la otra por el cuello; cumplida atención a que Sam correspondió derribándole de un puñetazo, después de brindarle la fineza de derribar a uno de los portadores para que aquél cayera encima.

No sabríamos decir si obedeció a un fugaz acceso de vesania, debido al escozor de la afrenta, o tuvo por causa predisponente la bravura desplegada por Mr. Weller; pero es lo cierto que tan pronto como Mr. Winkle vio caer a Mr. Grummer, agredió terriblemente a un chico que a su lado estaba; en esto, Mr. Snodgrass, con nobleza genuinamente cristiana y para evitar que nadie pudiera cogerle desprevenido,

anunció en tono mayor su designio de comenzar por su parte, y procedió a despojarse de su levita con toda mesura. Fue inmediatamente cercado y prendido; y ha de decirse, en estricta justicia, que ni él ni Mr. Winkle hicieron el menor esfuerzo para escapar ni para auxiliar a Mr. Weller, el cual, después de luchar a brazo partido, fue arrollado por el número y hecho prisionero. Reorganizóse la procesión, ocuparon sus puestos los conductores y prosiguió la marcha.

La indignación de Mr. Pickwick durante toda esta remoción no tuvo límites. Pudo ver cómo los guardias caían patas arriba a manos de Sam y cómo aquéllos huían en todas direcciones; mas no le fue posible ver otra cosa, porque no se abrían las portezuelas de la litera ni era fácil levantar las cortinillas. Por fin, ayudado de Mr. Tupman, logró levantar el techo, y subiéndose en el asiento y sosteniéndose en pie a duras penas y apoyándose con la mano en el hombro de su compañero, procedió Mr. Pick-

wick a arengar a la muchedumbre, encareciendo el trato injustificado que se le daba y haciendo constar públicamente que su criado había sido agredido en primer lugar. De esta manera llegaron al juzgado: los conductores trotando, dejándose llevar los prisioneros, peyorando Mr. Pickwick y vociferando la multitud.

25. EN EL QUE SE PONE DE MANIFIESTO, ENTRE OTRAS COSAS GRATAS, LA MAJESTUOSA IMPARCIALIDAD DE MR. NUPKINS; CÓMO MR. WELLER DEVOLVIÓ A MR. TROTTER SU VOLANTE CON LA MISMA FUERZA CON QUE LE FUERA ARROJADO, Y OTROS VARIOS PORMENORES QUE SE HALLARÁN EN SU LUGAR CORRESPONDIENTE

Era violentísima la indignación que demostraba Mr. Weller al ser conducido al Juzgado; menudearon sus alusiones a la figura y conducta de Mr. Grummer, y resplandeció la arrogancia y el valor en la manera que tenía de retar a los seis caballeros que le rodeaban, retos que le servían para desahogar en cierto modo su disgusto. Mr. Snodgrass y Mr. Winkle oían con resignado acatamiento el torrente de elocuencia que su maestro vertía desde la litera; torrente que no podía atajar Mr. Tupman a pesar de sus afanosos intentos por cerrar el techo de la mis-

ma. Mas no tardó en calmarse la rabia de Mr. Weller, tornándose en curiosidad, al ver que la procesión se internaba en el mismo patio en que hallara al fugitivo Mr. Trotter, y aun llegó a convertirse esta curiosidad en regocijado asombro cuando el solemne Mr. Grummer, mandando parar a los conductores, avanzó con portentoso y digno paso hacia la misma puerta verde por que viera salir a Job Trotter y dio un fuerte tirón de la campanilla, cuyo llamador colgaba por fuera. Acudió a la llamada una linda criadita, que después de juntar sus manos, alarmada por la rebelde apariencia de los prisioneros y el patético lenguaje de Mr. Pickwick, requirió a Muzzle. Abrió éste una hoja de la puerta cochera para dar entrada a la litera, a los detenidos y a los guardias, y dio con ella en las narices del populacho, que, irritado por esta exclusión y ansioso por saber lo que hubiera de pasar, desfogó sus iras golpeando en la puerta y dando campanillazos por espacio de una hora o dos. Todos alternaron en este divertido ejerci-

cio, salvo tres o cuatro afortunados, que, habiendo descubierto una rendija en la puerta, por la que nada se veía, miraban con la misma perseverancia infatigable con que la gente se complace en aplastarse la nariz contra el escape de la botica siempre que un borracho atropellado por un carro es sometido al examen quirúrgico en el interior de la misma.

Al pie de una breve escalinata que conducía a la puerta de la casa, y a la que daba guarda por ambos lados un áloe americano plantado en una tina de madera verde, fue depositada la litera. Mr. Pickwick y sus amigos entraron en el vestíbulo, y previo aviso de Mr. Muzzle y luego que Mr. Nupkins dio la orden, fueron introducidos a la venerable presencia de ese prestigioso funcionario.

La escena era emocionante y bien calculada para infundir el terror en el espíritu de los culpables tanto como para hacerles formarse una idea exacta de la severa majestad de la ley. Frente a una voluminosa estantería, sentado en

un gran sillón, detrás de una gran mesa y ante un gran libro, hallábase Mr. Nupkins, que parecía abultar más que todo eso, con ser de buen tamaño. Guarnecían la mesa montones de papeles, y por detrás de ellos aparecían la cabeza y los hombros de Mr. Jinks, que se ocupaba activamente en buscar alguna cosa.

Luego de haber entrado la comitiva, cerró la puerta cuidadosamente Mr. Muzzle y colocóse tras del sillón de su amo para esperar sus órdenes. Echóse hacia atrás Mr. Nupkins con enfática solemnidad y avizó las caras de sus involuntarios visitantes.

—Grummer, ¿quién es ese sujeto? —dijo Mr. Nupkins, señalando a Mr. Pickwick, el cual, en calidad de verbo de sus amigos, permanecía de pie, sombrero en mano, e inclinado con el mayor respeto y cortesía.

—Éste es Pickwick, sir —dijo Grummer.

—Vaya, quítese de ahí, viejo apagaluces —interrumpió Mr. Weller, colocándose en primera línea—. Perdón, sir, pero este oficial de usted

de las botazas nunca se ganaría la vida como maestro de ceremonias. Éste, sir —continuó Mr. Weller, empujando hacia un lado a Grummer y dirigiéndose al magistrado con risueña familiaridad—, éste es Mr. Pickwick, esquire; éste es Mr. Tupman, ése es Mr. Snodgrass, y aquel que está al otro lado, Mr. Winkle... todos agradabilísimos caballeros, sir, con cuya amistad se honrará usted. Así es que cuanto más pronto mande usted a la rueda a esos dependientes por un mes o dos, más pronto llegaremos a entendernos. Primero, el negocio, el placer, después, como dijo el rey Ricardo III cuando apuñaló al otro rey en la Torre, antes de machacar a los chiquillos.

Al acabar este discurso, Mr. Weller cepilló su sombrero con el codo e hizo un gesto amistoso a Jinks, que le había estado escuchando con indescriptible estupefacción.

—¿Quién es este hombre, Grummer? —dijo el magistrado.

—Un sujeto imposible, sir —replicó Grummer—. Ha intentado libertar a los prisioneros y agredió a los guardias; por eso le hemos detenido y conducido aquí.

—Ha hecho usted bien —replicó el magistrado—. Es sin duda un rufián incorregible.

—Es mi criado, sir —dijo Mr. Pickwick, indignado.

—¡Oh, es su criado!, ¿verdad? —dijo Mr. Nupkins—. Se trata de una conjura para frustrar los fines de la justicia y asesinar a sus agentes. Criado de Pickwick. Ponga eso, Mr. Jinks.

Mr. Jinks lo anotó.

—¿Cómo se llama usted, amiguito? —tronó Mr. Nupkins.

—Weller —replicó Sam.

—Magnífico nombre para el santoral de Newgate —dijo Mr. Nupkins.

Esto era un chiste, por lo cual Jinks, Grummer, Dubbley, todos los guardias y Muzzle sufrieron un ataque de risa que les duró cinco minutos.

—Apunte su nombre, Mr. Jinks —dijo el magistrado.

—Dos eles, buen amigo —dijo Sam.

Entonces un desdichado guardia soltó la risa otra vez, por lo cual el magistrado le amenazó con castigarle inmediatamente. Es peligroso reír las gracias del hombre malquisto.

—¿Dónde vive usted? —dijo el magistrado.

—Donde puedo —replicó Sam.

—Escriba eso, Mr. Jinks —dijo el magistrado, que iba montando en cólera.

—Subráyelo —dijo Sam.

—Es un vagabundo, Mr. Jinks —dijo el magistrado—. Es un vagabundo, según su propia declaración; ¿no es eso, Mr. Jinks?

—Es cierto, sir.

—Pues queda usted detenido... arrestado por esa razón —dijo Mr. Nupkins.

—No he visto país de justicia más imparcial —dijo Sam—. Ningún magistrado cuando anda por ahí se detiene la mitad de las veces que detiene a otros.

Al oír esta cuchufleta se echó a reír otro guardia, y quiso recobrar la solemnidad por una transición tan brusca que le pescó el magistrado.

—Grummer —dijo Mr. Nupkins, poniéndose rojo de ira—, ¿cómo ha elegido usted para guardia a un hombre tan inepto y poco recomendable? ¿Cómo se ha atrevido usted?

—Lo lamento mucho, sir —balbució Grummer.

—¡Lo lamento mucho! —dijo furioso el magistrado—. Se arrepentirá usted de esta negligencia en el servicio, Mr. Grummer; merece usted ejemplar reconvención. Quítele la maza a ese hombre. Está borracho. Está usted borracho.

—No estoy borracho, sir —dijo el hombre.

—¡Está usted borracho! —insistió el magistrado—. ¿Cómo osa decir que no está borracho, habiendo dicho yo que lo está? ¿No es esto embriaguez, Grummer?

—Terrible, sir —replicó Grummer, que experimentaba una vaga impresión de oler por alguna parte algo parecido a ron.

—Ya sabía yo que lo estaba —dijo Mr. Nupkins—. Comprendí que estaba borracho desde que entró en el despacho por la excitación de su mirada. ¿No observa usted sus ojos, Mr. Jinks?

—Es cierto, sir.

—No he bebido una gota de alcohol en toda la mañana —dijo el pobre hombre, que era un ser morigerado, si los hay.

—¿Cómo se atreve usted a decirme una falsedad? —dijo Mr. Nupkins—. ¿Verdad que ahora demuestra estar borracho, Mr. Jinks?

—Ciertamente, sir —replicó Jinks.

—Mr. Jinks —dijo el magistrado—, ordeno su detención por desacato. Extienda el auto, Mr. Jinks.

Y hubiera sido inexorablemente procesado a no ser porque Jinks, que era el consejero del magistrado (por haber recibido aprendizaje legal en el despacho de un procurador rural por

espacio de tres años), murmuró en su oído que aquello no podía ser, y el magistrado pronunció en consecuencia un discurso y dijo que por conmiseración hacia la familia del agente no haría más que reconvenirle y dejarle cesante.

No hay que decir que el agente fue maltratado nuevamente de palabra durante un cuarto de hora, que abandonó el servicio y que Grummer, Dubbley, Muzzle y los demás guardias dejaron oír un murmullo de admiración por la magnanimidad de Mr. Nupkins.

—Ahora, Mr. Jinks —dijo el magistrado—, tome juramento a Grummer.

Tomóse juramento a Grummer inmediatamente; mas como divagaba un tanto y la comedia de Mr. Nupkins estaba presta, Mr. Nupkins abrevió el procedimiento, dirigiendo a Grummer unas cuantas preguntas capciosas que Grummer contestó lo más afirmativamente que pudo. Terminó el atestado sin tropiezo ni protesta. Probáronse sus agresiones a Mr. Weller, una amenaza a Mr. Winkle y un empujón a Mr.

Snodgrass. Cuando todo se halló concluso a placer del magistrado, el magistrado y Mr. Jinks conferenciaron por lo bajo.

Acabado el conciliábulo al cabo de diez minutos, retiróse Mr. Jinks hacia el extremo de la mesa y, produciendo el magistrado una tos preparatoria, irguióse en el sillón e iba a dar comienzo a su discurso, cuando le interrumpió Mr. Pickwick.

—Perdóneme, sir, que le interrumpa —dijo Mr. Pickwick—; pero antes de que usted proceda a hablar y actuar por lo que pueda sugerirle lo consignado en esa declaración que acaba de hacerse, yo tengo que invocar el derecho a que se me oiga, por lo que se refiere a mí personalmente.

—Silencio, sir —dijo el magistrado en tono perentorio.

—Necesito hacerle saber, sir.... —dijo Mr. Pickwick.

—Silencio, sir —le atajó el magistrado—, u ordenaré a un agente que le haga salir.

—Puede usted ordenar a sus agentes lo que le plazca, sir —dijo Mr. Pickwick—; y por las señales de subordinación que en ellos he visto, no dudo han de ejecutar lo que usted ordene; pero no tengo más remedio que invocar mi derecho a ser oído hasta que se me haga salir a la fuerza.

—Pickwick, ¿y el principio? —exclamó Mr. Weller con voz perceptible.

—Calla, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Mudo como un tambor con un boquete, sir —dijo Sam.

Miró Mr. Nupkins a Mr. Pickwick al oír tan insólita temeridad. Disponíase a formular alguna respuesta airada, cuando Mr. Jinks le tiró de la manga y murmuró algo en su oído.

Replicó a esto el magistrado con una frase que apenas se oyó, y repitióse el cuchicheo. Indudablemente, Jinks le estaba reconviendo.

Defiriendo al fin el magistrado, aunque de muy mala gana, a oír lo que hubiera de decirse-

le, volvióse a Mr. Pickwick, y le dijo en tono tajante:

—¿Qué quiere usted decir?

—Primero —dijo Mr. Pickwick, lanzando a través de sus lentes una mirada que sobrecogió al propio Nupkins—, quiero saber, primero, para qué se nos ha traído a mí y a mi amigo.

—¿Tengo que decírselo? —murmuró a Jinks el magistrado.

—Creo que sería lo mejor, sir —murmuró Jinks al magistrado.

—Se me ha denunciado en forma —dijo el magistrado— que se sabe que va usted a batirse en duelo y que el otro, Tupman, es su padrino. Por tanto... ¿eh, Jinks?

—Perfectamente, sir.

—Por tanto, condeno a ustedes dos... ¿creo que es así, Jinks?

—Perfectamente, sir.

—A..., a..., ¿a qué, Mr. Jinks? —preguntó de mal talante el magistrado.

—A buscar fianza, sir.

—Eso es. Por tanto, condeno a ustedes dos..., como iba diciendo cuando me interrumpió mi secretario..., a buscar fianza.

—Fianzas suficientes —murmuró Mr. Jinks.

—Exigiré buenas fianzas —dijo el magistrado.

—Vecinos del pueblo —murmuró Jinks.

—Han de ser vecinos del pueblo —dijo el magistrado.

—De cincuenta libras cada una —murmuró Jinks—, y de propietarios, por supuesto.

—Exigiré dos fianzas de cincuenta libras cada uno —dijo el magistrado en tono digno y levantado—, y de propietarios, por supuesto.

—Pero, Dios mío, sir —dijo Mr. Pickwick, que, como Mr. Tupman, estaba asombrado y frenético—, si somos forasteros. No conozco aquí a ningún propietario, como tampoco tengo intención de batirme en duelo con nadie.

—Sí, sí, ya —replicó el magistrado—. Sí, sí, ¿verdad, Jinks?

—Ciertamente, sir.

—¿Tiene usted algo más que decir? — preguntó el magistrado.

Mucho más tenía que decir Mr. Pickwick, y hubiéralo dicho sin duda, tanto para su mal como para contrariedad del magistrado, de no haberle tirado de la manga en el momento mismo en que cesó de hablar Mr. Weller, con quien se empeñó en conversación tan absorbente que pasó inadvertida para él la pregunta del magistrado. No era Mr. Nupkins hombre que repitiera una pregunta de este género, por lo cual, luego de dejar oír la tos premonitoria, procedió a dictar sentencia en medio del silencio admirativo de los agentes.

Se impuso a Weller dos libras de multa por la primera agresión y tres por la segunda. Se impuso a Mr. Winkle dos libras de multa, y otra a Mr. Snodgrass, más el requerimiento para que se comprometieran a mantenerse en paz con todos los súbditos de Su Majestad y especialmente con su lictor Daniel Grummer.

En cuando a Pickwick y Tupman, ya les había condenado a presentar fianza.

No bien terminó el magistrado, Mr. Pickwick, con la sonrisa en su ya plácido rostro, se adelantó y dijo:

—Dispéñseme el señor juez; pero le suplico me conceda unos minutos de conversación privada para un asunto de la mayor importancia para él.

—¿Qué? —dijo el magistrado.

Mr. Pickwick repitió la súplica.

—¡Vaya un ruego extraño! —dijo el magistrado—. ¿Una entrevista particular?

—Una entrevista privada —repitió Mr. Pickwick, con firmeza—; ahora que, como una parte de la información que he de comunicarle procede de mi criado, quisiera que éste se hallara presente.

El magistrado miró a Mr. Jinks, Mr. Jinks miró al magistrado; miráronse unos a otros los agentes, asombrados. Mr. Nupkins se puso pálido. ¿Acaso el Weller, en un instante de re-

mordimiento, proponíase descubrir alguna conspiración tramada para asesinarle? Era una sospecha horrible. Él era un hombre público, y aumentó su palidez recordando a Julio César y a Mr. Perceval.

Miró de nuevo el magistrado a Mr. Pickwick y requirió a Mr. Jinks.

—¿Qué piensa usted de esta petición? —murmuró Mr. Nupkins.

Mr. Jinks, que no sabía qué pensar y que temía cometer alguna torpeza, sonrió débilmente después de componer un gesto ambiguo, y hundiendo las comisuras de sus labios empezó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Mr. Jinks —dijo el magistrado, gravemente—, es usted un asno.

Sonrió Mr. Jinks ante la insinuación, aunque más tímidamente que la vez precedente, y retiróse a su sitio poco a poco. Mr. Nupkins consultó consigo mismo por unos segundos. Luego se levantó del sillón, e indicando a Mr. Pickwick y a Sam que le siguieran, les condujo a un

saloncito que comunicaba con la sala de audiencias. Procurando que Mr. Pickwick se situara hacia el extremo más lejano de la estancia y con la mano apoyada en la puerta a medio cerrar, con objeto de asegurar una inmediata escapatoria en cuanto advirtiera el más leve síntoma de hostilidad, díjose preparado a escuchar lo que quisiera decírsele, fuese lo que fuese.

—En seguida revelaré el punto esencial, sir —dijo Mr. Pickwick—; afecta por igual a su persona y a su crédito. Tengo razones para creer, sir, que alberga usted en su casa a un gran impostor.

—Dos —interrumpió Sam—. El de la librea castaña puede a todo el mundo en lágrimas y en villanía.

—Sam —dijo Mr. Pickwick—, si he de hacerme entender de este caballero es preciso que reserves tus opiniones.

—Lo siento mucho, sir —replicó Mr. Weller—: pero cuando pienso en ese dichoso Job,

no puedo menos de abrir la concha una o dos pulgadas.

—En una palabra, sir —dijo Mr. Pickwick—: mi criado sospecha acertadamente que cierto capitán Fitz-Marshall frecuenta esta casa. Porque —añadió Mr. Pickwick, advirtiendo que Mr. Nupkins estaba a punto de interrumpir con indignación—, porque, de ser así, yo sé que ese sujeto es un...

—¡Chist, chist! —dijo Mr. Nupkins, cerrando la puerta ¿Sabe usted que es un... qué, sir?

—Un aventurero sin principios... un individuo sin honor... un hombre que explota la sociedad y que juega con los cándidos, sir; los engaña de un modo absurdo, estúpido, miserable —dijo excitado Mr. Pickwick.

—Dios mío —dijo Mr. Nupkins, enrojeciendo y cambiando instantáneamente de actitud—. Por Dios, Mr....

—Pickwick —dijo Sam.

—Pickwick —dijo el magistrado—. Por Dios, Mr. Pickwick... Tome asiento... ¿Es posible esto? ¿Capitán Fitz-Marshall?

—No le llame capitán —dijo Sam—, ni Fitz-Marshall tampoco: no es ni lo uno ni lo otro. Es un cómico de la legua y su nombre es Jingle; y si hubiera por ahí un lobo con librea castaña, ése sería Job Trotter.

—Es verdad, sir —dijo Mr. Pickwick, respondiendo a la mirada de asombro del magistrado—; mi único propósito en esta ciudad es desenmascarar a la persona de quien estamos hablando.

Procedió Mr. Pickwick a verter en el oído aterrado de Mr. Nupkins un relato sumario de las atrocidades de Mr. Jingle. Contóle cómo le había conocido; cómo se había fugado con Miss Wardle; cómo había abandonado bonitamente a la dama a cambio de una indemnización pecuniaria; cómo a él mismo le había hecho entrar con engaño en un colegio de señoritas a media

noche, y cómo él (Mr. Pickwick) consideraba un deber denunciar su verdadero nombre y rango.

A medida que avanzaba la narración, toda la sangre caldeada que había en el cuerpo de Mr. Nupkins agolpábase tumultuosamente en sus orejas. Había conocido al capitán en unas carreras de las cercanías. Halagadas con su larga lista de amistades aristocráticas, sus dilatados viajes y su proceder cortesano, Miss Nupkins y la señora Nupkins habían exhibido al capitán Fitz-Marshall, y ponderado al capitán Fitz-Marshall, y lucido al capitán Fitz-Marshall ante los ojos envidiosos de sus amistades más selectas, hasta el punto de que sus íntimas amigas, la señora Porkandham y Miss Porkandham y Mr. Sidney Porkandham empezaban a sentir unos celos desesperados. ¡Y oír ahora, después de todo esto, que no era más que un aventurero indigente, un vagabundo tramposo, y, si no un estafador, algo tan parecido, que se hacía difícil percibir la diferencia! ¡Qué iban a decir los Porkandham! ¡Qué triunfo para Mr. Sidney Por-

kandham cuando se enterase de que sus solicitudes habían sido rechazadas en beneficio de semejante rival! ¡Cómo podría él, Nupkins, afrontar la mirada del viejo Porkandham en el próximo consejo! ¡Y qué arma para el partido antagonista si la historia se extendía!

—Pero, después de todo —dijo Mr. Nupkins, animándose un momento al cabo de una pausa dilatada—; después de todo, eso no es más que una cosa que usted dice. El capitán Fitz-Marshall es un hombre atrayente por sus maneras y que ha de tener muchos enemigos. ¿Qué prueba tiene usted de la verdad de tales aseveraciones?

—Póngale frente a mí —dijo Mr. Pickwick—; no pido ni requiero otra cosa. Póngale frente a mí y frente a mis amigos, no necesitará usted ninguna otra prueba.

—Vaya —dijo Mr. Nupkins—, eso sería muy fácil de hacer, porque él vendría esta noche, y así podría evitarse que la cosa se hiciera pública, eso... eso, por el mismo muchacho. Yo... a

mí... me gustaría consultar con la señora Nupkins sobre la conveniencia de este paso, en primer lugar. De todos modos, Mr. Pickwick, antes de hacer nada tenemos que zanjar esta cuestión legal. Tenga la bondad de pasar a la habitación contigua.

Trasladáronse a la estancia inmediata.

—¡Grummer! —dijo el magistrado con voz de mal agüero.

—Sir —respondió Grummer, con sonrisa de favorito.

—Vamos, vamos, sir —dijo el magistrado con severidad—, no me venga ahora con esas andróminas. No vienen al caso, y puedo asegurarle que tiene usted muy pocos motivos para reírse. ¿Fue estrictamente cierta la relación que me hizo usted antes? Váyase con cuidado, sir.

—Sir —balbució Grummer—, yo...

—¡Ah! Parece usted confuso, ¿verdad? —dijo el magistrado—. Mr. Jinks, ¿no advierte usted esta confusión?

—Ciertamente, sir —replicó Jinks.

—Pues ahora —dijo el magistrado—, va usted a repetir su deposición, Grummer, y de nuevo le advierto que ande con cuidado. Mr. Jinks, tome usted nota de sus palabras.

El infortunado Grummer procedió a rehacer su denuncia; pero entre el modo que tuvo de copiarla Mr. Jinks, la interpretación caprichosa del magistrado, su natural tendencia a la divagación y su confusión extremada, se las arregló de manera que en cosa de tres minutos viose enredado en tal cúmulo de contradicciones, que Mr. Nupkins declaró al punto que no lo creía. En consecuencia, sobreseyéronse las multas y Mr. Jinks encontró en menos que se dice un par de fianzas. Y luego de darse por conclusos todos estos solemnes trámites, Mr. Grummer fue ignominiosamente arrojado: triste ejemplo de la inestabilidad de las grandezas humanas y del carácter precario de las privanzas de los grandes hombres.

Era la señora Nupkins una majestuosa hembra con turbante de gasa y peluca castaña. Miss

Nupkins poseía toda la altanería de su mamá, sin turbante, y todo su mal carácter, sin peluca; y cuando quiera que el empleo de estas dos adorables cualidades envolvían a la madre y a la hija en algún problema enojoso, cual ocurría con frecuencia, coincidían ambas en descargar el vituperio sobre los hombros de Mr. Nupkins. Por tanto, cuando Mr. Nupkins fue a buscar a la señora Nupkins y le dio cuenta de los informes que le comunicara Mr. Pickwick, recordó la señora Nupkins súbitamente que ella siempre había esperado algo parecido; que ella siempre había dicho que aquello tenía que ocurrir; que su opinión jamás se tenía en cuenta; que ella no sabía por quién la tomaba Mr. Nupkins, y así sucesivamente.

—¡Qué horror! —dijo Miss Nupkins, haciendo asomar a la fuerza una lágrima de reducidas proporciones a cada uno de sus ojos—. ¡Qué horror, ser burlada de esa manera!

—¡Ah! Pues debes dar gracias a tu papá, querida —dijo la señora Nupkins—. ¡Cuánto no

habré yo pedido y suplicado a este hombre que hiciera averiguaciones acerca de la familia del capitán! ¡Cuánto no le habré instado y apremiado para que diera un paso decisivo! Nadie lo creerá..., nadie.

—Pero, querida —dijo Mr. Nupkins.

—¡No me hables, torpe, no me hables! —dijo la señora Nupkins.

—Amor mío —dijo Mr. Nupkins—, pues tú bien querías al capitán Fitz-Marshall. No has dejado de invitarle, querida, ni has perdido oportunidad de presentarle en todas partes.

—¿No te lo decía yo, Enriqueta? —exclamó la señora Nupkins, dirigiéndose a su hija con aire de mujer gravemente ultrajada—. ¿No te decía yo que tu papá me cargaría todo esto? ¿No te lo decía yo?

La señora Nupkins suspiró.

—¡Oh, papá! —exclamó Miss Nupkins en tono de reconvención, y rompió en sollozos.

—Es ya demasiado que, después de haber atraído sobre nosotros toda esta desdicha y

todo este ridículo, aún se burle de mí atribuyéndome la culpa —observó la señora Nupkins.

—¡Cómo vamos a presentarnos en sociedad!
—dijo Miss Nupkins.

—¡Qué haremos cuando veamos a los Por-kandham! —gritó la señora Nupkins.

—¡O a los Friggs! —añadió Miss Nupkins.

—¡Y a los Slummtowken! —continuó la señora Nupkins—. Pero ¿qué se le da a tu padre de todo esto? ¿A él qué le importa?

Ante esta consideración, rompió a llorar con deliberada angustia la señora Nupkins, siguiendo su ejemplo Miss Nupkins.

Las lágrimas de la señora Nupkins siguieron brotando en abundancia hasta que transcurrió el tiempo que ella juzgó suficiente para madurar el asunto, resolviendo en su fuero interno que lo mejor era rogar a Mr. Pickwick y a sus amigos que se quedaran hasta que llegase el capitán, concediendo así a Mr. Pickwick la oportunidad que buscaba. Si resultaba que éste

había hablado con verdad, se pondría a aquél en la calle sin que nadie se enterase y se explicaría su desaparición a los Porkandham diciendo que, por influencia que tenía su familia en la Corte, había sido destinado al Gobierno general de Sierra Leona o Punta Sangur o de cualquier otro de esos puntos saludables cuyo clima agrada tanto a los europeos, que una vez allí no hay quien los haga venir.

Cuando la señora Nupkins enjugó sus lágrimas enjugó las suyas Miss Nupkins y se congratuló míster Nupkins de zanjar el asunto de acuerdo con la proposición de la señora Nupkins. Así, pues, luego de lavarse Mr. Pickwick y sus amigos y de borrar todas las señales de la última trifulca, fueron presentados a las señoras, y poco después se sentaron a comer. En cuando a Mr. Weller, a quien el magistrado, con su peculiar sagacidad, había diputado por uno de los seres más notables que conocía, fue consignado al cuidado y guarda de Mr. Muzzle, al que se encargó especialmente que le

acompañara al piso bajo y que se le tratara lo mejor posible.

—¿Qué tal, amigo? —decía Muzzle al bajar con Mr. Weller a la cocina.

—¡Bah! No ha sufrido mi organismo cambio importante desde que le vi tan tieso tras el sillón de su amo, en el despacho, hace poco —replicó Sam.

—Tiene usted que perdonarme por no haberle hecho caso antes —dijo Mr. Muzzle—. Ya ve usted, el amo no nos había presentado. ¡Hay que ver el cariño que le ha entrado por usted!

—¡Ah —dijo Sam—, qué buen chico es!

—¿Verdad que sí? —replicó Mr. Muzzle.

—Un gran burlón —dijo Sam.

—¡Y cómo habla! —dijo Mr. Muzzle—. Cómo le rebosan las palabras, ¿verdad?

—Maravilloso —repuso Sam—; es un chorro. Salen tan de prisa, que se dan golpes unas a otras y se ahogan; y luego, nada, ¿verdad?

—Ése es el gran mérito de su oratoria —añadió Muzzle—. Cuidado con el último escalón, Mr. Weller. ¿Quiere usted lavarse las manos, sir, antes de ir con las señoras? Aquí hay una jofaina con agua, sir, y una toalla limpia detrás de la puerta.

—¡Ah!, no me vendrá mal un fregoteo —replicó Mr. Weller, untando jabón amarillo en la toalla y frotándose hasta que brillaba su cara—. ¿Cuántas señoras hay allí?

—En nuestra cocina, sólo dos —dijo Mr. Muzzle—: la cocinera y la doncella. Tenemos un chico para la limpieza y además una muchacha; pero ellos comen en el lavadero.

—¡Ah!, ¿comen en el lavadero, eh? —dijo Mr. Weller.

—Sí —replicó Mr. Muzzle—; intentamos, cuando llegaron, que comieran en nuestra mesa; pero no les pudimos resistir. Las maneras de la muchacha son horriblemente ordinarias, y el chico sopla tanto cuando está comiendo que no podíamos estar en la mesa con él.

—¡Vaya una marsopa! —dijo Mr. Weller.

—¡Oh!, terrible —añadió Mr. Muzzle—; esto es lo malo del servicio de los campesinos, Mr. Weller: cuando jóvenes, son muy salvajes. Por aquí, sir, si gusta, por aquí.

Guiando Mr. Muzzle con la más exquisita cortesía a Mr. Weller, le condujo a la cocina.

—María —dijo Mr. Muzzle a la linda doncella—, éste es Mr. Weller, un señor que el amo nos ha enviado para que le tratemos lo mejor que podamos.

—Y su amo de ustedes es buen conocedor y me ha enviado al mejor lugar —dijo Mr. Weller, dirigiendo a María una mirada de admiración—. Si fuera yo el amo de esta casa, siempre me encontraría a mi gusto donde María estuviera.

—Por Dios, Mr. Weller —dijo María, ruborizándose.

—Bueno, y a mí, ¿nada? —exclamó la cocinera.

—Perdóneme, cocinera, la había olvidado —dijo Mr. Muzzle—. Mr. Weller, permítame que le presente.

—¿Qué tal, señora? —dijo Mr. Weller—. Encantado de conocerla, y espero que nuestra amistad sea duradera, como dijo el otro al billete de cinco libras.

Cuando hubo terminado esta ceremonia de presentación, la cocinera y María se retiraron a la antecocina, donde permanecieron diez minutos cuchicheando; luego volvieron alegres y excitadas para sentarse a comer.

Las maneras desenvueltas de Mr. Weller y el encanto de su conversación ejercieron tan irresistible influencia sobre sus nuevos amigos, que antes de mediada la refacción ya se encontraban en un pie de intimidad perfecta y en posesión de todos los pormenores relativos a la villanía de Job Trotter.

—Yo nunca he podido soportar a ese Job —dijo María.

—Y ha hecho usted muy bien, querida —replicó Mr. Weller.

—¿Por qué? —preguntó María.

—Porque ¡la fealdad y la granujería nunca deben llegar a familiarizarse con la belleza y la virtud —replicó Mr. Weller—. ¿Verdad que no, Mr. Muzzle?

—De ninguna manera —repuso éste.

Sonrió María y dijo que la cocinera no parecía haber pensado así, por lo cual se echó a reír, protestando.

—¡Ay!, yo no tengo vaso —dijo María.

—Beba conmigo, querida —dijo Mr. Weller—. Ponga usted sus labios en ese jarro, y así podré besarla por delegación.

—¡Desvergonzado, Mr. Weller! —dijo María.

—¿Por qué, querida?

—Por hablar así.

—¡Qué tontería!, no hay daño para nadie. Es lo más natural, ¿verdad cocinera?

—No me venga con impertinencias —replicó la cocinera, encantada.

De nuevo comenzaron a reír la cocinera y María; y entre la cerveza, el fiambre y las risotadas, llevaron a la doncella a un verdadero paroxismo, a una crisis alarmante, que sólo remitió por unos cuantos golpecitos en la espalda y otras atenciones análogas que le administró Mr. Samuel Weller con la mayor delicadeza.

Cuando reinaba la mayor alegría y la más perfecta jovialidad comunicativa, oyóse un gran campanillazo en la puerta verde; campanillazo al que acudió inmediatamente el caballero que comía en el lavadero. Las atenciones de Mr. Weller para con la linda doncellita llegaban al colmo; Mr. Muzzle no descansaba en su tarea de hacer los honores de la mesa, y la cocinera, cesando de reír, acercaba en aquel momento a sus labios un bocado enorme, cuando se abrió la puerta de la cocina y entró Mr. Job Trotter.

Hemos dicho que entró Mr. Job Trotter: mas en la expresión no resplandece nuestro habitual y escrupuloso respeto a la realidad. La puerta

se abrió y Mr. Trotter apareció. Hubiera entrado, y estaba a punto de hacerlo, cuando, al ver a Mr. Weller, retrocedió maquinalmente uno o dos pasos y permaneció contemplando la escena inesperada que a su vista se ofrecía, suspenso de asombro y terror.

—¡Aquí está! —dijo Sam, levantándose con aire retozón—. Hombre, en este momento hablábamos de usted. ¿Cómo está usted? ¿Dónde ha estado usted? Entre.

Posando su mano en la solapa de la librea castaña del sumiso Job, fue arrastrando a éste al interior de la cocina; y cerrando la puerta, entregó la llave a Mr. Muzzle, quien la guardó con toda parsimonia en su bolsillo.

—¡Vaya un juego! —exclamó Sam—. ¡Mire usted que tener ahora mi amo el gusto de encontrarse arriba con el de usted y yo la alegría de ver a usted aquí abajo...! ¿Qué tal le va a usted y cómo va ese negocio de la cerería? Bien, bien, encantado de verle. ¡Qué cara de hombre

feliz tiene usted! Da gusto verle, ¿verdad, Mr. Muzzle?

—Ya lo creo —dijo Mr. Muzzle.

—¡Qué contento está! —dijo Sam.

—¡Y qué buen humor tiene! —dijo Muzzle.

—Y la alegría de vernos le ha puesto tan orondo —dijo Sam—. Siéntese, siéntese.

Mr. Trotter hubo de allanarse a que se le sentara en una silla junto al fogón, y desde allí paseó su mirada de Mr. Weller a Mr. Muzzle, sin decir palabra.

—Bueno, ahora —dijo Sam— me gustaría preguntarle, delante de estas señoras y por pura curiosidad, si se considera usted o no el más correcto y delicado caballero que lleva pañuelo rojo y la colección número cuatro de salmos.

—Y si es que puede casarse con un cocinera —dijo ésta, indignada—. ¡El granuja!

—Y si va a dejar sus malas costumbres para seguir el buen camino de la cerería —dijo la doncella.

—Pues ahora voy a decirle, joven —terció Muzzle, sintiéndose aludido por las dos últimas frases—, que esta señora —señalando a la cocinera— es mi compañera y que, al permitirse usted hablar de una cerería con ella, me ofende en uno de los puntos más delicados en que pueden ofenderse los hombres. ¿Me comprende usted, sir?

En este momento, Muzzle, que tenía en mucho su elocuencia, en la que procuraba imitar a su amo, hizo una pausa, como esperando la réplica.

Pero Mr. Trotter no replicó, por lo cual Mr. Muzzle prosiguió con acento solemne:

—Es muy probable, sir, que no se le necesite a usted arriba en algunos minutos, porque mi amo está en este instante preparando el té al suyo, sir; y, por tanto, va usted a disponer de un rato para charlar a solas conmigo. ¿Me comprende usted, sir?

Detúvose otra vez Mr. Muzzle para dar lugar a la respuesta, pero de nuevo se vio defraudado por Mr. Trotter.

—Está bien. Entonces —dijo Mr. Muzzle—, con gran sentimiento mío tendré que explicarme delante de las señoras y que me sirva de disculpa la urgencia del caso. La antecocina está libre, sir. Si quiere usted pasar allí, sir, Mr. Weller lo dispensará y podremos darnos mutuas satisfacciones hasta que oigamos la campanilla. ¡Sígame, sir!

Al pronunciar estas palabras, Mr. Muzzle dio unos pasos hacia la puerta, y, para ganar tiempo, empezaba a quitarse la chaqueta al tiempo que caminaba.

Tan pronto como oyó la cocinera las palabras concluyentes del fatal reto y vio a Mr. Muzzle dispuesto a llevarlo a cabo, dejó escapar un grito agudo y penetrante, y arrojándose sobre Mr. Job Trotter, que en aquel momento se levantaba de la silla, arañó y abofeteó su achatado rostro con la energía peculiar de las muje-

res excitadas, y, llevando sus crispadas manos a la negra y abundosa cabellera de Trotter, le arrancó cabello bastante para formar cinco o seis anillos de duelo de los de mayor tamaño.

Una vez realizada la hazaña con todo el ardor que el amor a Mr. Muzzle le inspiraba, retrocedió vacilante y, como era una mujer de susceptible temperamento y sumamente impresionable, cayó junto a la alacena, desmayada.

En aquel momento sonó la campanilla.

—Esto es para usted, Job Trotter —dijo Sam.

Y antes de que Mr. Trotter pudiera emitir su opinión o protesta, sin darle tiempo siquiera para que se enjugase la sangre de las heridas que le produjera la insensible mujer, tomándole Sam de un brazo y Mr. Muzzle del otro, tirando el uno y empujando el otro, obligáronle a subir la escalera y le introdujeron en la sala.

El cuadro era extraordinariamente patético: Alfredo Jingle, esquire, alias capitán Fitz-Marshall, hallábase de pie junto a la puerta, con

el sombrero en la mano y una sonrisa en la faz, inmovilizado por lo violento y enojoso de su situación. Frente a él erguía Mr. Pickwick, que, por las señales, debía de estar inculcándole alguna lección de moral elevada, porque tenía una mano bajo el faldón de su levita mientras que extendía la otra en el aire, como era en él costumbre siempre que lanzaba algún apóstrofe intencionado y lapidario. Poco más allá veía-se a Mr. Tupman, con el semblante arrebatado de indignación, sujeto por los otros dos amigos, y en el fondo de la estancia permanecían Mr. Nupkins, la señora Nupkins y Miss Nupkins, sombríos, altivos y ferozmente ultrajados.

—¿Qué es lo que me impide —decía Mr. Nupkins, con toda la dignidad de su magistratura, en el momento de entrar Job—, qué me impide prender a estos hombres por ladrones e impostores? Es una benignidad inexplicable.

—Orgullo, anciano, orgullo —replicó Jingle, ya dueño de sí mismo—. Nada serviría... Nada... capitán atrapado, ¿eh? ¡Ja, ja! Muy bien...

Marido para la hija... succulento bocado... la gente enterada... por nada del mundo... sería estúpido.

—¡Miserable! —dijo la señora Nupkins—. Despreciamos sus rastreras insinuaciones.

—Siempre le detesté —añadió Enriqueta.

—¡Ah!, yo lo creo —dijo Jingle—. El pollo al-tiricón... Antiguo pretendiente... Sidney Por-kandham... rico... guapo mozo... no tan rico como el capitán, por supuesto... desahuciado... fuera... al capitán, todo... ninguno como el capitán... a las chicas, de calle... todas locas, ¿eh, Job?

Mr. Jingle se echó a reír con toda su alma, y Job, frotándose las manos, dejó oír el primer sonido desde que entrara en la casa, un quedo gruñido de satisfacción, que pareció denotar que gozaba tanto con su risa que no quería dejarla escapar en forma de ruido.

—Mr. Nupkins —dijo la señora—: no es ésta conversación para que la oigan los criados. Manda que echen a estos canallas.

—Es verdad, querida —dijo Mr. Nupkins—.
¡Muzzle!

—Mande, sir.

—Abre la puerta.

—En seguida, sir.

—¡Salga de la casa! —dijo Mr. Nupkins, tendiendo su mano con majestuoso ademán.

Sonrió Jingle, y marchó hacia la puerta.

—¡Alto! —dijo Mr. Pickwick.

Jingle se detuvo.

—Yo no podía haber tomado —dijo Mr. Pickwick— una venganza mucho más dura por el trato que he recibido de usted y de su hipócrita amigo.

Job Trotter se inclinó cortésmente y se llevó la mano al corazón.

—Digo —prosiguió Mr. Pickwick, montando gradualmente en cólera— que podía haber tomado venganza más dura; pero me contento con desenmascararle, lo cual estimo deber mío para con la sociedad. Es una lenidad, sir, que espero habrá de recordar siempre.

Al llegar a este punto del período, Job Trotter, con ridícula gravedad, se puso la mano en la oreja, como si deseara no perder una sílaba.

—Y sólo he de añadir, sir —dijo Mr. Pickwick, ya francamente rabioso—, que le tengo a usted por un granuja y por un ... rufián... y... y como al peor de los hombres que he conocido, si no es ese pazguato y santurrón vagabundo de la librea castaña.

—¡Ja, ja! —replicó Jingle—. Gran persona, Pickwick... corazón hermoso... viejo carcamal... no se indigne... no es buena cosa... algún día nos veremos... reprímase... y ahora, Job... ¡trotta!

Con estas palabras, calóse Mr. Jingle el sombrero a su antigua guisa y salió apresuradamente. Job Trotter quedóse parado un instante, miró a su alrededor, sonrió, y con una zumbona cortesía a Mr. Pickwick, y dirigiendo a Mr. Weller un guiño, cuya atrevida malicia sería imposible describir, siguió los pasos de su venturoso señor.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, al ver que salía también Mr. Weller.

—Sir.

—Quédate.

Mr. Weller pareció vacilar.

—¿Es que no me deja sacudir un poco ahí fuera a ese Job? —dijo Mr. Weller.

—Claro que no —replicó Mr. Pickwick.

—¿No puedo siquiera echarle de un punta-pié, sir? —insistió Mr. Weller.

—De ninguna manera —respondió su amo.

Por primera vez desde que entrara al servicio del caballero pareció Mr. Weller contrariado y triste. Mas no tardó en alegrársele la cara, porque el avieso Mr. Muzzle, que había permanecido oculto detrás de la puerta de la calle, saltó de repente con oportunidad y destreza suficientes para hacer rodar por la escalinata a Mr. Jingle y a su criado, que fueron a caer en los tinacos de los áloes americanos que a los lados estaban.

—Cumplido mi deber, sir —dijo Mr. Pickwick a Mr. Nupkins—, mis amigos y yo vamos a despedirnos de ustedes. Al darle gracias por la hospitalidad que nos ha dispensado, permítame que le asegure en nombre de todos que no la hubiéramos aceptado, ni hubiéramos consentido en zafarnos de esta manera del compromiso, de no habernos impelido a ello el poderoso instinto de nuestro deber. Mañana regresamos a Londres. El secreto descansa en nosotros.

Habiendo formulado de esta suerte su protesta contra el atropello de la mañana, hizo Mr. Pickwick una profunda reverencia a las damas y, a pesar de las instancias de la familia, abandonó la sala en unión de sus amigos.

—Coge tu sombrero, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Está abajo, sir —dijo Sam, y corrió a buscarlo.

En la cocina no había nadie más que la linda doncellita, y como Sam había perdido su som-

brero, tenía que buscarlo, y la linda doncella tenía que alumbrar al mozo, tuvieron que registrar por todas partes para dar con el sombrero. La linda doncellita, en su afán de hallarlo, se arrodilló y revolvió todo lo que había en un rincón junto a la puerta. Era un rincón endiablado. No era posible llegar a él sin cerrar la puerta.

—Aquí está —dijo la linda doncella—. Aquí está. ¿No es éste?

—Permítame que lo vea —dijo Sam.

La linda doncellita había dejado en el suelo la palmatoria, y como la luz que daba era muy tenue, no tuvo Sam más remedio que arrodillarse para cerciorarse de si el sombrero estaba allí o no. Era aquél un rincón sumamente angosto, y por eso, de lo que sólo era culpable el que la casa hiciera, Sam y la linda doncellita tenían que hallarse muy juntitos.

—Sí, ése es —dijo Sam—. ¡Adiós!

—¡Adiós! —contestó la linda doncellita.

—¡Adiós! —repitió Sam.

Y al decirlo dejó caer el sombrero que con tanto afán buscara.

—¡Qué torpe es usted! —dijo la linda doncellita—. Va a perderlo otra vez si no tiene cuidado.

Y para evitar un nuevo extravío, ella misma se lo puso a Sam.

Si la linda doncellita apareció más linda aún al avanzar su rostro al de Sam, o si fue una simple ocurrencia, originada por el hecho de hallarse tan cerca uno de otro, no ha sido posible decidirlo hasta el día; lo que sí es seguro es que Sam la besó.

—¿No lo habrá hecho usted aposta? —dijo ruborizándose la linda doncellita.

—No —dijo Sam—, pero ahora lo haré. Y la besó otra vez.

—¡Sam! —dijo Mr. Pickwick, llamándole desde arriba.

—Voy, sir —respondió Sam, precipitándose escaleras arriba.

—¡Cómo has tardado! —dijo Mr. Pickwick.

—Había una cosa detrás de la puerta que no nos dejaba abrirla, sir—replicó Sam.

Y éste fue el primer episodio del primer amor de Sam.

26. QUE CONTIENE UNA BREVE NOTICIA DEL DESARROLLO DE LA DEMANDA DE BARDELL CONTRA PICKWICK

Cumplido el primordial objeto y fin esencial de su viaje, una vez desenmascarado Jingle, revolvió Mr. Pickwick regresar a Londres sin demora, con el propósito de enterarse de los incidentes promovidos en contra suya por Dodson y Fogg durante el interregno. Poniendo por obra su resolución con la energía y el empeño propios de su temperamento, montó en la trasera del coche que partió de Ipswich en la mañana que sucedió a los acontecimientos que se han detallado por lo largo en los dos capítulos precedentes, y, acompañado de sus tres amigos y de Mr. Samuel Weller, llegó a la metrópoli aquella misma tarde sano y salvo.

Entonces separáronse los amigos, aunque no por mucho tiempo. Los señores Tupman, Winkle y Snodgrass se dirigieron a sus domicilios respectivos, con objeto de hacer los preparati-

vos necesarios para su proyectada excursión a Dingley Dell. Mr. Pickwick y Sam entraron en su actual vivienda, que se hallaba en un agradable y antiguo barrio, a saber: la Posada de Jorge y el Buitre, en George Yard de Lombard Street.

Mr. Pickwick, después de haber cenado y apurado su segundo vaso de oporto, cubrió su cabeza con un pañuelo de seda, puso los pies en la galería de la chimenea, y se acomodaba en una confortable butaca cuando le sacó de sus plácidas meditaciones la entrada de Mr. Weller con el saco de alfombra.

—Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Sir —contestó Mr. Weller.

—Estaba pensando, Sam —dijo Mr. Pickwick—, que, como he dejado muchas cosas en casa de la señora Bardell, en Goswell Street, es preciso arreglarlas, para sacarlas de allí antes de marcharnos.

—Muy bien, sir —replicó Mr. Weller.

—Podía mandarlas por el momento a casa de Mr. Tupman, Sam —continuó Mr. Pickwick—; pero antes de sacarlas es necesario verlas y formar un paquete con ellas. Yo quisiera, Sam, que fueses a Gosweil Street y lo arreglases todo.

—¿Es seguida, sir? —preguntó Mr. Weller.

—En seguida —replicó Mr. Pickwick—. Espera, Sam —añadió Mr. Pickwick, sacando su portamonedas—. Hay que pagar algo del alquiler. El trimestre no vence hasta Navidad, pero puedes pagarlo, y así se acaba todo. Con avisar un mes antes, basta. Aquí está el aviso. Lo entregas, y dices a la señora Bardell que puede poner la cédula.

—Muy bien, sir —respondió Mr. Weller—. ¿Algo más, sir?

—Nada más, Sam.

Mr. Weller se dirigió lentamente a la puerta, como esperando algo más; abrióla despacio, salió despacio y la fue cerrando despacio, hasta

dejar una rendija de dos pulgadas, cuando le llamó Mr. Pickwick.

—Sam.

—Sir —dijo Mr. Weller, volviendo rápidamente y cerrando la puerta tras de sí.

—Yo no he de ver mal, Sam, que procures enterarte de la disposición en que la señora Bardell se halla respecto de mí, y si es que se propone realmente llevar hasta el fin ese descabellado proceso. Quiero decir que, si tú lo deseas, yo no he de oponerme a que lo hagas —dijo Mr. Pickwick.

Hizo Sam un gesto de inteligencia y abandonó la estancia. Cubrió de nuevo su cabeza Mr. Pickwick con el pañuelo de seda y se dispuso a echar un sueñecillo. Mr. Weller partió rápidamente para llevar a cabo su comisión.

Eran cerca de las nueve cuando llegaba a Goswell Street. Un par de velas ardían en la reducida antesala y un par de sombreros de señora reflejábanse en los cristales de la ventana. La señora Bardell tenía visita.

Llamó a la puerta Mr. Weller y, al cabo de un rato bastante largo —que empleó el de fuera en silbar una cancioncilla y el de dentro en persuadir a una vela rebelde para que se encendiera—, oyóse el ruido de unas botas sobre la alfombra y presentóse el pequeño Bardell.

—¡Hola, joven ciudadano! —dijo Sam—. ¿Cómo está la madre?

—Bastante bien —replicó el pequeño Bardell—; y yo también lo estoy.

—Bueno, me alegro —dijo Sam—. Dile que necesito hablarle. ¿Quieres, pequeño fenómeno?

Así conjurado, el pequeño Bardell colocó la rebelde palmatoria en un escalón y fue a dar su recado. Los dos sombreros que se reflejaban en el cristal de la ventana pertenecían a dos de las más íntimas amigas de la señora Bardell, que habían venido a tomar una taza de té y una frugal merienda, compuesta de patatas y queso tostado. El queso calentábase deliciosamente al fuego en una cacerola danesa; las patatas cocí-

anse en una pequeña vasija de estaño, y la señora Bardell y su dos amigas regalábanse con una grata conversación, en la que salían a relucir todos sus amigos y conocidos, cuando volvió el pequeño Bardell de la antesala y comunicó el mensaje de Mr. Samuel Weller.

—¡El criado de Mr. Pickwick! —dijo la señora Bardell, palideciendo.

—¿Es posible? —dijo la señora Cluppins.

—¡Caramba!, en verdad que no lo hubiera creído de no haber estado aquí —dijo la señora Sanders.

Era la señora Cluppins una mujercita vivaracha y diligente; la señora Sanders, en cambio, era una corpulenta y obesa señora, de faz carnosa; ambas constituían la visita.

La señora Bardell consideró oportuno demostrar agitación, y como ninguna de las tres sabía a punto fijo en aquellas circunstancias qué clase de actitud debiera adoptarse frente al criado de Mr. Pickwick, por verse privadas en aquel momento del consejo de Dodson y Fogg,

quedaron suspensas y perplejas. En aquel estado de incertidumbre, lo primero que había que hacer, indudablemente, era reñir al muchacho por haberse encontrado con Mr. Weller a la puerta. Su madre le zurraba, y él chillaba melodiosamente.

—¡No hagas ruido, necia criatura! —dijo la señora Bardell.

—Claro está; no comprometas a tu pobre madre —dijo la señora Sanders.

—Ya tiene la pobre bastante para atormentarse. Tomasito —dijo la señora Cluppins con afectuosa conmiseración.

—¡Ah, desgraciada, pobre cordera! —dijo la señora Sanders.

En medio de todas estas reflexiones morales, el pequeño Bardell berreaba cada vez más.

—¿Y qué es lo que debemos hacer? —dijo la señora Bardell a la señora Cluppins.

—Yo creo que debe usted verle —replicó la señora Cluppins—; pero de ninguna manera sin un testigo.

—A mí me parece que será más legal dos testigos —dijo la señora Sanders, que, lo mismo que la otra amiga, reventaba de curiosidad.

—Lo mejor será que entre aquí —dijo la señora Bardell.

—Eso es —repuso la señora Cluppins, atrapando la idea a! vuelo—. Entre, joven, y haga el favor de cerrar la puerta de la calle.

Mr. Weller siguió inmediatamente la indicación, y presentándose en la sala explicó su asunto a la señora Bardell de esta manera:

—Siento mucho producir alguna molestia, señora, como dijo el ladrón a la vieja cuando la echó al fuego; pero, como mi amo acaba de llegar y está a punto de partir otra vez, no ha podido evitarse, ya ve usted.

—Claro está; el joven no puede ser responsable de las culpas de su amo —dijo la señora Cluppins, favorablemente impresionada por la actitud y las palabras de Mr. Weller.

—Claro que no —corroboró la señora Sanders, que, por las codiciosas miradas que diri-

gía a la cacerola de estaño, debía de hallarse absorbida en hacer cálculos mentales encaminados a averiguar hasta dónde llegarían las patatas en el caso de que se invitase a merendar a Mr. Weller.

—Pues he venido exclusivamente para lo que voy a decir —dijo Sam—; primero, a dar el recado de mi amo; segundo, a pagar el alquiler... eso es; tercero, a decir que se haga un paquete con todas sus cosas y que se lo entreguen al que venga por ellas; cuarto, que puede usted alquilar el cuarto en cuanto quiera... Eso es todo.

—Sea lo que sea lo ocurrido —dijo la señora Bardell—, siempre he dicho y diré siempre que, salvo en una cosa, se ha conducido Mr. Pickwick en todo como un perfecto caballero. Su dinero fue siempre de ley, siempre.

Al decir esto, llevóse el pañuelo a los ojos la señora Bardell y salió de la sala en busca del recibo.

Sabía Sam de sobra que lo único que tenía que hacer era permanecer a la expectativa, ya que todo habían de hablarlo las señoras; quedóse, pues, callado, mirando ora al puchero, ora al queso tostado, ora a la pared y al techo.

—¡Pobrecilla! —dijo la señora Cluppins.

—¡Ah, qué pena de criatura! —repuso la señora Sanders.

Sam guardó silencio. Veíalas venir al asunto.

—Es que no puedo contenerme —dijo la señora Cluppins— cuando pienso en tal perjurio. No quisiera decir nada que le incomodase, joven, pero su amo de usted es un viejo bruto y me gustaría que estuviera delante para decírselo.

—Yo también lo quisiera —dijo Sam.

—Es que no se puede sufrir eso de verla ir de un lado a otro, como alelada, sin gusto para nada si no es cuando vienen sus amigas, por caridad, a pasar un rato con ella para distraerla.

—¡Es terrible! —dijo la señora Sanders.

—¡Y su amo de usted, joven, un hombre de dinero, que jamás podría resentirse por el gasto que una esposa supone —continuó la señora Cluppins, con versátil locuacidad—, no puede disculpar su conducta...! ¿Por qué no se casa con ella?

—¡Ah! —dijo Sam—. Ahí está la cosa precisamente... Eso es lo que hay que preguntar.

—Lo que hay que preguntar —repuso la señora Cluppins—, y ella se lo preguntaría si tuviera mi decisión. Pero ahí está la ley para defendernos a las pobres mujeres, míseras criaturas. ¿Qué harían de nosotras si no? Y eso es lo que verá su amo, bien a su pesar, antes de seis meses.

Detúvose la señora Cluppins después de hacer esta reflexión y sonrió a la señora Sanders, que, a su vez, le devolvió la sonrisa.

—En fin; el proceso se está ventilando, y ya veremos —pensaba Mr. Weller, en el momento en que entraba con el recibo la señora Bardell.

—Aquí está el recibo, Mr. Weller —dijo la señora Bardell—, y aquí está la vuelta; pero supongo que tomará usted una copita para quitarse el frío, aunque no sea más que en atención a nuestra antigua amistad, Mr. Weller.

Comprendiendo Sam la ventaja que esto le daba, aceptó sin vacilar. Entonces la señora Bardell sacó de una pequeña alacena una botella negra y una copa de vino; pero de tal manera embargaba sus facultades la profunda aflicción que la poseía, que, después de llenar la copa de Mr. Weller, sacó tres copas más y las llenó igualmente.

—¡Por Dios, señora Bardell —dijo la Cluppins—, fíjese en lo que ha hecho y en qué estado se halla usted!

—Tiene gracia la cosa —exclamó la Sanders.

—¡Ay, qué cabeza la mía! —dijo la señora Bardell, con ligera sonrisa.

Haciéndose Sam cargo de todo esto, dijo al punto que no podía beber antes de la comida, a menos de que con él bebiese una dama. Rióse

no poco a cuenta de esto y, para seguirle el humor, tomó la Sanders un sorbito de su copa. Apuntó Sam su deseo de que aquello se generalizase, y todas bebieron sendos sorbos de sus copas respectivas. Entonces la Cluppins propuso un brindis por el «éxito de Bardell contra Pickwick». Apuraron los demás sus vasos en honor de este nobilísimo anhelo, y no tardaron en sentirse extraordinariamente locuaces.

—Supongo a usted enterado de lo que se está ventilando, Mr. Weller —dijo la señora Bardell.

—Algo he oído de ello —replicó Sam.

—Es violento y desagradable verse traída y llevada de esa manera por la gente —dijo la señora Bardell—; pero veo bien claro que no hay otro remedio, y me dicen mis procuradores Dodson y Fogg que no ofrece duda nuestro triunfo. No sé qué haría si así no ocurriese.

La sola idea de que pudiera fracasar en su demanda la señora Bardell afectó a la señora Sanders tan profundamente que se vio en la

necesidad de llenar de nuevo y apurar su copa a toda prisa, pues comprendía, según dijo después, que hubiera sucumbido a la impresión de no haber tenido presencia de ánimo para administrarse aquel remedio.

—¿Y hacia cuándo se espera que eso se vea? —preguntó Sam.

—Para febrero o marzo —respondió la Bardell.

—¿Cuántos testigos declararán en ello? —inquirió la Cluppins.

—¡Ah!, es verdad —repuso la Sanders.

—Y Dodson y Fogg se pondrían furiosos si la acción fracasara, ¿verdad? —añadió la Cluppins—. Porque ellos la siguen a todo riesgo.

—¡Ah, claro está! —asintió la Sanders.

—Pero la ganará la demandante —prosiguió la Cluppins.

—Así lo espero —dijo la señora Bardell.

—¡Oh!, en cuanto a eso, no hay que dudarlo —opinó la Sanders.

—Bien —dijo Sam, levantando su copa y volviendo a dejarla sobre la mesa—, lo único que puedo decir es que deseo que usted lo gane.

—Gracias, Mr. Weller —dijo la Bardell con vehemencia.

—En cuanto a Dodson y Fogg, como llevan el asunto a sus expensas —continuó Mr. Weller—, según hacen otros muchos generosos hombres de su profesión y que cogen a las gentes por las orejas sin exigirles nada, y envían a sus pasantes a buscar rencillas entre sus vecinos y conocidos para arreglarlas por medio de la ley, sólo digo que les deseo toda la recompensa que yo les daría.

—¡Ah, yo deseo que tengan la recompensa que todo corazón bueno y generoso les concedería! —dijo, agradecida, la Bardell.

—Así sea —replicó Sam—, y que de salud y provecho les sirva. Tengan ustedes muy buenas noches, señoras.

Con gran alivio y consuelo de la señora Sanders, dejóse partir a Sam, sin que la señora de la casa le hiciera la menor indicación respecto de las patatas y el queso tostado, a los cuales las señoras, asistidas de la juvenil cooperación del pequeño Bardell, rindieron al momento amplia justicia, desapareciendo los manjares ante la denodada acometida.

Tornó Mr. Weller a Jorge y el Buitre y relató puntualmente a su amo cuanto había podido pescar en su visita a la señora Bardell acerca de los sutiles procedimientos de Dodson y Fogg. La entrevista que al día siguiente celebróse con Mr. Perker no hizo sino confirmar las presunciones de Mr. Weller. Mr. Pickwick dedicóse afanosamente a preparar su visita a Dingley Dell para Navidad, con la tranquilizadora perspectiva de que tres meses más tarde había de verse en la Audiencia un proceso incoado contra él por ruptura de promesa de matrimonio, en cuya acción asistían a la querellante no sólo las ventajas de la fatalidad de las circunstan-

cias, sino las que se derivaban de la fina sagacidad desplegada por Dodson y Fogg.

27. SAMUEL WELLER HACE UNA PEREGRINACIÓN A DORKING PARA VER A SU MADRASTRA

Como aún quedasen dos días para la fecha fijada por los pickwickianos para el viaje de Dingley Dell, Mr. Weller se sentó en un cuarto trastero de Jorge y el Buitre, una vez despachado su temprano almuerzo, con objeto de meditar en el mejor empleo que podía hacer de su tiempo. Era un día extraordinariamente hermoso, y no hacía ni diez minutos que daba vueltas en su magín al asunto, cuando se sintió invadido por una emoción filial y entrañable. Ocurriósele de modo tan súbito e imperioso que tenía que ir a ver a su padre y cumplimentar a su madrastra, que se halló poseído de honda extrañeza ante su negligencia por no haber pensado antes en esta obligación moral. Deseoso de subsanar cuanto antes su pasado abandono, subió inmediatamente a ver a Mr.

Pickwick para solicitar licencia y poner por obra tan laudable propósito.

—Ya lo creo, Sam, ya lo creo —dijo Mr. Pickwick, con los ojos resplandecientes de alegría ante aquella manifestación del sentimiento filial de su criado—; desde luego, Sam.

Mr. Weller hizo una reverencia de gratitud.

—Me complace mucho ver que tienes tan alto sentido de tus deberes de hijo, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Siempre lo tuve, sir —replicó Mr. Weller.

—Es una idea feliz, Sam —dijo Mr. Pickwick con gesto de aprobación.

—Mucho, sir —replicó Mr. Weller—; siempre que he necesitado algo de mi padre se lo he pedido en forma humilde y respetuosa. Si no me lo daba, lo tomaba, por temor de que el no tenerlo me llevase a hacer algo malo. Le he ahorrado un sinfín de molestias de esa manera, sir.

—No es eso precisamente lo que quiero decir, Sam —dijo Mr. Pickwick, moviendo la cabeza con ligera sonrisa.

—Siempre buenos sentimientos; las mejores intenciones, como dijo el otro cuando abandonó a su esposa por no ser ésta feliz a su lado —repuso Mr. Weller.

—Debes ir, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Gracias, sir —replicó Mr. Weller.

Y después de hacer su más rendida inclinación y de vestir su mejor ropa, plantóse Sam en lo alto del coche de Arundel y se encaminó a Dorking.

El Marqués de Granby, en tiempos de la señora Weller, era un verdadero modelo entre las mejores ventas, bastante amplia para llenar sus fines y bastante reducida para ser confortable. En el lado opuesto de la carretera había una ancha muestra fijada en un poste elevado, que representaba la cabeza y los hombros de un caballero de semblante apoplético, con roja cascaca de vueltas azules y una mancha del mismo color sobre el tricornio, a guisa de cielo. Sobre ella campeaban un par de banderas; por debajo del último botón del redingote veíase un par de

cañones, y ofrecía en conjunto una semejanza indudable con el marqués de Granby, de gloriosa memoria.

El escaparate de la taberna presentaba una selecta colección de geranios y una fila bien empolvada de frascos de alcohol. Los abiertos postigos del establecimiento ostentaban una gran variedad de doradas inscripciones, que proclamaban la bondad de las camas y la pureza de los vinos, y el distinguido grupo de labriegos y postillones que discurrían por las cuadras pregonaba anticipadamente la excelente calidad de la cerveza y del alcohol que dentro se vendía. Quedóse parado Sam Weller, al apearse del coche, observando todas estas sumarias indicaciones de un próspero negocio con ojos de viajero experimentado, e inmediatamente después entró, altamente complacido de todo cuanto iba viendo.

—¿Qué hay? —dijo una voz aguda de mujer en el instante de asomar Sam la cabeza por la puerta—. ¿Qué desea usted, joven?

Miró Sam en la dirección que la voz indicaba. La voz venía de una gruesa mujer de apariencia saludable, que se hallaba sentada en la taberna junto al fuego, atizando la llama para hacer hervir la tetera. No estaba sola, porque al otro lado del hogar, sentado en una silla de elevado respaldo, había un hombre de raído traje negro, cuyas espaldas eran casi tan amplias y enhiestas como las de la silla, que atrajo desde el primer momento la más viva atención de Sam.

Era un tipo petulante, de nariz roja, de largo y fino rostro y ojos de reptil, ojos penetrantes, pero malos sin duda alguna. Gastaba pantalones cortos y medias de algodón negro, que, como el resto de su indumento, aparecían bastante deteriorados. Su aspecto era tieso y almidonado; no así su corbata blanca, cuyos jirones terminales pendían de un modo grotesco sobre su chaleco, abotonado hasta el mentón. Un par de guantes de castor viejos y muy usados, un sombrero de anchas alas y una caduca sombri-

Illa verde, cuyas varillas asomaban por el extremo, como si quisieran suplir la falta de puño, yacían en una silla, tan cuidadosa y ordenadamente dispuestos, que denotaban que el hombre de nariz roja, quienquiera que fuese, no tenía prisa por marcharse.

Para hacer justicia al hombre de nariz roja, debe decirse que no hubiera procedido discretamente si tal intención abrigase, porque, a juzgar por las apariencias, hubiera sido preciso que contase con un círculo de amistades mucho más aceptable para que lógicamente debiera presumir encontrarse mejor en cualquiera otra parte. Resplandecía el fuego con destellos brillantes a favor del soplillo, y la tetera cantaba alegremente bajo la influencia de ambos. Sobre la mesa veíase dispuesto el servicio de té; una fuente de tostadas de manteca calentábase dulcemente ante el fuego, y el hombre de nariz roja empleábase afanosamente en convertir una gran rebanada de pan en el susodicho grato comestible valiéndose de un largo tridente. Al

lado del hombre había un vaso lleno de un brebaje humeante, compuesto de agua y ron de piña, en el que nadaba una raja de limón. A cada momento deteníase el hombre de nariz roja para acercar a sus ojos la rebanada de pan, con objeto de ver cómo iba, sorbía unas gotas del caliente líquido y sonreía a la obesa señora, que continuaba atizando el fuego.

Hallábase Sam tan absorto por la contemplación de esta grata escena, que no advirtió la primera llamada de la gruesa mujer. Sólo cuando se le repitió en tono más apremiante pudo darse cuenta de la inconveniencia de su actitud.

—¿Está el amo? —inquirió Sam, en respuesta a la llamada.

—No, no está —replicó la señora Weller, porque la mujer gorda no era otra que la heredera y única testamentaria del difunto Mr. Clarke—; no, no está, y no le espero.

—¿Está hoy de viaje? —dijo Sam.

—Puede ser que sí o puede ser que no — replicó la señora Weller, untando de manteca la rebanada que acababa de tostar el de la nariz roja—. No lo sé, y es más, no me importa. Eche una bendición, Mr. Stiggins.

Hizo lo que se le indicaba el hombre de nariz roja, y acto seguido se dedicó a la tostada con feroz voracidad.

El aspecto del hombre de nariz roja había inducido a Sam desde el primer momento más que a sospechar que fuera el pastor de quien su estimable progenitor le había hablado. Desde el momento en que le vio comer desvaneciéronse todas sus dudas, y se convenció al punto de que si había de hacer mansión en la casa, tenía que apresurarse a hacerse bienquisto. Empezó, en consecuencia, su campaña apoyando su brazo sobre la media puerta de la tienda, desco- rriendo el cerrojo e introduciéndose como quien no hace nada.

—Madrastra —dijo Sam—, ¿qué tal está usted?

—¡Cómo, si es Weller! —dijo la señora Weller, dirigiendo sus ojos al rostro de Sam, con gesto de escasa complacencia.

—Algo de eso —dijo el imperturbable Sam—; y espero que este reverendo señor me dispensará que le diga que desearía ser el Weller que usted se merece, madrastra.

Fue éste un cumplimiento de dos filos, pues implicaba que la señora Weller era la más agradable de las mujeres y que Mr. Stiggins tenía apariencia clerical. Produjo la frase un efecto visible y rápido, y subrayó Sam la ventaja conquistada besando a su madrastra.

—¡Quite usted de ahí! —dijo la señora Weller, dándole un empujón.

—Parece mentira, joven —dijo el señor de la nariz roja.

—No hay ofensa, sir, no hay ofensa —replicó Sam—; sin embargo, tiene usted razón: no es la manera adecuada cuando las madrastras son jóvenes y guapas, ¿verdad, sir?

—Todo eso es vanidad —dijo Mr. Stiggins.

—Eso es —dijo la señora Weller, poniéndose derecho el gorro.

Pensó Sam lo mismo, pero se calló.

El coadjutor no pareció alegrarse mucho de la llegada de Sam, y cuando remitió la efervescencia del saludo, la misma señora Weller adoptó una actitud que parecía indicar que no le hubiera disgustado mucho dejar de recibir aquella visita. Sin embargo, allí estaba, y como no hubiera sido correcto despedirle, sentáronse los tres a tomar el té.

—¿Y cómo está padre? —dijo Sam.

Al oír esta pregunta, levantó sus manos la señora Weller y sus ojos al cielo, cual si se tratase de un asunto demasiado doloroso.

Mr. Stiggins dejó oír un gruñido.

—¿Qué le pasa a este caballero? —preguntó Sam.

—Es que le contraría mucho la conducta de tu padre —replicó la señora Weller.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Sam.

—Y con mucha razón —añadió gravemente la señora Weller.

Mr. Stiggins tomó otra rebanada de pan y gruñó con más fuerza.

—En un espantoso réprobo —dijo la señora Weller.

—¡Un hombre maldito! —exclamó Mr. Stiggins.

Tomó un gran bocado semicircular de la tostada y gruñó de nuevo.

Sintióse Sam fuertemente inclinado a dar al reverendo Mr. Stiggins algo que le sirviera de motivo para gruñir, pero reprimió su impulso y preguntó solamente:

—¿Qué es lo que hace el viejo ahora?

—¡Qué hace! —dijo la señora Weller—. ¡Oh!, es un hombre empedernido. Noche tras noche, este excelente hombre, no se enoje, Mr. Stiggins, yo quiero decir que usted es un excelente hombre, viene a sentarse aquí horas y horas sin que produzca el menor efecto sobre él.

—¡Caramba!, es raro —dijo Sam—. A mí me hubiera producido mucho efecto de haber estado en su lugar; estoy seguro.

—El hecho es, mi joven amigo —dijo solemnemente Mr. Stiggins—, que tiene un temperamento incorregible. ¡Oh, mi joven amigo! ¿Quién, que no fuera él, podría haber resistido a la persuasión de dieciséis de nuestras mejores hermanas sin ceder a sus exhortaciones para formar parte de nuestra noble sociedad, cuyo fin es proveer a los niños de las Indias occidentales de chalecos de franela y de pañuelos morales?

—¿Qué es un pañuelo moral? —dijo Sam—. Nunca he visto esos artículos de vestir.

—Aquellos en que se combinan la instrucción con el pasatiempo, mi joven amigo —replicó Mr. Stiggins—; en que se mezclan cuentos instructivos y grabados en madera.

—¡Ah!, ya sé —dijo Sam—; como los que están colgados en las tiendas de telas con peticiones de mendigos y todas esas cosas.

Empezó Mr. Stiggins una tercera tostada y asintió con la cabeza.

—¿Y no quiso dejarse persuadir por las señoras? —dijo Sam.

—Se sentaba y fumaba su pipa, y decía que los negritos eran... ¿Qué decía que eran los negritos? —dijo la señora Weller.

—Pequeños timos —replicó Mr. Stiggins, profundamente disgustado.

—Dijo que los negritos eran pequeños timos —repitió la señora Weller.

Y los dos empezaron a gemir por la terrible conducta del viejo.

Muchas otras iniquidades de análoga naturaleza pudieran haberse traído a cuento de no haber terminado la merienda ni el té llegado a un grado extremo de enrarecimiento; y como Sam no parecía dar señales de ausentarse, Mr. Stiggins recordó súbitamente que tenía una cita con el párroco y se despidió.

Apenas levantado el servicio del té y luego de haberse apagado y barrido el hogar, el coche

de Londres depositó a Mr. Weller a la puerta; sus piernas le introdujeron en el bar y sus ojos le mostraron a su hijo.

—¡Cómo, Sammy! —exclamó el padre.

—¡Hola, viejo Nobs! —dijo el hijo.

Y se estrecharon las manos cordialmente.

—Encantado de verte, Sammy —dijo el viejo Weller—; pero es un misterio para mí cómo te las has apañado con tu madrastra. Sólo te pido que me des la receta; nada más.

—¡Chist! —dijo Sam—, que está en casa, amigo.

—Pero no está dentro escuchando —replicó Mr. Weller—; siempre se baja a murmurar un par de horas después del té, de modo que podemos remojarnos un poco, Sammy.

Y diciendo esto, Mr. Weller compuso dos vasos de aguardiente con agua y sacó un par de pipas. Padre e hijo sentáronse frente a frente: Sam, a un lado del hogar, en la silla de alto respaldo, y Mr. Weller al otro lado, en una cómo-

da butaca de paja; dedicáronse a regalarse con la debida compostura.

—¿Ha estado aquí alguien, Sammy? — preguntó secamente Mr. Weller, después de un largo silencio.

Sam asintió expresivamente con la cabeza.

—¿El mozo de la nariz roja? —interrumpió Mr. Weller.

Sam asintió nuevamente.

—Es un hombre muy afectuoso, Sammy — dijo Mr. Weller, fumando ávidamente.

—Así parece —observó Sam.

—Gran calculador —dijo Mr. Weller.

—¿Sí? —dijo Sam.

—Pide prestado el lunes dieciocho peniques, y viene el martes por un chelín, para completar media corona; viene el viernes por otra media corona, para convertirla en cinco chelines, y así va doblando hasta que hace en menos que se dice un billete de cinco libras, como esa suma de los libros de aritmética de los clavos y la herradura, Sammy.

Dio a entender Sam con un gesto que recordaba el problema que a su padre se refería.

—¿De modo que no se suscribe usted a los chalecos de franela? —dijo Sam, al cabo de otro intervalo empleado en fumar.

—Claro que no —replicó Mr. Weller—. ¿Para qué les sirven los chalecos de franela a los negritos de la India? Pero te diré lo que es, Sammy —dijo Mr. Weller, bajando la voz e inclinándose hacia el hogar—; ya les haría yo hermosos chalecos a algunos de la casa.

Después de decir esto, Mr. Weller recobró pausadamente su actitud primitiva y guiñó un ojo a su primogénito, con gran prosopopeya.

—Parece un poco raro eso de mandar pañuelos a gentes que no saben usarlos —observó Sam.

—Siempre están tramando alguna majadería por el estilo, Sammy—replicó su padre—. Estaba yo paseando por la carretera el último domingo, y ¿a quién dirías que vi a la puerta de la capilla, con una bandeja azul en la mano? Pues

a tu madrastra. Creo que en la bandeja habría como un par de soberanos en piezas menudas, en monedas de medio penique; y, cuando la gente salía, hacía saltar los peniques en la bandeja, de tal manera que pocas bandejas lo resistirían. ¿Para qué crees que era todo esto?

—¿Para preparar algún otro té, tal vez? —dijo Sam.

—Nada de eso —replicó el padre—. Para el agua del pastor, Sammy.

—¿El agua del pastor? —dijo Sam.

—Eso mismo —replicó Mr. Weller—. Debía tres plazos, y el pastor no pagaba; quizá fuera esto porque a él no le servía el agua para nada, ya que bebe poco de eso; él sabe unas cuantas triquiñuelas como ésa. Pero como no pagaba, le cortaron el agua. Se fue el pastor a la capilla y empezó a decir que era un santo perseguido, que esperaba y pedía que se ablandara el corazón del fontanero y que éste se avendría a razones, mas pensando en su interior que tendría ya reservado un sitio en lugar poco grato. En-

tonces las mujeres convocaron la asamblea, entonaron un himno, eligieron a tu madrastra como presidenta, y al siguiente domingo reunieron una colección de monedas, que entregaron al pastor. Y si no tuvo bastante con ellas, Sammy, para estar en paz toda la vida con la compañía del agua, Sammy —dijo Mr. Weller, concluyendo—, yo soy un danés, tú eres otro y nada más.

Mr. Weller fumó algunos minutos en silencio y prosiguió:

—Lo peor de estos pastores es, hijo mío, que imperceptiblemente vuelven el juicio de todas las muchachas de por aquí. Las pobres inocentes piensan que todo eso está bien, y no conocen cosa mejor; pero son víctimas de un engaño, Samivel.

—Eso creo yo —dijo Sam.

—Ni más ni menos —dijo Mr. Weller, moviendo gravemente la cabeza—; y lo que más me indigna, Samivel, es verles gastar todo su tiempo en la tarea de hacer trajes para los co-

breños, que no los necesitan, sin ocuparse de los cristianos blancos, a quienes tanta falta les hacen. Si me valiera, Samivel, pondría algunos de esos pastores holgazanes detrás de unas carretillas y les haría correr todo el día arriba y abajo sobre una plancha de madera de catorce pulgadas de ancho. Esto les curaría mejor que nada de su estupidez.

Después de prescribir Mr. Weller esta suave receta con gran énfasis, recalcándola con profusa variedad de guiños y contorsiones, vació de un trago su vaso y sacudió la ceniza de su pipa con ingenua dignidad.

Ocupábase en esta operación, cuando se oyó en el pasillo una voz penetrante y aguda.

—Aquí está tu querida pariente, Sammy —dijo Mr. Weller.

Y la señora Weller entró en la estancia apresuradamente.

—¡Oh, ya has vuelto! —dijo la señora Weller.

—Sí, querida mía —replicó Mr. Weller, llenando de nuevo su pipa.

—¿No ha vuelto Mr. Stiggins? —dijo la señora Weller.

—No, querida, no ha vuelto —replicó Mr. Weller, encendiendo la pipa por el ingenioso procedimiento de coger con las tenazas y mantener sobre el perol un ascua de fuego—; y es más, querida, procuraré sobrevivir al dolor de que no vuelva más.

—¡Puah, miserable! —dijo la señora Weller.

—Gracias, amor mío —dijo Mr. Weller.

—Vamos, vamos, padre —dijo Sam—; nada de ternezas delante de extraños. Aquí viene el reverendo.

A este anuncio, la señora Weller enjugó a toda prisa las lágrimas, que empezara a hacer brotar a viva fuerza, y Mr. Weller arrastró cazarraamente su silla hacia el rincón del hogar.

Fácilmente se logró que Mr. Stiggins aceptase otro vaso del caliente brebaje de ron de piña, luego otro, y hasta un tercero, y que tomase un bocado para disponerse a comenzar de nuevo. Sentóse al mismo lado

que Mr. Weller padre, y cada vez que éste podía eludir la mirada de su esposa descubría a su hijo los ocultos sentimientos de su pecho, agitando el puño en el aire sobre la cabeza del coadjutor, todo lo cual proporcionaba a su hijo indescriptible satisfacción y delicia, tanto más cuando que Mr. Stiggins seguía bebiendo tranquilamente la caliente pócima, sin percatarse de lo que pasaba.

Casi toda la conversación corrió a cargo de la señora Weller y del reverendo Mr. Stiggins. Los principales temas que se tocaron fueron las virtudes del pastor, la edificante condición de su rebaño y los graves crímenes y extravíos de todos los que no formaban parte de él. Todas estas disertaciones eran interrumpidas de cuando en cuando por las referencias entrecortadas que hacía Mr. Weller a cierto personaje

llamado Walker³, y otros comentarios de este jaez.

Por fin, Mr. Stiggins, mostrando indudables síntomas de haber consumido mucho más ron del que buenamente le cabía, tomó su sombrero y se despidió.

En seguida fue conducido Sam a su dormitorio por su padre. El respetable anciano se retorció las manos con vehemencia y parecía dispuesto a comunicar a su hijo algunas observaciones; pero al ver acercarse a la señora Weller, pareció abandonar su propósito y se despidió de su hijo súbitamente.

Levantóse Sam temprano al día siguiente y, después de participar de un frugal desayuno, se dispuso a regresar a Londres. En el momento en que ponía el pie fuera de la casa, se encontró con su padre.

³ Charlatán. Personaje figurado del argot inglés. (*N. del T.*)

—¿Te vas, Sammy? —preguntó Mr. Weller.

—Ahora mismo —replicó Sam.

—Me gustaría que empaquetaras a ese Stiggins y te lo llevaras —dijo Mr. Weller.

—¡Me avergüenzo por usted! —dijo Sam, en tono de reproche—. ¿Cómo le deja usted que enseñe su nariz roja en El Marqués de Granby?

Mr. Weller padre fijó en su hijo una ansiosa mirada y replicó:

—Porque estoy casado, Samivel, porque estoy casado. Cuando tú estés casado comprenderás una porción de cosas que ahora no entiendes y si merece o no la pena de afanarse tanto para aprender tan poco; como dijo aquel chico cuando llegó al final del alfabeto, es cuestión de gustos. Yo más bien creo que no lo merece.

—Bien —dijo Sam—. Adiós.

—Adiós, adiós, Sammy —replicó su padre.

—Sólo he de decirle —dijo Sam, deteniéndose súbitamente— que si yo fuera el amo de El Marqués de Granby y ese dichoso Stiggins viniera a beber en mi bar, yo...

—¿Qué? —interrumpió Mr. Weller con gran ansiedad—. ¿Qué?

—Envenenaría su ron —dijo Sam.

—¡Ca! —dijo Mr. Weller, estrechando jovialmente la mano de su hijo—. ¿Lo harías realmente, lo harías tú?

—Sí —dijo Sam—. Al principio no le apretaría mucho. Le zambulliría en la tina y pondría la tapa, y si veía que era insensible a esta delicadeza, emplearía el otro modo de persuasión.

Dirigió el viejo Weller a su hijo un mirada de inefable admiración y, después de estrecharle la mano, se alejó pausadamente, resolviendo en su fantasía las numerosas ocurrencias que le despertara el consejo filial.

Miró Sam hacia atrás hasta doblar el recodo de la carretera, y emprendió su regreso a Londres. Fuese meditando primero en las proba-

bles consecuencias de su consejo y en la probabilidad o improbabilidad de que su padre lo adoptase. Alejó de su mente poco después estos pensamientos, a favor de la reflexión consoladora de que el tiempo lo diría, y ésta es la reflexión que nosotros desearíamos sugerir al lector.

28. CAPÍTULO DE PASCUAS RISUEÑAS,
QUE CONTIENE EL RELATO DE UNA BO-
DA Y EL DE OTROS SOLACES QUE, CON
SER A SU MODO TAN EDIFICANTES CO-
MO EL MATRIMONIO, NO SE PRACTICAN
TAN RELIGIOSAMENTE EN ESTOS TIEM-
POS DEGENERADOS

Diligentes como abejas, si no livianos cual hadas, reuniéronse los pickwickianos en la misma mañana del día veintidós de diciembre del año de gracia en que fueron emprendidas y acabadas las aventuras que fielmente se van relatando. Acercábanse las Navidades con toda su candorosa y rústica honradez. Llegaba la temporada de la hospitalidad, del regocijo y de la cordialidad espontánea. El año caduco, cual viejo filósofo, congrega a sus amigos y dispónese a partir tranquilo entre el estruendo y la francachela. Llegaban los días alegres y juguetones, y alegres y juguetones sentíanse cuatro,

por lo menos, de los corazones que celebraban su advenimiento.

Y muchos son, en efecto, los corazones a que traen las Navidades una breve temporada de felicidad y esparcimiento. ¡Cuántas son las familias cuyos miembros hállanse dispersos y repartidos por la anchura de la tierra, empeñados en las luchas sin tregua de la vida, que se reúnen y encuentran de nuevo en ese feliz estado de jovialidad y camaradería, que es tan puro manantial de delicias impolutas; período dichoso, tan incompatible con los cuidados y dolores del mundo, que las creencias religiosas de las naciones más civilizadas, como las tradiciones primitivas de las más salvajes y atrasadas, lo cuentan entre las primeras alegrías de una existencia futura, bendecida por la dicha perenne! ¡Cuántas viejas reminiscencias y cuántas simpatías dormidas no vienen a despertar los días de Pascua!

Escribimos estas palabras cuando nos hallamos alejados del lugar en que año tras año

encontramos en ese día un alegre y bullicioso círculo. Muchos de los corazones que tan gozosamente palpitaban entonces han cesado de latir; muchas de las miradas que brillaban entonces se han apagado ya; las manos que estrechábamos están ya frías; los ojos que buscábamos con afán esconden su brillo en la tumba, y, sin embargo, la vieja casona, la estancia, las voces alegres y sonrientes caras, los dichos; las risas, las más triviales y nimias circunstancias relacionadas con aquellas felices veladas se agolpan en nuestra mente, al brotar cualquier recuerdo de la época, cual si la última reunión se hubiese celebrado ayer mismo. ¡Felices Navidades, que pueden devolvernos los dichosos engaños de los días de la infancia, que recuerdan al viejo los placeres de su juventud, que son capaces de transportar al marino y al caminante a su propio hogar y a la quietud de su morada!

Mas henos aquí tan absortos en las excelencias de las santas Navidades, que tenemos a

Mr. Pickwick y a sus amigos esperando al frío del exterior del coche de Muggleton, en el que acaban de acomodarse, bien empaquetados en sus grandes abrigos y bufandas. Los portamantas y los sacos de alfombra se han colocado fuera, y Mr. Weller y el mozo se esfuerzan por introducir en la bolsa delantera un enorme bacalao, mucho más grande que aquélla —que se halla cuidadosamente empaquetado en una larga cesta y cubierto de una tongada de paja— y que se ha dejado para lo último con objeto de que pueda reposar seguro sobre la media docena de barriles de ostras, propiedad de Mr. Pickwick, que han sido dispuestos con todo cuidado en el fondo del receptáculo. El interés que se hace patente en el rostro de Mr. Pickwick es intensísimo al observar cómo Mr. Weller y el mozo se afanan por embutir el bacalao en la bolsa, primero metiéndolo de cabeza, luego por la cola, después al contrario, del otro lado, al revés, de canto y a lo largo, llevando a cabo interminables manipulaciones, a que el

implacable bacalao resiste contumaz, hasta que el mozo acierta, por casualidad, a introducirlo en el medio de la cesta, que desaparece al punto en la bolsa, y con la cesta, la cabeza y los hombros del mismo postillón, que, por no haber calculado tan brusco alivio en la resistencia pasiva del bacalao, experimenta un choque inesperado, con regocijo indescriptible de todos los mozos y circunstantes. Mr. Pickwick, al ver esto, sonríe de buena gana, y, sacando un che-l n del bolsillo de su chaleco, dice al mozo, en cuanto éste logra extraerse a sí mismo de la bolsa, que beba a su salud un vaso de aguardiente con agua, a lo cual sonríe también el mozo y le acompañan los señores Snodgrass, Tupman y Winkle. El mozo y Mr. Weller se ausentan durante cinco minutos, sin duda con objeto de propinarse el aguardiente, porque al volver esparcen a su alrededor un fuerte olor al citado líquido; sube al pescante el mayoral, monta en la trasera Mr. Weller, rodean sus piernas los pickwickianos con sus abrigos y se

embozan hasta las narices, levantan los mozos las mantas de las caballerías, lanza el cochero el grito de «¡Listos!», y parten.

Después de cruzar algunas calles, saltando sobre los cantos, desembocan en la anchura de la campiña. Chocan las ruedas contra el suelo, endurecido por la helada, y, sacudida la inercia de los caballos al restallar el látigo, se lanzan por el camino, cual si la carga que arrastran, compuesta de coche, pasajeros, bacalao, barriles de ostras y todo, fuera una pluma que llevaran en zaga. Descendieron por una suave pendiente y alcanzaron el llano, compacto y seco como un sólido bloque de mármol, de dos millas de longitud. Restalló de nuevo el látigo y partieron a un vivo galope; los caballos sacudían sus cabezas y hacían resonar los arneses, cual si quisieran dar muestra de la alegría que les proporcionaba la rapidez de su marcha; el cochero, en tanto, tomando en una mano riendas y látigo, el sombrero con la otra y colocándolo sobre las rodillas, sacó el pañuelo y se enjugó la frente,

tal vez porque tuviera el hábito de hacerlo así, tal vez también porque quisiera demostrar a los pasajeros la soltura y facilidad con que se guían cuatro caballos cuando se atesora la práctica que él tiene. Luego de hacer esto al descuido (de otro modo el efecto hubiera sido contraproducente), se metió el pañuelo en el bolsillo, calóse el sombrero, se ajustó los guantes, dobló sus brazos, hizo de nuevo restallar el látigo y prosiguieron los corceles su veloz carrera con más alegría que antes.

Unas cuantas casas, desparramadas a uno y otro lado de la carretera, anuncian la proximidad de una ciudad o de un pueblo. Las notas alegres de la corneta del postillón vibran en el claro y frío aire y despiertan al viejo caballero del interior, el cual, bajando el cristal de la ventanilla hasta la mitad, se asoma, echa una breve ojeada y, subiendo de nuevo el cristal, informa a sus compañeros de que va a cambiarse de tiro inmediatamente; con esto, despiértanse los otros viajeros del interior y resuelven aplazar

su próximo sueñecillo hasta después de la parada. De nuevo resuena la aguda corneta y despierta a la esposa y a los chicos del aldeano, que curiosean desde la puerta y contemplan al coche hasta que dobla el recodo del camino, volviendo en seguida al fuego, en el que echan otro leño para cuando el padre torne a la casa, en tanto que el mismo padre, a dos millas de allí, cambia un saludo amistoso con el mayoral y se vuelve para mirar largamente el vehículo, que se aleja rodando.

La corneta deja oír un aire juguetón al correr el coche por las mal empedradas calles de una aldea. Deshaciendo el cochero el nudo de las riendas, se prepara a abandonarlas en el momento de parar. Mr. Pickwick emerge del cuello de su gabán y mira a su alrededor con gran curiosidad; al observar esto, participa el cochero a Mr. Pickwick el nombre del pueblo y le cuenta que el día anterior había sido de mercado, detalles ambos que Mr. Pickwick transmite a sus compañeros de viaje, con lo cual emergen

de sus cuellos también y miran a su derredor. Mr. Winkle, que ocupa uno de los asientos extremos y que lleva una de sus piernas colgando al aire, está a punto de caer a la calle al torcer el coche por la esquina de la quesería y doblar la entrada de la plaza del Mercado, y antes de que Mr. Snodgrass, que ocupa el asiento inmediato, se haya recobrado de la alarma, penetran en el patio de la posada, donde ya les aguardan los caballos abrigados con las mantas. Abandona las riendas el cochero, se apea del pescante y proceden igualmente los pasajeros del exterior, con la sola excepción de aquellos que desconfían de su destreza para montar de nuevo; éstos se quedan donde están y golpean sus pies contra el fondo del coche para calentarse, sin dejar de mirar con ojos envidiosos y narices enrojecidas el vivo fuego que arde en el bar y los ramos de acebo con rojas bayas que campean en la ventana.

En esto, el postillón entrega en el almacén de granos el paquete de papel de estraza que ha

sacado de la pequeña bolsa que cuelga de sus hombros al cabo de una correa; vigila el acomodo de los caballos; deposita en el suelo la silla de montar que ha traído de Londres en el techo del carruaje, y asiste a la conferencia que se celebra entre el cochero y el ventero acerca de la yegua torda que se hirió en una mano el último martes; el postillón y Mr. Weller se sientan en la trasera; el cochero se acomoda en el pescante, y el viejo caballero del interior, que ha tenido la ventanilla abierta durante todo este tiempo, tan sólo dos pulgadas, la cierra de nuevo; se despoja de sus mantas a los caballos, y todo se halla dispuesto para la partida, excepto los dos señores gordos, por los que el cochero pregunta con cierta impaciencia. Entonces el cochero, el postillón, Sam Weller, Mr. Winkle, Mr. Snodgrass, los mozos todos y los curiosos, que son más en número que todos los demás juntos, gritan a los caballeros que faltan con toda la fuerza de sus pulmones. Desde el patio se deja oír una respuesta, y Mr. Pickwick y Mr.

Tupman vienen corriendo, jadeantes, porque han estado tomando sendos vasos de cerveza, y los dedos de Mr. Pickwick se hallan tan agarrotados, que ha necesitado cinco minutos para buscar el medio chelín con que había de pagar. Produce el cochero el aviso de «¡Vamos, caballeros!», que repite el postillón; el señor viejo del interior juzga verdaderamente abusivo eso de que la gente se apeee cuando sabe que no hay tiempo para ello; Mr. Pickwick aprieta de un lado; Mr. Tupman, de otro; Mr. Winkle grita: «¡Ya estamos!», y parten inmediatamente. Arróllanse las bufandas, ajústanse los cuellos, acaba el empedrado, las casas desaparecen, y de nuevo se lanzan por la carretera, sintiendo en sus rostros el soplo del aire fresco y la alegría en sus corazones.

Así caminaban Mr. Pickwick y sus amigos en el Telégrafo de Muggleton, con rumbo a Dingley Dell. A las tres de aquella tarde todos pisaban, sanos y salvos, risueños y animosos, tiesos y sedientos, los escalones de El León

Azul, después de haber almacenado durante el camino aguardiente y cerveza bastantes para desafiar la helada que envolvía a la tierra en sus rígidos flecos y tejía su bella red por encima de árboles y setos. Ocupábase Mr. Pickwick en contar los barriles de ostras y en vigilar el desencajonamiento del bacalao, cuando sintió que le tiraban suavemente del cuello del abrigo. Miró a su alrededor y descubrió que el individuo que así procuraba llamar su atención no era otro que el paje favorito de Mr. Wardle, mejor conocido de los lectores de esta deshilvanada historia por el inequívoco apelativo del chico gordo.

—¡Hola! —dijo Mr. Pickwick.

—¡Hola! —dijo el chico gordo.

Y al decir esto paseó su mirada del bacalao a los barriles de ostras y se dibujó en su rostro un gesto de alegría. Estaba más gordo que nunca.

—Bueno, hombre; parece que tienes buen color, joven amigo —dijo Mr. Pickwick.

—He estado durmiendo junto al fuego de la cantina —replicó el chico gordo, que se había calentado hasta tomar el color de un tubo nuevo de chimenea, en el transcurso de una hora de sueño—. El amo me ha mandado con el carro para llevar sus equipajes a la casa. Ha enviado algunos caballos de silla, pero cree que con el frío que hace preferirán ir andando.

—Sí, sí —dijo Mr. Pickwick en seguida, recordando el viaje que hicieran casi por el mismo camino en otra ocasión—. Sí, vamos mejora pie. ¡Sam!

—Sir —respondió Mr. Weller.

—Ayuda al criado de Mr. Wardle a colocar los bultos en el carro, y vete con él. Nosotros echaremos a andar en seguida.

Luego de dar esta orden y de arreglar sus cuentas con el cochero, empezaron a caminar Mr. Pickwick y sus amigos a buen paso por una senda que se abría a campo traviesa, dejando a Mr. Weller y al chico gordo frente a frente por primera vez. Sam miró al chico gordo con gran

asombro, mas sin decir palabra, y empezó a colocar los bultos en el carro, mientras que el chico gordo permanecía inmóvil, como si pensara en lo interesante que resultaba ver trabajar solo a Mr. Weller.

—¡Listo! —dijo Sam, colocando el último saco—. ¡Todo está listo!

—Sí —dijo el chico gordo con acento de satisfacción—; todo está listo.

—¡Bien, rollizo joven —dijo Sam— es usted un buen ejemplar para mozo de concurso!

—Gracias —dijo el chico gordo.

—No tiene usted en la mollera nada que le preocupe, ¿verdad? —preguntó Sam.

—Que yo sepa, no —replicó el chico gordo.

—Pues al verle, habría yo pensado si estaría usted meditando en algún cariño mal pagado por una muchacha —dijo Sam.

El chico gordo negó con la cabeza.

—Bien —dijo Sam—; me alegro de saberlo. ¿Bebe usted bastante?

—Me gusta más comer —repuso el chico.

—¡Ah! —dijo Sam—, debiera haberlo supuesto; pero lo que quiero decir es que si desearía usted beber algo para calentarse, aunque me figuro que usted nunca tendrá frío con toda esa cubierta elástica.

—A veces —replicó el chico—; y me gusta un trago de algo cuando es bueno.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Sam—. ¡Entonces, venga por aquí!

No tardaron en llegar a la cantina de El León Azul, y el chico gordo se echó al colete sin pestañear un vaso de aguardiente; rasgo que le hizo adelantar considerablemente en la buena opinión de Mr. Weller. Después de hacer éste otro tanto, montaron en el carro.

—¿Sabe usted guiar? —dijo el chico gordo.

—Creo que sí —replicó Sam.

—Entonces —dijo el chico gordo, poniendo las riendas en manos del otro y señalando una callejuela—, todo derecho; no tiene pérdida.

Con estas palabras, tendióse el chico gordo cariñosamente junto al bacalao y, colocando

bajo su cabeza un barril de ostras, a guisa de almohada, se quedó dormido instantáneamente.

—Está bien —dijo Sam—. De los muchachos frescos que he visto en mi vida, este joven es el que se lleva la palma. ¡Vamos, despierta, joven hidrópico!

Mas como el joven hidrópico no mostrara síntomas de volver a la vida, sentóse Sam Weller en la delantera del carro y, animando con las riendas al viejo caballo, partieron hacia Manor Farm.

Entre tanto, Mr. Pickwick y sus amigos, cuya sangre circulaba activamente con la marcha, proseguían alegres su ruta. Las sendas estaban endurecidas; la hierba se hallaba cubierta de escarcha; el aire azotaba los rostros con sople frío y seco, y la proximidad del crepúsculo gris (color de pizarra debiera decirse, en tiempo de hielo) hacía les mirar con gozo anticipado el comfortable refugio que les aguardaba en la casa de su hospitalario anfitrión. Era una de

esas tardes que parecen invitar a los ancianos que se hallan solos en el campo a quitarse los abrigo y a jugar ligera y alegremente a la rana, y creemos firmemente que, de haberlo propuesto Mr. Tupman en aquel momento, hubiera aceptado Mr. Pickwick con el mayor gusto.

Mas no habiéndosele ocurrido a Mr. Tupman semejante idea, continuaron su marcha los amigos en alegre conversaci3n. Al llegar al cruce de la senda con otro camino oyeron el ruido de numerosas voces, y antes de que pudieran adivinar a qui6nes pertenecían se hallaron rodeados por la comitiva que había salido a esperarles, y de lo cual se enteraron los pickwickianos por un «¡Hurra!» atronador que dejó escapar el viejo Wardle, cuando aquéllos se hallaron a la vista.

Primero vieron al propio Wardle, más jovial que nunca; después a Bella, con su fiel Trundle, y por fin apareció Emilia con otras diez o doce muchachas que habían venido a la boda, que debía celebrarse el día siguiente, y que se halla-

ban tan felices y excitadas como suelen encontrarse todas las muchachas en ocasión de tanta trascendencia, y allí estaban todas correteando por campos y veredas con su loca y bulliciosa algazara.

La ceremonia de presentación, dadas las circunstancias que concurrían, llevóse a cabo rápidamente, o más bien diremos que la presentación de los recién llegados realizóse inmediatamente sin ceremonia alguna. A los dos minutos bromeaba ya Mr. Pickwick con las señoritas, que no querían de ninguna manera saltar la cerca mientras él mirara, o que, hallándose favorecidas con lindos pies y excepcionales tobillos, preferían quedarse de pie sobre la misma por espacio de cinco minutos, declarando que les asustaba mucho el descender. En todas estas cosas se condujo Mr. Pickwick con una desenvoltura y sencillez que no parecía sino que las conocía de toda su vida. Es digno de notarse también que Mr. Snodgrass ofreció a Emilia una asistencia mucho más solícita de lo que

exigía el peligro de la cerca (que no tenía más que tres pies de alta, además de haber dos piedras a modo de escalones). Entre tanto, una señorita de ojos negros y que ostentaba un precioso par de botas con vueltas de piel gritaba de lo lindo al ofrecerle Mr. Winkle ayuda para saltar.

Todo esto era extraordinariamente grato. Y cuando fueron salvados definitivamente los obstáculos de las cercas y se hallaron todos en campo abierto, informó el viejo Wardle a Mr. Pickwick de cómo todos habían acudido como una sola persona a inspeccionar la instalación y arreglo de la casa que la joven pareja había de ocupar después de las fiestas de Navidad; al oír estas palabras, Bella y Trundle se sonrojaron, como el chico gordo después de dormitar al fuego de la cantina. La señorita de los ojos negros y de las botas con vueltas de piel murmuró algo al oído de Emilia y miró entonces con ceño malicioso a Mr. Snodgrass; a esto le respondió Emilia que era una chiquilla que no

pensaba más que disparates, no obstante lo cual se puso como la grana, y Mr. Snodgrass, que era vergonzoso, como suelen ser los grandes genios, sintió que el rubor le subía hasta el pelo y concibió el íntimo y fervoroso anhelo de que la mencionada señorita, con sus ojos negros, ceño malicioso y botas de vueltas de piel, fuera cómodamente transportada a los confines del condado adyacente.

Si la recepción había sido entusiasta y ferviente en el exterior de la casa, no fue menos calurosa y efusiva la que obtuvieron a! llegar a la granja. La servidumbre manifestó el inmenso júbilo que le producía el ver a Mr. Pickwick. Emma concedió a Mr. Tupman una mirada de inteligencia entre seria y desenvuelta, pero encantadora, que bastó para que la estatua de Bonaparte abriera sus brazos en el pasillo y la estrechara entre ellos.

La vieja dama estaba sentada en su sitio habitual, presidiendo el gabinete, pero se halla-

ba enojada y, por tanto, más sorda que de costumbre. Nunca salía sola y, cual otras muchas viejas de sus circunstancias, consideraba un acto de traición doméstica el que cualquier otro se tomase la libertad de hacer lo que ella no podía. Así, pues, la bendita señora sentábase erguida y tiesa en un gran sillón y aparecía profundamente enfadada, lo cual, en fin de cuentas, armonizaba con la ternura del conjunto.

—Madre —dijo Wardle—: Mr. Pickwick. ¿Se acuerda usted de él?

—No te ocupes —repuso la vieja con gran dignidad—. No incomodes a Mr. Pickwick por un vejestorio como yo. Nadie me hace caso, y es muy natural.

La vieja movió la cabeza y empezó a planchar su vestido de seda de color de salvado con sus manos temblonas.

—Vamos, vamos, señora —dijo Mr. Pickwick—; no puedo permitir que rechace así a un amigo antiguo como yo. He venido expresamente a charlar con usted largo y tendido y

para jugar un *robby*, y quiero, además, que enseñemos a los muchachos, antes de que pasan dos días, cómo se baila un minué.

La vieja depuso inmediatamente su enojo, mas no quería dejar traslucir la mudanza, por lo cual dijo solamente:

—¡Ah, no le oigo nada!

—¡Por Dios, madre! —dijo Wardle—. ¡Vaya, vaya no se enfade; es muy buena ella! Acuérdesse de Bella. ¡Vamos, tiene usted que darle ánimos; pobre muchacha!

La buena señora debió oír esto, porque temblaron sus labios con aquellas palabras de su hijo. Pero la edad impone ciertas flaquezas al temperamento, y aún no había recobrado el humor. Alisó de nuevo su vestido de seda de color de salvado y, volviéndose a Mr. Pickwick, dijo:

—¡Ah, Mr. Pickwick: la gente joven era muy distinta en mi mocedad!

—Sin duda, señora —dijo Mr. Pickwick—; y ésa es la razón por la cual me atraen tanto los

pocos que conservan algunos rasgos de los antiguos usos.

Y diciendo esto, Mr. Pickwick atrajo dulcemente a Bella, e imprimiendo un beso en su frente le suplicó que se sentara en el pequeño escabel que servía de apoyo a los pies de su abuela. Fuera que la expresión del rostro de la muchacha al levantar su mirada hacia la vieja dama despertara en ella alguna reminiscencia de otros tiempos, que la afectuosa condición de Mr. Pickwick la conmoviera o cualquier otra cosa, fue el caso que se dejó vencer por la ternura; se echó al cuello de su nieta, y el enfadillo se evaporó en un raudal de lágrimas silenciosas.

Fue agradabilísima la velada de aquella noche. Tranquilas y solemnes fueron las manos de *robby* que jugaron de compañeros Mr. Pickwick y la vieja; bulliciosa hasta el extremo la alegría que reinó en torno de la mesa. Mucho después de retirarse las señoras, el vino añejo caliente, bien sazonado con aguardiente y especias, co-

rrió en rondas numerosas; fue saludable el dormir y gratos los sueños que siguieron. Y es digno de registrarse el hecho de que todos los de Mr. Snodgrass relacionáronse constantemente con Emilia Wardle, así como que la figura que campeaba en todas las visiones de Mr. Winkle era una señorita de ojos negros, ceño malicioso y con un par de lindas botas con vueltas de piel.

Despertóse temprano Mr. Pickwick a la mañana siguiente, con un rumor de voces y de pisadas que hubieran bastado a sacar al chico gordo de sus profundos sopores. Sentóse en el lecho Mr. Pickwick, y escuchó. Las criadas y las señoritas invitadas corrían sin cesar de un lado a otro, y fueron tan múltiples las demandas de agua caliente, tan repetidas las llamadas en que se pedía aguja e hilo, y tan numerosas las súplicas jadeantes de «¡Venga a atarme esto! ¡Gracias!», que Mr. Pickwick comenzó a imaginar en su inocencia que debía de haber ocurrido algo espantoso; cuando el sueño le dejó aperci-

birse más claramente de las cosas, recordó la boda. Y siendo la ocasión de tan alta importancia, se vistió con especial cuidado y bajó a tomar el desayuno.

Todas las criadas, de uniforme de muselina roja y con lazos blancos en sus cofias, corrían por la casa en un estado de agitación imposible de describir. La anciana señora vestía un traje de brocado que no había visto la luz en veinte años, si se exceptúan los maliciosos rayos furtivos que habrían penetrado por los resquicios de la caja en que permaneciera guardado todo ese tiempo. Mr. Trundle aparecía muy peripuesto y animoso, si bien un tanto inquieto. El bondadoso anfitrión pretendía mostrarse indiferente y alegre, mas fracasaba notoriamente en su propósito. Todas las muchachas se hallaban adornadas de lágrimas y muselina blanca, salvo dos o tres que se vieron favorecidas con el honor de contemplar en las habitaciones superiores a la novia y a sus azafatas. Todos los pickwickianos lucían resplandecientes atavíos,

y en la pradera que había frente a la casa dominaba un terrible escándalo, ocasionado por todos los hombres, chicos y deudos afectos a la granja, cada uno de los cuales ostentaba en el ojal su lazo blanco, gritando a pleno pulmón, siendo incitados y estimulados a ello por Mr. Samuel Weller, que ya había logrado hacerse popular y que se encontraba tan a sus anchas cual si hubiera nacido en aquel paraje.

Una boda es siempre motivo obligado de chistes y donaires, aunque en el fondo no se trate de un asunto que se preste a la broma — hablamos exclusivamente de la ceremonia, bien entendido que no queremos insinuar la más tímida ironía por lo que se refiere a la vida del matrimonio—. Con el placer y la alegría del momento vienen a confundirse la impresión dolorosa de abandonar el hogar, las lágrimas con que se separan padres e hijos, el sentimiento de dejar a los amigos más queridos y cariñosos de la época más feliz de la humana existencia, para buscar las preocupaciones y contrarie-

dades entre otras personas que aún están por experimentarse y por conocer, emociones naturales que no queremos describir por no echar sobre este capítulo un velo de tristeza y que en modo alguno osaríamos ridiculizar.

Permítasenos decir sumariamente que la ceremonia se consumó bajo el ministerio del viejo clérigo en la iglesia parroquial de Dingley Dell, y que el nombre de Mr. Pickwick figura en el registro que aún se conserva en aquella sacristía; que la señorita de los ojos negros estampó su nombre con mano insegura y trémula; que la firma de Emilia, así como las de las otras damas de honor, es punto menos que ilegible; que todo se llevó a cabo con distinción suprema; que la mayoría de las muchachas juzgó la cosa mucho menos temible de lo que presumieran, y que, no obstante haber participado a Mr. Winkle la propietaria de los ojos negros y del ceño malicioso que ella jamás había de someterse a nada tan espantoso, tenemos las mejores razones para pensar que se equivocó de medio a

medio. Añadiremos que Mr. Pickwick fue el primero en felicitar a la novia y que, al hacerlo, echó a su cuello un valioso reloj de oro con su cadena como no lo habían visto ojos mortales, se si exceptúan los del joyero. Repicó la vieja campana tan alegremente como pudo, y todos volvieron para el almuerzo.

—¿Dónde van los pastelillos, joven opiófago? —dijo Mr. Weller al chico gordo, ayudándole a disponer los manjares que no habían podido colocarse la noche anterior.

El chico gordo señaló el lugar que debían ocupar los pastelillos.

—Muy bien —dijo Sam—; pondremos en ellos un ramito de Navidad. La fuente, al otro lado. Así; ahora ya estamos arreglados, como dijo el padre después de cortarle a su hijo la cabeza para curarle de su estrabismo.

Luego de hacer Mr. Weller esta comparación, retrocedió unos pasos para ver el efecto y vigiló los preparativos con la mayor satisfacción.

—Wardle —dijo Mr. Pickwick, no bien se hubieron sentado—: un vaso de vino en honor de! suceso venturoso.

—Encantado, amigo mío —dijo Mr. Wardle—. José... ¡Maldito chico; ya se ha dormido!

—No, sir —replicó el chico gordo, surgiendo de un rincón donde, cual el santo patrono de los chicos gordos, el inmortal Horner, había estado devorando un pastel de Navidad, aunque no con la tranquilidad y parsimonia que caracterizaba todos los actos del mancebo.

—Llena el vaso de Mr. Pickwick.

—En seguida, sir.

El chico gordo llenó el vaso de Mr. Pickwick y se situó detrás de la silla de su amo, desde donde contemplaba la faena de cuchillos y tenedores en el progresivo trasiego de tajadas desde los platos a las bocas de los comensales, con una especie de sombría y melancólica alegría, que era conmovedora.

—¡Dios le bendiga, mi buen amigo! —dijo Mr. Pickwick.

—Lo mismo le digo, querido —replicó Wardle.

Y entre ambos se cruzaron votos efusivos.

—Señora Wardle —dijo Mr. Pickwick—: nosotros los viejos tenemos que brindar en honor del fausto acontecimiento.

La vieja dama se hallaba ya en el apogeo de su magnificencia, porque presidía la mesa con su traje de brocado, teniendo a su derecha a la recién casada y a la izquierda a Mr. Pickwick, disponiéndose a hacer los platos. Mr. Pickwick no había hablado en voz muy alta, pero ella le entendió al punto y bebió un vaso de vino a la salud y felicidad del caballero; después, la digna señora rompió en una minuciosa y detallada relación de su propia boda, disertando acerca de la moda de los tacones altos, relatando algunas particularidades concernientes a la vida y aventuras de la hermosa señora Tollimglower, ya difunta. La anciana reía con toda su alma, y también reían las muchachas, preguntándose entre ellas de qué diablos hablaba la abuela. Al

oír aquellas risas, reía con más afán la vieja y decía que aquéllas eran unas historias notabilísimas; con esto se acentuaba el regocijo de las otras y el humor de la vieja llegaba a su colmo. Partiósese el gran pastel, y fue pasando alrededor de la mesa; las muchachas apartaban algunos trozos, con objeto de ponerlos bajos sus almohadas y soñar con sus futuros esposos, con lo cual se produjo un rubor general y la alegría consiguiente.

—Mr. Miller —dijo Mr. Pickwick a su antiguo amigo, el de la cabeza de manzana—, ¿una copita?

—Con gran placer, Mr. Pickwick —replicó solemnemente el de la cabeza de manzana.

—¿Puedo entrar yo? —dijo el bondadoso pastor.

—¿Y yo? —dijo su esposa.

—¿Y yo, y yo? —dijeron dos parientes pobres que se hallaban al extremo de la mesa, que habían comido y bebido terriblemente y que se reían de cualquier cosa.

Mr. Pickwick manifestaba su agrado a cada nueva solicitud, y sus ojos resplandecían de bondad y de gozo.

—Señoras y señores —exclamó Mr. Pickwick, levantándose súbitamente.

—Silencio, silencio —gritó Mr. Weller, en el paroxismo de su entusiasmo.

—Llame a todos los criados —se apresuró a decir Mr. Wardle, en previsión de que Mr. Weller recibiera una admonición pública de su amo—. Que se dé a cada uno un vaso de vino, para que tomen parte en el brindis. Adelante, Pickwick.

En medio del silencio de la concurrencia, entre el murmullo de las criadas y la embarazosa actitud expectante de los hombres, prosiguió Mr. Pickwick.

—Señoras y señores... es decir, no: amigos míos, queridos amigos míos, si es que las señoras me conceden tan preciosa licencia.

En este momento fue interrumpido Mr. Pickwick por una salva atronadora de las seño-

ras, secundadas por los caballeros, durante la cual se oyó a la propietaria de los ojos negros asegurar que besaría de buena gana al querido Mr. Pickwick. A esto arguyó galantemente Mr. Winkle, preguntándole si no podría hacerlo con él por delegación, contestando la señorita de los ojos negros con un «¡Vaya usted a paseo!», orden rotunda a la que hubo de acompañar una mirada que decía con toda la elocuencia que puede entrañar una mirada: «Haga usted la prueba».

—Mis queridos amigos —continuó Mr. Pickwick—: voy a proponer un brindis a la salud de los novios. Dios los bendiga. (*Aclamaciones y lágrimas.*) Mi joven amigo Trundle es, en opinión mía, un excelente muchacho, y su esposa es, según me consta, una delicada y adorable criatura, sobradamente apta para llevar a otras esferas la dicha que por espacio de veinte años ha sabido difundir a su alrededor en la casa de su padre. —En este punto rompió el chico gordo en jipíos estentóreos, por lo cual

hubo de sacarle de la estancia Mr. Weller, agarrándole por el cuello—. Yo quisiera —prosiguió Mr. Pickwick—, yo quisiera ser bastante joven para poder ser esposo de sus hermanas (*Aprobación*); mas en la imposibilidad de aspirar a esto, soy, por fortuna, bastante viejo para poder llamarme su padre, y así, nadie osará atribuirme ocultos designios al oírme decir que admiro, estimo y amo a las dos. (*Aclamaciones y sollozos.*) El padre de la novia, nuestro buen amigo aquí presente, es un hombre nobilísimo y me enorgullezco con su amistad. (*Aplausos estrepitosos.*) Es un hombre cortés, excelente, de gran temple moral, de corazón hermoso y hospitalario en grado sumo. (*Aclamaciones entusiasmadas de los parientes pobres a cada adjetivo, y a cuenta de los dos últimos con especialidad.*) Que su hija disfrute todas las venturas que él pueda desearle, y que él reciba de la contemplación de la felicidad de su hija todo el contento y toda la paz de ánimo que también merece, es, a no dudarlo, nuestro deseo unánime. ¡Bebamos, pues,

a su salud, y hagamos votos por su larga vida colmada de bienes!

Acabó Mr. Pickwick, entre una tempestad de aplausos, y una vez más fueron puestos a prueba los pulmones de los menestrales, bajo las órdenes de Mr. Weller. Mr. Wardle brindó por Mr. Pickwick, y Mr. Pickwick por la anciana señora. Mr. Snodgrass brindó por Mr. Wardle; Mr. Wardle, por Mr. Snodgrass. Uno de los parientes menesterosos brindó por Mr. Tupman y el otro brindó por Mr. Winkle. Todo fue júbilo y felicidad hasta que la misteriosa desaparición de los dos parientes pobres por debajo de la mesa hizo comprender a la concurrencia que ya era tiempo de dar por terminada la fiesta.

Reuniéronse otra vez para cenar, después de dar los hombres un paseo de veinticinco millas, siguiendo el consejo de Mr. Wardle, para disipar los vapores del vino y del almuerzo. Los parientes pobres habían permanecido en el lecho todo el día con el designio de lograr ese

objetivo; mas habiendo fracasado en su propósito, quedáronse donde estaban. Mr. Weller mantuvo la hilaridad del elemento doméstico, y el chico gordo repartió su tiempo en porciones, empleadas alternativamente en comer y dormir.

Fue la comida tan cordial y agradable como el almuerzo y casi tan bulliciosa, pero sin lágrimas. A los postres hubo algunos brindis más. Vino luego el té y el café, y por fin, el baile.

La mejor sala de Manor Farm era una hermosa y larga habitación artesonada con alta chimenea, por la que hubiera podido pasar un coche de los de nuevo modelo con ruedas y todo. En el fondo de la estancia, sentados bajo un templete de ramaje de acebo y siemprevivas, hallábanse los dos mejores violines y la única arpa de Muggleton. En todos los rincones y ménsulas descansaban macizos candelabros argentinos de cuatro brazos. Levantóse la alfombra, brillaron las luces, avivóse el fuego que

en el hogar chisporroteaba y llenaron la estancia los gritos de alegría y las risas francas y ruidosas. Si algunos de los antiguos feudales ingleses transformados en brujas después de su muerte hubieran buscado punto para celebrar su aquelarre, no hubieran elegido otro lugar.

Si algo hubiera podido añadirse al interés de la deliciosa escena, hubiera sido el hecho insólito de ver aparecer a Mr. Pickwick sin polainas por primera vez en su vida, según lo podían recordar sus más íntimos amigos.

—¿Es que va usted a bailar? —dijo Wardle.

—Ya lo creo —respondió Mr. Pickwick—.

¿No me ve usted vestido para ello?

Mr. Pickwick exhibió sus medias de seda moteadas y sus escaarpines, graciosamente atados.

—¡Usted con medias de seda! —exclamó Mr. Tupman con aire de zumba.

—¿Y por qué no, sir, por qué no? —dijo Mr. Pickwick, encarándose con él.

—¡Oh!, claro es que no hay razón para que usted no pueda llevarlas —contestó Mr. Tupman.

—Me lo figuro, sir, me lo figuro —dijo Mr. Pickwick con vehemencia.

Iba Mr. Tupman a insinuar una sonrisa; mas viendo que el asunto era serio, adoptó un grave continente y dijo que eran muy bonitas las medias.

—Me parece que sí —dijo Mr. Pickwick, clavando la mirada en su amigo—. Yo creo que no verá usted nada extraordinario en las medias, como tales medias, sir.

—Ciertamente que no. ¡Oh!, ciertamente que no —replicó Mr. Tupman.

Dirigióse a otro lado, y el semblante de Mr. Pickwick recobró su habitual placidez.

—Ya estamos preparados, creo —dijo Mr. Pickwick, que figuraba en la cabeza del baile, en unión de la anciana, y que ya había iniciado varias salidas en falso, en su afán excesivo de comenzar.

—Empiecen ya —dijo Wardle—. ¡Ya!

Sonaron los violines y la única arpa, y avanzaba Mr. Pickwick con las manos cruzadas, cuando se oyó una palmada general y un grito de «¡Alto, alto!».

—¿Qué pasa? —dijo Mr. Pickwick, que sólo se había detenido por haber callado los violines y el arpa y que no hubiera obedecido a ningún otro poder de la tierra, aunque hubiera ardiendo la casa.

—¿Dónde está Arabella Allen? —gritaron varias voces.

—¿Y Winkle? —añadió Mr. Tupman.

—¡Aquí estamos! —exclamó el caballero aludido, surgiendo de un rincón con su linda compañera.

En aquel momento hubiera sido difícil decidir quién se hallaba más ruborizado, si él o la señorita de los ojos negros.

—¡Qué cosa más rara, Winkle —dijo Mr. Pickwick en tono de reproche—, que no haya podido usted ocupar su puesto antes!

—No tiene nada de raro —dijo Mr. Winkle.

—Bien —dijo Mr. Pickwick, con una sonrisa expresiva, dirigiendo sus ojos a Arabella—; es verdad: no me parece nada extraordinario.

Pero no era ocasión de discutir el asunto, porque los violines y el arpa empezaban a tocar con verdadero denuedo. Lanzóse Mr. Pickwick, con las manos cruzadas, desde el centro al fondo de la estancia, y luego hasta la chimenea, volviendo de nuevo a la puerta, empujando a todo el mundo, golpeando el suelo con el pie; toma nueva pareja, parte otra vez, repite la figura, otra patada para marcar el tiempo, otra pareja, otra y otra... ¡Nunca se viera contradanza igual! Por fin, al terminarse el baile, luego de haber sido reemplazada la anciana por otras catorce señoras y de haberse retirado fatigadas, luego de haber sido sustituida la esposa del pastor, el caballero, no obstante ser innecesario el movimiento, seguía marcando el paso sin moverse de su sitio, llevando el compás de la

música; a todo esto, no cesaba de sonreír a su compañera con aire de contento inefable.

Mucho antes de que Mr. Pickwick se cansara de bailar, la nueva pareja había abandonado la escena. No obstante, verificóse en el piso de arriba una alegre cena, seguida de una prolongada tertulia; y al despertarse Mr. Pickwick, a la mañana siguiente, bastante tarde, recordaba confusamente haber invitado confidencial y formalmente a cuarenta y cinco personas a comer con él en Jorge y el Buitre la primera vez que fuesen a Londres, lo cual consideró Mr. Pickwick indicación segura de haber hecho algo más que bailar durante la noche precedente.

—¿De manera que ustedes tienen esta noche juegos en la cocina? —preguntó Sam a Emma.

—Sí, Mr. Weller —respondió Emma—; siempre los tenemos la víspera de Navidad. El amo no querría nunca prescindir de ellos.

—Su amo no quiere prescindir de nada, querida —dijo Mr. Weller—; no he visto nunca un hombre tan bueno ni un caballero tan cabal.

—¡Sí que lo es! —dijo el chico gordo, terciando en la conversación—. ¡Como que no ceba buenos cerdos!

El chico gordo dirigió a Mr. Weller un gesto netamente caníbal, al pensar en las patas asadas y en la salsa.

—¡Ah! ¿Ya se ha despertado al fin, eh? —dijo Sam.

El chico gordo asintió.

—Debo decirle, joven boa constrictor —dijo Mr. Weller con acento expresivo—, que, si no duerme usted un poco menos y no hace un poco más de ejercicio, cuando llegue a ser hombre se va usted a ver como se veía el viejo que llevaba un rabo de cerdo.

—¿Pues qué le pasaba? —preguntó el chico gordo con voz desfallecida.

—Se lo voy a decir a usted —replicó Mr. Weller—. Era uno de los más anchos modelos que se han fabricado; un hombre tan gordo, que en cuarenta y cinco años no pudo echar a sus zapatos una sola ojeada.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Emma.

—Ni una sola ojeada, querida —dijo Mr. Weller—; tanto, que si le hubiera usted puesto sobre la mesa dos piernas como las suyas no las hubiera reconocido. Iba siempre a su oficina con una cadena colgando de un pie y cuarto de larga y con un reloj de oro en su faltriquera que valía yo no sé cuánto, pero todo lo que puede valer un reloj; un reloj enorme, pesado, tan desproporcionado en su tamaño para reloj como era el dueño para hombre, y con una esfera a la medida. «No debía usted llevar ese reloj», decían sus amigos al viejo. «Se lo van a robar.» «¿Sí?», decía él. «Sin duda», decían ellos. «¡Ca!», decía él. «Quisiera ver al ladrón que me quitara el reloj, porque yo maldito si puedo sacarlo de agarrado que está, pues cuando quiero saber la hora tengo que mirar en las panaderías.» Se reía con toda su alma y se paseaba con su empolvada cabeza y su coleta de rabo de cerdo por el Strand, con la cadena colgando cada vez más larga y el gran reloj que casi hacía reventar

su bolsillo. No hubo en todo Londres un ratero que no diera un tirón de la cadena; pero la cadena nunca se rompía y el reloj no salía, por lo cual, cansados de tirar de un viejo tan pesado, renunciaron, y el hombre se iba a su casa riendo hasta hacer vibrar su rabo de cerdo como el péndulo de un reloj danés. Al fin, cierto día en que el viejo paseaba, vio a un ratero, que de vista conocía, acercársele del brazo de un chiquillo con una cabeza enorme. «Empieza el juego», se dijo el viejo a sí mismo. «Van a dar otro atraco que no les va a resultar.» Entonces continuó su marcha con rostro placentero, cuando de pronto el chiquillo, soltándose del brazo del ratero, se lanzó de cabeza contra la barriga del viejo, obligándole a doblarse por el dolor. «¡Asesino!», dijo el viejo. «Perfectamente, sir», le dijo el ratero al oído. Y cuando se enderezó de nuevo había desaparecido el reloj y la cadena, y, lo que fue peor, se estropearon las digestiones del viejo para toda su vida. Así es

que aplíquese el cuento, amigo, y procure no engordar demasiado.

Al terminar Mr. Weller su moral relato, que afectó en gran manera al chico gordo, encamiñáronse los tres a la gran cocina, en la que ya se hallaba congregada la familia, según era costumbre observada todos los años en víspera de Navidad por los antepasados de Wardle desde tiempo inmemorial.

El viejo Wardle acababa de colgar del centro del techo de la cocina, por sus propias manos, una enorme rama de muérdago, y esta misma rama de muérdago dio origen al instante a una escena de regocijada confusión y divertidas escaramuzas. En medio del barullo, Mr. Pickwick, haciendo honor a su proverbial galantería, que en nada hubiera desmerecido de la que fuera propia de un descendiente de la misma señora Tollinglower, tomó la mano de la anciana y, llevándola debajo del místico ramaje, la besó con toda cortesía y delicadeza. La anciana se allanó a este acto de cortesanía tradicional

con toda la dignidad que requería tan importante y seria liturgia; pero las señoritas, que no se hallaban imbuidas por la misma supersticiosa veneración de la antigua costumbre, o que juzgaban que el valor de un beso debe hallarse realzado por el trabajo que cuesta obtenerlo, gritaban, se debatían, escapábanse hacia los rincones, amenazaban, protestaban y hacían cuanto se les ocurría, salvo el abandonar la estancia, hasta que, cuando ya se disponían a renunciar a la cosa algunos de los menos arriesgados caballeros, consideraron aquéllas que era inútil resistirse más y graciosamente se sometieron a la ceremonia del beso. Mr. Winkle besó a la señorita de los ojos negros; Mr. Snodgrass besó a Emilia, y Mr. Weller, poco ducho en la conducta que debía seguirse bajo el muérdago, besó a Emma y a las otras criadas conforme pudo echarles mano. Los parientes pobres besaban a todo el mundo, sin exceptuar a las señoritas invitadas de aspecto menos agradable, las cuales, en su inadvertencia, empezaron a pasar

bajo el muérdago, sin saber a lo que se exponían. Wardle, de espaldas al fuego, contemplaba la escena con la mayor complacencia, y el chico gordo encontró ocasión de apoderarse, para su personal beneficio, y devoró sin perder momento, un riquísimo pastelillo que estaba preparado para alguna otra persona.

Amainó el griterío, y las caras resplandecían de gozo; hallábanse revueltos bucles y cabelle-
ras, y Mr. Pickwick, después de besar a la an-
ciana, como ya se ha dicho, permanecía de pie
bajo el muérdago, mirando con rostro placentero todo cuanto pasaba a su alrededor, cuando la señorita de los ojos negros, después de breve y secreto conciliábulo con las otras, avanzó re-
suelta, y rodeando con su brazo el cuello de Mr. Pickwick, besóle con ternura en la izquierda mejilla, y antes de que Mr. Pickwick se percatara de lo que ocurría, vióse rodeado completa-
mente y besado por todas ellas.

Resultaba sumamente grato ver a Mr. Pickwick en el centro del grupo, solicitado por aquí,

atraído por allá, besado en la mejilla, en la nariz y hasta en los lentes, y era encantador oír las explosiones de risa que por todas partes saltaban; pero hízose aún más delicioso ver a poco a Mr. Pickwick actuando de gallina ciega, con los ojos vendados por un pañuelo de seda, tropezando contra las paredes, metiéndose por los rincones y haciendo todos los misteriosos ademanes propios del caso, complaciéndose altamente en el juego, hasta que atrapó a uno de los parientes pobres. Luego había que verle sortear al que le reemplazó, con una agilidad y una viveza que promovieron la admiración y el aplauso de todos los circunstantes. Los parientes pobres atrapaban a aquellos de los que pensaban había de gustarles, y cuando el interés del juego decayó, se perseguían unos a otros. Cuando todos se hubieron cansado de la gallina ciega, jugóse al dragón⁴, y luego de haberse

⁴ Juego que consiste en atrapar sin quemarse, de un plato, uvas o nueces bañadas en una bebida alcohólica ardiente. (*N. del T.*)

chamuscado algunos dedos y de haber desaparecido las uvas, sentáronse alrededor de la enorme fogarata que hacían los troncos candentes a despachar una sustanciosa cena y el contenido de un perol, poco más pequeño del que se emplea en los lavaderos, en el que se cocían numerosas manzanas, produciendo un borboteo tentador y un delicioso golpe de vista; tan delicioso que no había quien se le resistiera.

—Esto —dijo Mr. Pickwick, mirando a su alrededor—, esto es verdaderamente encantador.

—Es nuestra costumbre invariable —replicó Mr. Wardle—. Todos vienen a sentarse con nosotros la víspera de Navidad, como los ve usted ahora, criados y todo, y así aguardamos hasta que dan las doce, para recibir la Navidad, engañando el tiempo con juegos de prendas y viejas historias. Trundle, hijo mío, atiza el fuego.

Al remover los troncos encendidos, volaron las chispas en brillantes miríadas. El rojo vivo

de la llama produjo un hermoso resplandor, que invadió los más lejanos rincones de la estancia y proyectó sobre todos los rostros sus alegres tonalidades.

—¡Ea! —dijo Wardle—. ¡Una canción, un villancico! A falta de otro mejor, yo cantaré uno.

—¡Bravo! —dijo Mr. Pickwick.

—¡A beber! —gritó Wardle—. Aún pasarán dos horas hasta que pueda usted ver el fondo del perol a través del hermoso color del líquido; venga una ronda, y a cantar.

Diciendo esto, el alegre anciano comenzó con voz franca y llena su canto, sin más demora.

CANTO AL INVIERNO

No quiero a la Primavera.
Ella fabrica las flores
para luego aniquilarlas,
de sus lluvias al azote,
y dárselas a los vientos
antes de que el día asome.

til,

Hada inconstante y versá-

ni a sí misma se conoce,
ni ve las contrarias sendas
que su voluntad recorre.

Sonreirá ante vosotros
y después, con gesto torpe,
marchitará de repente
vuestra amada flor más jo-

ven.

Váyase el sol del Estío,
que no he de buscarle nun-

ca.

Si, tras de la nube negra,
su rostro abrasado oculta,
me río de él, y su aspecto,
por sombrío, no me asusta.
Él, hirviéndolo en la fiebre,
hace del amor locura,
y el amor muy violento,
como, para su mal,

mentaron,
ma.

muchas almas lo experi-
pronto se muere o se esfu-

mirse
pre,
triste.

La luna, modesta y suave,
que la vendimia preside,
tiene, para mí, fulgores
más seguros y apacibles
que la impúdica y redonda
que en la canícula ríe.
Mas viendo caer del árbol
las hojas, que han de dor-
a sus plantas, para siem-
me pongo, en verdad, muy

tros

No me parecéis tan bellos,
aires del Otoño, grises,
para que mi alma a voso-

su predilección os brinde.

cua,

Yo lanzo al aire mi canto
al llegar la hermosa Pas-

cariñosa y atrevida,
alborotadora y franca.

sa.

Bebo mi copa y, con toda
la fuerza de mi garganta,
doy tres vivas a la vieja
Pascua, que viene a mi ca-

bilo,

Hagámosla entrar con jú-

sueño.

que su corazón aguarda ri-

abandone

Y no dejaremos que nos

no quede

hasta que sobre el mantel

ni un sorbo ni una vianda.

mos

Después..., nos separare-
como buenos camaradas.

gullo

En su honrado y franco or-
no quiere disimular
ni una de sus cicatrices
hechas por el temporal.

muchas

No son tristes, porque hay
iguales sobre la faz
de los bravos marineros.
A ellas mis canciones van
por millares, a la anciana
que llega esta noche,
a la reina de las estaciones,
que nos viene a visitar.

La canción fue ruidosamente aplaudida,
porque los amigos y la dependencia constituían
nutrido auditorio, y los parientes pobres, espe-

cialmente, no salían de su éxtasis. Alimentóse el fuego nuevamente y de nuevo circuló el perol.

—¡Cómo nieva! —dijo uno de los criados en voz baja.

—¿Nieva? —dijo Wardle.

—Noche atrocamente fría, sir —repuso el hombre—; y se ha levantado un viento que arremolina la nieve en los campos, haciendo blancos torbellinos.

—¿Qué dice Jaime? —preguntó la anciana—. ¿Es que ocurre algo?

—No, madre, no —respondió Wardle—; dice que hay montones de nieve y un viento helado. Ya lo suponía yo, porque se le oye zumbar por la chimenea.

—¡Ah! —dijo la anciana—. Ese mismo viento hacía y una nevada igual hace muchos años, me acuerdo... cinco años antes, precisamente, de que muriera tu pobre padre. Era también víspera de Navidad, y recuerdo que fue esa noche cuando nos contó la historia de los duendes que se llevaron al viejo Gabriel Grub.

—¿La historia de qué? —inquirió Mr. Pickwick.

—¡Oh! Nada, nada —replicó Wardle—. Se trata de un viejo sepulturero que las gentes de por aquí suponen que fue arrebatado por unos duendes.

—¡Suponen! —exclamó la anciana—. ¿Es que hay alguno que se atreva a negarlo? ¡Suponen! ¿Es que no oíste desde que eras niño que había sido arrebatado por los duendes, y no sabes que lo fue?

—Muy bien, madre; lo fue, si tú quieres —dijo Wardle, sonriendo—. Pues nada, Mr. Pickwick: que se lo llevaron los duendes, y eso es todo.

—No, no —dijo Mr. Pickwick—, no es eso todo, porque yo quiero saber cómo y por qué y todo lo que hay sobre el asunto.

Sonrió Wardle al ver cómo todas las cabezas adoptaban una actitud de aguda curiosidad, y llenando el perol con mano pródiga, bebió a la salud de Mr. Pickwick y empezó como sigue.

Pero, ¡oh desmedido afán editorial, en qué capítulo tan largo nos hemos metido! Hemos olvidado por completo todas las restricciones inherentes a las medidas de los capítulos. ¡Lo mejor será dejar que el duende inicie gallardamente uno nuevo! Señoras y señores: ¡plaza a los duendes, y nada de contemplaciones con ellos!

29. HISTORIA DE LOS DUENDES QUE ARREBATARON A UN SEPULTURERO

En una antigua ciudad abacial de estas cercanías, hace mucho tiempo, tanto que la historia debe de ser cierta, porque nuestros abuelos la creyeron a pies juntillas, actuaba de enterrador y sepulturero en el cementerio un tal Gabriel Grub. De que un hombre sea sepulturero y de que se halle rodeado constantemente por los emblemas de la muerte no se sigue fatalmente que haya de ser una criatura de condición lúgubre y melancólica; los que se encargan de conducirnos a la última morada son las gentes más alegres del mundo, y en cierta ocasión tuve el honor de trabar intimidad con un mudo, que en su vida privada, fuera de su profesión, era el ser más festivo y cómico; que churraba una anacreóntica sin un desliz de su memoria, y que apuraba un buen vaso de ponche sin pararse a tomar resuello. Mas, no obstante estos precedentes contradictorios, Gabriel

Grub era un hombre perverso, adusto, quisquilloso, lúgubre y solitario, que no se hallaba bien sino consigo mismo y con una cantimplora que guardaba en el amplio bolsillo de su chaleco. Miraba las caras alegres que al paso veía con gesto tan atravesado y malicioso, que era difícil cruzarse con él sin presentir algún mal suceso.

»Poco antes de anochecer, una víspera de Navidad se echó al hombro Gabriel Grub su pala, encendió su linterna y encaminóse hacia el viejo cementerio; tenía que acabar de abrir una fosa para la siguiente mañana, y, sintiéndose muy decaído, juzgó que tal vez contribuyera a reanimarle meterse en trabajo al punto. Al pasar por la antigua calle vio fulgar las alegres candelas a través de las viejas puerta-ventanas y oyó las risas bulliciosas y el vivo griterío de los que estaban reunidos alrededor de los hogares; atisbó los ruidosos preparativos para el holgorio del siguiente día y olfateó los variados aromas propios de las circunstancias que se expandían por las ventanas de las coci-

nas en vaporosas nubes. Todo esto era hiel y acíbar para el corazón de Gabriel Grub, y cuando los grupos de chiquillos lanzados de sus casas pululaban por el camino y se topaban, antes de llamar en la puerta opuesta, con otra media docena de rapaces de rizadas cabecitas, que con ellos se mezclaban, subiendo en tropel las escaleras para emplear la tarde en sus juegos de Nochebuena, Gabriel Grub sonreía lúgubrementemente y oprimía con firme crispación el mástil de su pala, al tiempo que pensaba en el sarampión, la escarlatina, la difteria y la tos convulsa, y en muchos otros manantiales de consuelo.

»En tal situación de ánimo siguió su camino Gabriel Grub, contestando con bruscos gruñidos a los risueños saludos de los vecinos que hallaba al paso, hasta que penetró en la oscura callejuela que conducía al camposanto. Gabriel se complacía anticipadamente con la idea de llegar al oscuro callejón, que se le hacía un paraje deliciosamente lóbrego y macabro y por el

cual no gustaban aventurarse los vecinos, como no fuera en pleno día y cuando el sol brillaba esplendoroso. No fue poco, pues, lo que hubo de contrariarle oír a un rapaz cantar a voz en cuello una alegre canción de Pascua en aquel temido santuario, al que se llamaba el "callejón del Sepulcro" desde los tiempos de la antigua abadía y de los monjes tonsurados. Al avanzar Gabriel y acercarse la voz, advirtió que procedía de un chiquillo que marchaba aprisa para incorporarse a uno de los grupos que discurrían por la calle Vieja, y que, tanto para ahuyentar el miedo de la soledad como para ponerse a tono con las circunstancias, había roto a cantar con toda la energía de sus pulmones. Aguardó Gabriel el paso del chico y, apostándose en una rinconada, le golpeó en la cabeza repetidas veces con la linterna para enseñarle a modular su voz. Cuando el muchacho escapaba con las manos en la cabeza, entonando otro canto muy diferente, se regodeó Gabriel Grub y entró en el cementerio, cerrando la puerta tras de sí.

»Quitóse el sombrero, puso en el suelo su linterna y, metiéndose en la inacabada fosa, trabajó en ella cosa de una hora con gran ahínco. Mas la tierra estaba endurecida por la helada; costaba trabajo romperla y arrojarla con la pala; y aunque había luna, como era muy nueva, derramaba poca luz sobre la fosa, que caía en la sombra proyectada por la iglesia. En cualquier otro momento estos obstáculos hubieran hecho a Gabriel Grub refunfuñar y entristecerse; pero era tal el contento que le había producido interrumpir la canción del pequeñuelo, que no se cuidó del escaso progreso de su labor y miró al fondo de la fosa con sombría complacencia al dar por terminado su trabajo. Mientras recogía sus instrumentos, murmuraba:

Buenas posadas, muy buenas,
cuando es la vida acabada,
un par de varas de tierra,
una piedra por almohada

y otra de escabel; jugosa y
suculenta pitanza
con que, ávidos, los gusa-
nos gustan llenarse la panza;
hierba exuberante arriba y
húmeda arcilla por manto.
Buenas posadas son estas
que nos brinda el camposanto.

»—Ja, ja! —rió Gabriel Grub, sentándose sobre la losa de una tumba, que era su lugar de reposo favorito, y sacando su cantimplora—. Sarcófago de Pascua. Una caja de Pascua.

»—¡Ja, ja, ja! —repitió una voz que sonó junto a él.

»Quedó Gabriel suspenso por el miedo en el momento de acercar a sus labios la cantimplora, y miró a su alrededor. La base de la más vieja tumba que allí había no estaba más inmóvil que el cementerio al claror de la pálida luna. La helada escarcha brillaba sobre las tum-

bas y chispeaba como sartas de gemas entre las esculpidas lápidas de la vieja iglesia. La nieve, endurecida y rígida, cubría el suelo y extendía sobre los montones de tierra tan pulido y blanco cendal que no parecía sino que los cadáveres yacían cubiertos solamente por sus mortajas. Ni el más leve rumor rompía la calma profunda del solemne escenario. Tan frío y tranquilo se hallaba todo, que hasta el ruido parecía haberse helado.

»—Fue el eco —dijo Gabriel Grub, acercando de nuevo a sus labios la botella.

»—No fue el eco —dijo una voz profunda.

»Estremeciósese Gabriel y quedó clavado en su sitio por la sorpresa y el terror al posar sus ojos en una figura que hizo congelarse su sangre.

»Sentada sobre una tumba enhiesta que al lado tenía, había una figura extraña y sobrenatural que Gabriel juzgó al punto no ser de este mundo. Sus largas y fantásticas piernas, que podían llegar al suelo, estaban encogidas y cru-

zadas en elegante y caprichosa postura; sus nervudos brazos veíanse desnudos, y sus manos descansaban en sus rodillas. Envolvía su cuerpo breve un ceñido ropaje, exornado de menudo acuchillado; una corta esclavina caía por su espalda; el cuello, recortado en curiosos picos, servía al duende bufanda y corbata, y sus zapatos se prolongaban formando revueltas puntas. Llevaba en la cabeza un amplio sombrero abarquillado, con una sola pluma. El sombrero se hallaba cubierto de blanca escaracha, y el fantasma parecía llevar doscientos o trescientos años cómodamente sentado en la tumba. Hallábase completamente inmóvil; tenía la lengua fuera, como haciendo una mueca burlesca, y contemplaba a Gabriel Grub con un gesto que sólo puede adoptar un aparecido.

»—No fue el eco —dijo el aparecido.

»Gabriel Grub estaba paralizado y no pudo replicar.

»—¿Qué hace usted aquí, en víspera de Navidad? —dijo el aparecido, con severidad.

»—Vine a abrir una fosa, sir —balbució Gabriel Grub.

»—¿Qué hombre puede vagar entre las tumbas en una noche como ésta? —exclamó el aparecido.

»—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —gritó furiosamente un coro de voces que parecía llenar el cementerio.

»Gabriel miró a su alrededor con espanto, pero nada vio.

»—¿Qué lleva en esa botella? —preguntó el aparecido.

»—Ginebra, sir —respondió el enterrador, temblando más que nunca, porque la había comprado a unos matuteros y recelaba que el preguntón formase parte del fisco entre los duendes.

»—¿Quién bebe ginebra a solas y en un cementerio en una noche como ésta? —dijo el fantasma.

»—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —contestó de nuevo el coro.

»Sonrió el aparecido maliciosamente al aterrado sepulturero, y levantando la voz exclamó:

»—¿Y quién será entonces nuestra hermosa y obligada presa?

»A esta pregunta respondió el eco misterioso en un tono que resonó como las voces de un coro nutridísimo que cantase acompañado por el más poderoso resoplido del viejo órgano de la iglesia; un tono que pareció envolver los oídos del enterrador con un viento furioso y apagarse en la distancia, pero el estribillo de la réplica era siempre el mismo: "¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!".

»El aparecido hizo una mueca más pronunciada que las anteriores, y dijo:

»—Gabriel, ¿qué dices a eso?

»El enterrador se detuvo para tomar resuello.

»—¿Qué piensas de esto, Gabriel? —dijo el aparecido, volteando sus pies en el aire a uno y otro lado de la tumba y contemplando las pun-

tas curvas de sus zapatos con la misma complacencia que si estuviera ante sus ojos el más elegante modelo Wellington de Bond Street.

»—Que es... que es muy curioso, sir —replicó el sepulturero, muerto de miedo—; muy curioso y muy bonito; pero voy a terminar mi trabajo, si le parece, sir.

»—¡Trabajo! —dijo el fantasma—. ¿Qué trabajo?

» —La fosa, sir; abrirla fosa —balbució el sepulturero.

»—¿La fosa, eh? —dijo el aparecido—. ¿Quién se ocupa en abrir fosas y halla placer en ello cuando todos los hombres están llenos de alegría?

»De nuevo respondieron las voces misteriosas:

»—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

»—Presumo que mis amigos te necesitan, Gabriel —dijo el duende, hundiendo la lengua más que nunca en el carrillo, y era una lengua verdaderamente asombrosa—. Presumo que

mis amigos te necesitan, Gabriel —repitió el aparecido.

»—¡Por favor, sir —replicó aterrado el sepulcrero—: no puede ser, no me conocen, sir; yo creo que esos señores no me han visto nunca, sir!

»—¡Oh, sí! —replicó el aparecido—. Conocemos al hombre de cara fosca y ceño maligno que venía esta noche por la calle dirigiendo a los chiquillos miradas funestas y acariciando su fúnebre pala. Conocemos al hombre que golpeó al chico, con envidioso coraje, porque estaba el chico alegre y él no podía estarlo. Le conocemos, le conocemos.

Entonces soltó el aparecido una horrible carcajada, que el eco devolvió centuplicada. Levantando sus piernas en el aire, apoyó la cabeza, o más bien el vértice del abarquillado sombrero, sobre la estrecha cornisa de la tumba y dio un salto mortal con agilidad extraordinaria, cayendo a los pies del enterrador, plantándose

ante él en la postura que adoptan para trabajar generalmente los sastres.

»—Siento... siento tener que dejarle, sir — dijo el enterrador, haciendo un esfuerzo supremo para levantarse.

»—¡Dejarnos! —dijo el aparecido—. ¿Dejarnos, Gabriel Grub? ¡Ja, ja, ja!

Mientras reía el duende, vio el enterrador por un momento iluminarse el exterior de la iglesia cual si todo el edificio estuviera ardiendo; apagóse el fulgor; dejó oír el órgano un aire alegre, y un golpe de duendes de la misma calaña que el primero irrumpió en el cementerio y empezó a jugar a la rana entre las tumbas, sin detenerse para tomar aliento, saltando uno tras otro por los más altos sarcófagos con maravillosa destreza. El primer duende era un saltarín asombroso, y ninguno de los otros podía comparársele. En medio del terror que embargaba al sepulturero, no podía dejar de observar que, mientras los amigos de aquél se contentaban con saltar sobre las tumbas de mediana

altura, el primero elegía los panteones familiares, con verjas y todo, saltando sobre ellos con la misma agilidad que si fueran guardacantones.

»Por fin llegó el juego a su momento culminante: tocaba el órgano más deprisa cada vez y los duendes saltaban cada vez con más celeridad; giraban sobre sí mismos, daban volteretas por el suelo y pirueteaban sobre las tumbas, saltando como pelotas. La cabeza del enterrador parecía ser arrastrada por la vorágine que contemplaba, y sus piernas vacilaban, mientras que los fantasmas volaban ante sus ojos. En esto, el monarca de los duendes se arrojó hacia él bruscamente, le cogió por el cuello y se hundió con él en la tierra.

»Cuando Gabriel Grub pudo cobrar el aliento, que la rapidez del descenso le había paralizado, encontróse en lo que parecía ser una gran caverna, poblada de duendes feos y mal encarados; en el centro del recinto, sobre elevado

sitial, estaba su amigo del cementerio, y junto a él, Gabriel Grub, completamente inmóvil.

»—¡Qué noche tan fría! —dijo el monarca de los duendes—. Muy fría. ¡Un vaso de algo caliente, en seguida!

»A! darse esta orden, media docena de oficiosos duendes, en cuyos rostros campeaba una perpetua sonrisa, desaparecieron apresuradamente, volviendo a poco con una ponchera de fuego líquido, que presentaron al rey.

»—¡Ajá! —exclamó el fantasma, por cuyos carrillos y garganta transparentes veíase pasar la llama—. ¡Esto atempera de verdad! Traed un vaso de lo mismo para Mr. Grub.

»Fue inútil que el infortunado enterrador encareciese que él no tenía costumbre de tomar nada caliente por la noche; mientras le sujetaba uno de los duendes, vertía el otro en su boca el líquido candente; reventaba de risa la concurrencia al verle toser y ahogarse, y secaron las lágrimas que fluían de sus ojos en abundancia después de tragar la ardiente bebida.

»—Y ahora —dijo el rey, metiendo con fantástico ademán por los ojos del enterrador el pico de su abarquillado sombrero y produciéndole, como es de suponer, el más vivo dolor—, enseñad al hombre perverso y lúgubre unos cuantos cuadros de nuestro gran almacén.

»No bien dijo esto el duende, desvaneciéndose poco a poco una espesa nube que oscurecía el fondo remoto de la caverna, dejando ver en lontananza, a lo que parecía, un reducido aposento escasamente amueblado, pero limpio y cuidado. Un rebaño de pequeñuelos veíanse alrededor de un animado fuego, colgándose de las sayas de su madre y correteando en torno de su silla. De cuando en cuando se levantaba la madre y descorría la cortina de la ventana, cual si esperase algo; en la mesa hallábase preparada una frugal comida, y junto al fuego estaba dispuesto un sillón. Oyóse un golpe en la puerta; abrió la madre, y los chicos se arremolinaron en derredor de ella y tocaron palmas de alegría al entrar su padre. Éste venía fatigado y

mojado, y sacudió la nieve de sus ropas al acercársele los chicos, que se apoderaron de su capa, sombrero, bastón y guantes, con los cuales salieron de la estancia con diligente celo. Cuando luego se sentó el padre a cenar junto al fuego, encaramáronse en sus rodillas los pequeños, sentóse la madre a su lado, y todo denotaba felicidad y bienestar.

»De modo imperceptible cambió el espectáculo. La escena se había trocado en una estrecha habitación, donde el más pequeño y hermoso de los niños yacía moribundo; las rosas habíanse evaporado de sus mejillas, y la luz de sus ojos; y aunque el enterrador le miraba con un interés jamás sentido, murió. Sus tiernos hermanos rodeaban su camita y tomaban su mano finísima, ya fría y abandonada a su peso de muerte; alejábanse de aquel contacto y miraban con ansia su rostro infantil, y aunque el hermoso niño parecía dormir en calma, sosegado y tranquilo, veían que estaba muerto y sa-

bían que era un ángel que les miraba y bendecía desde un cielo luminoso y feliz.

»De nuevo pasó la nube por el cuadro y cambió el asunto. El padre y la madre presentábanse ahora ancianos y desvalidos, y el número de los que les rodeaban habíase reducido a más de la mitad; pero el contento y la alegría se dibujaban en todas las fisonomías y resplandecían en todas las miradas. Congregábanse alrededor del fuego y contaban y oían relatar viejas historias de los pasados días. Tranquila y sosegadamente descendió el padre a la tumba, y poco después le seguía al lugar del refrigerio la abnegada partícipe de todos sus cuidados y amarguras. Los escasos supervivientes se arrodillaban junto a la tumba y regaban con sus lágrimas la fresca hierba que la cubría; levantábanse luego y se alejaban de aquel lugar, dulce y tristemente, pero sin gritos de amargura ni desesperadas lamentaciones, porque sabían que habían de encontrarse en lo futuro, y otra vez incorporábanse al mundo de los afanes, reco-

brando la alegría y el contento. Extendióse la nube sobre el cuadro y lo ocultó a la vista del sepulturero.

»—¿Qué te parece eso? —dijo el duende, volviendo su ancha faz hacia Gabriel Grub.

»Murmuró Gabriel algo así como que era muy lindo, y se pintó en su cara la vergüenza al dirigirle el duende sus ojos llenos de ira.

»—¡Eres un miserable! —dijo el duende, entono de profundo desprecio.

»Parecía querer decir algo más, pero la indignación ahogó su voz y levantando una de sus piernas, que eran extraordinariamente plegables, y volteándola un momento sobre su cabeza para asegurar la puntería, administró a Gabriel Grub un buen puntapié, inmediatamente después de lo cual todos los duendes de escalera abajo se agruparon en derredor del mísero sepulturero y le golpearon sin piedad, siguiendo la costumbre inveterada de los cortesanos de la tierra, que pegan a quien pega la realeza y ensalzan a quien la realeza ensalza.

»—¡Enseñadle algo más! —dijo el rey de los duendes.

»A estas palabras aclaróse la nube, descubriendo un rico y exuberante paisaje, parecido al que hoy se ve a cosa de media milla de la vieja ciudad abacial. El sol brillaba en el azul y claro cielo; fulgía el agua bajo sus rayos, y los árboles parecían más verdes y más alegres las flores bajo su bienhechora influencia. Corría el agua en ondas rizadas con plácido murmullo; los árboles susurraban a favor de la brisa ligera que rozaba sus hojas; cantaban los pájaros sobre los pimpollos, y la alondra trinaba en lo alto, saludando a la mañana. Sí, era la mañana, la espléndida y embalsamada mañana estival; las hojas más diminutas, la más tenue brizna de hierba, palpitaban con el instinto de la vida; la hormiga se arrastraba en su afanosa labor cotidiana; revoloteaba la mariposa y se oreaba a los rayos del sol; miríadas de insectos extendían sus diáfanos élitros y gozaban la borrachera de su dichosa y fugaz existencia. Caminaba el

hombre exaltado por el espectáculo, y todo era brillo y esplendor.

»—¡Eres un miserable! —dijo el rey de los duendes, en tono más despectivo aún que anteriormente.

»Y el rey de los duendes volteó su pierna nuevamente, y nuevamente la dejó caer sobre los hombros del enterrador, y los duendes pajes imitaron nuevamente el ejemplo de su soberano.

»Muchas otras veces fue y vino la nube, enseñando muchas lecciones a Gabriel Grub, el cual, aunque se resentía de los hombros por las frecuentes caricias de los pies del duende, observaba todo con un interés nunca decreciente. Vio que los hombres que trabajaban rudamente y ganaban su escaso sustento con sus vidas laboriosas se sentían alegres y felices, y que aun para los más ignorantes era la dulce faz de la Naturaleza un manantial perenne de contento y deleite. Veía que aquellos que habían sido amamantados y educados delicadamente son-

reían ante las privaciones y se hacían superiores a los padecimientos que hubieran aniquilado a otros que se habían desarrollado en ambientes más rudos, porque llevaban dentro de sí los elementos de la felicidad y de la paz. Vio que las mujeres, las más tiernas y frágiles criaturas de Dios, se sobreponían generalmente a la amargura, al dolor y a la adversidad, y vio que ello consistía en que abrigaban en sus corazones un manantial inextinguible de afecto y ternura. Vio, sobre todo, que los hombres como él gruñían ante el optimismo y la alegría de los otros: eran hierbas malignas que crecían sobre la tierra; y poniendo en parangón todo el bien del mundo contra el mal, llegó a la conclusión de que era, después de todo, un mundo muy decente y respetable. No bien acabó de formarse este concepto, la nube que había hecho desvanecerse el último cuadro pareció envolver sus sentidos y arrullarle hasta dejarle dormido. Uno tras otro desaparecieron de su vista los

duendes, y al perder de vista al último se quedó dormido.

»Despertó Gabriel Grub al romper el día y encontróse tendido sobre la tumba plana, junto a la cantimplora vacía y con el abrigo, la pala y la linterna, cubiertos de blanco por la escarcha nocturna, desparramados por el suelo. La piedra que primero había sustentado a! duende alzábese enhiesta frente a Gabriel, y no muy lejos hallábase la fosa en que por la noche trabajara. Al principio dudó de la realidad de sus aventuras; pero el dolor agudo que sintió en sus hombros al tratar de levantarse convencióle de que los puntapiés de los duendes no habían sido ideales, sino ciertos. Vaciló un tanto otra vez al no percibir en la nieve las huellas de los duendes que jugaran a la rana sobre las tumbas, mas comprendió inmediatamente lo natural del fenómeno recordando que, al ser espíritus, no habían de dejar tras de sí impresiones palpables. Púsose de pie Gabriel Grub con no poca dificultad, por el dolor que sentía en la

espalda, y, sacudiendo la nieve de su gabán, se volvió a la ciudad.

»Pero era otro hombre, y no podía hacerse a la idea de volver a un lugar en el que había de recelarse de su arrepentimiento y desconfiarse de su enmienda. Vaciló unos momentos y tomó otro rumbo, vagando a la ventura, con propósito de buscar el sustento en cualquier otra parte.

» La linterna, la pala y la cantimplora encontráronse aquel día en el camposanto. Muchas fueron las conjeturas que se hicieron acerca de la suerte del enterrador en los primeros momentos, pero en seguida se dio por seguro que había sido arrebatado por los duendes, y no faltó testigo fidedigno que le había visto cruzando los aires a lomos de un alazán tuerto, con ancas de león y cola de oso. Acabó por aceptarse ciegamente esta versión, y el nuevo enterrador enseñaba a los curiosos, por una modesta propina, un gran trozo de la giraldilla de la iglesia, que había sido desprendido por el mencionado caballo en su aérea fuga y recogido por

él mismo en el camposanto uno o dos años después.

»Desgraciadamente, aquellas historias viéronse un tanto desautorizadas por la inesperada reaparición del propio Gabriel Grub, sobrevenida diez años después en forma de un anciano reumático, andrajoso y alegre. Contó su historia al párroco y también al alcalde, y con el tiempo empezó a ser aceptada como asunto de cuento y tradición, en cuya forma ha llegado hasta nuestros días. Los que habían prestado crédito a la conseja de la veleta, después de haber colocado su fe en base tan liviana, renunciaron a desprenderse otra vez de aquella teológica facultad y miraban con gesto avisado y se encogían de hombros y se llevaban el dedo a las sienes, murmurando algo así como que Gabriel Grub se había bebido toda la ginebra y caído sobre la tumba vencido por el sueño, y pretendieron explicar lo que él suponía haber presenciado en la caverna de los duendes, diciendo que el enterrador había visto el mundo

y tornándose más discreto y prudente. Pero esta opinión, que nunca llegó a popularizarse, fue poco a poco perdiendo crédito y, sea lo que fuere, como Gabriel Grub se vio aquejado del reuma hasta el fin de sus días, esta historia tiene al menos una moraleja, y es: que si un hombre se vuelve huraño y da en beber en la soledad, en tiempo de Pascua, puede prepararse a pasarlo mal, aunque el alcohol no sea tan bueno ni tenga tantos grados como los espíritus que vio Gabriel Grub en la caverna de los duendes.

30. CÓMO ADQUIRIERON Y CULTIVARON LOS PICKWICKIANOS LA AMISTAD DE DOS SIMPÁTICOS JÓVENES, PERTENECIENTES A UNA DE LAS PROFESIONES LIBERALES; CÓMO SE EJERCITARON SOBRE EL HIELO Y CÓMO ACABÓ SU PRIMERA VISITA

—Hola, Sam —dijo Mr. Pickwick, al entrar en su dormitorio su afortunado servidor, con el agua caliente, en la mañana del día de Navidad—. ¿Hiela aún?

—El agua en la palangana es un témpano, sir —respondió Sam.

—Tiempo duro, Sam —observó Mr. Pickwick.

—Tiempo hermoso para los que están bien abrigados, como se decía el oso polar mientras se ejercitaba patinando —replicó Mr. Weller.

—Bajaré dentro de un cuarto de hora, Sam —dijo Mr. Pickwick, desatándose el gorro de dormir.

—Muy bien, sir —replicó Sam—. Abajo hay un par de sierrahuesos.

—¿Un par de qué? —exclamó Mr. Pickwick, sentándose en el lecho.

—Un par de sierrahuesos —repitió Sam.

—¿Y qué es un sierrahuesos? —inquirió Mr. Pickwick, sin saber aún si se trataba de un ser animado o de algún comestible.

—¡Cómo! ¿No sabe usted lo que es un sierrahuesos? —preguntó Mr. Weller—. Yo creía que todo el mundo sabía que un sierrahuesos es un cirujano.

—¡Ah, un cirujano! —dijo Mr. Pickwick, sonriendo.

—Eso es, sir —replicó Sam—. Pero esos que hay abajo no son todavía cirujanos maduros; están en camino nada más.

—En otras palabras: que son estudiantes de Medicina, ¿verdad? —dijo Mr. Pickwick.

Sam Weller asintió con la cabeza.

—Me alegro —dijo Mr. Pickwick, arrojando con viveza su gorro de dormir sobre la colcha—

; buena gente; muy buena gente; tienen el juicio madurado por la observación y la reflexión; gustos refinados por el estudio y la lectura. Me alegro mucho.

—Están fumando unos puros junto al fuego —dijo Sam.

—¡Ah! —exclamó Mr. Pickwick, frotándose las manos, rebosando de sentimientos corteses, humanitarios y de animal espiritualidad—. Precisamente lo que a mí me gusta.

—Y uno de ellos —dijo Sam, sin parar mientes en la interrupción de su amo—, uno de ellos ha puesto sus piernas sobre la mesa y está bebiendo aguardiente puro, mientras que el otro, el de los lentes, tiene un barril de ostras entre las rodillas, las abre a todo vapor, se las come lo mismo y arroja las conchas al joven gordo, que está sentado en el rincón de la chimenea, completamente dormido.

—Excentricidades de carácter, Sam —dijo Mr. Pickwick—. Puedes retirarte.

Retiróse Sam, y Mr. Pickwick, al cabo de un cuarto de hora, bajó a desayunarse.

—¡Al fin llegó! —dijo Mr. Wardle—. Pickwick: éste es el hermano de Miss Allen, Mr. Benjamín Allen. Le llamamos nosotros Ben, y usted puede hacerlo si quiere. Este caballero es su íntimo amigo, Mr...

—Mr. Bob Sawyer —interrumpió Mr. Benjamín Allen, con lo cual, Mr. Bob Sawyer y Mr. Benjamín Allen rieron a coro.

Mr. Pickwick saludó a Bob Sawyer y Bob Sawyer saludó a Mr. Pickwick. Bob y su íntimo amigo se aplicaron en seguida, con la mayor asiduidad, a los manjares que tenían delante.

Mr. Benjamín Allen era un tosco y corpulento mozo, de pelo negro, cortado al rape, y de rostro pálido un tanto alargado. Se hallaba embellecido por unos lentes y llevaba una corbata blanca. Por debajo de su gabán, de dos filas de botones, que tenía abrochado hasta la barbilla, aparecían en su número habitual unas piernas de color de pimienta, que terminaban en un par

de botas bastante poco limpias. Aunque su chaqueta era corta de mangas, no descubría el menor vestigio de puños de camisa, y, no obstante convenir a su fisonomía el aditamento de un cuello, no se hallaba favorecido con el más ligero síntoma de esta prenda. Presentaba un conjunto bastante curtido y despedía un olor penetrante a tabaco barato.

Mr. Sawyer, que vestía una grosera chaqueta azul, que, sin ser gabán ni sobretodo, participaba de la naturaleza y cualidades de ambos, daba la impresión de ese desaliño elegante y continente agresivo propio de los señoritos que fuman en la calle por el día, vociferan y escandalizan por la noche, llaman a los camareros por sus nombres de pila y hacen otras muchas cosas igualmente pintorescas. Llevaban un pantalón de sarga y basto chaleco; para la calle usaba un grueso bastón de puño descomunal. Desdeñaba los guantes y, en definitiva, hacía pensar en un disipado Robinson Crusoe.

Tales eran las dos personalidades a quienes fue presentado Mr. Pickwick en el momento de sentarse a tomar el desayuno en la mañana de Navidad.

—Espléndida mañana, señores —dijo Mr. Pickwick.

Mr. Bob Sawyer asintió desdeñosamente a esta observación y pidió a Mr. Benjamín Allen la mostaza.

—¿Vienen ustedes hoy de muy lejos, señores? —preguntó Mr. Pickwick.

—León Azul, de Muggleton —respondió lacónicamente Mr. Allen.

—Debían ustedes haberse unido a nosotros anoche —dijo Mr. Pickwick.

—Es verdad —replicó Bob Sawyer—; pero era el aguardiente demasiado bueno para dejarlo tan pronto. ¿Verdad, Ben?

—Ya lo creo —dijo Mr. Benjamín Allen—; y los cigarros no eran malos, ni tampoco las chuletas de cerdo. ¿Verdad, Bob?

—Desde luego que no —dijo Bob.

Los dos amigos reanudaron su ataque contra los comestibles con más denuedo que antes, cual si el recuerdo de la cena de la noche anterior hubiese comunicado a la comida un nuevo atractivo.

—Masca de firme, Bob —dijo Mr. Allen a su compañero, dándole ánimos.

—Eso hago —respondió Bob Sawyer.

Y la verdad es que lo hacía como lo decía.

—Nada como la disección para abrir el apetito —dijo Mr. Bob Sawyer, mirando alrededor de la mesa.

Mr. Pickwick sintió un ligero estremecimiento.

—Por cierto, Bob —dijo Mr. Allen—, ¿acabaste con aquella pierna?

—Casi, casi —respondió Sawyer, sirviéndose medio pollo—. Es demasiado musculosa para ser de un niño.

—¿Sí? —preguntó Mr. Allen negligentemente.

—Mucho —dijo Bob Sawyer con la boca llena.

—Me he inscrito en la escuela para un brazo. Estamos alistándonos para un cadáver, y la lista está completa casi; pero no podemos pescar ninguno que quiera una cabeza. Yo quisiera que la tomaras tú.

—No —replicó Bob Sawyer—; no puedo permitirme esos lujos.

—¡Qué tontería! —dijo Allen.

—No puedo —repuso Bob Sawyer—. Una sesera, no digo; pero con una cabeza entera no me atrevo.

—¡Chist!, caballeros: hagan el favor —dijo Mr. Pickwick—, que oigo ya a las señoras.

Al decir esto Mr. Pickwick, las señoras, galantemente escoltadas por los señores Snodgrass, Tupman y Winkle, regresaban de un paseo matinal.

—¡Ben! —dijo Arabella, más sorprendida que complacida, al ver a su hermano.

—Vine para llevarte mañana —replicó Benjamín.

Mr. Winkle palideció.

—¿No has visto a Bob Sawyer, Arabella? —preguntó Mr. Allen, reconviniéndola.

Arabella tendió graciosamente la mano, reconociendo a Bob Sawyer. Un escalofrío de odio conmovió a Mr. Winkle, al ver a Bob Sawyer apretar ostensiblemente la mano que se le entregaba.

—¡Oye, Ben! —dijo Arabella, ruborizándose—. ¿Te han... te han presentado a Mr. Winkle?

—Aún no; pero celebraré conocerle, Arabella —respondió su hermano, gravemente.

Mr. Allen saludó ceñudamente a Mr. Winkle, mientras que Mr. Winkle y Mr. Bob Sawyer se miraban a hurtadillas con mutuo recelo.

La llegada de los dos nuevos visitantes, que cohibió a Mr. Winkle y a la señorita con botas de vueltas de piel, hubiera seguramente interrumpido la hilaridad de la concurrencia si la

jovialidad de Mr. Pickwick y el humor excelente del anfitrión no se hubieran puesto a prueba en beneficio del placer general. Mr. Winkle fue ganando poco a poco la estimación de Mr. Benjamín Allen, y hasta entabló una conversación admirable con Mr. Bob Sawyer, el cual, caldeado con el aguardiente y la charla, alcanzó el grado máximo de su alegre facundia y relató con gran amenidad una interesante anécdota acerca de la ablación de un tumor de la cabeza de cierto caballero, que ilustró gráficamente valiéndose de un cuchillo de ostras y de un trozo de pan, con gran complacencia de los circunstantes. Después dirigiéronse todos a la iglesia, donde se quedó dormido Mr. Benjamín Allen, en tanto que Mr. Bob Sawyer apartaba sus pensamientos de los asuntos mundanales por el sistema ingenioso de grabar sobre un banco su nombre en letras de cuatro pulgadas.

—Ahora —dijo Wardle, después de un sustancioso refrigerio, con el agradable aditamento de cerveza y guindas en aguardiente, a los que

se hizo amplia justicia—, ¿qué dicen ustedes de una horita en el hielo? Tenemos tiempo de sobra.

—¡Excelente! —dijo Mr. Benjamín Allen.

—¡Magnífico! —exclamó Mr. Bob Sawyer.

—¿Usted patina, por supuesto, Winkle? —dijo Wardle.

—Sí; ya lo creo —replicó Mr. Winkle—. Estoy... estoy un poco desentrenado.

—¡Oh, patine, Mr. Winkle! —dijo Arabella—. ¡Me gusta tanto verlo...!

—¡Oh, es tan bonito! —dijo otra señorita.

Una tercera señorita dijo que era elegante, y una cuarta expresó su opinión de que recordaba el patinador la airosa marcha del cisne.

—Yo lo haría de muy buena gana —dijo Mr. Winkle, poniéndose encarnado—; pero no tengo patines.

El obstáculo fue salvado al punto. Trundle tenía un par, y el chico gordo participó que abajo había media docena, todo lo cual contri-

buyó a que Mr. Winkle manifestara extremada alegría y experimentara extremada inquietud.

Guió el viejo Wardle a sus amigos hacia una preciosa superficie de hielo, y luego que Mr. Weller y el chico gordo hubieron barrido la nieve caída durante la noche, ajustóse los patines Mr. Bob Sawyer con una destreza que maravilló a Mr. Winkle y empezó a describir círculos sobre su pierna izquierda, a dibujar figuras en ocho y a trazar sobre el hielo, sin detenerse a respirar, muchas otras graciosas figuras, con gran regocijo de Mr. Pickwick, Mr. Tupman y de las señoras, satisfacción que llegó a su colmo cuando el viejo Wardle y Benjamín Allen, acompañados del mencionado Bob Sawyer, ejecutaron ciertas evoluciones complicadas, que denominaron «el aspa».

A todo esto, Mr. Winkle, con la cara y las manos azuladas por el frío, había introducido a viva fuerza un pequeño tornillo en las suelas de sus zapatos y puéstose los patines al revés y

atádoselos con las correas formando un enredijo inextricable, con la ayuda de Mr. Snodgrass, que sabía de patines poco más o menos lo que un indio. Por fin, gracias a la intervención de Mr. Weller, pudieron ajustarse los dichosos patines y ponerse de pie Mr. Winkle.

—Ya está, sir —dijo Sam, animándole—; adelante, y enséñeles cómo se patina.

—¡Espera, Sam, espera! —dijo Mr. Winkle, temblando violentamente y agarrándose a los brazos de Sam con la prisa desesperada de un hombre que se ahoga—. ¡Qué resbaladizo está, Sam!

—Cosa nada rara en el hielo, sir —replicó Mr. Weller—. ¡Derecho, sir!

Esta última observación de Mr. Weller obedió al frenético deseo que manifestó en aquel momento Mr. Winkle de echar los pies al aire y apoyar en el hielo el occipucio.

—Estos... estos patines son muy malos, ¿verdad, Sam? —dijo Mr. Winkle, vacilando.

—Me parece que el que es malo es el que los lleva, sir —replicó Sam.

—Vamos, Winkle —gritó Mr. Pickwick, completamente ignorante de lo que sucedía—. Vamos, que las señoras están impacientes.

—Sí, sí —repuso Mr. Winkle con sonrisa mortal—. Allá voy.

—En seguida va —dijo Sam, tratando de desasirse de él—. Ahora, sir, adelante.

—Espera un poco, Sam —murmuró Mr. Winkle, agarrándose a Mr. Weller del modo más entrañable y apasionado—. Ahora me acuerdo de que tengo en casa dos chaquetas que no me hacen falta, Sam. Son para ti, Sam.

—Gracias, sir —contestó Mr. Weller.

—No te ocupes de quitarte el sombrero —se apresuró a decir Mr. Winkle—. No tienes que quitarte el sombrero por eso. Pensaba haberte dado esta mañana cinco chelines para una caja de mazapán, Sam. Te los daré esta tarde, Sam.

—Es usted muy bueno, sir —replicó Mr. Weller.

—Sujétame bien al principio, Sam, ¿quieres?
—dijo Mr. Winkle—. Eso es... Perfectamente.
En seguida podré soltarme, Sam; pero no muy de prisa.

Encorvado Mr. Winkle hacia delante, con el cuerpo doblado, empezaba a caminar por el hielo, sostenido por Mr. Weller, haciendo una figura muy curiosa y muy poco semejante a la de un cisne, cuando Mr. Pickwick, con la mayor inocencia del mundo, llamó desde la orilla opuesta.

—Sam.

—Sir.

—Ven acá, que te necesito.

—Déjeme ir, sir —dijo Sam—. ¿No oye usted que el amo me llama? Déjeme, sir.

Con un violento esfuerzo, se desprendió Mr. Weller de la presa del agonizante pickwickiano, dando un fuerte empujón, al hacerlo, al desdichado Mr. Winkle. Con una precisión inexplicable, aun en el caso del patinador más diestro y consumado, el infortunado caballero dirigióse

como una flecha al mismo centro del aspa, en el preciso instante en que Mr. Bob Sawyer ejecutaba una filigrana de belleza insuperable. Chocó furiosamente contra él Mr. Winkle, y ambos cayeron, dándose un batacazo ruidoso y formidable. Corrió al sitio Mr. Pickwick. Bob Sawyer se puso de pie inmediatamente; pero Mr. Winkle era demasiado prudente para hacer semejante cosa con los patines puestos. Quedó sentado en el suelo, haciendo esfuerzos espasmódicos para sonreír; pero la angustia campeaba en todos los rasgos de su fisonomía.

—¿Está usted herido? —preguntó con gran ansiedad Benjamín Allen.

—No mucho —respondió Mr. Winkle, fro-tándose la espalda con toda su fuerza.

—Permítame usted que le sangre —propuso Mr. Benjamín con gran empeño.

—No, gracias —le atajó Mr. Winkle, sin perder momento.

—Pues creo que le convendría a usted —dijo Allen.

—Gracias —replicó Mr. Winkle—; yo creo que no.

—¿Qué opina usted, Mr. Pickwick? —preguntó Bob Sawyer.

Mr. Pickwick estaba fuera de sí. Llamó a Mr. Weller y le dijo con voz severísima:

—¡Quítale los patines!

—Pero si no he hecho más que empezar —arguyó Mr. Winkle.

—¡Quítale los patines! —repitió con firmeza Mr. Pickwick.

La orden no admitía réplica. Mr. Winkle se allanó a que Mr. Weller la cumpliera en silencio.

—Levántale —dijo Mr. Pickwick.

Sam le ayudó a levantarse.

Apartóse un poco Mr. Pickwick de la concurrencia y llamando a su amigo clavó en él una mirada inquisitorial y le dijo en voz baja, pero en tono perceptible y solemne, estas palabras lapidarias:

—Es usted un fullero, sir.

—¿Un qué? —dijo Mr. Winkle, sorprendido.

—Un fullero, sir. Si usted lo quiere más claro, un impostor, sir.

Y diciendo esto, giró sobre sus talones Mr. Pickwick y se incorporó al grupo.

Mientras que Mr. Pickwick se desahogaba en la forma expresada, Mr. Weller y el chico gordo habían logrado formar un resbaladero, sobre el cual se ejercitaban de modo brillante y magistral. Sam Weller, especialmente, exhibía esa manera pintoresca de resbalar que vulgarmente se denomina «llamar a la puerta del remendón», figura que se remata deslizándose por el hielo sobre una sola pierna y dando en el suelo un golpe de cuando en cuando. Era muy largo el resbaladero y había en aquel juego dinámico algo que a Mr. Pickwick, que se hallaba aterido por el reposo, le tentaba sobremanera.

—Parece eso muy divertido y confortante, ¿verdad? —preguntó éste a Mr. Wardle, que estaba jadeante por el fatigoso esfuerzo que había hecho conservando sus piernas en com-

pás y dibujando sobre el hielo una serie de complicados jeroglíficos.

—¡Ah, ya lo creo! —respondió Mr. Wardle—. ¿No patina usted así?

—De pequeño lo hacía en los canalillos —replicó Mr. Pickwick.

—Pues inténtelo usted —dijo Wardle.

—¡Ay, sí, Mr. Pickwick! —gritaron las señoras.

—Yo les proporcionaría esa diversión con mucho gusto —repuso Mr. Pickwick—, pero hace treinta años que no pruebo.

—¡Vaya, vaya, qué tontería! —exclamó Mr. Wardle, quitándose los patines con la impetuosidad que caracterizaba todas sus resoluciones—. ¡Ea!; yo le acompaño; vamos.

Y se lanzó el jovial anciano por el resbaladero con una velocidad que en nada desmerecía de la de Mr. Weller y que eclipsaba las hazañas del chico gordo.

Mr. Pickwick se tomó una pausa; meditó; se quitó los guantes, metiéndolos debajo del som-

brero; insinuó dos o tres salidas; se aturulló, como de costumbre; tomó al fin carrera y empezó a deslizarse lenta y gravemente por el resbaladero, con los pies separados yarda y media, entre las regocijadas aclamaciones de los espectadores.

—No deje enfriarse el puchero, sir —dijo Sam.

Y se precipitó nuevamente Wardle, siguióle Mr. Pickwick, y luego Sam, Mr. Winkle, Mr. Bob Sawyer, el chico gordo y Mr. Snodgrass, pisándose casi los talones y corriendo el uno en pos del otro con un afán que no parecía sino que las esperanzas que vislumbraba cada cual en el porvenir de su vida dependían de aquella presteza.

Resultaba del más vivo interés observar la manera que tenía Mr. Pickwick de desempeñar su papel en la ceremonia; la angustia con que miraba al que iba en su zaga, que amenazaba darle alcance a cada paso, con riesgo inminente de atropellarle; verle cómo descansaba del pe-

noso esfuerzo realizado en la carrera y pasear majestuosamente su mirada por la pista, volviéndose hacia el punto de partida. Era encantadora la angelical sonrisa que alegraba su rostro al terminar cada carrera, y graciosísimo el afán con que volvía a ocupar su puesto y se lanzaba en pos del que le precedía, corriendo por el hielo con sus negras polainas y con los ojos rebosantes de gozo. Y cuando le tiraban al suelo (cosa que ocurría a cada tres vueltas), hacía singularmente pintoresco verle recoger su sombrero, sus guantes y su pañuelo, con plácida cara, y recuperar su puesto en la fila con un ardor y un entusiasmo que nunca desfallecían.

Cuando el juego era más interesante, más veloz la carrera y más estrepitosas las risotadas, oyóse un fuerte chasquido. Prodújose una precipitada huida hacia la orilla, un chillido de las señoras y un grito estentóreo de Mr. Tupman. Desapareció una extensa masa de hielo, por cuyo hueco burbujeaba el agua, y pudo verse

flotando el sombrero, los guantes y el pañuelo de Mr. Pickwick; y esto era todo lo que se veía de Mr. Pickwick.

La angustia y el anonadamiento se dibujaron en todos los semblantes. Palidieron los hombres y se desmayaron las señoras. Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, con las manos cogidas, miraban aterrados el lugar por donde su maestro habíase hundido, en tanto que Mr. Tupman, con el designio de prestar el más pronto socorro y anhelando al mismo tiempo dar a cuantas personas se hallaran al alcance de sus voces una noticia exacta de la catástrofe, echó a correr por los campos gritando «¡Fuego!» con toda la potencia de su pecho.

En el momento en que Mr. Wardle y Sam Weller se aproximaban al agujero con paso cauteloso y Mr. Benjamín Allen celebraba una consulta de urgencia con Bob Sawyer acerca de la conveniencia de sangrar a todos, para no desperdiciar la ocasión de hacer una experiencia profesional, una cabeza y unos hombros surgie-

ron del agua, presentándose al fin a la vista de todos los rasgos fisonómicos y los lentes de Mr. Pickwick.

—¡Manténgase fuera un instante, sólo un instante! —gritó afanosamente Snodgrass.

—Sí, por Dios... ¡Hágalo por mí! —rugió Mr. Winkle, afectadísimo.

Mas el conjuro era innecesario, pues en el caso de no habersele ocurrido a Mr. Pickwick mantenerse firme por complacer a otro, no es difícil suponer que hubiera pensado en hacerlo por complacerse a sí mismo.

—¿Toca usted fondo, amigo? —dijo Wardle.

—Sí, ya lo creo —respondió Mr. Pickwick, librando del agua su cabeza y su rostro y recobrando su aliento—. Caí de espaldas. Al pronto no pude hacer pie.

El fango que empapaba lo que hasta entonces podía verse de la chaqueta de Mr. Pickwick corroboraba la afirmación, y desvanecidos los temores de los circunstantes al recordar de pronto el chico gordo que la profundidad no

excedía de cinco pies en ningún punto de la charca, realizáronse verdaderos prodigios de valor para sacarle. Al cabo de unos cuantos chapuzones, chasquidos y manoteos, fue sacado Mr. Pickwick de su incómoda postura y puesto una vez más en tierra firme.

—¡Oh, se va a morir de frío! —dijo Emilia.

—¡Pobre viejecín! —dijo Arabella—. Déjeme que le abrigue con mi chal, Mr. Pickwick.

—Eso es lo mejor que pueden ustedes hacer —dijo Mr. Wardle—; y una vez bien abrigado, váyase a la casa todo lo de prisa que pueda y métase en la cama.

Una docena de chales se ofrecieron al instante. Eligiéronse tres o cuatro de los más tupidos y, envuelto en ellos, Mr. Pickwick partió, acompañado de Mr. Weller, ofreciéndose el singular fenómeno de un anciano sin sombrero, hecho una sopa y con los brazos pegados al cuerpo, marchando sin objetivo aparente a una velocidad de seis millas inglesas por hora.

Pero Mr. Pickwick no se cuidaba de las apariencias en tan extremo caso y, acicateado por Mr. Weller, mantuvo aquella vertiginosa marcha hasta llegar a la puerta de Manor Farm, donde Mr. Tupman había llegado cinco minutos antes y alarmado a la vieja señora, hasta ocasionarle una fuerte palpitación, por haberle sugerido la idea incuestionable de que estaba ardiendo la chimenea, calamidad que siempre se le ocurría a la vieja cuando alguien mostraba la más insignificante inquietud.

No paró Mr. Pickwick hasta verse dulcemente acomodado en el lecho. Sam Weller encendió en la chimenea un fuego vivísimo y le subió la comida. Trájoselo en seguida una taza de ponche y celebróse su salvación con grande algazara. Como el viejo Wardle no consintiera que se levantase, hízose de la cama estrado y presidió Mr. Pickwick. Corrió una segunda y una tercera ronda de ponche, y al despertar Mr. Pickwick al día siguiente, no advirtió en sí el más leve síntoma de reuma; lo que prueba, se-

gún observó muy acertadamente Mr. Bob Sawyer, que no hay nada como el ponche para tales casos, y que si alguna vez falla el ponche caliente como remedio preventivo, débese tan sólo a que el paciente incurre en el error vulgarísimo de no tomar bastante.

Deshízose al día siguiente la agradable reunión. Las desbandadas, que tienen su importancia en la época de estudiantes, tiénela mucho más en períodos ulteriores de la vida. La muerte, el egoísmo y las mudanzas de fortuna disuelven todos los días muchas felices agrupaciones y las dispersan por el ancho del mundo; los chicos y las chicas no vuelven más. No queremos decir que tal fuese el caso en las actuales circunstancias; sólo pretendemos informar a los lectores de que los diferentes elementos de la partida restituyéronse a sus distintos hogares; que Mr. Pickwick y sus amigos tomaron asiento una vez más en la imperial del coche de Muggleton y que Arabella Allen marchó a su lugar de destino, cualquiera que éste fuese —estamos

seguros de que lo sabía Mr. Winkle, pero nosotros hemos de confesar que no—, bajo el cuidado y guarda de su hermano Benjamín y del íntimo y particular amigo de éste, Mr. Bob Sawyer.

Pero antes de separarse, Mr. Bob Sawyer y Mr. Benjamín Allen llamaron aparte y con misterio a Mr. Pickwick, y metiendo Mr. Bob Sawyer su índice entre dos costillas de Mr. Pickwick y desplegando su nativa socarronería y su conocimiento anatómico del humano esqueleto, le preguntaron a un tiempo:

—Oiga, amigo, ¿dónde se posa usted?

Mr. Pickwick replicó que, por el momento, se posaba en Jorge y el Buitre.

—Yo quisiera que fuera usted a visitarme —dijo Bob Sawyer.

—Nada sería tan de mi agrado —replicó Mr. Pickwick.

—Ésa es mi casa —dijo Mr. Bob Sawyer, sacando una tarjeta—. Lant Street, Borough; está cerca de la de Guy y muy a la mano para mí.

Poco después de la iglesia de San Jorge... dobla usted High Street, a la derecha.

—Daré con ella —dijo Mr. Pickwick.

—Vaya del jueves en quince días y lleve a los otros muchachos —dijo Mr. Bob Sawyer—; esa noche irán varios compañeros míos.

Expresó Mr. Pickwick el placer que habría de producirle reunirse con sus compañeros de profesión, y después de decirle Mr. Bob Sawyer que lo pasarían muy bien y que su amigo Ben sería de la partida, estrecháronse las manos y se separaron.

No se nos escapa que en este lugar sería muy del caso que se nos preguntara si Mr. Winkle murmuró algo, durante esta breve conversación, al oído de Arabella Allen y qué fue lo que le dijo, y, además, si Mr. Snodgrass habló aparte con Emilia Wardle y qué fue lo que hablaron. A esto hemos de contestar que, cualquiera que fuese lo que ellos dijeran a las señoras, nada comunicaron a Mr. Pickwick ni a Mr. Tupman durante las veintiocho millas; que

suspiraron con frecuencia; que rehusaron la cerveza y el aguardiente, y que no les abandonó en todo el camino la melancolía. Si nuestras perspicaces lectoras pueden inferir de estos hechos alguna conjetura satisfactoria, les suplicamos que no se priven de hacerlo.

31. DEDICADO POR COMPLETO A LA LEY Y A SUS PREEMINENTES Y CULTAS AUTORIDADES

Esporádicamente repartidos en varios agujeros y rincones del Temple existen ciertos recintos oscuros y sucios, en los cuales y fuera de los cuales puede verse, por las mañanas en tiempo de vacaciones y por la tarde en los días laborales, siempre de prisa y con legajos bajo el brazo y rebosándoles de los bolsillos, una continuada serie de escribientes curiales. Hay varias categorías de escribientes curiales. Hay el escribiente distinguido, que, habiendo pagado pensión, aspira a la procuraduría, tiene cuenta con el sastre, recibe invitaciones de sociedad, trata una familia en Gower Street y otra en Tavistock Street; que sale de la ciudad, en vacaciones, para ver a su padre; que posee innumerables caballos y que es, en suma, el escribiente aristócrata. Hay el escribiente asalariado, interno o externo, según los casos, que dedica la mayor

parte de sus treinta chelines semanales al embellecimiento y regalo de su persona; concurre a mitad de precio al teatro Adelphi tres veces por semana, por lo menos; solázase después majestuosamente en las sidrerías, y constituye una caricatura grotesca de la moda imperante seis meses atrás. Hay el amanuense entrado en años, con larga prole, al que se ve siempre derrotado y borracho casi siempre. Y hay, por último, los mozos de despacho, que visten su primer traje; que sienten un desdén de buen tono hacia los pequeños escolares en los días de escuela; que se fusionan, al retirarse a casa por la noche, para obsequiarse con salchichón y cerveza, y que se perecen por lo que ellos llaman «la vida». Hay numerosas variedades del género, demasiado numerosas para describirlas, pero que no por serlo dejan de verse a ciertas horas pululando activamente entre los mencionados lugares.

Estas recónditas guaridas son las oficinas públicas de la profesión legal, donde se perge-

ñan los escritos, se firman los juicios, se llenan las declaraciones y se ponen en movimiento otros ingeniosos mecanismos, para tormento y opresión de los súbditos de Su Majestad y para beneficio y emolumento de los profesionales de la Ley. Son en su mayor parte cuchitriles inmundos y bajos de techo, en los que múltiples rollos de pergamino, que llevan allí un siglo sudando en secreto, despiden un aroma agradable, que se mezcla por el día con el tufo a pobre y por la noche con las varias emanaciones de abrigo húmedo, paraguas corrompidos y velas de sebo asqueroso.

Diez o quince días después de regresar a Londres Mr. Pickwick y sus amigos, cierta tarde, a las siete y media, entró apresuradamente en uno de estos despachos un individuo, con gabán pardo y botones de cobre, cuyos largos cabellos estaban escrupulosamente retorcidos alrededor del borde del sombrero y cuyos manchados pantalones se hallaban tan prietamente atados a sus botas Bluccher, que las rodillas

amenazaban escaparse a cada momento de su cárcel. Sacó del bolsillo de su chaqueta un largo y estrecho trozo de pergamino, en el que el empleado oficiante estampó un sello ilegible en tinta negra. Sacó en seguida cuatro hojas de papel de análogas dimensiones, cada una de las cuales contenía una copia de lo que rezaba el pergamino, con blancos para los nombres, y, después de llenar los blancos, metióse en el bolsillo los cinco documentos y salió de estampía.

El hombre del abrigo pardo que llevaba en su bolsillo los cabalísticos documentos no era otro que nuestro antiguo amigo Mr. Jackson, de la casa Dodson y Fogg, de Freeman's Court, Cornhill. Pero, en vez de volver a la oficina de donde había venido, enderezó sus pasos a Sun Court, y, entrando sin vacilar en Jorge y el Buitre, preguntó si estaba allí un tal Mr. Pickwick.

—Tomás: avisa al criado de Mr. Pickwick — dijo la cantinera de Jorge y el Buitre.

—No se moleste —dijo Mr. Jackson—; vengo para negocios. Lléveme a la habitación de Mr. Pickwick, y yo entraré.

—¿A quién anuncio? —preguntó el camarero.

—Jackson —respondió el pasante.

Subió el camarero para anunciarle; pero Mr. Jackson le ahorró el trabajo siguiéndole inmediatamente y colándose en el cuarto antes de que pudiera aquél articular palabra.

Aquel día había invitado Mr. Pickwick a comer a sus amigos; estaban sentados junto al fuego, bebiendo su vino, cuando se presentó Mr. Jackson, como ya hemos dicho.

—¿Cómo está usted, sir? —dijo Mr. Jackson, saludando a Mr. Pickwick.

Saludó éste y miró un tanto sorprendido, porque la fisonomía de Mr. Jackson no figuraba entre sus recuerdos.

—Vengo de parte de Dodson y Fogg —dijo Mr. Jackson en tono aclaratorio.

Levantóse Mr. Pickwick al oír este nombre.

—Entiéndase usted con mi procurador, sir; Mr. Perker, de Gray's Inn —dijo—. Camarero: acompañe a este señor.

—Dispense usted, Mr. Pickwick —dijo Jackson, dejando en el suelo su sombrero con ademán deliberado y sacando el pergamino del bolsillo—. Se trata de una diligencia personal, por agente o escribano; ya sabe usted que en estos casos, Mr. Pickwick... toda precaución es necesaria en las formalidades legales.

Clavó Mr. Jackson sus ojos en el pergamino y, apoyando sus manos en la mesa y mirando a los circunstantes con sonrisa insinuante y persuasiva, dijo:

—Vaya, señores: no vale la pena gastar saliva para una cosa tan sencilla como ésta. ¿Quién de estos señores se llama Snodgrass?

Al oír esta indagatoria, hizo Mr. Snodgrass un movimiento de sorpresa, tan espontáneo y palpable, que no fue necesaria la respuesta.

—¡Ah; lo suponía! —dijo Mr. Jackson, más afable que antes—. Tengo que ocasionarle una pequeña molestia, sir.

—¡A mí! —exclamó Mr. Snodgrass.

—Es una simple citación en el asunto Bardell-Pickwick, a requerimiento de la demandante —dijo Mr. Jackson, destacando uno de los pliegos y sacando un chelín del bolsillo de su chaleco—. Se verá en sesión de su turno; esperamos que el catorce de febrero; hemos pedido jurado especial; ahí, sin embargo, tiene fecha diez.

Diciendo esto, Mr. Jackson presentó el pergamino a Mr. Snodgrass y deslizó en su mano el papel y el chelín. Observaba este proceso Mr. Tupman con mudo asombro, cuando, volviéndose hacia él, Mr. Jackson dijo:

—Creo no equivocarme si digo que es usted Mr. Tupman, ¿verdad?

Miró Mr. Tupman a Mr. Pickwick; mas no advirtiéndolo en los dilatados ojos de éste gesto

alguno que le indujera a ocultar su nombre, contestó:

—Sí, yo soy Tupman.

—Y ese otro caballero es Mr. Winkle, me parece —dijo Jackson.

Balbució Mr. Winkle una respuesta afirmativa, y ambos caballeros recibieron incontinentemente un papel y un chelín de la mano expeditiva de Mr. Jackson.

—Ahora, señores, sentiría molestarles —dijo Jackson—; pero busco aún a otro señor, y aquí tengo el nombre de Mr. Weller, Mr. Pickwick.

—Camarero: diga a mi criado que venga —dijo Mr. Pickwick.

Salió el camarero, bastante intrigado, y Mr. Pickwick indicó un asiento a Mr. Jackson.

Siguió un embarazoso silencio, que rompió al fin el inocente demandado.

—Estoy viendo, sir —dijo Mr. Pickwick, indignándose a medida que hablaba—; estoy viendo, sir, que lo que se proponen sus jefes es

acusarme con el testimonio de mis propios amigos.

Posó Mr. Jackson repetidas veces su dedo índice en la parte izquierda de su nariz, con objeto de dar a entender que no estaba allí para revelar los secretos de ratonera, y respondió jocosamente:

—No sé; no puedo decir.

—¿Para qué, si no —prosiguió Mr. Pickwick— se les ha extendido estas citaciones?

—Está bien, Mr. Pickwick —replicó Jackson, moviendo la cabeza ligeramente—. Pero a nada conduce. A nadie se perjudica con intentarlo; pero de mí va a sacar muy poco.

De nuevo sonrió Mr. Jackson a los circunstantes, y aplicando a la punta de la nariz su izquierdo pulgar, hizo ademán de accionar con su mano derecha un molino de café imaginario, ejecutando con ello una graciosa pantomima (muy en boga en aquella época, si bien hoy, por desdicha, casi preterida) a la que se llama familiarmente «hacer el molino».

—No, no, Mr. Pickwick —dijo Mr. Jackson, para concluir—; la gente de Perker adivinará seguramente lo que nosotros nos proponemos con esas citas. Y si no lo adivinan, ya lo sabrán cuando llegue la vista.

Dirigió Mr. Pickwick una mirada de pronunciado enojo a su inoportuno visitante, y hubiera disparado algún tremendo anatema sobre las cabezas de los señores Dodson y Fogg de no ser interrumpido por Sam, que entraba en aquel instante.

—¿Samuel Weller? —dijo Mr. Jackson, interrogando.

—Una de las mayores verdades que ha dicho usted hace muchos años —replicó Sam, con irreprochable compostura.

—Aquí hay una cita para usted, Mr. Weller —dijo Jackson.

—¿Qué es eso en inglés? —preguntó Sam.

—Éste es el original —dijo Jackson, eludiendo la respuesta.

—¿Cuál? —dijo Sam.

—Éste —replicó Jackson, sacudiendo el pergamino.

—¡Ah! ¿Es ése el original? —dijo Sam—. Bien; me alegro mucho de haber visto el original, porque es una cosa verdaderamente agradable y que le tranquiliza a uno mucho.

—Y aquí está el chelín —dijo Jackson—. Es de parte de Dodson y Fogg.

—Y es muy de agradecer que Dodson y Fogg, que tan poco me conocen, se vengan con ese regalo —dijo Sam—. Es una alta deferencia, sir, y les honra mucho eso de recompensar el mérito dondequiera que lo encuentren. Y además resulta conmovedor para uno.

Al decir esto, Mr. Weller frotóse ligeramente su párpado derecho con la manga de la chaqueta, como hacen los actores cuando marcan un latiguillo patético.

Pareció desconcertarse un tanto Mr. Jackson con las maneras de Sam; pero una vez entregadas las citas, no teniendo nada que añadir, hizo ademán de ponerse uno de los guantes,

que habitualmente llevaba en la mano por respeto a las apariencias, y marchó a la oficina para dar cuenta de su gestión.

Poco durmió aquella noche Mr. Pickwick; su memoria había recibido una desagradable impresión con el pleito Bardell. Desayunóse temprano a la mañana siguiente y, acompañado de Sam, dirigióse a Gray's Inn Square.

—¡Sam! —dijo Mr. Pickwick, mirando a todas partes, al llegar al fin de Cheapside.

—¡Sir! —dijo Sam, acercándose a su amo.

—¿Por dónde?

—Newgate Street arriba.

En vez de cambiar de dirección en seguida, Mr. Pickwick quedóse mirando a Sam distraídamente algunos segundos, y dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Qué le pasa, sir? —preguntó Sam.

—La vista, Sam —dijo Mr. Pickwick—, se espera para el catorce del mes que viene.

—¡Notable coincidencia, sir! —replicó Sam.

—¿Por qué notable, Sam? —preguntó Mr. Pickwick.

—Es el día de San Valentín⁵, sir —respondió Sam—. Gran día para juzgar una ruptura de promesa matrimonial.

La sonrisa de Mr. Weller no despertó el menor signo de alegría en el rostro de su amo. Cambió de rumbo bruscamente Mr. Pickwick, y siguió andando en silencio.

Así anduvieron un buen trecho; Mr. Pickwick trotaba delante, sumergido en profundas meditaciones, y seguía Sam, con una cara que denotaba el más envidiable desdén a todo y a todos, cuando el último, que siempre estaba deseando comunicar a su amo todas cuantas noticias poseía, apresuró el paso hasta colocarse junto a Mr. Pickwick, y señalándole una casa por la que pasaban, dijo:

—Magnífica salchichería, sir.

⁵ Tradición galante, según la cual se cruzan entre los enamorados esquelas anónimas. (*N. del T.*).

—Sí, así parece —dijo Mr. Pickwick.

—Famosa fábrica de embutidos —dijo Sam.

—¿Sí? —dijo Mr. Pickwick.

—¡Sí! —reiteró Sam, algo indignado—; es decir, lo era. No se entera usted de las cosas. Aquí es donde desapareció misteriosamente un honrado comerciante hace cuatro años.

—¿No querrás decir que fue asesinado, Sam? —dijo Mr. Pickwick, mirando con curiosidad a su alrededor.

—No, sir —replicó Mr. Weller—. ¡Ojalá! Mucho peor que eso. Era el dueño de esa tienda y el inventor de una máquina de vapor para hacer salchichas sin fin, y esa máquina se hubiera tragado un adoquín y lo hubiera hecho salchicha como si fuera un niño de pecho. Estaba muy orgulloso de su máquina, con razón, y cuando ella trabajaba a toda marcha, se metía en el cuarto a mirarla, hasta que lloraba de alegría. Hubiera sido un hombre muy feliz, con su máquina y dos chiquillos que tenía por añadidura, a no ser por su mujer, que era una ma-

drastra inaguantable. Siempre estaba ella molestándole y martirizándole los oídos con sus voces, hasta que él no pudo sufrirla más. «Voy a decirte una cosa, querida», le dijo un día: «si sigues con esa murga, por mi salud que me voy a América, y no te digo más». «Tú eres un calzonazos», dijo ella, «y me alegraré que reciban ese regalo los americanos». Estuvo mortificándole media hora, y luego se metió en la trastienda y empezó a berrear, diciendo que aquel hombre iba a ser su muerte, y le dio un ataque que le duró tres horas largas, uno de esos ataques que consistían en chillar y patalear. Pues al día siguiente echó de menos al marido. No se había llevado nada, ni siquiera el abrigo, por lo cual no habría que pensar que se hubiera ido a América. No volvió al día siguiente, ni tampoco a la otra mañana. La mujer puso anuncios diciendo que si volvía le perdonaría todo (cosa muy meritoria, porque el hombre no había hecho nada); se dragaron los canales, y durante dos meses todos los cadáveres que salían a flote

se llevaban invariablemente a la salchichería. Pero ninguno coincidía con sus señas. Díósele ya por desaparecido para siempre, y la mujer se encargó del negocio. Un sábado por la noche llegó a la tienda un viejecito flaco, bramando de rabia, y dijo: «¿Es usted la señora de esta tienda?». «Sí, yo soy», dijo ella. «Bien, señora», dijo él: «en primer lugar, tengo que decirte que ni mi familia ni yo queremos que se nos ahorque por nada del mundo, y además, señora», dijo, «me permitirá que le diga que, puesto que usted no emplea carne de la mejor clase para fabricar su salchicha, creo que debiera usted elegir la vaca mejor que los botones». «¡Los botones, sir!», dijo ella. «Los botones, señora», dijo el viejecito, deshaciendo un paquete de papel y presentando a la dueña veinte o treinta pedazos de botones. «Magníficos ingredientes para las salchichas son los botones, señora». «Son los botones de mi marido», dijo la viuda, desmayándose. «¡Cómo!», gritó el viejecillo, poniéndose pálido. «¡Ahora me lo explico todo», dijo la

viuda: «en un ataque de locura se ha convertido en salchicha!» —Y así fue, sir —dijo Mr. Weller, mirando con fijeza al horrorizado semblante de Mr. Pickwick—. También puede ser que la máquina le cogiera; pero, fuere lo que fuere, el caso es que el viejecito, que durante toda su vida tuvo debilidad por las salchichas, salió de la tienda como alma que lleva el diablo, y no se oyó hablar más de él.

El relato de este suceso emocionante, acaecido en la intimidad del hogar, duró hasta que el amo y el criado llegaron a la oficina de Mr. Perker. Lowten, con la puerta entreabierta, hablaba con un hombre de mísero aspecto, desarrapado, con botas sin talones y guantes sin dedos. Las privaciones y los sufrimientos, casi la desesperación, pintábanse en su rostro escuálido y depauperado por los sinsabores; se avergonzaba de su pobreza, porque se retiró al fondo oscuro del portal al llegar Mr. Pickwick.

—Es mucha contrariedad —dijo el desconocido, suspirando.

—Mucha —dijo Lowten, garabateando su nombre en el quicio de la puerta con la pluma y borrándolo luego con las barbas de la misma—. ¿Quiere usted dejar algún recado para él? —

¿Cuándo cree usted que vuelva? —preguntó el desconocido.

—No tengo seguridad ninguna —replicó Lowten, haciendo una seña a Mr. Pickwick, aprovechando el momento en que el desconocido miraba al suelo.

—Entonces, ¿cree usted que sería inútil que le esperara? —dijo el desconocido, mirando afanosamente hacia el interior de la oficina.

—¡Ah!, completamente —replicó el pasante, situándose más al centro de la puerta—. Seguramente que no viene en esta semana, y sería una casualidad que volviera en la siguiente; porque cuando Perker sale de la ciudad nunca tiene prisa por volver.

—¡Está fuera! —dijo Mr. Pickwick—. ¡Dios mío, qué mala suerte!

—No se marche, Mr. Pickwick —dijo Lowten—; he recibido una carta para usted.

Pareció vacilar el desconocido; miró nuevamente al suelo, y el pasante hizo un guiño intencionado a Mr. Pickwick, como si quisiera indicarle que iba a ocurrir algo divertido, aunque Mr. Pickwick no podía adivinar en qué pudiera consistir.

—Pase, Mr. Pickwick —dijo Lowten—. ¿Quiere usted dejar algún recado, Mr. Watty, o va usted a volver?

—Dígale usted que tenga la bondad de indicarle lo que haya hecho en mi asunto —dijo el hombre—. ¡Por Dios, no me eche en olvido, Mr. Lowten!

—No, no, no lo olvidaré —replicó el pasante—. Entre usted, Mr. Pickwick. Buenos días, Mr. Watty; hermoso día para pasear, ¿verdad?

Viendo que el desconocido no se decidía a marcharse, indicó a Sam Weller que siguiera a su amo, y cerró la puerta en las narices del hombre.

—¡No he visto en toda mi vida un concursado tan inaguantable como éste! —dijo Lowten, tirando la pluma con aire de enfado—. No hace ni cuatro años que está su asunto en Chancery, y el diablo me lleve si no viene a machacarme dos veces por semana. Pase por aquí, Mr. Pickwick. Perker está, y sé que desea verle. Hace un frío atroz —añadió malhumorado— para estarse a la puerta perdiendo el tiempo con esa ralea de vagabundos.

Después de atizar un fuego muy grande con un hurgón muy pequeño, acompañó el pasante a Mr. Pickwick al despacho particular de su principal, y le anunció.

—¡Ah, mi querido señor! —dijo el pequeño Perker, alzándose de su sillón—. Bien, mi querido señor, ¿qué hay de nuevo en su asunto? ¿Hay algo más de nuestros amigos de Freeman's Court? No se han dormido, ya lo sé. ¡Ah!, son unos chicos muy listos; muy listos, realmente.

Acabó el hombrecito y tomó con prosopopeya un polvo de rapé, en homenaje a la listeza de los señores Dodson y Fogg.

—Son unos grandísimos bribones —dijo Mr. Pickwick.

—Vaya, vaya —dijo el hombrecito—; eso es cuestión de gustos, ya lo sabe usted, y no hemos de discutir por palabra más o menos; porque claro es que no puede esperarse que usted juzgue esos asuntos con criterio profesional. Bueno, hemos hecho todo lo necesario. He comprometido al gran Snubbin.

—¿Es bueno ése? —preguntó Mr. Pickwick.

—¡Bueno! —replicó Perker—. ¡Por Dios!, mi querido señor: Snubbin está en la cumbre de su profesión. Tiene tres veces más asuntos que cualquiera otro... Se le llama para toda clase de litigios. No hay que hacer esto público, pero nosotros decimos... nosotros, los profesionales... Snubbin tiene cogida a la Audiencia por la nariz.

Tomó el hombrecito otro polvo al hacer este comentario y movió la cabeza, mirando a Mr. Pickwick con aire de misterio.

—Han citado a mis tres amigos —dijo Mr. Pickwick.

—¡Ah, claro está que lo han hecho! —repuso Perker—. Son testigos de importancia; vieron a usted en aquella delicada situación.

—Pero ella se desmayó porque quiso —dijo míster Pickwick—. Se echó en mis brazos materialmente.

—Es posible, mi querido señor —replicó Perker—; muy probable y muy natural. Nada más lógico, mi querido señor, nada. ¿Pero quién puede probar eso?

—También han citado a mi criado —dijo Mr. Pickwick, abandonando el otro camino, en vista de lo que le desorientaba la objeción hecha por Mr. Perker.

—¿Sam? —dijo Perker.

Mr. Pickwick replicó afirmativamente.

—Por supuesto, mi querido señor, por supuesto. Ya sabía yo que habían de hacerlo. Hace un mes que yo se lo hubiera dicho a usted. Pero debo advertirle, mi querido señor, que si quiere usted ocuparse de sus asuntos por sí mismo después de haberlos confiado a su procurador, tendrá usted que atenerse a las consecuencias.

Irguióse entonces Mr. Perker con gran dignidad y sacudió de la pechera de su camisa algunos restos de tabaco.

—¿Y qué es lo que quieren que pruebe él? —preguntó Mr. Pickwick, al cabo de dos o tres minutos de silencio.

—Que le envié usted a la demandante para ofrecerle alguna transacción, sospecho —replicó Perker—. Pero no importa, sin embargo; creo yo que ningún tribunal podría sacar mucho de él.

—Eso me parece a mí —dijo Mr. Pickwick, sonriendo, a despecho de lo que le enojaba la

idea de ver aparecer a Sam como testigo—. ¿Qué táctica vamos a seguir?

—No tenemos más que una, mi querido señor —replicó Perker—; interrogar por nuestra parte a los testigos, confiar en la elocuencia de Snubbin, levantar una polvareda para cegar al juez y entendérnoslas con el jurado.

—¿Y si el veredicto me es contrario? —dijo Mr. Pickwick.

Sonrió Mr. Perker, absorbió una buena dosis de rapé, atizó el fuego, se encogió de hombros y guardó un silencio expresivo.

—¿Quiere usted decir que, en ese caso, tendré que pagar la indemnización? —dijo Mr. Pickwick, que había recogido la telegráfica respuesta con bastante severidad.

Dio Perker al fuego otro toque, absolutamente innecesario, y dijo:

—Eso temo.

—Pues entonces, desde ahora le anuncio mi resolución inquebrantable de no pagar ninguna clase de indemnización —dijo Mr. Pickwick,

con énfasis—. Ninguna, Perker. Ni una libra, ni un penique de mi dinero han de ir a parar a los bolsillos de Dodson y Fogg. Ésta es mi determinación irrevocable y deliberada.

Mr. Pickwick dio en la mesa un fuerte puñetazo, para confirmar lo inapelable de su resolución.

—Muy bien, mi querido señor, muy bien —dijo Perker—. Usted sabrá lo que hace, por supuesto.

—Naturalmente —se apresuró a decir Mr. Pickwick—. ¿Dónde vive el doctor Snubbin?

—En Lincoln's Inn Old Square —replicó Perker.

—Porque yo quisiera verle —dijo Mr. Pickwick.

—¡Ver al doctor Snubbin, mi querido señor! —repuso Perker, con profunda estupefacción—. ¡Bah, bah!, mi querido señor, imposible. ¡Ver al doctor Snubbin! ¡Pero qué inocente es usted, mi querido señor! Jamás se oyó tal cosa, sin abonar previamente la consulta y señalar la

hora para ella. Eso no puede ser, sir; no puede ser.

Pero Mr. Pickwick no sólo creía que podía hacerse, sino que había de hacerse, y el resultado fue que, cinco minutos después de habersele asegurado que la cosa era imposible, dirigíase, acompañado de su procurador, al despacho oficial del gran doctor Snubbin.

Era una alfombrada estancia de medianas dimensiones, con una mesa bufete situada junto a la chimenea; el paño que cubría la mesa había perdido tiempo hacía el matiz prístino de su verde y, transformándose paulatinamente en gris, a favor del tiempo y de los días, salvo en aquellos puntos en que su color natural había sido borrado por las manchas de tinta. Yacían sobre la mesa numerosos legajos atados con balduque, y detrás de ella sentábase un viejo pasante, cuya relamida apariencia y gran cadena de reloj sugerían decisivas indicaciones acerca de la extensa y lucrativa clientela del doctor Snubbin.

—¿Está el doctor en su despacho, Mr. Maillard? —preguntó Perker, ofreciendo su tabaquera con irreprochable cortesía.

—Sí, está —se le respondió—; pero está muy ocupado. Mire usted aquí: ni un solo informe evacuado aún de todos estos asuntos, y todos están pagados por adelantado.

Sonrió el pasante al decir esto y absorbió el tabaco, haciendo un gesto en el que parecían combinarse el gusto por el tabaco y el apego a los honorarios.

—Parece que hay clientela —dijo Perker.

—Sí —dijo el pasante del abogado, sacando su tabaquera y ofreciéndola con la mayor cordialidad—, y lo gracioso es que, como no hay ninguna mortal, si no soy yo, que pueda leer lo que escribe el doctor, no tienen más remedio que esperar los informes, una vez evacuados, a que yo los copie. ¡Ja, ja, ja!

—Lo cual resulta muy conveniente para quien yo me sé, además del doctor, y sirve para sacarles algo más a los clientes —dijo Perker.

—¡Ja, ja, ja! —rió de nuevo el pasante, al oír esto.

Mas no fue una sonrisa franca, sino un callado regodeo íntimo, que disgustó a Mr. Pickwick considerablemente. Que un hombre sufra un derrame interno de sangre es muy peligroso para él; pero cuando se ríe para sus adentros, mala cosa para los demás.

—¿No me ha hecho usted aún esa cuentecilla de honorarios que le debo? —dijo Perker.

—No, no la he hecho —respondió el pasante.

—Pues desearía que la hiciera —dijo Perker—. En cuanto la tenga, le enviaré un cheque. Pero ya comprendo que tiene usted bastante con embolsar el dinero para ocuparse de los deudores, ¿eh? ¡Ja, ja, ja!

Esta salida pareció halagar extraordinariamente al pasante, y otra vez se obsequió con una risilla interior.

—Pero, Mr. Mallard, mi querido amigo —dijo Perker, recobrando de pronto su gravedad

y atrayendo hacia un rincón al gran hombre, por la solapa de la casaca—, tiene usted que convencer al doctor para que nos reciba a mi cliente y a mí.

—Vamos, vamos —dijo el pasante—; qué cosas tiene usted. ¡Ver al doctor! Vamos, eso es absurdo.

No obstante lo absurdo de la propuesta, consintió el pasante en ser arrastrado hasta donde Mr. Pickwick no pudiera oírles, y, después de una breve conversación mantenida en quedo murmullo, dirigióse sin hacer ruido hacia un oscuro pasillo y desapareció, entrando en el sagrado del luminar jurídico, de donde volvió a poco de puntillas diciendo a Mr. Perker y a Mr. Pickwick haber logrado que, violando todas las costumbres y leyes establecidas, les admitiera el doctor al punto.

El doctor Snubbin era un hombre con cara de linterna y enjuto semblante, de unos cuarenta y cinco años o «que podría tener cincuenta», como dicen las novelas. Tenía esa mirada in-

cierta y apagada que suele verse en aquellas personas que se han dedicado años enteros a la cansada y laboriosa tarea del estudio y que hubiera bastado, sin el aditamento de los lentes que pendían de una cinta negra que rodeaba su cuello, para advertir a los extraños de que era sumamente miope. Su cabello era fino y débil, lo que podría atribuirse en parte a no haber empleado mucho tiempo en su cuidado y, en parte también, al uso de la peluca forense, que colgaba junto al sillón. Los restos del empolvado del cabello que se advertían en el cuello de su casaca y la mal lavada y peor hecha corbata blanca que envolvía su garganta denotaban que no había encontrado ocasión desde la última vista para cambiar su tocado, aunque, en realidad, el desaliño del resto de su indumento autorizaba a inferir que su apariencia personal no hubiera ganado gran cosa en el caso de haber tenido para ello vagar bastante. Libros profesionales, montones de papeles y cartas abiertas yacían revueltos sobre la mesa sin acusar el

menor intento de orden o arreglo. El menaje de la estancia era antiguo y mezquino; las puertas de las librerías se pudrían en sus goznes; de la alfombra desprendíase el polvo en pequeñas nubes a cada pisada; los visillos estaban amari-llentos por el tiempo y la falta de limpieza; todo en la estancia mostraba de un modo claro e inequívoco que el doctor Snubbin estaba dema-siado ocupado en sus asuntos profesionales para cuidarse o parar mientes en los detalles de su personal acomodo.

Cuando sus clientes entraron, estaba el doc-tor escribiendo; saludó distraídamente a Mr. Pickwick, al serle presentado por su procura-dor, y, haciéndole sentar, dejó la pluma cuida-dosamente en el tintero, cruzó sus piernas y esperó a que se le dirigiera la palabra.

—Mr. Pickwick es el demandado en el asun-to Bardell-Pickwick, doctor Snubbin —dijo Per-ker.

—¿Estoy encargado de eso? —dijo el doctor.

—Está usted, sir —repuso Perker.

Movió el doctor la cabeza y aguardó que se le dijera algo más.

—Mr. Pickwick tenía empeño en verle, doctor Snubbin —dijo Perker—, para asegurarle, antes de que usted entre en el asunto, que niega rotundamente que exista el menor motivo o fundamento para la querrela que se le sigue y que no entraría en la Audiencia si no abrigara la convicción plena de que obraba en derecho oponiéndose a la pretensión de la demandante. Creo que expreso fielmente sus ideas. ¿No es así, mi querido señor? —dijo el hombrecito, volviéndose a Mr. Pickwick.

—Perfectamente —replicó éste.

Desmontó sus lentes el doctor Snubbin, púsolos a la altura de sus ojos y, después de mirar a Mr. Pickwick unos segundos con gran curiosidad, dirigióse a Mr. Perker y dijo, sonriendo ligeramente:

—¿Es claro el caso de Mr. Pickwick?

El procurador se encogió de hombros.

—¿Van ustedes a llamar testigos?

—No.

Pronuncióse algo más la sonrisa en el rostro del doctor, balanceó su pierna con mayor violencia y, retrepándose en su sillón, tosió con aire dubitativo.

Estos signos con que se manifestaban los presentimientos del doctor en relación con el asunto, no obstante haber sido muy someros, no se le escaparon a Mr. Pickwick; calóse los lentes, a través de los cuales había observado atentamente todas aquellas señales de las impresiones que el abogado había permitido salir al exterior, y dijo con gran energía y a despecho de todos los guiños y gestos de advertencia que le dirigiera Mr. Perker:

—Mi deseo de verle con este propósito debe parecer, no lo dudo, a una persona que tanto sabe de estos asuntos, como usted, una cosa muy extraordinaria.

Intentó el doctor mirar al fuego con aire de gravedad, pero volvió a su rostro la sonrisa.

—Las personalidades de su profesión, sir — continuó Mr. Pickwick—, ven el aspecto peor de la naturaleza humana. Todas sus contiendas, todos sus rencores y perversas inclinaciones se descubren ante ustedes. Usted sabe, por la experiencia que tiene del jurado (y conste que no va esto en desdoro de usted ni de ellos), cuánto hay que conceder al latiguillo; y usted podría atribuir a otros el deseo de emplear, con fines inconfesables de lucro o de fraude, los mismos resortes que ustedes, con perfecta honradez y nobleza de propósito y con el laudable empeño de favorecer lo más posible a su cliente, manejan con tan perfecto conocimiento de su alcance y eficacia. Yo creo realmente que a esta circunstancia debe atribuirse el prejuicio vulgar, pero general al mismo tiempo, de que ustedes, como colectividad, son suspicaces, desconfiados y cautos en demasía. Consciente como estoy, sir, de la desventaja que para mí entraña el hecho de formular esta declaración ante usted y en estas circunstancias, no me arredra llevarlo a

cabo, porque deseo que usted se penetre bien, como ha dicho mi amigo Mr. Perker, de que soy inocente de la falsedad que se me imputa, y aunque reconozco el inestimable valor de su actuación, sir, he de añadir que, a menos de que usted abrigue esa creencia sincera, me privaré de la asistencia de sus talentos, mejor que aprovecharme de la ventaja de ellos.

Mucho antes de concluirse esta pieza oratoria, harto prolija para Mr. Pickwick, habíase entregado el doctor a la abstracción más profunda. Al cabo de algunos minutos, sin embargo, durante los cuales requirió nuevamente su pluma, pareció darse cuenta otra vez de la presencia de sus clientes y, levantando su mirada del papel, dijo con aire un tanto soñoliento:

—¿Quién está conmigo en este asunto?

—Mr. Phunky, doctor Snubbin —respondió el procurador.

—Phunky, Phunky —dijo el doctor—. Nunca he oído ese nombre. Debe de ser muy joven.

—Sí, es un muchacho —repuso el procurador—. Precisamente informó el otro día. Espere usted... No hace ocho años que ejerce.

—¡Ah!, no sabía —dijo el doctor, en ese tono de conmiseración que emplean las gentes para hablar a un niño desvalido—. Mr. Mallard, mande buscar a Mr....

—Phunky... Holborn Court, Gray's Inn —informó Perker(Holborn Court está ahora en South Square). Mr. Phunky, y dígame que le agradecería que se pasase por aquí un momento.

Partió Mallard para ejecutar la orden, y el doctor Snubbin permaneció abstraído hasta que entró el propio Phunky.

No obstante ser abogado incipiente, era un hombre hecho y derecho. Manifestaba un temperamento nervioso y una penosa vacilación en la emisión de la palabra; mas no parecía ser un defecto congénito, sino que debía provenir de la idea que tenía de su inferioridad, ya como resultado de la falta de medios, de protección o

de audacia. Se mostraba sumiso al doctor y profundamente cortés hacia el procurador.

—No he tenido el gusto de ver a usted nunca —dijo el doctor Snubbin, con altiva deferencia.

Inclinóse Mr. Phunky. Él había tenido el placer de ver al doctor y de envidiarle también, con toda la envidia de un pobre hombre, por espacio de cuatro años.

—Creo que vamos juntos en este caso —dijo el doctor.

De haber sido Mr. Phunky un hombre rico, hubiera enviado al instante por su procurador para que se lo recordase; de haber sido hombre avisado, hubiérase llevado el índice a la frente y esforzándose por recordar si entre la multitud de sus asuntos se hallaba o no aquél; pero como no era rico ni avisado, al menos en este sentido, se ruborizó y se inclinó afirmativamente.

—¿Ha leído usted los papeles, Mr. Phunky? —preguntó el doctor.

Aquí Mr. Phunky debiera otra vez haber patentizado su olvido de los antecedentes del caso; pero como había leído todos los documentos que se habían cruzado en todo el procedimiento y no había pensado otra cosa, así en vigilia como en sueño, durante los dos meses que llevaba en calidad de adjunto del doctor Snubbin, se puso aún más encarnado y se inclinó de nuevo.

—Éste es Mr. Pickwick —dijo el doctor, señalando con la pluma en la dirección del aludido.

Saludó Mr. Phunky a Mr. Pickwick con una reverencia, inspirada en la consideración que siempre merece el primer cliente, y otra vez se inclinó hacia su maestro.

—Tal vez desee usted llamar aparte a Mr. Pickwick —dijo el doctor— y... y oír lo que Mr. Pickwick desee comunicarle. Celebraremos una consulta, por supuesto.

Con esta indicación de que ya se le había entretenido bastante, el doctor Snubbin, que había

paulatinamente ido cayendo en nueva abstracción, calóse los lentes por un instante, hizo una inclinación general y se zambulló profundamente en el caso que tenía delante, que se derivaba de un interminable proceso incoado sobre el hecho de que un individuo, fallecido cosa de un siglo antes, había interceptado un paso que conducía de un lugar del que nadie había venido a otro al que nadie había necesitado ir.

Mr. Phunky no consintió en pasar por una puerta hasta después de que lo hubieran hecho Mr. Pickwick y su procurador, por lo cual hubo de emplearse algún tiempo en salir a la plaza, y, ya en ella, empezaron a pasear arriba y abajo y celebraron una larga conferencia, de la que resultó que era muy difícil predecir el sentido del veredicto; que nadie podía anticipar el rumbo que pudiera tomar la acción; que era gran suerte el haber birlado a la otra parte al doctor Snubbin, con otras reflexiones dubitativas y consoladoras que son de cajón en tales negocios.

Mr. Weller fue despertado por su amo del dulce sueño que disfrutara durante una hora y, despidiéndose de Lowten, volvieron a la City.

32. EN EL QUE SE DESCRIBE, MEJOR
QUE EN UN PERIÓDICO DE SOCIEDAD,
UNA REUNIÓN DE SOLTEROS, OFRECIDA
POR MR. BOB SAWYER EN SU CASA DEL
BOROUGH

Reina una tranquilidad en las inmediaciones de Lant Street, del Borough, que derrama por el alma una dulce melancolía. En la calle hay siempre muchas casas desalquiladas; es, además, una calle transversal de enervante monotonía. Una casa en Lant Street no podrá considerarse residencia de primera categoría, en sentido estricto, pero es, sin embargo, un lugar deseable. Si un hombre quiere aislarse del mundo, huir del alcance de toda tentación, para situarse fuera de todo aliciente que le induzca a asomarse a la ventana, no tiene más que irse a Lant Street.

En este feliz retiro forman colonia unas cuantas planchadoras, una gavilla de encuadernadores, uno o dos agentes del tribunal de

Deudas, varios hosteleros, empleados en los Docks, un puñado de modistas y una pléyade de oficiales de sastrería. La mayoría de los moradores encaminan sus energías ora al alquiler de cuartos amueblados, ora a la afanosa y confortante labor de calandrias. Los rasgos principales de la vida tranquila de la calle son: vidrieras verdes, cédulas de alquiler, placas de latón y tiradores de campanilla; los más corrientes ejemplares de la fauna son: el chico de taberna, el pastelero ambulante y el vendedor de patatas cocidas. La población, en general, es nómada; desaparece a media tarde y por la noche. Los tributos de Su Majestad rara vez se recaudan en este valle de bienaventuranza; los inquilinatos son precarios, y el agua se corta con gran frecuencia.

Mr. Bob Sawyer embellecía uno de los flancos de la chimenea, en su habitación del primer piso, a primera hora de la tarde en que había sido invitado Mr. Pickwick, y Mr. Ben Allen adornaba el otro. Los preparativos de recepción

parecían haberse rematado. Los paraguas del pasillo yacían en montón en el rincón exterior, junto a la puerta del gabinete; el gorro y el chal de la criada habían desaparecido de la barandilla de la escalera; sólo había un par de zuecos en la esterilla de la puerta y una capuchina de cocina con largo pabilo ardía alegremente sobre el alféizar de la ventana de la escalera. Mr. Bob Sawyer había comprado por sí mismo los licores en una bodega de High Street y regresado a casa delante del portador, para alejar la posibilidad de que fueran entregados en otra parte. El ponche estaba preparado en una vasija de cobre, en el dormitorio; una mesita, cubierta de verde tapete, había sido traída de la sala para jugar a las cartas, y los vasos de la casa, en unión de aquellos que se habían pedido prestados en la taberna para aquella ocasión, descansaban sobre una bandeja que se hallaba depositada en el suelo, al otro lado de la puerta.

A pesar de haberse llevado a cabo satisfactoriamente estos arreglos, una nube sombría parecía envolver el rostro de Mr. Bob Sawyer al sentarse junto a la chimenea. También se advertía un gesto de la misma naturaleza en el rostro de Mr. Ben Allen, cuya mirada caía persistente sobre los carbones, y adquirió su voz una modulación melancólica al decir, después de un largo silencio:

—Pues, señor, es mucha contrariedad esto de que se le haya ocurrido ponerse agria precisamente en esta ocasión; podía haber esperado hasta mañana.

—Es su mala intención, es su mala intención —repuso Mr. Bob Sawyer con vehemencia—. Ella dice que, si puedo dar una reunión, por fuerza debo hallarme en condiciones de pagar su «maldita cuentecilla».

—¿Cuánto le debes? —preguntó Mr. Ben Allen.

Una cuenta suele ser la más extraordinaria locomotora que ha producido el ingenio huma-

no. Sería capaz de seguir corriendo toda la vida, sin pararse jamás por su propia voluntad.

—Sólo un trimestre y pico —replicó Mr. Bob Sawyer.

Tosió Ben Allen con desesperanza, y dirigió una mirada escrutadora entre las dos barras superiores del hogar.

—Será una cosa del demonio que se le meta entre ceja y ceja limpiar cuando estos amigos estén aquí —dijo por fin Mr. Ben Allen.

—Horrible —repuso Bob Sawyer—, horrible.

Oyóse un golpe quedo en la puerta. Mr. Bob Sawyer miró con gesto expresivo a su amigo y mandó entrar a quien llamaba, y una sucia muchacha, en chancletas, con medias negras de algodón, que pudiera haber pasado por la hija abandonada de un barrendero jubilado reducido a la miseria, metió la cabeza y dijo:

—Haga el favor, Mr. Sawyer; la señora Raddle tiene que hablarle.

Antes de que pudiera responder Mr. Bob Sawyer, desapareció la chica bruscamente,

haciendo un movimiento rápido, como si alguien, por detrás, le hubiera dado un tirón; no bien se produjo este misterioso mutis, oyóse en la puerta otro golpe, un golpe intencionado y ligero, que pareció decir: «Aquí estoy, y voy a entrar».

Miró Mr. Bob Sawyer a su amigo con gesto de horrible presentimiento, y exclamó:

—¡Adelante!

No fue necesaria la autorización, porque antes de que Mr. Bob Sawyer la hubiera pronunciado, irrumpió en la estancia una decidida mujercita, temblando de ira y pálida de rabia.

—Vamos a ver, Mr. Sawyer —dijo la arriscada mujercita, tratando de aparecer sosegada—. Si usted tuviera la bondad de liquidarme esa cuentecilla, se lo agradecería, porque esta misma tarde tengo que pagar el recibo de la casa y el dueño está abajo esperando.

Empezó a frotarse las manos la mujercita y quedóse mirando con firmeza a la pared por encima de la cabeza de Mr. Bob Sawyer.

—Siento muchísimo ponerla en un aprieto, señora Raddle —dijo Bob Sawyer, amablemente—, pero...

—¡Oh!, no es ningún aprieto —replicó la mujercita con sonrisa maliciosa—. No lo necesitaba hasta hoy, y como ha de ir a parar directamente al dueño de la casa, lo mismo era que se lo diera usted. Usted me lo ha prometido esta tarde, Mr. Sawyer, y todo caballero que ha vivido aquí ha mantenido su palabra, como lo hace, por supuesto, todo el que se llama caballero.

Irguió su cabeza la señora Raddle, mordiéndose los labios, se frotó las manos y miró a la pared más resuelta que nunca. Era evidente, como observó más tarde Mr. Sawyer, en estilo alegórico oriental, que aquella mujer «estaba haciendo vapor».

—Lo deploro muchísimo, señora Raddle —dijo Bob Sawyer con toda la humildad posible—, pero es el caso que hoy he venido desconsolado de la City.

Singular paraje ese de la City. Cuántos y cuántos seres sufren allí engaños.

—Bien, Mr. Sawyer —dijo la señora Raddle, quedándose firmemente plantada sobre una purpúrea coliflor de la alfombra Kidderminster—, ¿y qué tengo yo que ver con eso?

—Tengo... tengo la seguridad, señora Raddle —dijo Mr. Sawyer, saltando sobre esta última objeción—, de que antes de mediados de la semana entrante nos pondremos al corriente, y ya seguiremos bien en lo sucesivo.

Esto era precisamente lo que buscaba la señora Raddle. Había irrumpido en el cuarto del infeliz Bob Sawyer tan decidida a ponerse furiosa, que el pago la hubiera contrariado más que otra cosa. Venía admirablemente preparada para entregarse a una expansión de ese género, porque había cambiado en la cocina ciertos cumplimientos predisponentes con Mr. Raddle.

—¿Pero es que usted se cree, Mr. Sawyer —dijo la señora Raddle, levantando el gallo para

que llegara a oídos de los vecinos—, usted se cree que voy yo a permitir que ocupe mis habitaciones un día y otro día un sujeto que no se preocupa jamás de pagar la renta, ni siquiera lo que hace falta para la manteca, el azúcar y la leche que traen a la puerta? ¿Cree usted que una mujer trabajadora y hacendosa, que lleva veinte años en esta calle (diez años en la calle y nueve y pico en la misma casa), no tiene otra cosa que hacer que matarse a trabajar por unos cuantos perezosos que se pasan la vida fumando, bebiendo y flaneando, cuando debían afanarse por buscar cualquier cosa que les ayudara a pagar sus cuentas? Usted...

—Señora de mi alma... —terció Mr. Benjamín Allen con acento pacificador.

—Haga usted el favor de guardarse sus observaciones, sir, se lo suplico —dijo la señora Raddle, deteniendo bruscamente el torrente oratorio y dirigiéndose al tercero en discordia, con intencionada pausa y solemnidad—. No sé, sir, qué derecho pueda usted tener para diri-

girme la palabra; no creo que le haya alquilado a usted este departamento, sir.

—No, desde luego que no —dijo Mr. Benjamín Allen.

—Muy bien, sir —respondió la señora Raddle con artificiosa cortesía—. Entonces, sir, lo mejor será que se limite usted a romper brazos y piernas a las pobres gentes del hospital y a ocuparse sólo de sus propios asuntos, sir, pues de lo contrario, ya habrá quien le obligue a hacerlo, sir.

—Pero es que es usted una mujer que no se aviene a razones —le reconvino Mr. Benjamín Allen.

—Dispense usted, joven —dijo la señora Raddle, hirviendo de ira—. ¿Tendría usted la bondad de repetirme eso, sir?

—Yo no le he dicho a usted eso como calificativo individual, señora —repuso Mr. Benjamín Allen, algo inquieto por lo que a él se refería.

—Dispense usted, joven —preguntó la señora Raddle, en tono más alto e imperativo—. ¿Qué es lo que me ha dicho usted? ¿Es que se ha referido a mí con esa observación, sir?

—¡Pero, por Dios, señora! —dijo Mr. Benjamín Allen.

—¿Me ha aplicado usted a mí ese calificativo, pregunto yo, sir? —le atajó la señora Raddle, llena de ira, abriendo la puerta de par en par.

—Bueno, pues sí —replicó Mr. Benjamín Allen.

—Ya lo creo que sí —dijo la señora Raddle, retrocediendo paulatinamente hacia la puerta y alzando la voz cuanto podía, en consideración a Mr. Raddle, que se hallaba en la cocina—. ¡Ya lo creo que lo ha hecho usted! Todo el mundo sabe que puede insultárseme impunemente en mi propia casa, mientras que mi marido duerme abajo y me hace el mismo caso que a un perro callejero. Debiera avergonzarse —y aquí sollozaba la señora Raddle— de consentir que

su mujer sea tratada de esta manera por unos carniceros y martirizadores de cuerpos vivos, que deshonoran la casa —otro suspiro—, y de dejarla expuesta a todo género de ultrajes. ¡Hombre débil, miserable y timorato, que no se atreve a subir y encararse con los rufianes; que se asusta; que no es hombre para venir!

Calló la señora Raddle para escuchar si la repetición del apóstrofe había logrado conmovér a su cara mitad; mas viendo que nada había conseguido, se decidió a bajar, sollozando incesantemente. Oyéronse dos fuertes golpes en la puerta de la calle; rompió entonces la señora en un ataque de llanto histérico, acompañado de lamentos desconsolados, que hubo de prolongarse hasta que la llamada fue seis veces repetida. En un acceso inatajable de ficticia angustia, tiró al suelo todos los paraguas y desapareció hacia el interior, cerrando la puerta tras de sí con gran estrépito.

—¿Vive aquí Mr. Sawyer? —dijo Mr. Pickwick, al abrirse la puerta.

—Sí —dijo la chica—; piso primero. Es la puerta de enfrente, conforme se llega al fin de la escalera.

Después de indicar esta dirección, la criada, que había sido traída entre los aborígenes de Southwark, desapareció por la escalera de la cocina, con la luz en la mano, convencida de haber hecho cuanto podía exigirse de ella en aquellas circunstancias.

Mr. Snodgrass entró el último; aseguró la puerta, después de varios intentos frustrados, echando la cadena, y subieron los amigos, dando tumbos, hasta que fueron recibidos por Mr. Bob Sawyer, que no se había atrevido a bajar, recelando cualquier tropiezo con la señora Raddle.

—¿Cómo está usted? —dijo el descorazonado estudiante—. Encantado de verle. ¡Cuidado con los vasos!

La advertencia se dirigió a Mr. Pickwick, que había plantado su sombrero en la bandeja.

—¡Vaya por Dios! —dijo Mr. Pickwick—. Perdóneme.

—No se preocupe, no se preocupe —dijo Bob Sawyer—. Estoy algo estrecho aquí, pero usted pasará esto por alto, teniendo en cuenta que viene a visitar a un soltero. Pasen. A este señor ya le conocen.

Estrecháronse las manos Mr. Pickwick y Mr. Ben Allen, haciéndolo después con éste los otros amigos. Apenas acomodados en sus asientos, se oyeron otros dos golpes en la puerta.

—Debe de ser Jacobo Hopkins —dijo Mr. Bob Sawyer—. ¡Chissst! Sí, él es. Sube, Jacobo, sube.

Oyéronse en la escalera fuertes pisadas y presentóse a poco Jacobo Hopkins. Llevaba negro chaleco de terciopelo con botones tonantes y centelleantes y una camisa de rayas azules con blanco cuello postizo.

—Te has retrasado, Jacobo —dijo Mr. Benjamín Allen.

—Me han detenido en el hospital de San Bartolomé —replicó Hopkins.

—¿Alguna novedad?

—No, nada de particular. Un buen accidente que han llevado a la Casa de Socorro.

—¿Qué ha sido, sir? —preguntó Mr. Pickwick.

—Nada: un hombre que se ha caído de un cuarto piso; pero es un buen caso, un caso muy bueno.

—¿Quiere usted decir que el paciente está en camino de franca curación? —preguntó Mr. Pickwick.

—No —replicó distraídamente Hopkins—. No, creo que no. Mañana habrá una magnífica operación; gran espectáculo, si la hace Slasher.

—¿Considera usted buen operador a Mr. Slasher? —dijo Mr. Pickwick.

—El mejor —repuso Hopkins—. La semana pasada le quitó una pierna a un chico; el chico, mientras, se comió cinco manzanas y un pastel borracho de Ginebra; a los cinco minutos de

terminarse la operación empezó a decir el chico que no quería estar allí para que se divirtieran con él, y preguntó a su madre que a ver cuándo iban a empezar.

—¿Es posible? —dijo asombrado Mr. Pickwick.

—¡Bah! Eso no es nada, nada —dijo Jacobo Hopkins—, ¿verdad, Bob?

—Absolutamente nada —respondió Mr. Bob Sawyer.

—Precisamente, Bob —dijo Hopkins, con un guiño imperceptible, al ver el rostro intrigado de Mr. Pickwick—, la otra noche tuvimos un caso muy curioso. Trajeron a un chico que se había tragado un collar.

—¿Que se había tragado qué, sir? —interrumpió Mr. Pickwick.

—Un collar —replicó Jacobo Hopkins—. Pero no de una vez, ya comprenderá usted; eso sería demasiado. No se lo tragaría usted como el chico, ¿eh, Mr. Pickwick? ¡Ja, ja, ja!

Mostróse Hopkins altamente satisfecho de su propia humorada, y prosiguió:

—No; fue como sigue: Los padres del chico eran unas pobres gentes que vivían en una casa de vecindad. La hermana mayor del chico compró un collar, un collar corriente, de grandes cuentas negras de madera. El chico, muy aficionado a los juguetes, pescó el collar, lo escondió, jugó con él, rompió el cordón y se tragó una cuenta. Encontró el chico aquello muy divertido, y al día siguiente se tragó otra cuenta.

—¡Qué atrocidad! —dijo Mr. Pickwick—. ¡Qué horror! Dispense, sir. Siga.

—Al otro día se tragó el chico dos cuentas; al día siguiente se administró otras tres, y así sucesivamente; en una semana acabó con el collar: veinticinco cuentas en total. La hermana, que era una muchacha muy trabajadora y que rara vez se permitía un lujo, se hartó de llorar por la pérdida del collar; buscóle por todas partes, pero no necesito decir que no lo encontró. Unos cuantos días después estaba la familia comien-

do... pierna de carnero, por cierto, con patatas, y el chico, que no tenía hambre, jugaba por la habitación, cuando se oyó de pronto un ruido infernal, así como una pequeña granizada. «No hagas eso, hijo mío», dijo el padre. «Si no hago nada», contestó el chico. «Bueno, pues no lo hagas otra vez», dijo el padre. Después de un corto silencio empezó el ruido, más fuerte que antes. «Si no me haces caso, hijo mío», dijo el padre, «te voy a meter en la cama en menos que se dice». Hizo el chico un movimiento, para mostrarse obediente, y se oyó un estrépito inaudito. «¡Demonio de chico!», dijo el padre. «¡Vaya un sitio donde ha ido a darle el garrotillo!», «No tengo nada, padre», dijo el chico, rompiendo a llorar; «es el collar; me lo he tragado, padre». Tomó el padre al chico y se lo llevó al hospital; las cuentas sonaban en el estómago del muchacho con el movimiento, y la gente miraba por todos lados buscando el origen de aquel ruido extraño. Y en el hospital está —dijo Jacobo Hopkins—, y hace un ruido

tal cada vez que se mueve, que no ha habido más remedio que envolverle en el capote de un sereno para que no despierte a los enfermos.

—Es lo más extraordinario que he oído en mi vida —dijo Mr. Pickwick, dando un golpe en la mesa.

—¡Oh!, eso no es nada —dijo Jacobo Hopkins—, ¿verdad, Bob?

—Claro que no —replicó Mr. Bob Sawyer.

—En nuestra profesión ocurren cosas muy extrañas; créalo usted, sir —dijo Hopkins.

—Ya me lo figuro —replicó Mr. Pickwick.

Otra llamada en la puerta anunció a un joven de ancha faz, con peluca negra, que traía consigo a un muchacho escorbútico, enfundado en estrecha casaca. Llegó después un caballero que llevaba una camisa blasonada con rojas áncoras, y venía con él un pálido mozalbete, con una pesada cadena. Con la llegada de un atildado personaje de nítida camisola y botas de paño completóse la partida. Trájose rodando la mesita de tapete verde; corrió la primera

ronda de ponche, servida en blanca jarra; y las tres horas siguientes invirtiéronse en el juego de veintiuna, a seis peniques la docena de fichas, juego que fue interrumpido una sola vez por una ligera discusión entre el joven escorbútico y el de las rojas anclas, en el curso de la cual manifestó el joven escorbútico el ardiente deseo de arrancar la nariz al que ostentaba los emblemas de la esperanza, a lo que hubo de replicar el mencionado individuo su resuelta decisión de no aguantar pullas ni desmanes de palabra del irascible caballero de semblante escorbútico ni de cualquier otro ser que se hallara favorecido con el adorno capital.

Una vez sacado el plato y ajustada a satisfacción de todos la cuenta de pérdidas y ganancias, pidió la cena Mr. Bob Sawyer y se apiñaron por los rincones mientras aquélla se disponía.

Mas no fue la tarea de prepararla tan sencilla como pudiera imaginarse. En primer lugar, hubo que despertar a la chica, que se había

quedado dormida con el rostro pegado a la mesa de la cocina; esto costó no poco tiempo; pero, aun después de lograr que oyera la campanilla, transcurrió otro cuarto de hora, que se empleó en infructuosos esfuerzos para infundirle un débil y remoto destello de razón. El hombre a quien se encargaran las ostras no había sido advertido de que las abriera. Sabido es la dificultad que supone abrir una ostra con un cuchillo de mesa y tenedor de dos dientes, por lo cual fue un extremo bastante laborioso. El asado no estaba muy a punto, y el jamón, que era del alemán de la esquina, no era gran cosa tampoco. Hubo, sin embargo, bastante cerveza en la garrafa de estaño, y no quedó mal el queso, que era muy fuerte. El ágape no fue en conjunto ni mejor ni peor que cualquiera otro de la misma clase.

Después de la cena colocóse en la mesa otra jarra de ponche, con un paquete de cigarros y un par de botellas de licor. Luego se produjo un silencio embarazoso, y este silencio embarazoso

debióse a una ocurrencia frecuente en tales lugares, pero enojosa no obstante.

Fue el hecho que la chica estaba lavando las copas. La casa sólo poseía cuatro, y no hemos de apuntar esta circunstancia como relacionada con ninguna restricción de la señora Raddle, porque no ha habido jamás una casa de huéspedes que no ande escasa de copas. Las de la patrona eran de fino vidrio y pequeñas, y aquellas que se habían aprontado en la taberna eran grandes, hidrópicas y toscas, sustentadas por enormes y gotosas peanas. Esto hubiera bastado a imponer a la concurrencia respeto a la verdadera situación de los asuntos; pero la muchacha, que allí hacía a todo, había eliminado toda posibilidad de error acerca de la cuestión con el sistema de llevarse a la fuerza la copa de cada uno, mucho antes de que acabara su cerveza, y de decir en tono bastante alto, a despecho de todos los guiños e interrupciones de Mr. Bob Sawyer, que hacía aquello para bajarlas y lavarlas enseguida.

Pero mal viento ha de ser el que no sopla bien para alguno. El atildado caballero de botas de paño, que intentara, sin éxito, hacer un chiste durante todo el tiempo que duró el juego, atisbó su oportunidad y quiso aprovecharla. En el momento en que los vasos desaparecieron, empezó una larga historia, en la que un elevado personaje, cuyo nombre había olvidado, hace una oportuna y aguda réplica a otra personalidad eminente que nunca había él sabido quién era. Se extendió prolijamente en diversas circunstancias, remotamente adjetivas a la anécdota en cuestión, y acabó por decir que le era imposible recordar en aquel momento en qué consistía la anécdota, aunque estaba harto de contarla desde hacía diez años, con gran aplauso de todos.

—¡Vaya por Dios! —dijo el hombre atildado de botas de paño—. Es bien raro lo que me ocurre.

—Siento que lo haya usted olvidado —dijo Mr. Bob Sawyer, mirando hacia la puerta con

inquietud, porque le parecía oír el tintineo de las copas—; lo siento mucho.

—Yo también —respondió el hombre atildado—, porque sé que hubiera resultado muy amena; pero no importa; estoy seguro de recordarla antes de media hora.

Al llegar a este punto el hombre atildado, volvieron los vasos, y Mr. Bob Sawyer, que permaneciera absorto en su preocupación mientras que el otro hablara, dijo que le gustaría mucho oír el final de ella, porque, en opinión suya, era sin disputa la historia más curiosa que oído había.

La vista de las copas restauró en cierto modo la ecuanimidad de Bob Sawyer, de la que no había disfrutado desde su conferencia con la patrona. Resplandeció su fisonomía y empezó a manifestarse plenamente risueño.

—Ahora, Isabelita —dijo Mr. Bob Sawyer con gran suavidad y dispersando al mismo tiempo la tumultuosa muchedumbre que había colocado la chica en el centro de la mesa—,

ahora, Isabelita, el agua caliente; viva; anda, hijita.

—El agua caliente no puede ser —replicó Isabelita.

—¡No puede ser! —exclamó Mr. Bob Sawyer.

—No —dijo la chica con un movimiento de cabeza que encarecía la negativa mejor que el discurso más prolijo—. La señora Raddle dijo que no la había para usted.

La sorpresa que en todos los rostros hubo de pintarse comunicó nuevo aliento al anfitrión.

—Trae el agua caliente ahora mismo... ¡Ahora mismo! —dijo Mr. Bob Sawyer con desesperada severidad.

—No; no puedo —dijo la chica—. La señora Raddle barrió el fuego de la cocina antes de irse a la cama y encerró el perol.

—¡Oh!, no importa; no importa. No se incomode usted por una futesa —dijo Mr. Pickwick, percibiendo el conflicto de sensaciones que se

debatían en Bob Sawyer, según manifestaba su rostro—. Puede hacerse con agua fría muy bien.

—Admirablemente —dijo Mr. Benjamín Allen.

—Mi patrona padece ligeros desarreglos mentales —observó Bob Sawyer con sonrisa mortal—, y me parece que voy a tener que mu-
darme.

—No, eso no —dijo Ben Allen.

—Me lo temo —dijo Bob con firmeza heroica—. Le pagaré lo que le debo y mañana mismo me despido.

¡Pobre muchacho! ¡Ojalá pudiera!

Los mortecinos intentos que hizo Mr. Bob Sawyer para reanimarse después de este último golpe difundieron por la concurrencia una influencia enervante, y la mayoría, con objeto de levantar sus espíritus, dedicóse con ardor al aguardiente, patentizándose los primeros efectos por una renovación de hostilidades entre el joven escorbútico y el de las anclas. Ambos beligerantes desahogaron por algún tiempo sus

sentimientos de mutuo desprecio, en una variedad de gestos y gruñidos, hasta que el joven escorbútico estimó necesario manifestarse de modo más explícito, iniciándose la siguiente clara explicación:

—Sawyer —dijo el joven escorbútico con voz fuerte.

—¿Qué hay, Noddy? —respondió Mr. Bob Sawyer.

—Sentiría muchísimo, Sawyer —dijo Mr. Noddy—, promover una cuestión enojosa en la mesa de un amigo, y mucho más en la de usted, Sawyer; pero no tengo más remedio que aprovechar esta ocasión para participar a Mr. Gunter que no es un caballero.

—Y yo sentiría mucho, Sawyer, producir un trastorno en la calle en que usted reside —dijo Mr. Gunter—; pero estoy viendo que no voy a tener más remedio que alarmar a la vecindad arrojando por la ventana a la persona que acaba de hablar.

—¿Qué quiere usted decir con eso, sir? —preguntó Mr. Noddy.

—Lo que digo, sir —replicó Mr. Gunter.

—Me gustaría verlo, sir —dijo Mr. Noddy.

—Pues va usted a verlo antes de medio minuto, sir —replicó Mr. Gunter.

—Le agradecería que me honrara usted con su tarjeta, sir —dijo Mr. Noddy.

—No haré tal, sir —replicó Mr. Gunter.

—¿Por qué no, sir? —inquirió Mr. Noddy.

—Porque va usted a exhibirla, poniéndola sobre la chimenea de su cuarto, y a engañar a sus visitantes con la falsa creencia de que ha recibido usted la visita de un caballero, sir —repuso Mr. Gunter.

—Sir: mañana se verá con usted un amigo mío —dijo Mr. Noddy.

—Sir: muy agradecido por ese aviso de precaución; pero daré a mis criados orden de que encierren perfectamente las cucharas —replicó Mr. Gunter.

Al llegar a este punto, interpusiéronse los demás invitados y reconvinieron a ambas partes, haciéndoles ver lo incorrecto de su conducta; pero Mr. Noddy insistió, exigiendo quedara establecido que su padre era tan respetable como el padre de Mr. Gunter; a lo cual replicó Mr. Gunter que su padre era tan honorable como el de Mr. Noddy, y que el hijo de su padre era tan buena persona como Mr. Noddy en cualquier día de la semana. Como estas reclamaciones parecían iniciar una reanudación de la disputa, terciaron de nuevo los circunstantes, y, al cabo de una interminable charla y de instancias repetidas, fuese apaciguando Mr. Noddy paulatinamente, llegando a declarar que había siempre abrigado una afectuosa inclinación hacia Mr. Gunter. A esto repuso Mr. Gunter que tenía a Mr. Noddy en más que a su propio hermano, al oír lo cual levantóse magnánimo éste y tendió su mano a Mr. Gunter. Estrechóla Mr. Gunter con fervor entrañable, y todo el mundo afirmó que la cuestión se había

desarrollado de una manera que honraba altamente a las dos partes.

—Ahora —dijo Jacobo Hopkins—, para ponernos a tono otra vez, Bob, no estaría mal una canción.

Y Hopkins, estimulado por atronadores aplausos, zambullóse al punto en «Dios bendiga al rey», que cantó a toda voz, con música de «Golfo de Vizcaya» y «Quería una rana». El estribillo era la esencia del canto y, como cada uno lo cantó como pudo, el efecto fue verdaderamente notable.

Al acabar la primera estrofa del coro, levantó su mano Mr. Pickwick, en actitud de escuchar, y dijo, tan pronto como se hizo el silencio:

—¡Chissst! Un momento. Creo haber oído llamar desde arriba.

Siguió un profundo silencio, y viose palidecer a Mr. Bob Sawyer.

—Me parece oírlo ahora —dijo Mr. Pickwick—. Hagan el favor de abrir la puerta.

No bien se abrió la puerta, desvaneciéronse todas las dudas.

—¡Mr. Sawyer! ¡Mr. Sawyer! —gritaba alguien desde el piso alto.

—Es mi patrona —dijo Bob Sawyer, mirando alrededor con gran desconsuelo—. Sí: la señora Raddle.

—¿Qué significa esto, Mr. Sawyer? —respondió la voz con gran viveza—. ¿No es bastante estafarle a una el alquiler y el dinero prestado y ser ofendida e insultada por esos amigos suyos, que tienen la avilantez de llamarse hombres, para que ponga usted la casa en revolución y forme usted un escándalo que va a hacer venir a los bomberos?... ¡Eche usted a esos canallas!

—No sé cómo no les da a ustedes vergüenza —dijo Mr. Raddle, cuya voz parecía salir a lo lejos de entre las sábanas.

—¡Avergonzarse! —dijo la señora Raddle—. ¿Por qué no bajas tú y los echas a puntapiés?

—Lo haría si yo fuese una docena de hombres, querida —dijo Mr. Raddle con acento pacificador—; pero me llevan ventaja en el número, querida.

—¡Ah, qué cobardón! —replicó la señora Raddle con soberano desprecio—. ¿Pero es que va usted a echar a esos malditos o no, Mr. Sawyer?

—Ya se van, señora Raddle, ya se van —dijo el pobre Bob—. Creo que debieran ustedes marcharse —dijo a sus amigos Mr. Bob Sawyer—. Ya me parecía a mí que hacían ustedes demasiado ruido.

—Es una lástima —dijo el joven peripuesto—. Precisamente cuando empezaba esto a animarse.

En la memoria del joven atildado comenzaba a alborear el recuerdo de la olvidada historia.

—¡Esto no se puede sufrir! —dijo el joven atildado, mirando a su alrededor—. ¡No se puede aguantar!

—¡No se puede tolerar! —corroboró Jacobo Hopkins—. Vamos con la otra estrofa, Bob. ¡Sigamos!

—No, no, Jacobo —interrumpió Bob Sawyer—. Es una hermosa canción, pero creo que lo mejor será no meterse con esa estrofa. Son muy bárbaros los de esta casa.

—¿Quieres que suba yo y me las entienda con la patrona —propuso Hopkins—, o que empiece a dar matraca con la campanilla, o que salga a meter bulla a la escalera?

—Te agradezco mucho tu amistad y tu buena disposición, Hopkins —dijo el desgraciado Bob Sawyer—; pero pienso que lo mejor, para evitar otra discusión, es que nos separemos en seguida.

—¡Ea, Mr. Sawyer! —gritó la voz aguda de la señora Raddle—. ¿Se van ya esos granujas?

—Ya se van. Están cogiendo sus sombreros, señora Raddle —dijo Bob—. Se van en seguida.

—¡Se van! —dijo la señora Raddle, asomando su gorro de dormir por la barandilla de la

escalera, al tiempo que salía del gabinete Mr. Pickwick seguido de Mr. Tupman—. ¡Se van! ¿Para qué han venido?

—¡Señora, por Dios! —la reconvino Mr. Pickwick, mirando hacia arriba.

—¡Fuera, maldito viejo! —exclamó la señora Raddle, quitándose a toda prisa el gorro de dormir—. ¡Puede ser su abuelo, granuja! Es usted peor que ellos.

En vano trató Mr. Pickwick de patentizar su inocencia. Bajó apresuradamente a la calle, adonde le siguieron Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass. Mr. Ben Allen, a quien había el alcohol sumido en depresión profunda, les acompañó hasta el puente de Londres, y durante el trayecto confió a Mr. Winkle, como persona apropiada para depositar el secreto, que estaba resuelto a degollar a cualquiera que aspirase al amor de su hermana Arabella, como no fuera Mr. Bob Sawyer. Habiendo manifestado su determinación de cumplir con toda firmeza este penoso deber fraternal, rompió a

llorar, se echó el sombrero a los ojos y, volviendo como pudo, llamó con redoblado golpeteo a la puerta del mercado del Borough, y alternando esta acción con algunos sueños descabezados sobre la escalinata, pasó hasta el amanecer, firmemente persuadido de que vivía allí y de que había perdido la llave.

Dispersada la reunión, en obediencia a la apremiante súplica de la señora Raddle, quedó solo Mr. Bob Sawyer, meditando en los probables acontecimientos de la siguiente mañana y en los placeres de la noche pasada.

33. EN EL CUAL MR. WELLER EMITE
ALGUNAS IDEAS DE CRÍTICA LITERARIA
Y, CON ASISTENCIA DE SU HIJO SAMUEL,
LIQUIDA UN PEQUEÑO PLAZO DE LA
CUENTA QUE TIENE PENDIENTE CON EL
REVERENDO DE LA NARIZ ROJA

La mañana del trece de febrero, que era la del día anterior al que estaba señalado para la vista del proceso Bardell, según saben los lectores de esta auténtica narración tan bien como nosotros, fue de grandes quehaceres para Samuel Weller, que no cesó de pasearse entre Jorge y el Buitre y la casa de Mr. Perker, entre nueve de la mañana y dos de la tarde, ambas horas inclusive. No es que hubiera nada que hacer, pues la consulta había ya tenido efecto y la conducta a seguir estaba sobradamente convenida y fijada; pero hallándose Mr. Pickwick poseído de grande excitación, no paraba de enviar a su procurador breves esquelas, que rezaban simplemente: «Querido Perker: ¿mar-

cha todo bien?», a lo cual respondía Mr. Perker invariablemente: «Querido Pickwick: todo lo bien posible». Y el hecho era, según hemos señalado ya, que nada podía marchar ni bien ni mal hasta que se constituyera la sala a la mañana siguiente.

Mas las gentes que de grado o por fuerza tienen que ver con la ley por vez primera es natural que experimenten ansiedad y excitación; y Sam, concediendo la debida indulgencia a las flaquezas de la naturaleza humana, obedeció todos los mandatos de su amo con aquel buen humor imperturbable y aquella mesurada compostura que constituían una de sus más notorias y amables características.

Después de regalarse Sam con un ligero y agradable almuerzo, esperaba junto al mostrador de la taberna que se le sirviera el vaso de caliente mixtura que Mr. Pickwick le había aconsejado para remojar las idas y venidas de aquella mañana, cuando un mozalbete de unos tres pies de alto, con gorra felpuda y llamativo

sobretudo, cuyo talante y disposición denotaban la ambición laudable de alcanzar en su tiempo la estatura de un gastador, entró en el pasillo de Jorge y el Buitre, miró escaleras arriba, a lo largo de la galería y en el bar, como si buscara a alguien a quien transmitir un recado. Concibiendo la cantinera la sospecha de que ese recado pudiera referirse a las cucharillas que había en las mesas del establecimiento, salió al encuentro del muchacho, diciendo:

—¿Qué se le ofrece, joven?

—¿Hay por aquí alguno llamado Sam? —preguntó el joven con voz atiplada.

—¿De qué apellido? —dijo Sam Weller, mirando a su alrededor.

—¡Yo qué sé! —replicó vivamente el caballere que había debajo de la felpuda gorra.

—Es usted un chico muy agudo —dijo Mr. Weller—, pero no le conviene enseñar mucho el filo no sea que se lo vayan a aplastar. ¿Qué es eso de venir a un hotel y preguntar por Sam, con esas formas de indio salvaje?

—Me lo ha dicho un señor viejo —replicó el muchacho.

—¿Qué viejo? —inquirió Sam con desdén profundo.

—El mayoral del coche de Ipswich, que vive en nuestra casa —añadió el muchacho—. Me dijo ayer mañana que viniera esta tarde a Jorge y el Buitre y preguntara por Sam.

—Es mi padre, amiga —dijo Mr. Weller, dirigiéndose con aire aclaratorio a la muchacha del bar—, y claro que apenas si sabe mi apellido. Bueno, joven coliflor, ¿qué hay?

—Pues que vaya usted a verle a casa —dijo el chico—, a eso de las seis, porque quiere verle... Oso Azul, mercado Leadenhall. ¿Digo que va usted a ir?

—Puede usted aventurar esa afirmación, sir —contestó Sam.

Y con estos poderes partió el mozalbete, despertando todos los ecos del patio del Jorge con varias imitaciones correctísimas del silbato

de un cochero, producidas en tono fuerte y voluminoso.

Una vez obtenido el permiso de Mr. Pickwick, que, excitado e inquieto como estaba, no deseaba otra cosa sino que le dejaran solo, partió Mr. Weller mucho antes de la hora señalada y, como dispusiera de mucho tiempo, dirigióse paseando hasta la Mansion House, donde se paró a contemplar con actitud tranquila y filosófica los numerosos cocheros de punto que se congregan en las inmediaciones de esta plaza estratégica, con gran terror y azoramiento de las viejas que pueblan aquellos reinos. Después de vagar cosa de media hora empezó a caminar Mr. Weller en dirección contraria, enderezando sus pasos hacia el mercado Leadenhall, atravesando gran número de plazoletas y callejuelas. Como tenía tiempo por delante y se paraba a mirar cuantos objetos divisaba, no es de extrañar que Mr. Weller se detuviera ante el escaparate de una papelería; lo que sí pudiera extrañar, sin posterior aclaración, es que, no bien

recorrieron sus ojos algunos cuadros que allí estaban expuestos para la venta, hiciera un movimiento brusco de sorpresa, diera un fuerte pisotón y exclamara con energía:

—Si no es por esto, cuando hubiera querido recordar, ya hubiera sido tarde.

El cuadro en que los ojos de Sam Weller se fijaron especialmente era una representación en colores vivos de un par de corazones humanos, traspasados por una flecha, cociéndose ante un animado fuego, en tanto que una pareja de caníbales, macho y hembra, en atavío moderno, vestido el caballero de casaca azul y pantalones blancos, y la dama con abrigo rojo y quitasol del mismo color, se aproximaban a la vianda con ojos hambrientos, subiendo una senda sinuosa que hasta ella conducía. Un desahogado joven, cuyo único indumento consistía en un par de alas, vigilaba el guiso; a lo lejos dibujábase el campanario de la iglesia de la plaza

Langahn, y el conjunto formaba una *valentina*⁶, de las cuales, según testificaba un rótulo que se veía en el escaparate, había dentro gran surtido, que el dueño de la tienda se complacía en ofrecer a sus conciudadanos al módico precio de dieciocho peniques cada una.

—¡Se me hubiera pasado; se me hubiera pasado, seguramente! —dijo Sammy.

Y diciendo esto entró en la tienda y pidió un pliego del mejor papel de cartas, con filo dorado, y una pluma bien fina, que no pudiera hendirse sobre el papel. Servidos que fueron esos artículos, dirigióse ya a buen paso al mercado de Leadenhall. Mirando a todos lados, advirtió una muestra en la que el artista había delineado algo que se asemejaba remotamente a un cerúleo elefante, con nariz aguileña en lugar de trompa. Deduciendo sin vacilar que aquél era el

⁶ Tarjeta que se envía el día de los Enamorado. (*N. del E.*)

Oso Azul, entró en la casa y preguntó por su padre.

—No vendrá en tres cuartos de hora lo menos —dijo la muchacha que vigilaba el arreglo doméstico del Oso Azul.

Una vez dispuestos en el pequeño saloncito el vaso de aguardiente con agua y el tintero, y luego de haber aplastado la muchacha los carbones de la chimenea, para impedir que ardiera, y de llevarse el hurgón, con objeto de que nadie pudiera atizar el fuego sin el pleno asenso del Oso Azul, sentóse Sam Weller sobre un cajón cerca de la estufa y sacó el pliego de cartas con dorado borde y la pluma. Inspeccionando luego escrupulosamente la pluma, para cerciorarse de que no tenía pelos, y sacudiendo la mesa en previsión de que hubiera migajas debajo del papel, remangóse la chaqueta, apoyó los codos en la mesa y se dispuso a escribir.

Para las señoras y los caballeros que no tienen entre sus hábitos el de ejercitarse en el arte

pendolístico, escribir una carta no es tarea llana. Consideran necesario en tales casos reclinar la cabeza sobre el brazo izquierdo, para situar sus ojos casi al nivel del papel, mirando de soslayo las letras que van construyendo, mientras que describen con la lengua formas imaginarias, representativas de aquellos caracteres. Como estas actitudes, a pesar de su incuestionable utilidad para la composición original, retardan en cierto modo el progreso de la escritura, Sam llevaba ya su hora y media trazando palabras en caracteres diminutos, borrando con el dedo meñique las letras inconvenientes y reemplazándolas por otras nuevas, lo que exigía retocarlas con frecuencia para hacerlas discernibles a través de los borrones, cuando le sorprendió la puerta que se abría para dar entrada a su padre.

—¡Hola, Sammy! —dijo el padre.

—¡Hola, querido Azul de Prusia! —respondió el hijo, dejando la pluma—. ¿Qué dice de mi madrastra el último parte?

—La señora Weller ha pasado bien la noche, pero se encuentra esta mañana horriblemente mala y desagradable. Firmado, bajo juramento, T. Weller, esquire. Es el último, Sammy —replicó Mr. Weller, despojándose de la bufanda.

—¿No está mejor? —inquirió Sam.

—Todos los síntomas agravados —respondió Mr. Weller, moviendo la cabeza—. Pero, ¿qué es eso? ¿Qué estás haciendo? ¿Adquiriendo conocimientos a fuerza de trabajos, Sammy?

—Ya terminé —dijo Sam, con cierto azoramiento—. Estuve escribiendo.

—Ya lo veo —replicó Mr. Weller—. Pero no será para alguna muchacha, supongo, Sammy.

—¡Bah!, pues sí. ¿Para qué lo voy a negar? —contestó Sam—. Es una *valentina*.

—¡Cómo! —exclamó Mr. Weller, sobresaltado por la palabra.

—Una *valentina* —repitió Sam.

—Samivel, Samivel —dijo Mr. Weller, con acento de reproche—. No pude figurarme que

hicieras tal cosa. Después del ejemplo que has tenido con la incorregible propensión de tu padre; después de todo lo que yo te he predicado sobre este asunto; después de haber visto y de haber estado con tu madrastra, lo que yo consideré una lección imposible de olvidar en la vida, no pude figurarme que hicieras tal cosa, Sammy; no pude figurármelo.

Pero estos reflexivos consejos eran demasiado para la resistencia del viejo. Acercó, pues, a sus labios el vaso de Sam y apuró su contenido.

—¿Pero qué le pasa ahora? —dijo Sam.

—Nada, hombre —respondió Mr. Weller—; será para mí una prueba mortal a mi edad, pero soy bastante duro, lo cual es un consuelo, como decía el viejo pavo al ver que el dueño de la granja temía verse obligado a matarle para el mercado de Londres.

—¿Qué prueba? —preguntó Sam.

—Verte casado, Sammy... Verte víctima de un engaño y pensar todavía, en tu inocencia, que es una gran cosa —replicó Mr. Weller—. Es

una prueba muy dura para el corazón de un padre, Sammy.

—¡Qué tontería! —dijo Sam—. Si no me voy a casar; no se atormente por eso; ya sé yo que es buen juez en esas cosas. Arregle su pipa, que voy a leer la carta. ¡Ea!

No sabremos decir si fue la perspectiva de la pipa o la reflexión consoladora de que perseguía a la familia el fatalismo matrimonial y que, por tanto, no era posible impedirlo lo que tranquilizó el espíritu de Mr. Weller y sirvió de lenitivo a su dolor. Nos inclinamos a creer que este resultado fue debido a la combinación de ambas influencias, porque repetía la segunda por lo bajo al mismo tiempo que tiraba de la campanilla en demanda de la primera. Despojó entonces del abrigo, y encendiendo la pipa y colocándose de espaldas al fuego, de manera que pudiera recibirlo de lleno, y reclinándose sobre la estufa, volvióse hacia Sam y, con semblante plácido, gracias al influjo enervante del tabaco, le dijo que «hiciera fuego».

Dejó Sam su pluma en el tintero, apercebida para cualquier enmienda, y empezó con énfasis bastante teatral:

—«Adorable...»

—¡Alto! —exclamó Mr. Weller, tirando de la campanilla—. Un doble de lo de siempre.

—Muy bien, sir —contestó la muchacha, que, con increíble celeridad, se presentó, se ausentó, volvió y desapareció.

—Parece que conocen aquí sus costumbres —observó Sam.

—Sí —repuso el padre—. Ya estuve por aquí en mis tiempos. Adelante, Sammy.

—«Adorable criatura» —repitió Sam.

—¿No está en verso, verdad? —interrumpió su padre.

—No, no —replicó Sam.

—Me alegro —dijo Mr. Weller—. La poesía es antinatural. Nadie habla en verso, como no sea el pregón de las contribuciones, el del betún Warren, el del aceite Rowland, o cualquier otro

de esa gentuza... No te rebajes nunca a hablar en verso. Empieza otra vez, Sammy.

Continuó su pipa Mr. Weller, con solemne ademán de crítico, y Sam reanudó su lectura de este modo:

—«Adorable criatura: me siento atormentado...»

—Eso no está bien —dijo Mr. Weller, quitándose la pipa de la boca.

—No, no es «atormentado» —observó Sam, levantando la carta para que le diera la luz—. Es «avergonzado»; hay un borrón aquí... «me siento avergonzado...».

—Muy bien —dijo Mr. Weller—; sigue.

—«Me siento avergonzado y completamente cir...» Ya no me acuerdo qué palabra es ésta —dijo Sam, rascándose la cabeza con la pluma, esforzándose inútilmente por recordar.

—¿Por qué no miras bien? —preguntó Mr. Weller.

—Ya miro —replicó Sam—, pero es que aquí hay otro borrón. Aquí se ve una *c*, una *i* y una *r*.

—Será «circulando» —sugirió Mr. Weller.

—No, no es eso —dijo Sam—. «Circunscrito.» Eso es.

—No es tan bonito como circundado, Sammy —dijo gravemente Mr. Weller.

—¿Cree usted? —replicó Sam.

—Pero es una palabra más dulce —dijo Mr. Weller, después de reflexionar unos instantes—. Sigue, Sammy.

—«Me siento avergonzado y completamente circunscrito por el deseo de escribirla, porque es usted una linda muchacha, sin duda ninguna.»

—Es una hermosa expresión —dijo el viejo Weller, quitándose la pipa de la boca para dar salida al comentario.

—Sí, me parece que no está mal —asintió Sam, gratamente halagado.

—Lo que más me gusta de ese estilo es que no hay nada de eso de llamar cosas raras... Nada de Venus... Porque, ¿a qué viene

decir que una muchacha es Venus o es un ángel, Sammy?

—¡Ah, claro! —aprobó Sam.

—Lo mismo se podría llamar hipógrifo, licornio o cualquiera de esos nombres fabulosos —añadió Mr. Weller.

—Claro, claro —repuso Sam.

—Arrea, Sammy—dijo Mr. Weller.

Obedeció Sam el mandato y prosiguió, en tanto que su padre fumaba con un aire de complacencia y discreción verdaderamente edificantes.

—«Antes de conocer a usted, pensaba que todas las mujeres eran iguales...»

—Y lo son —observó paternalmente el viejo Weller.

—«Pero ahora», continuó Sam, «ahora comprendo lo calabaza que he sido, porque no hay ninguna como usted, pues me gusta usted más que ninguna.» Me parece que esto había que ponerlo más claro —dijo Sam, levantando la cabeza.

Asintió Mr. Weller y prosiguió Sam:

—«Por eso aprovecho la licencia del día, María querida, como dijo el caballero que estaba en la inopia al salir de un domingo, para decirle que la primera y única vez que la he visto, su imagen se grabó en mi corazón mucho más pronto y con más vivos colores que pudiera hacerlo jamás la máquina de sacar perfiles (de la que usted habrá oído hablar, querida María), que saca un retrato, pone el cristal y el marco, con una argolla en lo alto para colgarlo, en dos minutos y pico.»

—Temo que eso se meta en lo poético, Sammy —dijo Mr. Weller, con acento dubitativo.

—No, no se mete —replicó Sam, leyendo apresuradamente, para salvar el pasaje discutible.

—«Acépteme, querida María, por su enamorado, y piense en lo que digo. Y con esto termino, María querida.» Nada más —dijo Sam.

—Eso parece que acaba muy de sopetón —dijo Mr. Weller.

—Nada de eso —dijo Sam—. A ella le gustaría que hubiera algo más, y éste es el gran secreto para escribir las cartas.

—Bien —dijo Mr. Weller—: eso tiene alguna miga; y lamento que tu madrastra no inspire su conversación en tan sabio principio. ¿No vas a firmarla?

—Ahí está la dificultad —dijo Sam—: que no sé cómo firmarla.

—Firma Weller —dijo el viejo poseedor de este nombre.

—No puede ser —dijo Sam—. Nunca se firma una *valentina* con el nombre de uno.

—Firma «Pickwick», entonces —dijo Mr. Weller—. Es muy buen nombre y muy fácil de deletrear.

—Magnífico —dijo Sam—. Podría acabar con un verso; ¿que le parece a usted?

—No me gusta, Sam —opinó Mr. Weller—. No he conocido un solo cochero respetable que escriba versos, como no sea aquel que hizo una copia fiel de unos versos la noche antes de que

le ahorcaran por robo en despoblado; y además era de Camberwell, de manera que no puede servir de regla.

Mas no era fácil disuadir a Sam de la idea poética que se le había ocurrido; así, pues, firmó la carta:

«Su enfermo de amor,

Pickwick»⁷.

Luego de plegarla de modo intrincadísimo, escribió con letra apretada y torcida en una esquina: «Para María, doncella, en casa de Mr. Nupkins, juez de Ipswich, Suffolk», y se la metió en el bolsillo, cerrada y preparada para el correo. Luego de zanjado este importante negocio, el viejo Weller procedió a plantear aquel que le moviera a llamar a su hijo.

⁷ En el original, aconsonantan: *love-sick/Pickwick*. (N. del T.).

—La primera cuestión se refiere a tu amo, Sammy —dijo Mr. Weller—. Mañana se verá su proceso, ¿verdad?

—La vista está encima —contestó Sam.

—Bien —dijo Mr. Weller—. Ahora yo supongo que él necesitará algunos testigos para que den fe de sus costumbres o quizá para probar una coartada. He dado muchas vueltas a este negocio en mi cabeza, y creo que puede estar tranquilo, Sammy. He buscado algunos amigos que son capaces de hacer cualquier cosa por él; pero yo opino que debe dejarse eso de las costumbres y que debe insistir en la coartada. Nada como una coartada, Sammy; nada.

Adoptó Mr. Weller una profunda solemnidad al emitir este dictamen legal, y sepultando su nariz en el vaso dirigió por encima del mismo varios guiños a su intrigado hijo.

—¿Pero qué es lo que quiere usted decir? —dijo Sam—. No se figurará usted que va a verse el proceso en el Antiguo Bailío.

—Eso no tiene nada que ver con lo que yo digo, Sammy —replicó Mr. Weller—. Cualquiera que sea el sitio en que haya de verse, hijo mío, la coartada es lo único para sacarle. A Tomás Wildspark, el sanguinario, le sacamos con una coartada, cuando las mejores pelucas decían que no había forma de salvarle. Y mi opinión, Sammy, es que si tu amo no prueba la coartada, le van a zarandear de firme; ni más ni menos.

Como el viejo Weller abrigaba la firme convicción de que el Antiguo Bailío era el supremo tribunal de la nación y de que sus normas y estatutos regulaban el procedimiento en todos los demás, desdeñó a rajatabla todos los argumentos y razones de su hijo, encaminados a demostrar que la coartada era inadmisibile, y aseguró con vehemencia irrefragable que Mr. Pickwick sería condenado. Persuadido Sam de que era completamente inútil prolongar la discusión, cambió de tema e inquirió el segundo

punto acerca del que su respetable progenitor deseaba consultarle.

—Es un detalle de política doméstica, Sammy —dijo Mr. Weller—. Ese Stiggins...

—¿El de la nariz roja? —preguntó Sam.

—El mismo —respondió Mr. Weller.

»Ese de la nariz roja, Sammy, visita a tu madrastra con una constancia y una amabilidad que no tienen ejemplo. Se hace tan amigo de la familia, Sammy, que cuando no está junto a nosotros no se encuentra a gusto, como no sea recordándonos.

—Y yo que usted le daría a ése aguarrás y cera, para que se acordase diez años —interrumpió Sam.

—Aguarda un poco —dijo Mr. Weller—. Iba a decirte que ese punto siempre llega a casa con una botella aplastada, como de pinta y media, y la llena de ron antes de marcharse.

—¿Y la vaciará antes de volver, me figuro? —dijo Sam.

—¡Limpia! —repuso Mr. Weller—. No deja en ella más que el corcho y el olor; puedes estar seguro, Sammy. Bueno: pues esa gente, hijo mío, tiene esta noche la reunión mensual de la Sección Brick Lane de la Gran Asociación Ebenezer para la Templanza. Tu madrastra pensaba ir, Sammy, pero le ha cogido el reuma, y no puede, y yo, Sammy, tengo las dos papeletas que le han enviado.

Participó este secreto Mr. Weller con inmenso regocijo, y empezó a guiñar acto seguido con tal pertinacia, que Sam comenzó a sospechar que le hubiese atacado el tic doloroso en el párpado derecho.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el joven.

—Pues que tú y yo —continuó el padre, mirando a su alrededor con gran cautela— vamos a ir a la hora en punto. El delegado del pastor no irá, Sammy; el delegado del pastor no irá hasta más tarde.

Y al llegar este momento, fue acometido Mr. Weller de un espasmo de alegría, que degeneró

en una sofocación peligrosa en un hombre de edad avanzada.

—Caramba, no he visto en mi vida un mascarón como éste —exclamó Sam, mientras frotaba la espalda del anciano, con una fuerza capaz de hacer brotar el fuego de aquélla—. ¿De qué se ríe, corpulencia?

—¡Chissst, Sammy! —dijo Mr. Weller, escrutando los alrededores con más precaución que antes y hablando por lo bajo—. Dos amigos míos que trabajan en el camino de Oxford y que son buenos para cualquier cosa se han dedicado a seguir al delegado del pastor, Sammy; y cuando venga a la junta de Ebenezer (lo que hará seguramente, porque ellos han de dejarle en la puerta y subirle a puñados si es preciso), se encontrará tan metido en ron como si estuviera en el Marqués de Granby, que no es poco.

Y de nuevo rompió Mr. Weller en una risa convulsiva, y otra vez cayó en el estado de sofocación que era su natural consecuencia.

Nada podía haber coincidido mejor con las intenciones de Sam Weller que este proyecto de poner en evidencia las inclinaciones y cualidades del hombre de nariz roja; y como se acercase la hora de la reunión, dirigiéronse padre e hijo a Brick Lane, sin que Sam se olvidara, por supuesto, de depositar su carta en un buzón que halló al paso.

La asamblea mensual de la Sección Brick Lane de la Gran Asociación Ebenezer para la Templanza celebrábase en una vasta estancia, ventilada y agradable, situada al extremo de una escalera de mano bien asegurada. Era el presidente el probo Mr. Antonio Humm, antiguo bombero, maestro de escuela en la actualidad y a veces predicador callejero, y el secretario era Mr. Jonás Mudge, dueño de una cerería, dechado de entusiasmo y desinterés, que vendía té a los socios. Antes de comenzar el acto, sentáronse las señoras en unos bancos y permanecieron bebiendo té mientras lo tuvieron por conveniente. Una gran caja de madera es-

taba colocada ostentosamente sobre el verde tapete de la mesa social, tras de la cual se hallaba el secretario prodigando graciosas sonrisas de reconocimiento cada vez que engrosaba la vena de cobre que en la caja se ocultaba.

En esta ocasión las mujeres bebieron té en cantidad alarmante, con gran horror del viejo Weller, el cual, desdeñando todas las señas significativas de Sam, miraba a todas partes con mal disimulado asombro.

—Sammy —murmuró Mr. Weller—: si alguna de éstas no necesita mañana que le den unos golpes, dejo de ser tu padre; me apuesto cualquier cosa. Porque lo que es esta vieja que está a mi lado se va a ahogar en té.

—Estáte quieto, si puedes —murmuró Sam.

—Sam —dijo Mr. Weller por lo bajo, un momento después, denotando profunda agitación—: acuérdate de lo que te digo, hijo mío. Si ese secretario sigue así cinco minutos más, se va a hinchar de tostadas y de agua.

—Bueno, déjale, si es su gusto —replicó Sam—; eso a ti no te importa nada.

—Es que si esto dura mucho, Sammy —dijo Mr. Weller, siempre en voz baja—, me veré en la obligación, como persona humanitaria, de levantarme y dar un toque de atención. En el antepenúltimo banco hay una muchacha que se ha bebido nueve tazas y media, y se está hinchando a ojos vistas.

No hay para qué dudar de que Mr. Weller hubiera llevado a cabo sus filantrópicas intenciones si el estrépito que produjeron las tazas al ser abandonadas sobre los platillos no hubiera anunciado, por fortuna, el fin de esta primera formalidad del té. Levantado el servicio, fue transportada la mesa de tapete verde al centro de la estancia, e inició la ceremonia de la tarde un enfático hombrecito, calvo y con pantalones cortos de paño pardo, que, irrumpiendo bruscamente por la escalera, a riesgo inminente de romperse las dos piernecillas embutidas en los cortos pantalones, dijo:

—Señoras y señores: voy a poner en la presidencia a nuestro excelente hermano Mr. Antonio Humm.

Agitaron las señoras una selecta colección de pañuelos al oír esta proposición, y el impetuoso hombrecillo colocó literalmente a Mr. Humm en el sillón, tomándole por los hombros y metiéndole en el artefacto de caoba que representara en tiempos este artículo de menaje. Renovóse la ondulación de pañuelos, y Mr. Humm, que era un atildado señor, de pálido rostro, perennemente sudoroso, saludó humildemente, con gran admiración de las hembras, y ocupó su asiento de modo ceremonioso. Suplicóse el silencio por el hombrecito de pantalones cortos; y Mr. Humm se levantó y dijo que, con licencia de sus hermanos y hermanas de la Sección Brick Lane, allí presentes, iba a darse lectura por el secretario del parte del Comité de la Sección Brick Lane, proposición que fue acogida con una nueva demostración de pañuelos.

El secretario, después de estornudar expresivamente y de toser, lo cual conmueve a toda asamblea, siempre que va a realizarse algún acto, y de haberse cerciorado de que estaba en regla, leyó el siguiente documento:

Parte del Comité de la Sección de Brick Lane de la Gran Asociación Ebenezer de Templaza:

»Nuestro Comité ha proseguido durante el mes pasado su labor meritoria, y tiene el placer inefable de comunicar los siguientes nuevos casos de adhesión a la Templanza:

»H. Walker, sastre, esposa y dos niños. Cuando se hallaba en mejor situación, confiesa haber tenido el hábito constante de beber cerveza; dice que no está seguro de si era dos veces por semana lo que gustó durante veinte años de "nariz de perro", bebida que nuestro Comité ha llegado a averiguar se compone de cerveza caliente, azúcar, ginebra y nuez moscada. (Se oye un gruñido y decir "¡Así es!", a una vieja.) Ahora se halla de más y sin dinero; no

puede decir si fue la cerveza (*Aprobación.*) o la pérdida de su mano derecha lo que le ha traído a su actual situación, mas juzga probable que, de no haber bebido más que agua en su vida, sus compañeros de trabajo nunca le hubieran herido con una aguja mohosa, ocasionándole tal accidente. (*Tremendos aplausos.*) Sólo puede beber agua fresca y nunca tiene sed. (*Grandes aplausos.*)

»Isabel Martín, viuda, con un hijo y un ojo. Trabaja de mandadera y lavandera por el día; nunca tuvo más que un ojo, pero sabe que su madre bebió de firme, y no le extrañaría que ésa fuera la causa de su defecto. (*Atronadores aplausos.*) Considera que, de haberse abstenido la última de los licores, tal vez pudiera ella tener ahora sus dos ojos. (*Tremendos aplausos.*) Acostumbraba pedir en cada casa dieciocho peniques, una pinta de cerveza y un vaso de aguardiente; mas desde que pertenece a la Sección Brick Lane pide siempre tres chelines y

medio. *(Esta circunstancia interesante fue recibida con una ovación ensordecedora.)*

»Enrique Beller, jefe de comedor durante muchos años en varias sociedades, bebía habitualmente gran cantidad de vino extranjero; puede que alguna vez se llevara a su casa una o dos botellas, no lo sabe a ciencia cierta, pero sí sabe que se bebía el contenido. Se siente decaído y melancólico, febril con frecuencia y tiene una sed constante; cree que se debe esto al vino que acostumbraba beber. *(Aplausos.)* Se encuentra sin trabajo ahora, y ni por casualidad bebe una gota de vino extranjero. *(Palmas estrepitosas.)*

»Tomás Buston, ex proveedor de cordilla para los gatos de la casa del alcalde, de los jefes de policía y de varios miembros del Consejo General. *(El nombre de este señor despierta expectación profunda.)* Tiene una pierna de palo; considera excesivamente costoso llevar una pierna de palo para andar sobre las piedras; se servía de piernas de palo de segunda mano y bebe un

vaso de agua y ginebra caliente todas las noches, algunas veces dos. (*Suspiros profundos.*) Observa que las piernas de palo de segunda mano se rajan y pudren rápidamente; está firmemente persuadido de que la constitución de esas piernas se halla minada por la ginebra. (*Prolongada ovación.*) Ahora compra piernas de palo nuevas y bebe sólo agua y té muy claro. Las piernas nuevas duran el doble que las otras y atribuye esto solamente a sus hábitos de templanza. (*Ovación triunfal.*)

Antonio Humm propone que la asamblea se obsequie con un cántico. Con el fin de proporcionar un regocijo moral y racional, el hermano Mordlin ha adaptado los hermosos versos de «¿Quién no conoce al gallardo barquero?» a la música del centésimo salmo, e invita a todos a que canten con él. (*Grandes aplausos.*) Aprovecha la oportunidad para expresar la firme convicción que abrigaba de que el difunto Mr. Dibdin, reconociendo los horrores de sus pri-

meros años, había escrito aquel canto para en-
carecer las ventajas de la abstinencia. Era un
canto a la templanza. (*Trombas de aplausos.*) La
pulcritud del atavío del joven, su destreza co-
mo remero y el envidiable estado mental, que le
permitía, según las bellas palabras del poeta,
deslizarse, sin pensar en nada,

concitábanse para demostrar que aquel
hombre no bebía más que agua. (*Aplausos.*) ¡Oh,
qué virtuosa alegría le embarga! (*Aplausos arre-
batadores.*) ¿Y cuál es la recompensa del mance-
bo? Mediten en esto los jóvenes presentes:

Las muchachas acuden en tropel a la barca.

(*Entusiasmo loco, que comparten las damas.*)
¡Qué ejemplo tan brillante! Las doncellas se
agolpan en torno del joven barquero y le esti-
mulan a seguir la mansa corriente de la tem-
planza. ¿Mas sólo las doncellas de clase humil-
de eran las que le mimaban, consolaban y alen-
taban? ¡No!

Él era el barquero preferido de las bellas damas.

(Inmensa ovación.) El sexo débil, como un solo hombre (pidió indulgencia), como una sola mujer, se entusiasma con el joven barquero y desvíase con disgusto del bebedor. (Aplausos.) Los hermanos de la Sección Brick Lane eran los barqueros. (Aplausos y risas.) Aquella sala era su barca; el auditorio, las doncellas, y él, Antonio Humm, aunque indigno, era «primer remero». (Ovación delirante.)

—¿Qué entiendes por sexo débil, Sammy? —preguntó Mr. Weller por lo bajo.

—Las mujeres —dijo Sam en el mismo tono.

—Y dices bien, Sammy —repuso Mr. Weller—: débil debe de ser el sexo, bien débil, cuando se deja sopapear por un individuo como él.

Algunos otros comentarios del indignado viejo fueron interrumpidos bruscamente por el anuncio del cántico, que Mr. Antonio Humm

recitó, pareado por pareado, con el fin de que se enterasen aquellos que desconocían la leyenda. Aún continuaba el canto, cuando desapareció el hombrecito de los pantalones cortos, que volvió a los pocos momentos de acabarse el canto y murmuró a Mr. Antonio Humm algunas palabras, con gesto de gran solemnidad.

—Amigos míos —dijo Mr. Humm, levantando la mano en ademán deprecatorio, para que guardaran silencio ciertas señoras gordas que ocupaban la segunda fila—; amigos míos: un delegado de la Sección Dorking, de nuestra sociedad, el hermano Stiggins, espera abajo.

De nuevo salieron a relucir los pañuelos, y con más vivas demostraciones que antes, porque Mr. Stiggins era popularísimo entre el elemento femenino de Brick Lane.

—Creo que puede entrar —dijo Mr. Humm, mirando sonriente a su alrededor—. Hermano Tadger, hágale subir, para que nos dirija la palabra.

El hombrecito de cortos pantalones, que respondía al nombre de hermano Tadger, se precipitó por la escalera, y se le oyó poco después subir a tropezones con el reverendo Mr. Stiggins.

—Ya está aquí, Sammy —murmuró Mr. Weller con el rostro enrojecido por la risa contenida.

—No me diga nada —replicó Sam—, porque voy a estallar. Está junto a la puerta. Le oigo dar cabezadas contra la pared y las maderas.

Al decir esto Sam Weller, abrióse la puerta de par en par y apareció el hermano Tadger, seguido inmediatamente del reverendo Mr. Stiggins, al entrar el cual se produjo una tempestad de aplausos, de pataleo y un entusiasta florecimiento de pañuelos, a cuyas demostraciones de júbilo no correspondió el hermano Stiggins con otra manifestación de reconocimiento que la de pasear una mirada furiosa y una sonrisa estúpida al ver el pabilo de la luz que había en la mesa, en tanto que agitaba su

cuerpo a un lado y a otro de modo inseguro y vacilante.

—¿Está usted indispuerto, hermano Stiggins? —murmuró Mr. Antonio Humm.

—Estoy perfectamente, sir —replicó Mr. Stiggins con tono en el que se mezclaba la ferocidad con una marcada torpeza de dicción—; estoy perfectamente, sir.

—¡Ah!, muy bien —repuso Mr. Antonio Humm, retrocediendo unos pasos.

—Creo que ningún hombre de los que hay aquí se habrá atrevido a decir que no estoy bueno —dijo Mr. Stiggins.

—Ciertamente que no —dijo Mr. Humm.

—Más vale que no, sir; más vale que no —dijo Mr. Stiggins. En aquel momento guardaba la concurrencia silencio absoluto y esperaba con ansiedad la prosecución de la sesión.

—¿Va usted a hablar, hermano? —dijo Mr. Humm, invitándole con una sonrisa.

—No, sir —contestó Mr. Stiggins—; no, sir, no voy a hablar, sir.

Miráronse unos a otros con ojos espantados, y un murmullo de asombro corrió por la estancia.

—Mi opinión es, sir —dijo Mr. Stiggins, desabrochándose la levita y hablando muy fuerte—, mi opinión es, sir, que esta asamblea está beoda, sir. ¡Hermano Tadger, sir! —dijo Mr. Stiggins montando bruscamente en cólera y volviéndose con rapidez hacia el hombrecito de cortos pantalones—. ¡Usted está beodo, sir!

Y diciendo esto, Mr. Stiggins, tanto con el propósito laudable de fomentar la sobriedad de la asamblea como con el de expulsar a toda persona inconveniente, descargó en la punta de la nariz del hermano Tadger tan certero puñetazo, que el hombrecito de los pantalones cortos desapareció como el relámpago. El hermano Tadger cayó de cabeza por las escaleras.

Prorrumpieron las señoras en un horrendo alarido, y, apelotonándose en derredor de sus hermanos favoritos, extendieron sus brazos en torno de ellos para defenderlos contra el peli-

gro. Fue ésta una prueba de afecto que estuvo a punto de costar cara a Humm, quien, por ser sumamente popular, a poco se ahoga entre la muchedumbre de admiradoras que se colgaron de su cuello, llenándole de caricias. La mayor parte de las luces se apagaron, y por todas partes reinó la confusión y el estrépito.

—Vamos, Sammy —dijo Mr. Weller, quitándose la pelliza con aire deliberado—: vete en seguida a buscar un sereno.

—¿Y qué vas tú a hacer mientras? —preguntó Sam.

—No te preocupes de mí, Sammy—repuso el viejo—; yo voy a ocuparme en arreglar una pequeña cuenta con ese Stiggins.

Y antes de que Sam tuviera ocasión de impedirlo, ya estaba su heroico padre en un remoto extremo de la sala, y atacaba al reverendo Mr. Stiggins con destreza sin igual.

—¡Vamos, vamos! —dijo Sam.

—¡Vamos! —gritó Mr. Weller.

Y sin más preparación propinó al reverendo Mr. Stiggins un golpe en la cabeza y empezó a danzar a su alrededor lo mismo que un corcho, lo que no era poco digno de maravilla en un hombre de su edad.

Convencido Sam de la inutilidad de sus consejos, encasquetóse el sombrero, se echó al brazo el abrigo de su padre y rodeando al viejo por la cintura le arrastró por la escalera a la calle, sin soltar su presa ni permitirle detenerse hasta llegar a la inmediata esquina. Desde allí pudieron oír los gritos del populacho, que presenciaba el traslado del reverendo Mr. Stiggins a los seguros aposentos en que había de pasar la noche, y pudieron oír el ruido con que se dispersaban en todas direcciones los miembros de la Sección Brick Lane de la Gran Asociación Ebenezer de Templanza.

34. ENTERAMENTE DEDICADO A LA RESEÑA COMPLETA DEL JUICIO MEMORABLE CELEBRADO CON MOTIVO DEL PROCESO DE BARDELL-PICKWICK

—Yo me pregunto qué es lo que habrá almorzado el presidente del jurado, quienquiera que sea —dijo Mr. Snodgrass, deseoso de promover conversación, en la azarosa mañana del catorce de febrero.

—¡Ah! —dijo Perker—. Supongo que habrá sido bueno.

—¿Porqué? —preguntó Mr. Pickwick.

—Es de suma importancia; muy importante, mi querido señor —repuso Perker—. Un buen presidente de jurado, satisfecho y bien almorzado, es lo mejor que puede desearse. Un jurado descontento o hambriento, mi querido señor, siempre se inclina al querellante.

—¡Dios nos asista! —dijo Mr. Pickwick, palideciendo— ¿Por qué hacen eso?

—Psch, no lo sé —replicó el hombrecito con indiferencia—; supongo que será porque ahorra tiempo. Cuando se acerca la hora de la comida, saca el reloj el presidente, una vez que se han retirado a deliberar, y dice: «Bueno, señores, son las cinco menos diez, lo advierto. Yo como a las cinco, señores». «Yo también», dicen todos los demás, con excepción de dos, que deben de haber comido a las tres y que parecen más dispuestos a resistir. Sonríe el presidente y se mete el reloj en el bolsillo. «Bien, señores, ¿qué hacemos: demandante o demandado? Yo pienso, por lo que a mí se refiere, señores (digo que pienso, pero no quiero que esto influya en ustedes), pienso a favor del demandante.» Con esto, otros dos o tres señores puede asegurarse que dicen pensar de la misma manera, y así lo declaran; y entonces se establece entre todos la más comfortable unanimidad. ¡Las nueve y diez! —dijo el hombrecito, consultando su reloj—. Ya debíamos

haber salido, mi querido señor. Ruptura de promesa matrimonial... la sala está llena generalmente en estos casos. Si no pide usted un coche, mi querido señor, creo que llegaremos tarde.

Llamó inmediatamente Mr. Pickwick, y no bien llegó el coche, embutiéronse en él los cuatro pickwickianos y Mr. Perker y encamináronse a Guildhall. Sam Weller, Mr. Lowten y la bolsa azul seguían en otro carruaje.

—Lowten —dijo Perker, al llegar al vestíbulo de la Audiencia—: ponga a los amigos de Mr. Pickwick en la tribuna de los estudiantes. Mr. Pickwick, mejor será que se siente a mi lado. Por aquí, mi querido señor, por aquí.

Tirando de la manga de la chaqueta de Mr. Pickwick, le condujo el hombrecito al banco que se hallaba bajo los pupitres del Consejo Real, dispuesto en beneficio de los procuradores, que desde este lugar pueden cuchichear al Consejo en caso necesario y comunicarle las aclaraciones que puedan demandar las

circunstancias en el curso del juicio. Los ocupantes de este banco permanecen invisibles para la mayoría de los espectadores, pues se sientan a un nivel mucho más bajo que el que corresponde a los abogados, cuyos asientos ocupan una elevada plataforma. Ni que decir tiene que se hallan de espaldas a éstos y frente por frente del juez.

—Ésa es la tribuna de los testigos, ¿verdad?
—dijo Mr. Pickwick, señalando a una especie de púlpito de balaustrada de bronce que había a la derecha.

—Ésa es la tribuna de los testigos, mi querido señor —respondió Perker, exhumando un montón de papeles de la bolsa azul que Lowten acababa de depositar a sus pies.

—Y ahí —dijo Mr. Pickwick, señalando a un par de bancos que había también a la derecha, detrás de una balaustrada—, ahí es donde se sienta el jurado, ¿no es eso?

—Ahí mismo, mi querido señor —replicó Perker, golpeando la tapa de su tabaquera.

Mr. Pickwick paseó una mirada por la sala, presa de honda agitación. En la galería había ya buen golpe de espectadores; en la tribuna de letrados, una gran exposición de pelucas, bajo las que se veía esa grata y extensa variedad de narices y mostachos que tanto contribuye a la celebridad del foro inglés. Aquellos que podían exhibir un legajo lo acariciaban de manera ostensible, y de cuando en cuando se rascaban la nariz con él, con objeto de hacer patente la acción para excitar la admiración de los espectadores. Otros, que no disponían de legajo para enseñarlo, mostraban bajo su brazo hermosos volúmenes en octavo, de rojo tejuelo y con pasta que semejava el exterior de las tortas demasiado cocidas y que se conoce en lenguaje técnico con el nombre de «ternera legal». Algunos otros, que ni tenían legajo ni volumen que mostrar, metíanse las manos en los bolsillos y miraban con gesto docto. Otros se agitaban infatigablemente de acá para allá, con avidez y afán diligentes, encantados con despertar por do-

quier la admiración y el asombro de los no iniciados. El conjunto, con gran maravilla de Mr. Pickwick, dividíase en pequeños grupos, que charlaban y discutían acerca de las noticias del día con la mayor indiferencia, casi casi lo mismo que si no se hallara a punto de empezar un juicio importante.

Una inclinación de Mr. Phunky, al entrar en la sala y tomar asiento detrás del que estaba dispuesto para el Consejo Real, atrajo la atención de Mr. Pickwick, y no había devuelto el saludo aún cuando apareció el doctor Snubbin, seguido de Mr. Mallard, que casi tapaba al doctor con una inmensa bolsa encarnada, que colocó sobre la mesa, retirándose luego de estrechar la mano a Mr. Perker. Entraron luego dos o tres doctores más, y entre ellos uno de obesa contextura y roja faz, que saludó amistosamente al doctor Snubbin y dijo que hacía una hermosa mañana.

—¿Quién es ese de cara roja que ha dicho que hace una mañana hermosa al saludar a nuestro abogado? —murmuró Mr. Pickwick.

—El doctor Buzfuz —repuso Perker—. Es de la otra parte. Ese señor que hay detrás de él es Mr. Skimpin, su adjunto.

A punto estaba Mr. Pickwick de preguntar, lleno de odio implacable ante la despiadada villanía del hombre, cómo el doctor Buzfuz, que era abogado de la parte contraria, había osado decir al doctor Snubbin, que era su propio abogado, que hacía una hermosa mañana, cuando fue interrumpido por un movimiento que hicieron al levantarse los abogados, y una gran exclamación de «¡Silencio!» de los oficiales de la Sala. Mirando a su alrededor, observó que aquello era debido a la entrada del juez.

El justicia Stareleigh, que ocupaba la presidencia en ausencia del primer justicia, que se hallaba indispuerto, era un hombre extraordinariamente corto y tan gordo que parecía exclusivamente constituido por una cara y un

chaleco. Movíase sobre dos piernecillas algo torcidas, y después de saludar con gravedad al estrado de los abogados, que correspondieron con la misma gravedad, metió las piernas bajo la mesa, puso en la misma el tricornio, y, luego de hacer esto, todo lo que de él podía verse eran dos curiosos ojuelos, una ancha faz enrojecida y algo parecido a una enorme y cómica peluca.

No bien tomó asiento el juez, proclamó el silencio el oficial de Sala, en tono autoritario, después de lo cual proclamó el silencio en la galería otro bedel, en forma un tanto airada, y poco después proclamaron el silencio tres o cuatro ujieres, con voz de indignada reconvencción. A poco, un caballero vestido de negro, que ocupaba el estrado inferior al juez, empezó a llamar a los jurados, y al cabo de unas cuantas vacilaciones y murmullos llegó a descubrirse que sólo se hallaban presentes diez de los miembros del Jurado especial. Un comerciante

de comestibles y un boticario fueron requeridos inmediatamente.

—Respondan cuando se les llame, señores, que va a tomárseles juramento —dijo el caballero de negro—. Richard Upwitch.

—Presente —dijo el tendero.

—Tomás Groffin.

—Presente —dijo el boticario.

—Tomen el libro, señores. ¿Juran ustedes enjuiciar con arreglo a su conciencia?

—Dispéñeme la Sala —dijo el boticario, que era un larguirucho hombrecillo, de rostro amarillento—, pero solicito de la Sala que me excuse de la asistencia.

—¿Con qué motivo, sir? —dijo el justicia Stareleigh.

—No tengo ayudante, señor —dijo el boticario.

—Yo no puedo evitar eso, sir —replicó el justicia Stareleigh—. Haber contratado uno.

—No me es posible, señor —repuso el boticario.

—Pues debía usted haberlo procurado, sir — dijo el juez, poniéndose encarnado, porque el temperamento del justicia Stareleigh era fácilmente irritable y no admitía contradicción.

—Ya comprendo que *debía*, si me fuera tan bien como merecía; pero no es así, señor — replicó el boticario.

—Que juren esos señores —dijo el juez, en tono apremiante.

No había hecho el oficial más que decir: «¿Jura usted enjuiciar con arreglo a su conciencia?», cuando de nuevo fue interrumpido por el boticario.

—¿Va a tomárseme juramento, señor? —dijo el boticario.

—Desde luego, sir —replicó el tético juez.

—Muy bien, señor —replicó el boticario con resignado acento—. Entonces, antes de que termine esta vista se cometerá un asesinato; no digo más. Tómese juramento, si usted quiere, sir.

Y se tomó juramento al boticario, antes de que el juez pudiera decir una sola palabra.

—Sólo quería advertir, señor —dijo el boticario, sentándose con gran deliberación—, que no he dejado en la botica más que un chico que tengo para hacer recados. Es un buen muchacho, señor, pero no sabe una palabra de drogas, y sé perfectamente que abriga la convicción de que sal de Epson significa ácido oxálico, y jarabe de ipecacuana, láudano. Nada más, señor.

Y diciendo esto, el larguirucho boticario se colocó en actitud confortable, y adoptando un continente placentero, pareció disponerse a aguardar los acontecimientos.

Miraba Mr. Pickwick al boticario, con la interna sensación del horror más profundo, cuando se hizo ostensible una ligera conmoción en la Sala, e inmediatamente después la señora Bardell, sostenida por la señora Cluppins, era introducida y colocada, en estado del mayor abatimiento, en el otro extremo del banco que

ocupaba Mr. Pickwick. Un paraguas de tamaño más que mediano era transportado por Mr. Dodson, y un par de zuecos por Mr. Fogg, cada uno de los cuales traía preparada para el caso una expresión humilde y melancólica. Entonces apareció la señora Sanders, llevando de la mano al pequeño Bardell. A la vista de su hijo, sobresaltóse la señora Bardell; mas, recobrándose inmediatamente, empezó a besarle con frenesí, cayendo en seguida en un estado de imbecilidad histérica y preguntando además que dónde se encontraba. En respuesta a esto, la señora Cluppins y la señora Sanders volvieron sus caras a otro lado, rompiendo a llorar, en tanto que los señores Dodson y Fogg suplicaban a la demandante que se reportara en lo posible. Frotóse los ojos enérgicamente el doctor Buzfuz con un gran pañuelo blanco y dirigió al jurado una mirada intencionada, mientras que el juez, visiblemente afectado, así como algunos otros circunstantes, procuraban, tosiendo, disimular su emoción.

—Está esto muy preparado —respondió Perker a Mr. Pickwick—. Son chicos listos esos Dodson y Fogg. Preparan admirablemente los efectos, mi querido señor.

Mientras decía esto Perker, empezaba la señora Bardell a recobrase lentamente, y la señora Cluppins, después de abrochar cuidadosamente al pequeño Bardell, procurando que los botones entraran en sus ojales propios, colocó al chico frente a su madre de modo que pudiera verle toda la Sala, estratégica posición en la cual no podía menos de despertar la compasión y la simpatía del juez y del jurado. Mas no se hizo esto sin gran resistencia y afluencia de lágrimas por parte del caballereite, que abrigaba la íntima convicción de que situarle a la vista del juez no era sino prelude evidente de recibir una orden de ejecución inmediata o, por lo menos, de deportación, más allá de los mares, por el resto de sus días.

—Bardell contra Pickwick —exclamó el caballero de negro, abriendo la vista, que ocupaba el primer lugar entre las del día.

—Yo vengo por el demandante, señor —dijo el doctor Buzfuz.

—¿Quién está con usted, compañero Buzfuz? —dijo el juez.

Saludó Mr. Skimpin para declarar que era él.

—Yo comparezco por el procesado, señor —dijo el doctor Snubbin.

—¿Quién hay con usted, compañero Snubbin? —inquirió el juez.

—Mr. Phunky, señor —respondió el doctor Snubbin.

—El doctor Buzfuz y Mr. Skimpin, por el demandante —dijo el juez, anotando los nombres en su cuaderno y leyendo al mismo tiempo—; por el procesado, el doctor Snubbin y Mr. Monkey⁸.

—Dispense, señor: Phunky.

⁸ Significa «mono». (*N. del T.*).

—¡Ah, muy bien! —dijo el juez—. Nunca tuve el gusto de oír el nombre de este señor.

Inclinóse a esto Mr. Phunky y sonrió; sonrió y saludó el juez a su vez, y ruborizándose Mr. Phunky hasta el blanco de los ojos, pretendió comportarse como si nadie fijara en él su atención, cosa que ningún hombre ha logrado hacer todavía ni lo logrará probablemente.

—Adelante —dijo el juez.

De nuevo impusieron silencio los ujieres, y procedió Mr. Skimpin a abrir la causa; y la causa parecía tener muy poco dentro, luego que fue abierta, porque Mr. Skimpin guardó para sí todos los pormenores que conocía y sentóse al cabo de tres minutos, dejando al jurado en el mismo estado de ignorancia que tenía antes de la lectura.

Levantóse entonces el doctor Buzfuz con toda la grave majestad que exigía el procedimiento y, después de comunicar algo por lo bajo a Dodson y de conferenciar sumariamente con

Fogg, se arregló la toga sobre los hombros, encaquetóse la peluca y se dirigió al jurado.

El doctor Buzfuz empezó diciendo que nunca, en el curso de su experiencia profesional, nunca, desde el primer momento en que se dedicara al estudio y a la práctica de la Ley, habíasele ofrecido un caso tan hondamente conmovedor ni que entrañara para él responsabilidad tan grave y aplastante; responsabilidad, decía, que jamás hubiera aceptado de no alentarle y fortalecerle la convicción firmísima, que alcanzaba el grado de positiva certeza, de que la causa de la verdad y de la justicia o, en otros términos, de que la causa de su ultrajado y oprimido cliente había de prevalecer en las altas mentalidades de los doce hombres que se sentaban en aquella tribuna que ante él se levantaba.

Los abogados suelen empezar de esta suerte, con objeto de bienquistarse con el Jurado, haciéndole pensar que se halla compuesto de hombres agudos y extraordinariamente saga-

ces. Prodújose un efecto inmediato: varios jurados empezaron a tomar voluminosas notas con afanosa diligencia.

—Habéis oído de labios de mi docto amigo, señores —continuó el doctor Buzfuz, bien consciente de que el jurado no había podido enterarse de nada de labios del aludido amigo—; habéis oído de labios de mi docto amigo, señores, que se trata de un proceso incoado con motivo de una ruptura de promesa matrimonial, cuya indemnización se ha estipulado en mil quinientas libras. Pero no habéis oído de labios de mi docto amigo, porque no era esto de la competencia de mi docto amigo, cuáles son los hechos y circunstancias del caso. Estos hechos y esas circunstancias, señores, vais a oírlos detallados por mí y probados por la intachable dama que se halla ante vosotros en esa tribuna.

Aquí, el doctor Buzfuz, acentuando con énfasis tremendo la palabra tribuna, golpeó su mesa ruidosamente y miró a Dodson y Fogg,

que asentían, maravillados, al doctor y miraban con aire de reto al procesado.

—El demandante, señores —prosiguió el doctor Buzfuz con voz suave y melancólica—, el demandante es una viuda; sí, señores, una viuda. El difunto Mr. Bardell, después de gozar durante muchos años la confianza y la estima de su Soberano, como custodio de las rentas de la Corona, deslizóse sigilosamente de este mundo para buscar en otra parte la paz y el reposo que una aduana nunca puede proporcionar.

Al hacer esta patética descripción del fallecimiento de Mr. Bardell, a quien habían tirado a la cabeza un vaso en una taberna, el ilustrado doctor dejó oír su voz conmovida y prosiguió con acento emocionado:

—Poco antes de morir había estampado su imagen en un tierno niño. Con este tierno niño, único que tuviera de su difunto compañero, apartóse del mundo la señora Bardell; confinóse en el retiro y la tranquilidad de Goswell

Street y allí puso en el frente de la ventana de la sala principal un rótulo con esta inscripción: « Habitaciones amuebladas para señor soltero. Razón, aquí ».

Detúvose entonces el doctor, en tanto que varios miembros del Jurado tomaban nota del documento.

—¿No tiene fecha, sir? —preguntó un jurado.

—No hay fecha, señores —respondió el doctor Buzfuz—; mas se me ha dicho que fue colocada la cédula en la ventana de la demandante hace precisamente tres años. Llamo la atención del jurado sobre la redacción de este documento: «¡ Habitaciones amuebladas para señor soltero! ». Las opiniones de la señora Bardell en relación con el sexo contrario dimanaban de una prolongada contemplación de las inestimables cualidades de su difunto esposo. No abrigaba temor, desconfianza ni sospecha. « Mr. Bardell », decía la viuda, « Mr. Bardell fue un hombre de honor. Mr. Bardell fue un hombre de palabra.

Mr. Bardell no engañó jamás. Mr. Bardell fue un tiempo soltero. Pues a un soltero acudo en demanda de protección, de amparo, de ayuda, de consuelo; en un soltero veré siempre algo que me recuerde lo que fue Mr. Bardell cuando supo adueñarse de mi ternura virgen; a un soltero debo alquilar mi casa». Inspirada en tan hermoso y conmovedor impulso (el más noble de todos los impulsos de nuestra defectuosa naturaleza, señores), enjugó sus lágrimas la atribulada y solitaria viuda, amuebló su primer piso, estrechó a su inocente niño contra su pecho maternal y puso el anuncio en la ventana de su gabinete. ¿Permaneció allí el anuncio mucho tiempo? No. La serpiente espiaba; tendíase la trampa; socavábase la mina; la zapa y el pico laboraban de consuno. No llevaba tres días el anuncio en la ventana (ni tres días, señores) cuando un ser, sostenido por dos piernas y que asumía todas las apariencias exteriores de una criatura humana, y no de un monstruo, llamó a la puerta de la señora Bardell. Inquirió, tomó el

piso, y de él se posesionó aquel mismo día. Este hombre era Pickwick; Pickwick, el demandado.

El doctor Buzfuz, que se había producido acaloradamente, tenía el rostro enrojecido. Se detuvo para tomar aliento. El silencio despertó al justicia Stareleigh, que escribió inmediatamente algo con una pluma que no tenía tinta y miró en derredor con aire de gran profundidad, para dar al jurado la impresión de que, si cerraba los ojos, hacía lo con objeto de meditar con mayor sutileza. El doctor Buzfuz prosiguió:

—Poco he de decir, señores, acerca de este hombre, pues el tema ofrece atractivo escaso; y ni yo, señores, ni vosotros somos capaces de gozarnos en la contemplación de la perversidad repulsiva, de la villanía convertida en hábito.

En este momento, Mr. Pickwick, que llevaba un rato conteniendo su rabia, hizo un brusco movimiento, como si hubiera asaltado su mente el vago anhelo de agredir al doctor Buzfuz en la presencia augusta de la Justicia. Hízole reprimirse un gesto de Mr. Perker, y siguió escu-

chando al docto letrado con mirada de indignación, que contrastaba con los semblantes arrobados de la señora Cluppins y de la señora Sanders.

—Digo villanía, señores —dijo el doctor Buzfuz, volviéndose hacia Mr. Pickwick y dirigiéndose a él—, y al decir villanía permítaseme advertir al procesado Pickwick, ya que se encuentra en la Audiencia, según se me ha dicho, que hubiera sido más decoroso, más discreto, más juicioso y de mejor gusto que se hubiera quedado a la puerta. Permítaseme decirle, señores, que no ha de hacer mella en vosotros cualquier gesto de reprobación o disconformidad que tenga a bien producir en esta Sala; que vosotros sabéis el valor y el aprecio que habéis de otorgarle, y permítaseme decirle, además, como el señor ha de decírselo, que un letrado no puede ser intimidado, retado ni cohibido en el desempeño de los deberes que tiene para su cliente, y que cualquier intento que pretenda de lo uno, de lo otro, de lo primero o de lo último

caerá sobre la cabeza del insolente, así sea demandante o demandado, llámese Pickwick, Noakes, Stoakes, Stiles, Brown o Thompson.

La breve digresión con que el orador se desviaba del tema capital tenía, por supuesto, el exclusivo objeto de que todas las miradas se concentraran en Mr. Pickwick. Parcialmente recobrado el doctor Buzfuz del estado de moral exaltación a que se había entregado, prosiguió:

—He de haceros saber, señores, que por espacio de dos años residió Pickwick constantemente, sin interrupción ni intermisión, en casa de la señora Bardell. He de haceros saber que la señora Bardell, durante todo ese tiempo, le sirvió, atendió a sus comodidades, aderezó sus comidas, apuntaba la ropa blanca cuando iba a la lavandera, la repasaba, ventilaba y disponía para su uso luego que a casa la traían; gozaba, en suma, de su plena y absoluta confianza. He de deciros que en muchas ocasiones dio el demandado medio penique al pequeño y hasta seis peniques algunas veces; y he de probaros,

por un testimonio que mi preclaro amigo no podrá debilitar ni controvertir, que en cierta ocasión dio el demandante una palmadita cariñosa en la cabeza del niño, y, después de preguntarle si había ganado últimamente muchas canicas (que son, a lo que entiendo, trozos de un mármol especial, muy apreciados por la chiquillería de esta ciudad), dejó escapar esta frase significativa: «Si tuvieras otro padre, ¿cómo te gustaría que fuera?». Os probaré, señores, que hará cosa de un año empezó Pickwick a ausentarse de casa por largas temporadas, como si abrigara el propósito de romper con mi cliente paulatinamente; mas también he de probaros que, o su resolución no estaba por ese tiempo suficientemente madurada, o que triunfaban en él los buenos sentimientos, si es que los tiene, o que los encantos y atenciones de mi cliente prevalecían contra sus inhumanos designios; he de probaros que, al regresar de cierto viaje, propuso formalmente el matrimonio a la señora Barden, si bien tomando previamente

la precaución de que no hubiera testigos del solemne pacto; y me hallo en condiciones de probaros también, valiéndome del testimonio de sus propios amigos (testimonio que han de deponer mal de su grado por cierto), que una mañana sorprendieronle teniendo en sus brazos a la demandante y consolando su agitación por medio de caricias y tiernas súplicas.

Las palabras del ilustre doctor produjeron visible efecto en el auditorio. Sacando dos papeles de su cartera, prosiguió:

—Y ahora, señores, sólo una palabra: Dos cartas se han cruzado entre ambas partes, cartas que se ha demostrado ser de puño y letra del demandado y que son más elocuentes de lo que pudieran serlo cien volúmenes. Esas cartas descubren además el carácter del hombre. No son francas, ardorosas ni elocuentes; no respiran el lenguaje del amor y de la ternura. Son solapadas, astutas; contienen frases de sentido oculto; mas, por fortuna, son más concluyentes que si se hallaran concebidas en lenguaje fervo-

roso y en el estilo más lleno de poéticas figuras. Son cartas que han de ser revisadas con mirada cautelosa y sagaz; cartas que fueron escritas indudablemente por Pickwick con el designio de extraviar y engañar a las personas en cuyas manos pudieran caer. Dejadme que lea la primera: «Garraway, a las doce. Querida señora Bardell: Chuletas y salsa de tomate. Su afectísimo, Pickwick». ¿Qué significa esto, señores? ¡Chuletas y salsa de tomate! ¡Su afectísimo Pickwick! ¡Chuletas, cielo santo, y salsa de tomate! Señores, ¿es que la sensibilidad y el derecho a la aventura de una mujer inocente y confiada pueden ser burlados de esta suerte por este género de arteras maquinaciones? La otra no tiene fecha, lo cual es ya bastante sospechoso: «Querida señora Bardell: No llegaré hasta mañana. Coche retrasado», y luego sigue esta significativa frase: «No se preocupe usted del calentador». ¡El calentador! ¿Quién, señores, habría de preocuparse por un calentador? ¿Cuándo viose la paz de ánimo de un hombre o

de una mujer perturbada o inquietada por un calentador, que no es en sí más que un utilísimo e inofensivo artefacto del menaje doméstico? ¿Qué puede significar esta recomendación de que la señora Bardell no se incomodase por el calentador, que no es sino un recipiente para contener las brasas, como no fuera una frase que entrañara alguna promesa o consoladora palabra, perteneciente a una clave de correspondencia previamente concertada, habilidosamente imaginada por Pickwick, con miras a una deserción premeditada y que no podría explicar? ¿Y a qué viene esta alusión al coche retrasado? No puede ser, a mi entender, sino una frase que se refiere al mismo Pickwick, el cual ha sido indudablemente durante todo el tiempo que comprende este asunto un coche retrasado y despacioso, mas cuya presteza se verá inesperadamente acelerada y cuyas ruedas, señores, verá pronto a su costa bien engrasadas por vosotros.

Hizo una pausa el doctor Buzfuz en este punto, para observar si el jurado sonreía ante este rasgo humorístico; mas como advirtiera que ninguno paró mientes en él, salvo el tendero, cuya sensibilidad acerca del asunto se hallaba despertada por haber sometido a esa operación aquella misma mañana a un carro, consideró el ilustre doctor discreto dar una nueva pincelada lúgubre antes de concluir:

—Pero ya es bastante, señores —dijo el doctor Buzfuz—; es difícil sonreír cuando un corazón padece; no es posible bromear cuando se conmueven nuestras más hondas inclinaciones. Las esperanzas y perspectivas de mi cliente se han venido al suelo, y no es mera figura decir que lo mismo le ha ocurrido a su industria. La cédula de alquiler no está en la ventana... pero no hay inquilino. Pasan por allí una vez y otra caballeros solteros, dignos de aceptarse... pero no se les invita a entrar. Todo es silencio y melancolía en la casa; hasta la voz del niño se ha apagado; sus juegos infantiles quedan relega-

dos al olvido, porque su madre llora. Sus canicas permanecen menospreciadas; ha olvidado el niño las voces familiares del juego; las divertidas partidas de pares y nones. Mas Pickwick, señores, Pickwick, el inhumano destructor de este oasis doméstico en el desierto de Goswell Street; Pickwick, que ha cegado el manantial y reducido a cenizas el verde césped; Pickwick, que comparece hoy ante vosotros con su salsa de tomate y su calentador; Pickwick aún levanta con desenfado su cabeza y contempla sin un suspiro de remordimiento el estrago que ha producido. La indemnización, señores, una fuerte indemnización, es el único castigo que podéis imponerle; la única recompensa que podéis ofrecer a mi cliente. Y para esa indemnización apela ella a las luminosas, altas, concienzudas, rectas, desapasionadas y compasivas mentalidades del jurado que componen sus conciudadanos.

Con esta hermosa invocación, sentóse el doctor Buzfuz y despertó el justicia Stareleigh.

—Que llamen a Isabel Cluppins —dijo el doctor Buzfuz, levantándose un minuto después, con renovado brío.

El ujier más cercano llamó a Isabel Tuppins; otro, que se hallaba a alguna distancia, requirió a Isabel Jupkins, y un tercero se precipitó casi hasta King Street y gritó hasta enronquecer llamando a Isabel Muffins.

Entre tanto, la señora Cluppins, con la ayuda conjunta de la señora Bardell, la Sanders, Mr. Dodson y Mr. Fogg, era izada a la tribuna de testigos, y cuando ya se hallaba en seguridad, encaramada en el peldaño superior, veíase a la señora Bardell en el inferior, con el pañuelo y los zuecos en una mano y con una botella de un cuarto de pinta de capacidad, que contenía sales olorosas, en la otra, preparada para cualquier contingencia. La señora Sanders, cuyos ojos estaban intensamente fijos en la cara del juez, acercóse con el inmenso paraguas, y oprimía la empuñadura del mismo de tal ma-

nera, que parecía hallarse dispuesta a esgrimirlo en la primera ocasión.

—Señora Cluppins —dijo el doctor Buzfuz— : haga el favor de reportarse, señora.

No hay que decir que en cuanto se dirigió esta súplica a la señora Cluppins empezó a suspirar con gran violencia y a manifestar síntomas alarmantes de un inminente desmayo o, como ella dijo después, de ser vencida por sus internos sentimientos.

—¿Recuerda usted, señora Cluppins —dijo el doctor Buzfuz, después de dirigirle algunas preguntas sin importancia—, recuerda usted haber estado en casa de la señora Bardell en cierta mañana del pasado julio, cuando ésta se hallaba limpiando la habitación de Pickwick?

—Sí, señor jurado, lo recuerdo —replicó la señora Cluppins.

—¿El despacho de Mr. Pickwick estaba en el centro del primer piso, creo?

—Sí, allí estaba, sir —replicó la señora Cluppins.

—¿Y qué hacía usted en aquel cuarto, señora? —preguntó el segundo juez.

—Señor y jurado —dijo la señora Cluppins con gran agitación—: no quiero engañarles.

—Hará usted bien, señora —dijo el segundo juez.

—Estaba allí —continuó la señora Cluppins— sin que lo supiera la señora Bardell; había salido de casa, señores, con una cestita, a comprar tres libras de riñones, que me costaron dos peniques y medio cada una, cuando vi a la señora Bardell por la puerta de la calle, que se hallaba abierta a medias.

—¿Que se hallaba cómo? —exclamó el segundo juez.

—Entreabierta, señor —dijo el doctor Snubbin.

—Ha dicho entreabierta —dijo el segundo juez con mirada de malicia.

—Lo mismo da, señor —dijo el doctor Snubbin.

Miró el segundo juez con aire dubitativo, y dijo que tomaba nota de ello. Entonces, la señora Cluppins prosiguió:

—Entré, señores, precisamente a darle los buenos días, y, subiendo alegremente la escalera, entré en la habitación inmediata a la que ella estaba. Entonces, señores, oí ruido de voces en el despacho, y...

—¿Y se puso usted a escuchar, según creo, señora Cluppins? —dijo el doctor Buzfuz.

—Dispense, sir —repuso la señora Cluppins con ademán majestuoso—; me hubiera repugnado esa acción. Las voces eran bastante altas, sir, y era forzoso oírlas.

—Bien, señora Cluppins; no se puso usted a escuchar, pero oyó las voces. ¿Y era una de esas voces la de Pickwick?

—Sí era, sir.

Y luego de afirmar de una manera categórica la señora Cluppins que Mr. Pickwick hablaba con la señora Bardell, fue repitiendo poco a

poco y a costa de muchas preguntas la conversación que ya conocen nuestros lectores.

Miró el jurado con aire suspicaz, sonrió el doctor Buzfuz y se sentó. Era su actitud verdaderamente espantosa cuando el doctor Snubbin declaró que no pensaba interrogar a la testigo, porque Mr. Pickwick deseaba hacer constar que la versión que diera la señora era absolutamente correcta.

Roto el hielo, la señora Cluppins aprovechó aquella oportunidad favorable para entrar en una breve disertación acerca de sus asuntos domésticos; procedió inmediatamente a participar a la Sala que ella era madre de ocho niños en la actualidad y que abrigaba la esperanza de presentar a Mr. Cluppins el noveno dentro de unos seis meses. Ante manifestaciones tan interesantes, el segundo juez interrumpió lleno de ira, y el efecto de esta interrupción fue que la digna señora y la señora Sanders fueron políticamente sacadas de la Sala, escoltadas de Mr. Jackson, sin demora alguna.

—¡Nathaniel Winkle! —dijo Mr. Skimpin.

—¡Presente! —respondió una voz débil.

Mr. Winkle subió a la tribuna de testigos y, después de prestar riguroso juramento, saludó al juez con gran deferencia.

—No se dirija a mí, sir —dijo el juez bruscamente, contestando al saludo—; diríjase al jurado.

Obedeció el mandato Mr. Winkle y miró hacia el lugar en que juzgaba pudiera hallarse el jurado, pues no veía, en el estado de confusión mental que le embargaba, nada en absoluto.

Fue interrogado Mr. Winkle por Mr. Skimpin, quien, siendo un hombre de cuarenta y tres años que prometía mucho, deseaba ansiosamente confundir a un testigo que notoriamente se inclinaba en favor de la parte contraria.

—Ahora, sir —dijo Mr. Skimpin—, tenga la bondad de dar a conocer al señor y al jurado cuál es su nombre.

Y Mr. Skimpin inclinó su cabeza a un lado, haciendo ademán de escuchar atentamente, mirando al jurado entre tanto, como si esperase que la afición natural de Mr. Winkle al perjurio habría de inducirle a dar un nombre supuesto.

—Winkle —respondió el testigo.

—¿Cuál es su nombre de pila, sir? —inquirió airadamente el segundo juez.

—Nathaniel, sir.

—Daniel... ¿algún otro nombre?

—Nathaniel, sir, quiero decir...

—¿Nathaniel Daniel o Daniel Nathaniel?

—No, señor, nada más que Nathaniel; nada de Daniel.

—¿Pues para qué me ha dicho usted Daniel, sir? —preguntó el juez.

—Yo no lo he dicho, señor —replicó Mr. Winkle.

—Lo ha dicho —replicó el juez, con severo entrecejo—. ¿Cómo hubiera yo apuntado Daniel si usted no me lo hubiera dicho, sir?

Este argumento era realmente incontrovertible.

—Mr. Winkle, señor, es algo desmemoriado —interrumpió Mr. Skimpin, mirando de nuevo al Jurado—. Yo encontraré medios de refrescarle la memoria antes de que acabe el interrogatorio.

—Tenga usted cuidado con lo que hace, sir —dijo el pequeño juez, mirando al testigo de modo siniestro.

Inclinóse el pobre Mr. Winkle, esforzándose por simular una tranquilidad y un aplomo que, en el estado de confusión en que se hallaba, le daban un aire de raterillo desconcertado.

—Ahora, Mr. Winkle —dijo Mr. Skimpin—, póngame atención, si me hace el favor, sir, y permítame que le recomiende, en su propio beneficio, que no olvide la advertencia que le ha hecho el señor de que tenga cuidado. Creo que es usted amigo íntimo de Pickwick, el demandado, ¿no es así?

—Conozco a Mr. Pickwick, según creo, desde hace...

—Perdone, Mr. Winkle; no eluda la respuesta. ¿Es usted o no amigo íntimo del demandado?

—Iba a decir que...

—¿Quiere usted o no quiere responder a mi pregunta, sir? —Si no responde usted a la pregunta, será usted procesado, sir —interrumpió el pequeño juez, mirando por encima de su cuaderno de notas.

—Vamos, sir —dijo Mr. Skimpin—: tenga la bondad de decir sí o no.

—Sí, lo soy—replicó Mr. Winkle.

—Lo es usted. ¿Y por qué no lo dijo desde un principio, sir? ¿Conoce usted por ventura también a la demandante, Mr. Winkle?

—No la conozco; la he visto.

—¡Ah! ¿No la conoce, pero la ha visto? Entonces, tenga la bondad de decir a los señores y al jurado qué es lo que eso significa, Mr. Winkle.

—Quiero decir que no tengo amistad con ella, pero que la he visto cuando he ido a visitar a Mr. Pickwick en Goswell Street.

—¿Cuántas veces la ha visto usted, sir?

—¿Cuántas veces?

—Sí, Mr. Winkle, ¿cuántas veces? Repetiré la pregunta una docena de veces, si usted lo quiere, sir.

Y el ilustre señor, con firme ceño, se puso las manos en las caderas y sonrió maliciosamente al jurado.

Con motivo de esta pregunta suscitóse la edificante controversia que es habitual en tales circunstancias. En primer lugar, Mr. Winkle dijo que le era completamente imposible asegurar cuántas veces había visto a la señora Bardell. En seguida se le preguntó si la habría visto veinte veces, a lo cual replicó: «Ciertamente, más de eso». Entonces se le preguntó si la habría visto cien veces; si podría jurar haberla visto más de cincuenta veces; si podría afirmar que la hubiera visto veinticinco veces por lo

menos, y así sucesivamente, llegándose al fin a la conclusión satisfactoria de que debía tener cuidado y recapacitara en lo que decía. Una vez reducido el testigo por estos medios al requerido extremo de excitación nerviosa y de vacilaciones, continuó el interrogatorio como sigue:

—¿Recuerda Mr. Winkle haber visitado al demandado Pickwick en casa de la demandante, en Goswell Street, cierta mañana del mes de julio pasado?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Iba usted acompañado en aquella ocasión por un amigo llamado Tupman y otro llamado Snodgrass?

—Sí.

—¿Están ellos aquí?

—Sí, están —replicó Mr. Winkle, mirando ávidamente hacia el lugar en que se hallaban sus amigos.

—Haga el favor de prestarme atención, Mr. Winkle, y no ocuparse de sus amigos —dijo Mr. Skimpin, dirigiendo al Jurado otra expresiva

mirada—. Ellos contarán sus historias sin necesidad de consultar previamente con usted, si es que esa consulta no ha tenido ya efecto —otra mirada al Jurado—. Ahora, sir, diga al señor y al jurado lo que usted vio al entrar en la habitación del demandado esa mañana. Vamos, rompa usted, sir; tarde o temprano hemos de saberlo.

—El demandado, Mr. Pickwick, sostenía en sus brazos a la demandante y la abrazaba por la cintura —replicó Mr. Winkle con la natural vacilación—, y la demandante parecía estar desvanecida.

—¿Oyó usted decir algo al demandado?

—Le oí decir a la señora Bardell que era muy buena y rogarle que se tranquilizara, porque debía considerar la situación en que se hallaban si alguna persona venía, o cosa por el estilo.

—Ahora, Mr. Winkle, sólo he de preguntarle una cosa, y le suplico que tenga en cuenta la advertencia de su señoría. ¿Es usted capaz de jurar que Pickwick, el demandado, no dijo en

aquella ocasión: «Mi querida señora Bardell: es usted muy buena; tranquilícese, porque ya llegará la situación», o cosa por el estilo?

—Yo... yo no le entendí eso, en realidad —dijo Mr. Winkle, estupefacto ante aquella ingeniosa tergiversación de las pocas palabras que había dicho—; yo estaba en la escalera y no podía oír distintamente; mi impresión es...

—Los señores del Jurado no necesitan conocer sus impresiones, Mr. Winkle, que, por otra parte, presumo han de ser de escasa utilidad para las personas rectas y honradas —interrumpió Mr. Skimpin—. Estaba usted en la escalera y no podía oír distintamente; ¿mas no querrá usted jurar que Pickwick no empleó la expresión que acabo de indicar? ¿Debo entender eso?

—No, no quiero jurarlo —replicó Mr. Winkle. Y Mr. Skimpin se sentó con aire triunfador.

El caso de Mr. Pickwick no llevaba derrotero tan favorable hasta este momento para que le fuera posible resistir el peso de una sospecha.

Pero como tal vez se hallara en lo posible proyectar sobre él una luz que permitiera contemplarlo bajo mejores auspicios, levantóse Mr. Phunky con objeto de ver si podía sacar algún partido del conainterrogatorio de Mr. Winkle. Si sacó o no sacó algo importante de éste, se verá inmediatamente.

—Creo, Mr. Winkle —dijo Mr. Phunky—, que Mr. Pickwick no es un muchacho.

—¡Oh, no! —replicó Mr. Winkle—. Es bastante viejo para poder ser mi padre.

—Ha dicho usted a mi ilustre amigo que conoce hace mucho tiempo a Mr. Pickwick. ¿Tiene usted alguna razón para suponer o creer que pensara contraer matrimonio?

—¡Oh!, no; desde luego que no —replicó Mr. Winkle, con tan marcado afán, que hubiera hecho bien Mr. Phunky en hacerle descender de la tribuna lo más pronto posible.

Sostienen los juristas que hay dos clases de testigos perjudiciales: el que declara a regañadientes y el que lo hace con empeño excesivo.

Mr. Winkle asumía fatalmente estas dos predisposiciones.

—Voy a ir más lejos, Mr. Winkle —continuó Mr. Phunky con modales amables y complacientes—. ¿Vio usted alguna vez, en las inclinaciones y en la conducta de Mr. Pickwick en relación con el sexo contrario, algo que le indujera a presumir que proyectase contraer un matrimonio tardío?

—¡Oh!, no; desde luego que no —replicó Mr. Winkle.

—¿Se condujo siempre entre las damas como un hombre que, habiendo alcanzado una edad bastante avanzada, se contenta con sus propias ocupaciones y esparcimientos y las trata como un padre pudiera tratar a sus hijas?

—Así es, indudablemente —replicó Mr. Winkle, hablando con todo su corazón—. Eso es ... eso es.

—¿No advirtió usted nunca, en su proceder para con la señora Bardell o para con cualquiera otra mujer, nada que le hiciera concebir sos-

pechas? —dijo Mr. Phunky, disponiéndose a sentarse, en vista de las señas que le hacía el doctor Snubbin.

—No... no —repuso Mr. Winkle—; como no sea cierto episodio insignificante que, desde luego, podría explicarse fácilmente.

Si el desafortunado Mr. Phunky se hubiera sentado cuando el doctor Snubbin inició sus guiños, o si el doctor Buzfuz hubiera interrumpido este irregular conainterrogatorio desde el principio (lo cual se guardó muy bien de hacer, advirtiendo la ansiedad de Mr. Winkle y conociendo de sobra que había de tomar un camino favorable para él), no hubiera tenido lugar esta desdichada intervención. En el momento en que dejaba escapar Mr. Winkle aquellas palabras, cuando ya se sentaba Mr. Phunky y el doctor Snubbin decía al primero, con notoria prisa, que abandonara la tribuna, cosa que ya empezaba a hacer Mr. Winkle, hízole detenerse el doctor Buzfuz.

—¡Espere, Mr. Winkle, espere! —dijo el doctor Buzfuz—. Ruego a su señoría se sirva preguntarle qué sospechoso episodio es ese a que se refiere este señor y del que es protagonista ese anciano que puede ser su padre.

—Ya oye usted lo que dice el ilustre letrado, sir —observó el juez, volviéndose hacia el mísero y angustiado Mr. Winkle—. Describa las circunstancias a que se refiere usted.

—Señor —dijo Mr. Winkle, templando su emoción—, yo... me parece mejor que no...

—Tal vez tenga razón —dijo el pequeño juez—; pero es preciso que usted lo haga.

En medio del más profundo silencio, balbució Mr. Winkle el sospechoso e insignificante episodio en el cual Mr. Pickwick hubo de hallarse a media noche en el dormitorio de una dama, episodio que trajo por consecuencia, a lo que él creía, la ruptura del proyectado matrimonio de la señora en cuestión, así como la necesidad en que se habían visto todos de comparecer ante la presencia de Jorge Nupkins,

esquire, magistrado y juez de paz de la ciudad de Ipswich.

—Baje usted de la tribuna, sir —dijo el doctor Snubbin.

Abandonó la tribuna Mr. Winkle y encaminóse con delirante presteza a Jorge y el Buitre, donde, horas después, le descubrió un camareero, gimiendo triste y lúgubrementemente, con la cabeza sepultada bajo los almohadones de un sofá. Tracy Tupman y Augusto Snodgrass fueron severamente llamados a la tribuna de testigos; ambos corroboraron el testimonio de su infeliz amigo y ambos fueron impulsados a los linderos de la desesperación por la excesiva capciosidad del interrogatorio.

Susana Sanders fue llamada luego, interrogada por el doctor Buzfuz y constraintroada por el doctor Snubbin. Siempre había dicho y creído que Pickwick se casaría con la señora Bardell. Sabía que el compromiso entre la señora Bardell y Pickwick era la comidilla de la vecindad desde el desmayo de julio; habíalo oído

decir a la señora Mudbery, la chamarilera, y a la señora Bunkin, la planchadora; pero no veía en la Sala ni a la señora Mudbery ni a la señora Bunkin. Había oído a Pickwick preguntar al pequeño cómo le gustaría fuese su nuevo padre. No sabía que por aquel tiempo la señora Bardell frecuentase la amistad del panadero; pero sí sabía que el panadero era entonces soltero y se hallaba casado en la actualidad. No podría jurar que la señora Bardell no estuviera muy enamorada del panadero; mas pensaba que el panadero no estaba muy enamorado de la señora Bardell, toda vez que se había casado con otra. Sospechaba que la señora Bardell se había desmayado en la mañana de autos a causa de haberle pedido Mr. Pickwick que fijara el día. Podía decir de ella (de la testigo) que hubo de quedarse petrificada y desfallecida al pedirle Mr. Sanders que fijara el día; y creía que toda mujer que se considere una señora tenía que hacer lo mismo en análogas circunstancias. Había oído la pregunta de Pickwick acerca de

las canicas, pero daba su palabra de no hallarse familiarizada con estos objetos del juego infantil.

Interroga la Sala: Mientras duraron sus amores con Mr. Sanders, había recibido cartas de amor, como otras señoritas. En el curso de su correspondencia con Mr. Sanders había la éste llamado «patita», pero nunca «chuletas», ni mucho menos «salsa de tomate». Mr. Sanders había tenido mucha afición a los patos. Tal vez si le hubieran gustado también las chuletas y la salsa de tomate pudiera haberle dedicado aquellas afectuosas denominaciones.

Con más solemnidad que nunca, si era esto posible, levantóse el doctor Buzfuz y dijo con voz enérgica:

—Llámesese a Samuel Weller.

Casi era inútil llamar a Samuel Weller, porque el propio Samuel Weller subió vivamente a la tribuna no bien oyó pronunciar su nombre; y colocando su sombrero en el suelo y apoyando sus brazos en la barandilla, echó una mirada de

pájaro sobre los estrados y una ojeada de inteligencia al banco, con regocijado y animoso continente.

—¿Cómo se llama usted, sir? —preguntó el juez.

—Sam Weller, señor —respondió el testigo.

—¿Lo escribe usted con una «V» o con una «W»? —inquirió el juez.

—Eso va en gustos y en el capricho del que lo escribe —replicó Sam—. Yo no he tenido ocasión de escribirlo dos veces en mi vida, pero lo hago con una «V».

En este punto se oyó exclamar a una voz de la galería:

—Perfectamente, Samivel, perfectamente. Apunte usted una «V», señor.

—¿Quién es ese que osa levantar su voz en la Sala? —dijo el pequeño juez, levantando la mirada—. Ujier.

—Mande, señor.

—Traiga inmediatamente a esa persona.

—En seguida, señor.

Mas como el ujier no encontró a la persona, no pudo traerla, y después de una gran conmoción ocasionada por el público al levantarse para ver al culpable, sentáronse todos. Volvióse el pequeño juez hacia el testigo, tan pronto como le dejó hablar la indignación, y dijo:

—¿Sabe usted quién era, sir?

—Me inclino a creer que era mi padre, señor —repuso Sam.

—¿Le ve usted ahora? —dijo el juez.

—No, no le veo, señor —replicó Sam, dirigiendo su mirada a la linterna que colgaba del techo de la sala.

—Si le hubiera usted señalado, le hubiera hecho prender inmediatamente —dijo el juez.

Inclinóse Sam con reconocimiento, y volvióse con rostro extraordinariamente placentero hacia el doctor Buzfuz.

—Vamos, Mr. Weller.

—Diga, sir—replicó Sam.

—Creo que se halla usted al servicio de Mr. Pickwick, el demandado en este proceso. Tenga la bondad de hablar, Mr. Weller.

—Hablaré —repuso Sam—. Estoy al servicio de ese señor, que es muy buen servicio.

—¿Poco quehacer y mucha ganancia, supongo? —dijo el doctor Buzfuz, en tono festivo.

—¡Oh!, sí, bastante ganancia, sir, como dijo el soldado a quien mandaron dar trescientos cincuenta latigazos —replicó Sam.

—No tiene usted que contarnos lo que dijo el soldado ni ninguna otra persona, sir —interrumpió el juez—; eso no viene al caso.

—Muy bien, señor—replicó Sam.

—¿Recuerda usted algo de lo ocurrido en la primera mañana en que comenzó su servicio al demandado, Mr. Weller? —dijo el doctor Buzfuz.

—Sí que lo recuerdo, sir —respondió Sam.

—Tenga la bondad de decirlo al jurado.

—Que se me proporcionó aquella mañana un traje en bastante buen uso, señores del jura-

do —dijo Sam—, lo cual era para mí una cosa extraordinaria en aquellos días.

Prodújose con esto una risa general, y el pequeño juez, mirando airadamente por encima de su pupitre, dijo:

—Tenga usted cuidado, sir.

—Eso fue lo que me dijo entonces Mr. Pickwick, señor—replicó Sam—; y tuve mucho cuidado con el traje; mucho cuidado, señor.

Por espacio de dos minutos miró a Sam el juez con gran severidad; mas como los rasgos de Sam denotaran la más perfecta serenidad, el juez no dijo nada e invitó a continuar al doctor Buzfuz.

—¿Pretenderá usted decirme, Mr. Weller —dijo el doctor Buzfuz, cruzándose de brazos enfáticamente y volviéndose hacia el jurado, como si quisiera dar a entender la seguridad que abrigaba de confundir al testigo—, pretenderá usted decirme, Mr. Weller, que no vio usted nada del desmayo de la demandante en los

brazos del demandado, según ha oído usted relatar a los testigos?

—Desde luego que no —replicó Sam—. Yo me quedé en el pasillo hasta que me llamaron, y entonces ya no estaba allí la vieja.

—Óigame, Mr. Weller —dijo el doctor Buzfuz, sumergiendo una gran pluma en el tintero con objeto de atemorizar a Sam con aquella demostración que hacía de tomar nota de su respuesta—. ¿Estaba usted en el pasillo, y, sin embargo, no vio usted nada de lo que pasó? ¿Tenía usted dos ojos, por ventura, Mr. Weller?

—Sí, tenía un par de ojos —contestó Sam—, y ahí está la cosa. Si hubiera tenido un par de microscopios, de esos que aumentan las cosas dos millones de veces, tal vez pudiera haber visto lo que pasaba a través de unas escaleras y de una gruesa puerta: pero como sólo tenía dos ojos, ya comprenderá usted que mi vista era limitada.

Al oír esta respuesta, que fue pronunciada sin la más ligera señal de irritación y con toda

ecuanimidad, rompieron a reír los espectadores, sonrió el pequeño juez y pareció alterarse bastante el doctor Buzfuz. Después de una breve consulta con Dodson y Fogg, dirigióse nuevamente a Sam el doctor y dijo, haciendo penosos esfuerzos por ocultar la impresión vejatoria que le dominaba:

—Ahora, Mr. Weller, voy a hacerle una pregunta acerca de otro extremo.

—Como usted quiera, sir —repuso Sam con acento risueño. —¿Recuerda usted haber ido a casa de la señora Bardell cierta noche del pasado noviembre?

—Sí, perfectamente.

—¡Ah! ¿Recuerda usted eso, Mr. Weller? —dijo el doctor Buzfuz, cobrando aliento—. Ya suponía yo que al fin sacaríamos algo.

—También me lo figuraba yo, sir —replicó Sam.

Y otra vez se echaron a reír los espectadores.

—Bien; supongo que iría usted a hablar un poquito acerca de este proceso... ¿eh, Mr. We-

ller? —dijo el doctor Buzfuz, mirando al jurado con picardía.

—Fui a pagar la renta, pero hablamos un poco del proceso —replicó Sam.

—¡Ah! ¿Hablaron ustedes acerca del proceso? —dijo el doctor Buzfuz, resplandeciente de alegría ante la esperanza de llegar a algún descubrimiento importante—. Vamos a ver, ¿y qué es lo que se habló del proceso? ¿Tendría usted la bondad de decírmelo, Mr. Weller?

—Con el mayor placer, sir —respondió Sam—. Después de unas cuantas observaciones de las dos virtuosas señoras que acaban de ser interrogadas, empezaron las damas a mostrarse extraordinariamente admiradas de la honorable conducta de los señores Dodson y Fogg, esos dos señores que están sentados al lado de usted.

No hay para qué decir que estas palabras llevaron la atención general hacia Dodson y Fogg, los cuales adoptaron el aire más virtuoso posible.

—Los procuradores de la demandante —dijo el doctor Buzfuz—. ¡Está bien! Hablaron con gran elogio de la honorable conducta de los señores Dodson y Fogg, los procuradores de la demandante, ¿verdad?

—Sí —dijo Sam—. Dijeron ellas que era una gran generosidad el haberse hecho cargo de un asunto sin ganar nada con él, como no fuera lo que pudieran sacar de Mr. Pickwick.

Esta inesperada réplica produjo en el público una nueva explosión de risa, y Dodson y Fogg, poniéndose rojos como la grana, inclináronse hacia el doctor Buzfuz y le dijeron apresuradamente algo por lo bajo.

—Tienen ustedes razón —dijo el doctor Buzfuz en voz alta, con mal disimulada inquietud—. Es completamente inútil, señor, intentar sacar ninguna declaración de la impenetrable estupidez de este testigo. No molestaré a la Sala haciéndole más preguntas. Puede bajar, sir.

—¿Quiere preguntarme algún otro señor? —inquirió Sam, cogiendo su sombrero y mirando en derredor intencionadamente.

—Yo, no, Mr. Weller; gracias —dijo riendo el doctor Snubbin.

—Puede usted bajar, sir —dijo el doctor Buzfuz, haciendo con la mano un ademán impaciente.

Descendió Sam, en consecuencia, después de haber hecho a los señores Dodson y Fogg todo el daño posible y de haber dicho lo menos posible acerca de Mr. Pickwick, que era precisamente lo que se había propuesto.

—No tengo la menor objeción que hacer, señor —dijo el doctor Snubbin—, si se suprime el interrogatorio de otro testigo, que Mr. Pickwick ha recusado, y que es un caballero de situación independiente y extraordinariamente desahogada.

—Muy bien —dijo el doctor Buzfuz, guardando las dos cartas que se habían leído—. Por mí, he terminado, señor.

El doctor Snubbin enderezó al jurado su informe de defensa, consistente en una larga y enfática peroración, en la que dedicó elogios sin tasa a la persona y condición moral de Mr. Pickwick; mas como nuestros lectores tienen motivos para juzgar de los méritos y cualidades de este caballero mejor que el doctor Snubbin, no nos creemos obligados a reseñar por extenso las observaciones del ilustre jurisconsulto. Pretendió demostrar que las cartas que habíanse exhibido todas se referían a la comida o a los preparativos que debían hacerse en las habitaciones al regresar Mr. Pickwick de alguna excursión. Bastará añadir, en términos generales, que hizo cuanto pudo en favor de Mr. Pickwick, y el que hace cuanto puede, según la infalible autoridad del viejo proverbio, no está obligado a más.

El justicia Stareleigh hizo el resumen en la forma establecida y consagrada. Leyó al jurado cuantas notas pudo descifrar al correr del discurso, y se extendió en superficiales co-

mentarios acerca del conjunto de la declaración. Si tenía razón la señora Bardell, era perfectamente claro que no la tenía Mr. Pickwick; y si juzgaban fidedigna la declaración de la señora Cluppins, debían prestarle crédito; y si no la juzgaban así, no deberían prestárselo. Si estaban convencidos de que había habido ruptura de una promesa matrimonial, debían otorgar a la demandante el derecho a la indemnización que estimasen proporcionada; y si, por otra parte, abrigaban la convicción de que nunca existió promesa de matrimonio, no debían condenar al demandado a ninguna clase de indemnización. Retiróse el jurado de la Sala para deliberar acerca de la materia y retiróse el juez a sus habitaciones privadas para reponer sus fuerzas con una chuleta de cordero y una copa de Jerez.

Transcurrió un azaroso cuarto de hora, volvió el Jurado, se avisó al juez. Calóse los lentes Mr. Pickwick, y miró al presidente con rostro agitado y corazón palpitante.

—Señores —dijo el caballero de negro—, ¿han redactado ustedes su veredicto?

—Sí, señor —respondió el presidente.

—¿Es favorable a la demandante, señores, o al demandado?

—A la demandante.

—¿Con qué indemnización, señores?

—Setecientas cincuenta libras.

Quitóse los lentes Mr. Pickwick, enjugó los cristales escrupulosamente, plegó la armadura, los metió en la caja e introdujo ésta en su bolsillo; calzóse los guantes, con pulcra distinción, en tanto que miraba al presidente del jurado, siguiendo después maquinalmente a Mr. Perker y a la bolsa azul fuera de la Sala.

Detuviéronse un momento en una habitación lateral, mientras que Mr. Perker pagaba los derechos de Audiencia, y allí uniéronse a Mr. Pickwick sus amigos. Allí también se encontraron con los señores Dodson y Fogg, que se frotaban las manos con muestras inequívocas de una gran satisfacción.

—Está bien, señores —dijo Mr. Pickwick.

—Bien, sir—dijo Dodson.

—Perfectamente, sir —dijo Fogg para sí y para su asociado.

—¿Piensan ustedes que van a sacar las costas, señores? —dijo Mr. Pickwick.

Fogg dijo que lo consideraba más que probable. Sonrió Dodson, y dijo que lo intentarían.

—Pueden ustedes intentar y reintentar todo lo que quieran, señores Dodson y Fogg —dijo Mr. Pickwick con gran vehemencia—, pero no me sacarán ustedes ni un solo penique, aunque tenga que acabar mis días en una prisión de insolventes.

—¡Ja, ja! —rió Dodson—. Ya lo pensará usted mejor antes del próximo ejercicio, Mr. Pickwick.

—¡Ji, ji, ji! Ya veremos eso, Mr. Pickwick —gruñó Fogg.

Mudo de indignación, dejóse conducir Mr. Pickwick hasta la calle por el procurador y sus amigos, y allí montaron en un coche que había-

se buscado al objeto por el siempre vigilante Sam Weller.

Levantaba Sam el estribo y disponíase a saltar al pescante, cuando sintió que le tocaban en el hombro suavemente; volvióse, y se encontró con su padre. El rostro del anciano denotaba una expresión dolorosa; movió la cabeza gravemente, y dijo con acento de reconvención.

—Ya sabía yo en lo que acabaría con ese modo de llevar el asunto. ¡Oh, Sammy, Sammy!, ¿por qué no se hizo lo de la coartada?

35. EN EL CUAL PIENSA MR. PICKWICK QUE LO QUE DEBE HACER ES IRSE A BATH, Y PROCEDE EN CONSECUENCIA

—¿Pero es cosa decidida, mi querido señor —decía el pequeño Perker, que se hallaba en la habitación de Mr. Pickwick a la mañana siguiente a la vista—; pero es cosa decidida... hablando ahora seriamente y dejando aparte la indignación... que no piensa usted pagar las costas ni la indemnización?

—Ni medio penique —dijo con firmeza Mr. Pickwick—; ni medio penique.

—¡Hurra por los principios!, como dijo el prestamista que no quería renovar el pagaré —observó Mr. Weller, que quitaba a la sazón los cacharros del almuerzo.

—Sam —dijo Mr. Pickwick—: ten la bondad de marcharte. —En seguida, sir —replicó Mr. Weller.

Y obedeciendo la tímida indicación de Mr. Pickwick, retiróse Sam.

—No, Perker —dijo Mr. Pickwick con serio talante—; mis amigos se han empeñado en disuadirme de esa determinación, pero no lo han conseguido. Viviré como hasta aquí hasta que la parte contraria logre hacerse con la orden de ejecución contra mí; y si son bastante infames para servirse de ella y me llevan a prisión, me rendiré animosamente y con el corazón satisfecho. ¿Cuándo pueden hacer eso?

—Pueden obtener la orden de ejecución, mi querido señor, por el importe de la indemnización y de las costas, en el próximo ejercicio —repuso Perker—; de aquí a dos meses, mi querido señor.

—Muy bien —dijo Mr. Pickwick—. Hasta entonces, amigo, no me hable usted más del asunto. Y ahora —continuó Mr. Pickwick, mirando a sus amigos con alegre sonrisa y con un brillo en la mirada que no podían oscurecer ni ocultar los anteojos—, lo único que hay que resolver es adónde vamos ahora.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass estaban demasiado afectados por el heroísmo de su amigo para hallarse en condiciones de articular respuesta. Mr. Winkle aún no se había recobrado por completo del sinsabor ocasionado por su malhadada declaración, por lo cual no podía hacer observación alguna; así es que Mr. Pickwick esperó en vano la respuesta.

—Bien —dijo Mr. Pickwick—; si me dejan la elección del punto, yo digo que Bath. Creo que ninguno de nosotros ha estado allí.

Ninguno había estado, en efecto, y como la propuesta fue calurosamente secundada por Perker, que juzgaba probable que un pequeño cambio en la vida de Mr. Pickwick, con la alegría consiguiente, podría tal vez inclinarle a pensar mejor acerca de su determinación y peor acerca de la prisión de insolventes, quedó aceptada por unanimidad. Despachóse a Sam al instante a El Caballo Blanco para tomar cinco asientos en el coche de las siete y media de la mañana siguiente.

Quedaban precisamente dos plazas libres en el interior y tres en la imperial, por lo cual decidió Sam Weller tomarlas; y después de cambiar algunos cumplimientos con el empleado de la administración acerca de cierta media corona de estaño que le devolvieran entre las monedas del cambio, volvió a Jorge y el Buitre, donde se enredó hasta la hora de acostarse en acomodar los trajes y la ropa blanca en el menor espacio posible, y puso en actividad sus habilidades mecánicas desplegando una serie de ingeniosos artificios para cerrar unas maletas que no tenían bisagras ni cerraduras.

La mañana siguiente resultó bien poco propicia para un viaje, pues era lluviosa y fría. Los caballos de las paradas, así como los que atravesaban la ciudad, producían un vaho tan espeso, que hacíanse invisibles los pasajeros. Los vendedores de periódicos estaban chorreando y olían a cieno; la lluvia caía a torrentes de los sombreros de los vendedores de naranjas, y al meter éstos sus cabezas por las ventanillas del

coche volcaban sobre los viajeros una refrescante catarata. Los judíos guardaban desesperados sus navajas de cincuenta hojas; los vendedores de cuadernos empaquetaban su mercancía. Las cadenas y los tridentes bajaban de precio; las cajas de lápices y las esponjas estaban por los suelos.

Dejando a Sam Weller que rescatara el equipaje de los siete u ocho mozos que con furia salvaje arrojáranse a él en el momento de detenerse el coche, y sabiendo que aún tardarían veinte minutos en partir, Mr. Pickwick y sus amigos se refugiaron en la sala de descanso, último recurso de la humana tribulación.

La sala de viajeros de El Caballo Blanco no hay que decir que era bastante incómoda, que si no, no sería sala de viajeros. Tratábase de una habitación lateral, de la que parecía haberse apoderado un pretencioso fogón de cocina, provisto de un rebelde hurgón, de una pala y de unas tenazas. Hallábase dividida en compartimentos, para que los viajeros pudieran aco-

modarse aisladamente, y provista de un reloj de pared, un espejo y un camarero animado, utensilio este último que se veía confinado en un estrecho canal, situado en un rincón de la estancia, donde daba cima a la tarea de fregar los vasos.

Ocupaba a la sazón uno de los compartimientos un hombre de severa mirada, de unos cuarenta y cinco años, cuya lustrosa y calva frente terminaba lateral y posteriormente en un cerco abundante de negros cabellos y cuyo rostro ostentaba dos grandes mostachos, negros también. Llevaba parda casaca, abotonada hasta arriba, y en la silla de al lado yacían un inmenso gabán y un capote. Al entrar Mr. Pickwick, levantó el mencionado caballero sus ojos de la mesa en que almorzaba y le dirigió una mirada altanera y enérgica, llena de dignidad; y luego de contemplar a su sabor, con escrutador empeño, a Mr. Pickwick y a sus acompañantes, inició un tarareo que parecía querer manifestar que abrigaba la suspicacia de que alguien se

proponía ganarle la mano, pero que eso no podía ser.

—Camarero —dijo el caballero de los mostachos.

—¿Sir? —respondió un hombre de cara sucia, que llevaba una toalla en el mismo estado, surgiendo del canal.

—Otra tostada.

—En seguida, sir.

—Con manteca, fíjese bien —dijo el caballero, en tono autoritario.

—Al momento, sir —replicó el camarero.

Reanudó su tarareo el caballero de los mostachos y, en espera de la tostada, acercóse al fuego, cruzó sus manos sobre los faldones de su casaca y se entregó a la meditación.

—No se dónde parará el coche de Bath —dijo Mr. Pickwick, dulcemente, a Mr. Winkle.

—¡Hum!... ¿qué es eso? —dijo el extraño caballero.

—Hacía una observación a mi amigo, sir —respondió Mr. Pickwick, siempre dispuesto a

entrar en conversación—. Le preguntaba que dónde pararía el coche al llegar a Bath. Tal vez pudiera usted informarme.

—¿Va usted a Bath? —dijo el desconocido.

—Sí, sir —respondió Mr. Pickwick.

—¿Y esos otros señores?

—También van —dijo Mr. Pickwick.

—¿Pero no en el interior, supongo?... Me he fastidiado si van ustedes dentro —dijo el desconocido.

—No todos —dijo Mr. Pickwick.

—¡No, todos, no! —repuso enfáticamente el desconocido—. Yo he tomado dos asientos. Si pretenden que vayan seis apiñados en ese cajón infernal, en que sólo caben cuatro, tomaré una posta y haré una reclamación. Yo he pagado mi viaje. Eso no lo tolero. Ya le dije al empleado, al tomar los billetes, que no lo aguantaba, porque sé que se ha hecho ya otras veces. Sé que lo hacen todos los días; pero a mí no me lo han hecho nunca ni me lo harán. Los que me conocen lo saben bien. ¡Pues no faltaba más!

Tiró violentamente de la campanilla el irascible caballero y dijo al camarero que como no le trajera inmediatamente la tostada podía prepararse.

—Señor mío —dijo Mr. Pickwick—, permítame que le observe que su excitación está completamente injustificada. Yo sólo he tomado dos asientos de interior.

—Me alegro de saberlo —dijo el rabioso caballero—. Retiro mis palabras. Doy a usted mis satisfacciones. Aquí está mi tarjeta. Démonos a conocer.

—Con mucho gusto, sir —replicó Mr. Pickwick—. Vamos a ser compañeros de viaje, y espero que ambos lo pasaremos agradablemente.

—Así lo espero, sir —dijo el altivo caballero—. Estoy seguro de ello. Me agrada su aspecto de usted. Me agradan los demás. Señores, denme sus manos y sus nombres. Hagámonos amigos.

Ni que decir tiene que a esta graciosa invitación siguió un cambio de saludos amicales. El altivo caballero procedió a comunicar inmediatamente a los amigos, en el mismo estilo, compuesto de frases cortadas, abruptas, inquietas, que su nombre era Dowler; que se dirigía a Bath, en viaje de placer; que había pertenecido al ejército; que en la actualidad se dedicaba a negocios, como particular; que vivía de sus rentas, y que la persona a que se destinaba el otro asiento que había tomado era nada menos que la señora Dowler, su esposa.

—Es una mujer hermosa —dijo Dowler—. Me siento orgulloso de ella, y con razón.

—Tendré el gusto de juzgar por mí mismo —dijo Mr. Pickwick con una sonrisa.

—Ya lo creo —replicó Dowler—. Ella le conocerá a usted. Le estimará. Le hice el amor de una manera muy singular. La conquisté gracias a un voto audaz. Fue de esta manera: La vi, la amé, la solicité, me rechazó. «¿Ama usted a otro?» «Respete mi pudor.» «¿Le conozco?» «Le

conoce usted.» «Muy bien; si está aquí, le desuello vivo.»

—¡Qué atrocidad! —exclamó involuntariamente Mr. Pickwick.

—¿Desolló usted al caballero, sir? —preguntó Mr. Winkle, poniéndole muy pálido.

—Le puse una esquela. Le dije que se trataba de una cuestión muy desagradable, y realmente lo era.

—Sin duda ninguna —interrumpió Mr. Winkle.

—Le dije que había empeñado mi palabra de caballero de desollarle. Mi honor se hallaba en entredicho. No podía elegir. Como oficial al servicio de Su Majestad, estaba obligado a desollarle. Lo sentía mucho, pero no había más remedio. Él se convenció. Se hizo cargo de que las exigencias del servicio son imperiosas. Huyó. Me casé con ella. Aquí está el coche. Ésa es su cabeza.

Al acabar Mr. Dowler, señaló a un coche que acababa de llegar, por cuya abierta ventana

asomaba, debajo de un sombrero azul, un lindo rostro, que buscaba con afán entre la muchedumbre que allí se hallaba estacionada: probablemente buscaba al hombre audaz. Pagó su consumo Mr. Dowler y se precipitó con su gorra de viaje, su gabán y su capa. Mr. Pickwick y sus amigos se apresuraron a requerir sus asientos.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se habían sentado en la trasera del coche; Mr. Winkle tenía asiento en el interior, y Mr. Pickwick se disponía a ocupar su sitio, cuando Sam Weller se acercó a su amo y le pidió licencia por lo bajo para decirle algo, con aire de profundo misterio.

—¿Qué, Sam —dijo Mr. Pickwick—, qué hay?

—Algo que corre por ahí, sir —respondió Sam.

—¿Qué es? —inquirió Mr. Pickwick.

—Pues hay, sir —repuso Sam—, que mucho me temo que el propietario de este coche quiera jugarle una mala pasada.

—¿Cómo es eso, Sam? —dijo Mr. Pickwick—. ¿No están los nombres en la hoja de ruta?

—Los nombres no sólo están en la hoja de ruta, sir —replicó Sam—, sino que están pintados en la puerta del coche.

Y al decir esto, señaló Sam al punto de la portezuela del coche en que figura generalmente el nombre del propietario, y allí, sin que pudiera haber lugar a dudas, en letras doradas de gran tamaño, veíase el nombre mágico de Pickwick.

—¿Cómo es esto? —exclamó Mr. Pickwick, asombrado de aquella coincidencia—. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Sí, pero no es eso todo —dijo Sam, llamando nuevamente la atención de su amo hacia la portezuela del carruaje—; no contento con escribir «Pickwick», pone delante «Moisés», lo cual es añadir la injuria al agravio, co-

mo dijo el loro cuando vio que no sólo le sacaban de su país natal, sino que le obligaban además a hablar inglés.

—Es muy extraño, Sam —dijo Mr. Pickwick—; pero si nos quedamos aquí hablando, vamos a perder nuestros asientos.

—¿Qué, no hay nada que hacer en vista de esto, sir? —exclamó Sam, estupefacto ante la indiferencia con que Mr. Pickwick parecía disponerse a embutirse en el coche.

—¡Hacer! —dijo Mr. Pickwick—. ¿Hacer qué?

—¿Es que no hay que darle a alguno algún latigazo por tomarse esa libertad, sir? —dijo Mr. Weller, que esperaba, al menos, se le comisionase para retar al guarda y al cochero a un encuentro singular en aquel mismo instante.

—Claro que no —replicó Mr. Pickwick con decisión—; de ninguna manera. Sube a tu sitio inmediatamente.

«Temo», se dijo Sam para sus adentros, «que le ocurra al amo algo raro, pues si no, no hubie-

ra tomado la cosa con tanta tranquilidad. No me extrañaría que ese proceso le hubiera trastornado el juicio, porque le encuentro mal, muy mal».

Movió Mr. Weller gravemente la cabeza, y es digno de notarse, para encarecer la importancia que dio a la cosa, que no habló una sola palabra hasta que traspuso el coche la barrera de Kensington, lo cual representaba para él una meditación y un silencio tan largos, que puede considerarse el hecho insólito y sin precedente.

Nada de particular ocurrió durante el viaje. Mr. Dowler relató un sinnúmero de anécdotas, en todas las cuales campeaban sus proezas personales y las dificultades con que había luchado, apelando de cuando en cuando al testimonio corroborante de la señora Dowler, que terciaba invariablemente, a guisa de apéndice, recordando algún hecho o circunstancia olvidados por Mr. Dowler, o tal vez omitido por razones de modestia, porque todas las adiciones concurrían a demostrar que Mr. Dowler era

un ser mucho más maravilloso de lo que él mismo daba a entender. Mr. Pickwick y Mr. Winkle escuchaban admirados y conversaban a intervalos con la señora Dowler, que era una simpática y fascinadora mujer. Tanto, que entre las narraciones de Mr. Dowler, los encantos de la señora Dowler, el buen humor de Mr. Pickwick y el buen escuchar de Mr. Winkle, reinó en el interior la más grata camaradería durante todo el camino. Los viajeros del exterior hicieron lo que hacen todos los viajeros del exterior. Mostráronse alegres y locuaces al principio de cada trayecto, soñolientos y decaídos hacia la mitad y extraordinariamente animosos y despiertos al acercarse el fin. Había un joven, con una capa impermeable, que se pasó el día fumando cigarros, y había otro joven, envuelto en una parodia de gabán, que encendió una infinidad y, sintiéndose indudablemente molesto a la segunda chupada, los tiraba cuando juzgaba que nadie le veía. Había en el pescante otro joven que manifestaba un gran afán por adqui-

rir conocimientos de ganadería, y un viejo, en el asiento de atrás, que demostraba hallarse familiarizado con los asuntos agrícolas. Hubo un pasar incesante de hombres de blusa y chaquetas blancas, que fueron invitados por el mayoral a subir y que conocían a todos los caballos y postillones del camino y a los que no eran del camino. Hubo una comida que hubiera sido barata, a media corona por boca, de haber habido bocas capaces de despacharla en el tiempo asignado. Y a las siete de la tarde, Mr. Pickwick y sus amigos y Mr. Dowler y su esposa retiráronse a sus estancias respectivas del hotel El Ciervo Blanco, que da frente al gran Balneario de Bath, donde los sirvientes podían haberse confundido con los chicos de Westminster si la conducta irreprochable de los primeros no hiciera imposible la confusión.

Apenas terminara el almuerzo a la mañana siguiente, cuando un camarero entró con una tarjeta de Mr. Dowler, en la que solicitaba licencia para presentar a un amigo suyo. In-

mediatamente después de ser entregada la tarjeta, entró Mr. Dowler en compañía de su amigo.

Era el amigo un joven encantador, de poco más de cincuenta años, vestido con casaca azul de botones resplandecientes, negros pantalones y un par de botas finísimas, extraordinariamente charoladas. Un monóculo con cerco de oro colgaba de su cuello por medio de una ancha y corta cinta negra; una tabaquera de oro jugaba con elegancia en su mano izquierda; innumerables sortijas brillaban en sus dedos, y un gran diamante, en un alfiler de oro, centelleaba en la pechera de su camisa. Tenía un reloj de oro y una cadena de oro, de la que pendían enormes guardapelos de oro, y llevaba un bastón de ébano con pesada empuñadura de oro. Su camisa era blanquísima, finísima y planchadísima; su peluca, de las más abundosas, negrísima y rizada. Su tabaco era de príncipe y su perfume *bouquet du roi*. Sus rasgos se contraían en una sonrisa perenne, y

guardaban sus dientes un orden tan perfecto, que era difícil a distancia distinguir los postizos de los propios.

—Mr. Pickwick —dijo Mr. Dowler—: mi amigo, Angelo Cyrus Bantam, esquire, maestro de ceremonias de Bantam; Mr. Pickwick. Ya se conocen ustedes.

—Sea usted bien venido a Bath, sir. Es verdaderamente una adquisición. Bien venido a Bath, sir. Hace mucho, mucho tiempo que Mr. Pickwick no toma las aguas. Se me figura un siglo, Mr. Pickwick. ¡Notable!

Tales fueron las frases con que Angelo Cyrus Bantam, esquire, maestro de ceremonias, estrechó la mano de Mr. Pickwick. Retúvola entre tanto, haciendo una serie de encogimientos de hombros y de inclinaciones, como si realmente le fuera imposible hacerse a la idea de abandonarla.

—Hace mucho tiempo que no tomo las aguas, ciertamente —replicó Mr. Pickwick—, porque, que yo sepa, no las he tomado nunca.

—¡Nunca en Bath, Mr. Pickwick! —exclamó el gran maestro, dejando caer la mano, aniquilado por la estupefacción—. ¡Nunca en Bath! ¡Je, je! Mr. Pickwick, es usted muy bromista. No está mal; no está mal. Bueno, bueno. ¡Je, je, je! ¡Notable!

—Aunque me avergüence, tengo que decir que hablo completamente en serio —repuso Mr. Pickwick—. No he estado aquí nunca.

—¡Ah! ya veo —exclamó el gran maestro, manifestando gran contento—; sí, sí... bueno, bueno... mejor que mejor. Usted es el señor de quien hemos oído hablar. Sí; le conocemos a usted, Mr. Pickwick, le conocemos.

«Las noticias del proceso, en esos malditos periódicos», pensó Mr. Pickwick. «Ya se han enterado de todo».

—Usted es el señor que reside en Clapham Green —continuó Bantam—, que se quedó baldado por haber cometido la imprudencia de coger frío después de beber vino de Oporto; que no podía moverse por los dolores agudos

que sufría, y al que se llevó el agua del Baño del Rey embotellada a ciento tres grados⁹. Se le mandaba en un carro hasta su dormitorio de la ciudad, donde se bañó, estornudó y se puso bueno en un solo día. ¡Muy notable!

Agradeció Mr. Pickwick la fineza que implicaba aquella suposición, mas tuvo la abnegación de rechazarla, y aprovechándose de una pausa del maestro de ceremonias, pidió licencia para presentar a sus amigos Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass, presentación que honró grandemente al maestro de ceremonias y le colmó de placer.

—Bantam —dijo Mr. Dowler—: Mr. Pickwick y sus amigos son forasteros. Tienen que inscribir sus nombres. ¿Dónde está el libro?

—El registro de los visitantes distinguidos de Bath estará en la sala de baños mañana a las dos —replicó el maestro de ceremonias—. ¿Quiere usted acompañar a nuestros amigos al

⁹ Grados Fahrenheit (*N. del T.*)

espléndido edificio y proporcionarme el honor de registrar sus autógrafos?

—Así lo haré —respondió Dowler—. Es una visita larga. Ya es hora de marcharse. Volveré dentro de una hora. Vamos.

—Esta noche hay baile —dijo el maestro de ceremonias, tomando de nuevo la mano de Mr. Pickwick al levantarse—. Las noches de baile, en Bath, son horas arrancadas del Paraíso; se hacen encantadoras por la música, la belleza, la elegancia, la distinción, la etiqueta y... y... sobre todo, por la ausencia de mercachifles, que son completamente incompatibles con el Paraíso y que se amalgaman todos en Guildhall cada quince días, lo que es verdaderamente notable. ¡Adiós, adiós!

Y asegurando, mientras bajaba las escaleras, hallarse satisfecho, encantado y halagadísimo, Angelo Cyrus Bantam, esquire, maestro de ceremonias, subió a un elegante carruaje que le esperaba a la puerta y se alejó.

A la hora señalada, Mr. Pickwick y sus amigos, escoltados por Dowler, encamináronse a la sala de reunión e inscribieron sus nombres en el libro. Fue un ejemplo de amabilísima deferencia que confundió y llenó de gratitud a Angelo Bantam. Las papeletas de admisión para la fiesta de la noche debían ser extendidas para todos, y como aún no estaban preparadas, decidió Mr. Pickwick, a despecho de todas las protestas de Angelo Bantam, enviar a Sam a recogerlas, a las cuatro de la tarde, a casa del maestro de ceremonias, que se hallaba en la plaza de la Reina. Luego de dar un corto paseo por la ciudad y de llegar a la conclusión unánime de que Park Street se parecía mucho a esas calles empinadísimas que en sueños suelen verse y por las cuales se hace imposible subir, volvieron a El Cervo Blanco y despacharon a Sam con la comisión a que su amo se había comprometido.

Calóse el sombrero Sam Weller con gracioso desgaire y, metiendo sus manos en los bolsillos de su chaleco, encaminóse decidido a la plaza

de la Reina, silbando, en tanto que caminaba, los aires populares en boga, arreglados según nuevas modulaciones para el noble instrumento bucal o tubular. Al llegar frente al número de la plaza de la Reina que se le había indicado, cesó de silbar y dio un golpe discreto en la puerta, al que acudió instantáneamente un lacayo, de cabeza empolvada y gran librea, que tenía una estatura bastante aventajada.

—¿Vive aquí Mr. Bantam, buen viejo? —preguntó Sam Weller, nada intimidado por la llamarada esplendorosa que se ofreció a su vista en la persona del lacayo empolvado de gran librea.

—Por qué, joven? —preguntó con altanería el lacayo de cabeza empolvada.

—Porque, si es así, tiene usted que entrar esta tarjeta y decir que espera Mr. Weller —dijo Sam.

Y diciendo esto, se coló en el portal con gran desembarazo y se sentó.

El lacayo de empolvada cabeza dio un fuerte portazo y frunció altivamente el ceño, portazo y fruncimiento que pasaron inadvertidos para Sam, que contemplaba atentamente, con señales inequívocas de crítico satisfecho, un inmenso paraguas de caoba.

La acogida que mereciera la tarjeta por parte del amo debió predisponer en favor de Sam al lacayo de empolvada cabeza, porque al volver, después de entregarla, sonrióle amistosamente y le dijo que se le daría en seguida la contestación.

—Muy bien —dijo Sam—. Diga al viejo que no vaya a sudar por apresurarse. Que no se dé prisa, *seis pies*. Yo he comido ya.

—Temprano come usted, sir —dijo el lacayo de empolvada cabeza.

—Así llego mejor a la cena —replicó Sam.

—¿Hace tiempo que está usted en Bath, sir? —preguntó el empolvado lacayo—. No he tenido el gusto de verle nunca.

—Aún no he causado aquí gran sensación —repuso Sam—, porque yo y los otros elegantes hemos llegado anoche.

—Hermosa ciudad, sir —dijo el empolvado lacayo.

—Así parece —observó Sam.

—Agradable sociedad, sir —observó el empolvado lacayo—. Hay criadas muy agradables, sir.

—Ya lo suponía yo —replicó Sam—. Gentes afables, llanas, de esas que no se ocupan de nadie.

—¡Oh!, así es, sir —dijo el empolvado lacayo, tomando como una fineza la observación de Sam—; así es. ¿No lo gasta usted, sir? —preguntó el alto lacayo, sacando una tabaquera que tenía una cabeza de zorra en una esquina.

—Sin estornudar, no —replicó Sam.

—Caramba, pues así es difícil, sir, lo confieso —dijo el lacayo.

—Esto hay que hacerlo poco a poco, sir. El café es lo mejor. Yo he usado el café mucho tiempo. Se parece mucho al rapé, sir.

Un fuerte campanillazo impuso al empolvado lacayo la ignominiosa obligación de meterse en el bolsillo la tabaquera y echar a correr con humilde semblante al «estudio» de Mr. Bantam. ¡Que, por cierto, no ha habido hombre de los que jamás leen ni escriben que no tenga algún pequeño aposento retirado al que llama estudio!

—Aquí está la contestación, sir —dijo el empolvado lacayo—. Temo que la encuentre usted demasiado voluminosa.

—No se preocupe —dijo Sam, tomando una carta encerrada en pequeñísimo sobre—. De esa manera, el ser más débil puede cargar con ella.

—Espero que volveremos a vernos, sir —dijo el empolvado lacayo, frotándose las manos y acompañando a Sam hasta la puerta.

—Es usted muy amable, sir —replicó Sam—. Ahora, no se imponga usted muchas fatigas;

sería una lástima en una persona tan amable. Considere usted que se debe a la sociedad, y no debe permitir que le agobie un trabajo excesivo. Por sus amigos, consérvese usted lo mejor que pueda; piense en la pérdida que para ellos sería.

Y con estas frases patéticas se alejó Sam Weller.

—Es un joven muy original —dijo el empolvado lacayo, viendo alejarse a Mr. Weller y haciendo un gesto que parecía significar que no se trataba de un hombre que se dejara mangonear.

Sam no dijo absolutamente nada. Guiñó un ojo, movió la cabeza, sonrió, volvió a guiñar y, adoptando la actitud de aquel que está dispuesto a echarlo todo a broma, emprendió alegremente su camino.

Veinte minutos antes de las ocho de la noche, Angelo Cyrus Bantam, esquire, el maestro de ceremonias, apeábase de su carruaje a la puerta del casino con la misma peluca, los

mismos dientes, el mismo monóculo, el mismo reloj con los guardapelos, las mismas sortijas, el mismo alfiler y el mismo bastón. La única diferencia apreciable en su indumento y tocado podría ser que llevaba una casaca de azul más vivo, camisola de seda blanca, negros pantalones ajustados, medias negras, escaarpines del mismo color; que ostentaba un magnífico chaleco blanco y que difundía, si cabe, un perfume más penetrante.

Ataviado de esta guisa, el maestro de ceremonias, cumpliendo rigurosamente los deberes de su importante cargo, situóse a la entrada de los salones para recibir a la concurrencia.

Como Bath rebosaba de gente, la concurrencia y las monedas de seis peniques del té entraban a raudales. En la sala de baile, en el gran salón de juego, en la sala octogonal de juego y en las escaleras y galerías se oía un murmullo constante de voces y el ruido de muchas pisadas. Rozaban las sedas, ondeaban las plumas, fulgían las luces y resplandecían las joyas. Per-

cibíase una música, no la del rigodón, porque éste aún no había empezado, pero sí la música de unos pasitos suaves y delicados, entreverados de risas claras y alegres, dulce y queda, pero agradabilísima de oír cuando la produce la voz de una mujer, lo mismo en Bath que en otra parte cualquiera. Por todas partes brillaban miradas reveladoras de placentera expectación y veíase por doquier deslizarse entre la muchedumbre formas exquisitas y graciosas que, no bien se perdían, eran reemplazadas por otras igualmente lindas y hechiceras.

En la sala del té y merodeando alrededor de las mesas de juego veíase una nutrida pléyade de viejas y raras señoras y de decrepitos caballeros, que discutían los pequeños escándalos del día con una fruición y un gusto que denunciaban a las claras la intensidad del gozo que sacaban de semejante ocupación. Mezclábanse entre estos grupos tres o cuatro mamás casamenteras que, simulando hallarse absorbidas en la conversación, no dejaban de lanzar, de

tiempo en tiempo, ávidas ojeadas de soslayo sobre sus hijas, quienes, recordando la orden maternal de sacar de su juventud todo el partido posible, ya habían comenzado esos primeros flirteos que consisten en extraviar sus chales, ponerse los guantes, dejar las tazas sobre la mesa, y así sucesivamente; nonadas aparentes que rinden, no obstante, efectos maravillosos cuando son guiadas por manos expertas y adiestradas.

Hacia las puertas y en los rincones extremos de la sala pululaban nutridas falanges de pollos insustanciales, que desplegaban una variada gama de dandismo y estolidez. Con su aire atolondrado y presuntuoso, eran objeto de la burlona contemplación de los discretos y se creían el blanco de la general admiración, ilusión pueril que liberalmente se tolera por las gentes serias.

Y, por último, sentadas en los bancos de atrás, en los cuales habían tomado sus posiciones para la velada, había diversas solteronas

que, habiendo ya perdido su oportunidad, no bailaban por no tener pareja y no tomaban parte en los juegos de cartas por miedo a que se les considerase como solteras irredimibles. En esta situación, se permitían criticar a todo el mundo, sin pararse a reflexionar en ellas mismas. Y podían criticar a todo el mundo, porque todo el mundo estaba allí. Era una escena en que se mezclaban la alegría, el brillo y la ostentación; una escena de ricos vestidos, hermosos espejos, guirnaldas y bujías; y por todas partes, corriendo de un lado a otro, con muda suavidad, distribuyendo obsequiosas reverencias, saludando familiarmente a aquél y sonriendo complacido a todos, veíase la atildada y elegante persona de Angelo Cyrus Bantam, esquire, el maestro de ceremonias.

—Deténgase en la sala del té. Dé usted los seis peniques. Le darán a usted agua caliente, que es a lo que aquí llaman té. Bébalo —dijo Mr. Dowler en voz alta, dirigiéndose a Mr.

Pickwick, que avanzaba, al frente de sus amigos, llevando del brazo a la señora Dowler.

Dio una vuelta Mr. Pickwick por la sala del té y, no bien le echó la vista encima, Mr. Bantam se abrió camino entre la multitud y le recibió extasiado de placer.

—Mi querido señor, me siento honradísimo. Es una honra para Bath. Señora Dowler, usted embellece los salones. Felicito a usted por sus plumas. ¡Notable!

—¿Hay alguien aquí? —inquirió Dowler con acento suspicaz.

—¡Alguien! La elite de Bath, Mr. Pickwick. ¿Ve usted aquella señora con turbante de gasas?

—¿La vieja gorda? —preguntó Mr. Pickwick inocentemente.

—¡Chist!, mi querido señor... en Bath nadie es gordo ni viejo. Ésa es la ilustre señora Snuphanuph.

—¿Es ella? —dijo Mr. Pickwick.

—Nada menos que ella, se lo aseguro a usted —dijo el maestro de ceremonias—. ¡Chist! Acérquese un poco más, Mr. Pickwick. ¿Ve usted aquel joven elegantísimo que viene hacia acá?

—¿Ese de cabellos largos y de frente pequeñísima? —preguntó Mr. Pickwick.

—El mismo: el joven más rico de Bath en la actualidad. El joven lord Muntanhed.

—¿Es posible? —dijo Mr. Pickwick.

—Sí; oirá usted su voz inmediatamente, Mr. Pickwick. Viene a hablarme. El que le acompaña, de chaleco rojo y bigote negro, es el honorable Mr. Crushton, su íntimo amigo. ¿Qué tal, milord?

—Mucho calor, Bantam —dijo su señoría.

—Sí, hace mucho calor, milord —contestó el maestro de ceremonias.

—Sofocante —asintió el honorable Mr. Crushton.

—¿Ha visto usted, Bantam, el coche correo de su señoría? —preguntó el honorable Mr.

Crushton, después de una breve pausa, durante la cual el joven lord Muthaned había intentado fascinar con su mirada a Mr. Pickwick y reflexionado Mr. Crushton acerca del tema que más podría agradar a su señoría.

—No, por cierto —replicó el maestro de ceremonias—. ¡Un coche correo! ¡Qué idea tan excelente! ¡Notable!

—¡Oh, cielos! —dijo su señoría—. Yo creí que todo el mundo había visto el nuevo coche correo. Es la cosa más linda y graciosa que ha rodado jamás. Pintado de rojo, con los guardabarros de color café con leche.

—Con un buzón para las cartas y todo —dijo el honorable Mr. Crushton.

—Y un pequeño asiento en la delantera, con una barandilla de hierro, para el conductor —añadió su señoría—. Fui en él la otra mañana a Bristol. Llevaba yo gabán rojo y venían dos criados a caballo guardando una distancia de un cuarto de milla. Y pueden creerme que la gente salía de sus casas e intentaban parar los

caballos creyendo que era el correo. ¡Magnífico, magnífico!

Rió su señoría con todas sus ganas la anécdota, como hicieron, por supuesto, los que la escucharon. Dando luego su brazo al obsequioso Mr. Crushton, alejóse lord Muthanhed.

—Es un joven encantador su señoría —dijo el maestro de ceremonias.

—Ciertamente —asintió secamente Mr. Pickwick.

Comenzado el baile, efectuadas las necesarias presentaciones y dispuestos todos los arreglos preliminares, unióse Angelo Bantam a Mr. Pickwick y le condujo al salón de juego. No bien entraron en el salón, vieron a la ilustre señora Snuphanuph y a otras dos damas igualmente ancianas y con aspecto de jugadoras que rondaban en torno de una mesa desocupada; y al ver a Mr. Pickwick en compañía de Angelo Bantam, cambiaron mutuas miradas de inteligencia conviniendo en que aquél era

precisamente la persona que necesitaban para hacer la partida.

—Mi querido Bantam —dijo la ilustre señora Snuphanuph con acento zalamero—, búsquenos algún buen compañero para la mesa, usted que es tan complaciente.

Como acertase Mr. Pickwick a mirar hacia otro lado en aquel momento, la ilustre señora le señaló con la cabeza y frunció el ceño de modo significativo.

—Mi amigo Mr. Pickwick, señora, se honraría muchísimo, estoy seguro, completamente seguro —dijo el maestro de ceremonias, recogiendo la seña—. Mr. Pickwick, la señora Snuphanuph... la señora del coronel Wugsby.. Miss Bolo.

Saludó Mr. Pickwick a cada una de las señoras, y viendo imposible la escapatoria, se rindió a la fatalidad. Pusieronse a jugar Mr. Pickwick y Miss Bolo contra la señora Snuphanuph y la coronela Wugsby.

Al llegar a la segunda mano, y en el momento en que se volvía la muestra, entraron apresuradamente en la sala dos señoritas, que se situaron una a cada lado de la coronela Wugsby, donde aguardaban con paciencia que acabara aquel juego.

—Juana —dijo la coronela Wugsby, volviéndose hacia las muchachas—, ¿qué hay?

—He venido a preguntarte, mamá, si puedo bailar con Mr. Crawley —murmuró la más linda y joven de las dos.

—Vamos, vamos, Juana, ¿pero cómo se te ocurren esas cosas? —replicó indignada la mamá—. ¿No has oído decir cien veces que su padre tiene una renta vitalicia de ochocientas libras? No me avergüences. De ninguna manera.

—Mamá —murmuró la otra, que era mucho más vieja que su hermana, además de insípida y retocada—. Lord Mutanhed me ha sido presentado. Yo he dicho que me parecía que no estaba comprometida, mamá.

—Tú eres un encanto, amor mío —replicó la coronela Wugsby, acariciando con el abanico las mejillas de su hija—, y en ti se puede confiar. Es inmensamente rico, querida. ¡Dios te bendiga!

Diciendo esto, la coronela Wugsby besó con ternura a su hija mayor y, dirigiendo a la otra una mirada de reconvención, distribuyó las cartas.

¡Pobre Mr. Pickwick! En su vida había jugado con tres mujeres tan ladinas ni avisadas en el manejo de los naipes. Eran tan vivas y agudas, que el pobre hombre estaba asustado. Si jugaba una carta inconveniente, Miss Bolo tomaba el aspecto de una panoplia guarnecida de dagas. Si se detenía a meditar en la que echar debía, la señora Snuphanuph echábase hacia atrás en la silla y sonreía a la coronela con una mezcla de impaciencia y compasión, a la cual correspondía la coronela Wugsby encogiéndose de hombros y carraspeando, como si se preguntara que hasta cuándo iba a estar pensándolo.

Luego, al acabar cada pase, preguntaba Miss Bolo, con lúgubre semblante y lanzando un suspiro de reproche, por qué Mr. Pickwick no había contestado con el diamante, o rendido el basto, o atacado con la espada, o matado el corazón, o atravesado el rey, o machacado el honor; y, en respuesta a tan graves cargos, Mr. Pickwick se hallaba en la imposibilidad de justificarse por haber olvidado de pronto todo lo relativo al juego; además, la gente se agrupaba alrededor de la mesa, con lo que se excitaban los nervios de Mr. Pickwick. La conversación que reinaba en torno y la que mantenían Angelo Bantam y las dos Miss Matinters que, siendo solteras y bastante raras, halagaban al maestro de ceremonias, en la esperanza de que les proporcionara alguna pareja que anduviera suelta, contribuían a distraerle. Todas estas cosas, combinadas con los ruidos y las interrupciones de las idas y venidas constantes, hacían que Mr. Pickwick jugara de un modo desastroso; por si algo faltaba, las cartas se le daban pésimamen-

te, y cuando, diez minutos después de las doce, dieron por terminada la partida, levantóse de la mesa Miss Bolo agitadísima y se marchó a su casa inmediatamente, anegada en lágrimas, en una silla de mano.

Acompañado de sus amigos, todos y cada uno de los cuales aseguraban haber pasado la noche más deliciosa de su vida, dirigióse Mr. Pickwick a El Ciervo Blanco y, luego de calmar su excitación con algo caliente, se metió en la cama y se durmió instantáneamente.

36. CUYOS RASGOS CARACTERÍSTICOS LOS CONSTITUYEN UNA VERSIÓN AUTÉNTICA DE LA LEYENDA DEL PRÍNCIPE BLADUD Y UNA EXTRAORDINARIA CALAMIDAD SOBREVENIDA A MR. WINKLE

Siendo el designio de Mr. Pickwick permanecer en Bath dos meses por lo menos, juzgó conveniente tomar una casa para sí y para sus amigos, y como se le ofreciese una en condiciones ventajosas en Royal Crescent, de amplitud sobrada, Mr. Dowler y su esposa se prestaron a ayudarle, reservándose un dormitorio y un gabinete. Aceptada al punto la proposición, a los tres días todos se hallaban instalados en la nueva vivienda, comenzando acto seguido Mr. Pickwick a tomar las aguas con la mayor asiduidad. Las tomaba de un modo sistemático: bebía un cuarto de pinta antes del almuerzo, y se daba un paseo cuesta arriba; tomaba otro tanto después del almuerzo, y se daba un paseo

cuesta abajo; y a cada nueva toma declaraba Mr. Pickwick, en forma enfática y solemne, que se encontraba mucho mejor, lo cual producía a sus amigos intensa alegría, si bien ignoraban cuál fuera la dolencia que aquejara a su maestro.

La sala de aguas era un espacioso recinto, exornado de pilares corintios, con un estrado para la música, un reloj Tompion, una estatua de Nash y una inscripción en letras de oro, a la que todos deben prestar atención por constituir una apelación a la caridad. Hay un gran bar con una pila de mármol, de la que el encargado toma el agua, sirviéndola en vasos de tinte amarillento, y resulta verdaderamente grato y edificante observar la constancia y la seriedad con que tragan el agua los concurrentes. Hay también una sala de baños, en la que se bañan parte de los agüistas, y una banda de música toca después, para amenizar la salida del baño. Hay otra sala de bebida, a la cual son conducidos los señores y señoras impedidos, sobre

ruedas, en tan sorprendente variedad de sillas y carritos, que aquel atrevido que se decidiera a entrar y que tuviera cabales sus remos corría inminente riesgo de salir sin ellos. Existe un tercer departamento, al que concurren las gentes tranquilas, por ser menos ruidoso que los otros. Obsérvase un continuo pasear con muletas o sin ellas, con bastón o sin él, y un gran rumor de conversaciones jocosas y alegres.

Todas las mañanas, los agüistas puntuales, entre los cuales se contaba Mr. Pickwick, encontrábanse en la sala de bebida, tomaban su cuarto de pinta y daban su paseo obligado. En el paseo de la tarde, lord Mutanhed, el honorable Mr. Crushton, la ilustre señora Snuphanuph, la coronela Wugsby, todas las personas de calidad y todos los agüistas de la mañana reuníanse en gran asamblea. Luego paseaban a pie o en coche o eran conducidos en sillas de mano, volviendo a encontrarse. Después, dirigíanse los caballeros a las salas de lectura, donde encontraban elementos fraccio-

narios de la masa. Luego retirábanse a sus casas. En las noches de teatro no era extraño que se encontraran en el teatro; si era noche de reunión, veíanse en el casino, y si no había ni lo uno ni lo otro, no se encontraban hasta el día siguiente. Agradable rutina, que tiene cierto dejo de monotonía.

Después de emplear el día en esta forma, estaba Mr. Pickwick sentado en su habitación, haciendo anotaciones en su diario, después de haberse retirado a descansar sus amigos, cuando fue interrumpido en su tarea por un golpe suave dado a la puerta.

—Dispense, sir —dijo la señora Craddock, la patrona, asomándose—. ¿Necesita usted algo, sir?

—Nada, señora —respondió Mr. Pickwick.

—Mi hija se ha ido a la cama, sir —dijo la señora Craddock—; Mr. Dowler es tan bueno, que ha dicho que esperará a la señora Dowler, que vendrá tarde; de modo que yo pensaba,

Mr. Pickwick, que si usted no necesita nada podía irme a acostar.

—Desde luego, señora —replicó Mr. Pickwick.

—Pues muy buenas noches, sir —dijo la señora Craddock. —Muy buenas noches, señora.

Cerró la puerta la señora Craddock y prosiguió su trabajo Mr. Pickwick.

A la media hora ya había concluido sus anotaciones. Apretó Mr. Pickwick cuidadosamente la última página contra el secante, cerró el libro, limpió su pluma con el extremo inferior de la parte posterior del faldón de su casaca y abrió el cajón del tintero para guardarlo escrupulosamente. En el cajón del tintero veíanse dos hojas de apretada y primorosa escritura, dobladas en forma tal, que se hacía bien visible el título, escrito en magnífica redondilla. Comprendiendo que no se trataba de un documento privado, que debía referirse a Bath y que era muy corto, desplegó las hojas Mr. Pickwick, encendió la bujía, que podía durar muy bien

hasta el fin de la lectura, y, acercando su silla a la chimenea, leyó lo que sigue:

LEYENDA AUTÉNTICA DEL PRÍNCIPE BLADUD

»Hará cosa de doscientos años que en uno de los baños públicos de esta ciudad apareció una inscripción que honraba la memoria de su poderoso fundador, el renombrado príncipe Bladud. Esa inscripción se ha borrado ya.

»Muchas centurias antes de ese tiempo corría de boca en boca, de generación en generación, una vieja leyenda, según la cual el ilustre príncipe, viéndose atacado por la lepra a su regreso de Atenas, adonde se dirigiera con propósito de adquirir una abundante cosecha de conocimientos, apartóse de la corte de su real padre y se fue a vivir en una humilde sociedad de pastores y de cerdos. Entre los que constituían la piara (dice la leyenda), había un puerco de faz solemne y grave, hacia el cual se

sintió inclinado el príncipe (que también era discreto y prudente); un puerco muy dado a la meditación y de irreprochable conducta; era un animal superior a sus compañeros, cuyo gruñido era temible y cuya mordedura era espantosa. El joven príncipe suspiraba hondamente al observar el rostro del majestuoso cerdo; pensaba en su real padre, y sus ojos se inundaban de lágrimas.

»El sagaz paquidermo gustaba de bañarse en el cieno rico y aguanoso; mas no en el verano, como hacen los cerdos vulgares de la actualidad, para refrescarse, y como se hacía en aquellas remotas edades (lo que constituye una prueba de que la luz de la civilización alboreaba ya, aunque débilmente), sino en los días crudos del invierno. Su piel era tan reluciente y tan limpio estaba su semblante, que resolvió el príncipe ensayar las cualidades depurativas del agua de que su amigo se servía. Llevó a cabo el intento. Por debajo del nuevo fango hizo pasar las venas calientes de Bath. Se bañó, y resultó

curado. Volvió apresuradamente a la corte de su padre para ofrecerle sus respetos y, regresando a poco, fundó esta ciudad y sus famosos baños.

»Buscó al cerdo con todo el afán de una amistad antigua, pero, ¡ay!, que las aguas habí-anle acarreado la muerte. ¡Había cometido la imprudencia de tomar un baño a una temperatura excesiva, y el filósofo había fenecido! La misma suerte hubo de correr su sucesor Plinio, quien, como es sabido, fue víctima de su sed de conocimientos.

»Ésta era la leyenda. Oid ahora la verdadera historia.

»Hace muchos siglos floreció brillantemente el famoso y renombrado Lud Hudibras, rey de Britania. Fue un monarca poderoso. Temblaba la tierra cuando él andaba, de gordo que era. Sus súbditos se soleaban con el resplandor de su fisonomía: tan roja y luminosa se ofrecía. Era rey pulgada por pulgada. Y bien de pulgadas tenía, pues, aunque no era alto, poseía un res-

petable contorno, y las pulgadas que faltábanle de altura eran compensadas por el desarrollo de su circunferencia. Si algún monarca degenerado de los tiempos modernos pudiera en alguna manera parangonarse con él, yo diría que era el venerable rey Cole, el ilustre potentado.

»Este buen rey tuvo una reina que ocho años antes le diera un hijo, al que llamó Bladud. Fue enviado a un seminario preparatorio que había en los dominios de su padre, hasta que, diez años más tarde, fue consignado, bajo la custodia de un ayo fiel, a una escuela de ampliación de Atenas. Y como nada había que añadir al precio de la estancia por quedarse allí durante las vacaciones, ni había que dar aviso anticipado para la salida de un alumno, allí permaneció por espacio de ocho años, al cabo de los cuales el rey, su padre, mandó al lord chambelán para pagar la cuenta y traer al hijo. El lord chambelán fue recibido con aclamaciones, luego de cumplida esta misión difícil, y se le otorgó inmediatamente una pensión vitalicia.

»Cuando el rey Lud vio a su hijo el príncipe y advirtió lo buen mozo que era, percatóse al punto de lo conveniente que sería casarle sin demora, para que sus hijos perpetuasen la raza gloriosa de Lud por los siglos de los siglos. Con este designio, envió una embajada especial, compuesta de gran número de nobles que, no teniendo gran cosa que hacer, aceptaban con gusto aquel empleo lucrativo, a un rey vecino, y pidió en matrimonio para su hijo a la hermosa hija de aquél; pero advirtiendo al mismo tiempo el rey que anhelaba guardar las mejores relaciones con su hermano y amigo; pero que si no se arreglaba aquel matrimonio habría de verse en la triste necesidad de invadir sus dominios y sacar los ojos del soberano. A esto, el otro rey (que era el más débil de los dos) replicó que agradecía profundamente a su amigo y hermano aquella bondad magnánima y que su hija se hallaba dispuesta al matrimonio, cuando quiera que el príncipe Bladud gustase de ir a buscarla.

»No bien llegó a Britania esta respuesta, ardió la nación en júbilo y contento. Oíase por todas partes ruido de fiestas, así como el caer de las monedas con que el pueblo nutría las cajas del tesoro real para sufragar los gastos de la venturosa ceremonia. Fue en esta ocasión en la que el rey Lud, sentado en lo alto de su trono, hallándose rodeado de su Consejo pleno, levantóse, movido de la emoción que le embargaba, y ordenó al lord justicia que se sacaran los más ricos vinos y que compareciera la corte de ministriles, acto de magnánima deferencia que la ignorancia de los historiadores atribuyó al rey Cole en aquellos celebrados versos en los que Su Majestad se representa

pidiendo su pipa y su copa
y llamando a sus violinistas,

lo cual constituye una injusticia notoria para el rey Lud, así como una exaltación injustificada de las virtudes del rey Cole.

»Pero, en medio de la fiesta y el regocijo, alguien había que no gustaba los vinos chispeantes que a raudales corrían y que no bailaba cuando tañían los ministriles. Este alguien no era otro que el príncipe Bladud, por cuya dicha se congregaba el pueblo en aquel momento y abría sus gargantas al mismo tiempo que sus bolsas. Y era el hecho que, olvidando el príncipe el derecho que asistía al ministro de Negocios Extranjeros de enamorarse por él, contraviene todos los precedentes de la diplomacia y la política, habíase enamorado sin contar con nadie y comprometídose con la hermosa hija de un noble ateniense.

»He aquí un ejemplo elocuente de una de las innumerables ventajas que reportan la civilización y el refinamiento. De haber vivido el príncipe en otra edad más avanzada, podría haberse casado sin vacilar con la elegida de su padre y emprendido en seguida la tarea de desembarazarse de la carga que sobre él pesaba. Podría haberse empleado en destrozar el corazón de

su esposa por una larga serie de ultrajes y desdenes; y, en el caso de que el instinto del sexo y el orgullo herido, al cabo de tantas ofensas, hubiérala impulsado a sublevarse contra los malos tratos recibidos, podría él haberle quitado la vida, librándose de ella con poco trabajo. Mas ninguno de estos medios vino a la mente del príncipe Bladud. Así, pues, solicitó una audiencia privada y decidió hablar a su padre.

»Mas la soberanía es una antigua prerrogativa real que no alcanza a las pasiones de los monarcas. Invadió al rey una espantosa rabia; arrojó al techo la corona y la recogió de nuevo —porque los reyes en aquel entonces tenían las coronas en sus cabezas y no en la Torre¹⁰—; pateó el suelo; golpeóse la frente; se preguntó cómo era posible que así se rebelara contra él quien era carne de su carne y sangre de su sangre, y llamando por último a sus guardias

¹⁰ La Torre de Londres fue en la antigüedad prisión de reyes y teatro de reales ejecuciones. (*N. del T.*)

mandó que al punto se encerrara al príncipe en un destartalado torreón, procedimiento empleado de antiguo por los reyes con sus hijos cuando sus inclinaciones matrimoniales no acertaban a coincidir con las que convenía a sus reales progenitores.

»Cuando el príncipe Bladud llevaba ya un año encerrado en el inhospitalario torreón, sin otra perspectiva ante sus ojos que un muro de piedra ni otra esperanza en su alma que una prolongada reclusión, empezó, como es natural, a rumiar un plan de evasión que, luego de madurado por espacio de algunos meses, llegó a realizarse en consecuencia, dejando en el corazón de su carcelero el cuchillo que usaba para sus comidas, temiendo que el pobre hombre (que era su padre de familia) fuera culpado de complicidad en su fuga y castigado por ello al caer en la ira del rey furibundo.

»El monarca se puso frenético ante la pérdida de su hijo. No sabía en quién desfogar su dolor y su rabia, hasta que, acordándose del

lord chambelán que había traído a su hijo, le quitó a un tiempo la pensión y la cabeza.

»Entre tanto, el joven príncipe vagaba disfrazado por los dominios de su padre, confortado y alentado en todas sus penalidades por el dulce recuerdo de la doncella ateniense que era causa inocente de sus largas desventuras. Dejóse cierto día a descansar en una aldea, y viendo por todas partes danzar alegremente sobre los prados y las caras risueñas que iban de un lado a otro, se aventuró a preguntar a uno que cerca de él estaba la causa de aquel regocijo.

»—¿Pero no sabe usted, extranjero —se le respondió—, la reciente proclamación de nuestro gracioso rey?

»—¡Cómo proclamación! ¿Qué proclamación? —repuso el príncipe, que, habiendo viajado por extraviados caminos, nada sabía de los asuntos públicos.

»—Pues muy sencillo —replicó el aldeano—: que la extranjera con quien nuestro príncipe

quería casarse se ha casado con un noble de su país, y el rey hace público el hecho y ordena que se celebren fiestas públicas, porque ahora, por supuesto, el príncipe Bladud volverá y se casará con la elegida de su padre, que, según dicen, es tan hermosa como el sol de mediodía. Que usted lo pase bien, sir. ¡Dios guarde al rey!

»No quiso el príncipe oír más. Huyó de aquel lugar y se internó en lo más espeso y retirado de la vecina selva. Vagó día y noche bajo el sol ardiente y a la luz de la pálida luna; sufrió el calor seco del mediodía y el húmedo relente de la noche; vio el fulgor lívido del amanecer y el rojizo destello mortecino del crepúsculo de la tarde. Tan indiferente se hallaba respecto del paso del tiempo y de cuantas cosas veía que, siendo su intención dirigirse a Atenas, dio en el lugar que hoy ocupa Bath.

»La ciudad de Bath no existía entonces. No había vestigio de humana vivienda ni la menor manifestación que pudiera decirse de la vida del hombre; pero era la misma noble campiña,

la misma llanura que circunda el monte, el mismo canal bellísimo que serpea furtivo, la misma cadena de lejanas montañas, que, como los sinsabores de la vida, contempladas a distancia y veladas por la neblina matinal, pierden su cruda aspereza y se ofrecen blandas y suaves. Conmovido por la delicada belleza del paisaje, sentóse el príncipe sobre la hierba y bañó sus hinchados pies en sus lágrimas.

»—¡Oh —dijo el infeliz príncipe, enclavijando sus manos y levantando al cielo sus ojos llenos de tristeza—, que no acabe aquí mi triste peregrinación! ¿Por qué estas lágrimas bienhechoras con que lloro mi perdida esperanza y mi amor desdeñado no han de fluir tranquilas eternamente?

»El deseo fue atendido. Era un tiempo en que se hallaban los bosques poblados de hadas, que acostumbraban acudir a las palabras de invocación de los mortales con una prontitud un tanto inconveniente en ciertos casos. Abrióse el suelo bajo los pies del príncipe, hundióse

éste en el abismo, cerróse sobre su cabeza, y sólo quedaron sus lágrimas brotando de la tierra, que desde entonces siguen manando de modo perenne.

»Debe añadirse que desde aquel día son muchos los señores y las damas que, desengañados en sus anhelos de matrimonio, así como muchos jóvenes que ansían contraerlo cuanto antes, acuden a Bath todos los años para beber las aguas que les confortan y vigorizan. Nada mejor puede decirse para enalterer la virtud de las lágrimas del príncipe Bladud ni para corroborar la veracidad de esta leyenda.

Varias veces había bostezado Mr. Pickwick antes de llegar al fin del breve manuscrito. Plególo cuidadosamente y lo depositó de nuevo en el cajón del tintero. Luego, con semblante fatigado, encendió la bujía del dormitorio y subió la escalera.

Detúvose un momento en la puerta de Mr. Dowler, según era su costumbre, y llamó para darle las buenas noches.

—¡Ah! —dijo Dowler—. ¿Se va usted a la cama? Ojalá pudiera yo hacer lo mismo. Mala noche. Hace mucho viento, ¿verdad?

—Mucho —dijo Mr. Pickwick—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Siguió Mr. Pickwick hacia su dormitorio y volvió a sentarse Mr. Dowler delante del fuego, cumpliendo su promesa, harto ligeramente empeñada, de esperar el retorno de su esposa.

Pocas cosas hay más molestas que esperar a alguien, sobre todo si ese alguien está en alguna fiesta. No puede dejarse de pensar lo rápidamente que pasará para la persona esperada el tiempo que tan lento transcurre para nosotros. Y cuanto más se piensa en esto, más se aleja la esperanza de que llegue pronto. El tictac del reloj se acentúa considerablemente cuando se espera en la soledad, y parece notarse el efec-

to de tener envuelto el cuerpo en una tela de araña. Primero se siente un ligero picor en la rodilla derecha, sensación que se traslada a poco a la rodilla izquierda; si cambiamos de posición, experimentamos la misma impresión en los brazos, y luego de intentar un sinnúmero de posturas, se inicia el picor en la nariz, que empezamos a frotarnos como si fuéramos a arrancárnosla, lo que haríamos si en nuestro poder estuviera. Los ojos se convierten en órganos incómodos, y el pabilo de las bujías crece pulgada y media mientras que nos ocupamos en arreglar la otra. Estas y otras muchas molestias nerviosas hacen una larga espera, y más aún si se piensa que alguien se ha ido a la cama, una cosa que no tiene nada de grata ni de divertida.

Tal era la opinión de Mr. Dowler al sentarse junto a la chimenea y experimentar una legítima indignación hacia las gentes inhumanas de la reunión que le obligaban a permanecer levantado. Y no contribuía a mejorar su humor la

reflexión de haber creído por la tarde sentir comienzos de jaqueca, que tal fue el pretexto alegado para quedarse en casa. Por fin, después de varias cabezadas y de inclinarse sin querer hacia las barras del hogar y de retroceder a tiempo de evitar que le quedaran marcadas en su fisonomía, fue Mr. Dowler acariciando la idea de tenderse en la cama, con propósito, claro está, de no dormir.

—Tengo un sueño muy pesado —dijo Mr. Dowler, echándose en la cama—. Tengo que estar despierto. Creo que desde aquí puedo oír la llamada. Sí. Creo que sí. Oigo al sereno. Ahora pasa. Pero ahora se oye menos. Casi nada. Dobla la esquina. ¡Ah!

Al llegar a este punto, Mr. Dowler dobló a su vez la esquina que por largo tiempo le hiciera vacilar, y se quedó profundamente dormido.

Al dar las tres, desembocaba en la plazoleta una silla de manos, en cuyo interior iba la señora Dowler, transportada por un hombre rechoncho y bajito y por otro flaco y larguirucho,

que se veían y se deseaban para mantenerse derechos, cuanto más para mantener derecha la litera. Pero en aquel sitio, en la plaza, que el viento barría como si fuera a arrancar las piedras del pavimento, era su tarea mucho más difícil. Sintieron gran alivio cuando pudieron dejar en el suelo la litera y dar una buena mano de aldabonazos en la puerta de la casa.

Esperaron algún tiempo, pero nadie respondía.

—Se conoce que los criados están en brazos de Morfeo —dijo el pequeño conductor, calentándose las manos en la antorcha que llevaba el lacayo.

—Me gustaría darles un zamarreón para despertarles —observó el larguirucho.

—Haga usted el favor de llamar otra vez —gritó desde la litera la señora Dowler—. Llame dos o tres veces.

Anhelando el rechoncho conductor acabar el servicio lo más pronto posible, plantóse en el último escalón y llamó cinco o seis veces, dan-

do en cada llamada ocho o diez golpes redobladados. Entre tanto, el larguirucho salía al medio del camino y miraba a las ventanas para ver si descubría alguna luz.

Nadie acudió. Todo permanecía oscuro y silencioso.

—¡Dios mío! —dijo la señora Dowler—. Tiene usted que hacer el favor de llamar otra vez.

—¿No hay campanilla ahí, señora? —dijo el rechoncho.

—Sí que la hay—interrumpió el lacayo—; hace mucho tiempo que estoy tocando.

—No hay más que el tirador —dijo la señora Dowler—; el alambre está roto.

—Me gustaría que fueran las cabezas de los criados —gruñó el larguirucho.

—Siento molestarle, pero hay que llamar otra vez —dijo la señora Dowler con amabilidad.

Llamó varias veces el conductor rechoncho, sin obtener el menor resultado. Reemplazóle, gruñendo de impaciencia, el larguirucho, y

empezó a llamar de una manera continua, dando aldabonazos de modo que parecía un cartero loco.

Por fin, Mr. Winkle empezó a soñar que estaba en el Club y que, por manifestarse los miembros sumamente levantiscos, veíase obligado el presidente a imponer orden a fuerza de golpes en la mesa. Soñó luego vagamente en una sala de subastas en la que no había postores y en la que el subastador estaba comprándolo todo, y empezó a pensar, por último, en que tal vez estuviera alguien llamando a la puerta. Para cerciorarse, sin embargo, permaneció en el lecho, sin moverse, algunos minutos, escuchando, y luego de haber contado treinta y tantos golpes quedó satisfecho de la observación y convencido de hallarse bien despierto.

—¡Pum, pum, pum..., purrumpún!... — seguía llamando el larguirucho.

Saltó del lecho Mr. Winkle, intrigado con lo que pudiera ocurrir, y, calzándose apresura-

damente las medias y las pantuflas, envolvióse en su bata, encendió la bujía con el fuego de la chimenea y bajó la escalera.

—Al fin parece que viene alguien, señora —dijo el hombre rechoncho.

—Me gustaría ir detrás de él con un pincho —murmuró el larguirucho.

—¿Quién es? —gritó Mr. Winkle, desechando la cadena.

—No se pare a hacer preguntas, cabeza de hierro —respondió el larguirucho, malhumorado, sin dudar de que se trataba de un criado—; abra la puerta ya.

—Vamos, centinela avisado, párpados de madera —añadió el otro, apremiándole.

No bien despierto aún, Mr. Winkle obedeció maquinalmente la orden, abrió un poco la puerta y asomó la cabeza. Lo primero que vio fue el rojo fulgor de la antorcha del lacayo. Sobresaltado por la idea súbita de que estaba ardiendo la casa, abrió la puerta de par en par y, levantando la bujía, miró alarmado hacia delante, sin

saber a ciencia cierta si lo que veía era una litera o una bomba de incendios. Sobrevino en aquel momento una violenta ráfaga de viento; apagóse la luz, sintióse Mr. Winkle irresistiblemente empujado hacia los escalones, y se cerró la puerta con ruidoso portazo.

—Buena la has hecho, muchacho —dijo el hombre rechoncho.

Al percibir Mr. Winkle un rostro femenino en la ventanilla de la litera, volvióse rápidamente, aplicóse al llamador con todas sus fuerzas y conminó al conductor para que se llevara la silla inmediatamente.

—¡Llévesela, llévesela! —gritaba Winkle—. ¡Me parece que sale alguien de una casa! ¡Déjeme entrar en la litera! ¡Escóndame! ¡Haga usted algo por mí!

A todo esto, el pobre tiritaba de frío, y cada vez que sacaba la mano para llamar, amenazaba el viento arrebatarse su bata con una furia verdaderamente desagradable.

—¡Ya baja la gente por Crescent! ¡Vienen señoras! ¡Tápeme con cualquier cosa! ¡Póngase delante de mí! —rugía Mr. Winkle.

Pero el conductor, que no podía tenerse de risa, mal podía atenderle, y las señoras se acercaban cada vez más.

Mr. Winkle dio un aldabonazo desesperado; las damas venían ya por la casa de al lado. Arrojó la apagada bujía, que mantuviera todo este tiempo levantada sobre su cabeza, y se introdujo bonitamente en la litera de la señora Dowler.

La señora Craddock oyó al cabo la trapatiesta de voces y golpazos y, luego de cubrir su cabeza con algo más elegante que la cofia de noche, precipitóse al salón central para cerciorarse de que se trataba de los que regresaban de la fiesta. Levantó la contraventana en el preciso instante en que Mr. Winkle se colaba en la litera, y no bien se hizo cargo de lo que abajo estaba pasando, dejó escapar un agudo y lastimero alarido e imploró de Mr. Dowler que se

levantara al instante, porque su esposa estaba a punto de escaparse con otro caballero.

Saltó de la cama Mr. Dowler con el ímpetu de una pelota de goma y, dirigiéndose atropelladamente a una de las habitaciones que daban a la calle, llegó a una de las ventanas en el momento en que Mr. Pickwick abría la otra, y lo primero que vio fue a Mr. Winkle introduciéndose en la litera.

—¡Serenos —gritó furioso Mr. Dowler—, déntegale..., sujétele..., agárrele bien..., enciérrele hasta que yo baje! ¡Le voy a degollar..., dadme un cuchillo..., de oreja a oreja, señora Craddock!

Y, desasiéndose el indignado marido de la patrona y de Mr. Pickwick, pescó un cuchillo del comedor y se lanzó a la calle.

Mas no le esperó Mr. Winkle. En cuanto oyó la terrible amenaza del bravo Mr. Dowler, salió de la litera casi tan rápidamente como había entrado y, tirando al camino las zapatillas, puso pies en polvorosa y dio la vuelta al Crescent, sañudamente perseguido por Mr. Dowler y el

sereno. Pero llevábales buena delantera, y hallando la puerta abierta al llegar corriendo a la casa, metióse en ella, cerró la puerta en las mismas narices de Mr. Dowler, subió a su dormitorio, echó la llave a la puerta, amontonó detrás de ella el palanganero, una estantería y una mesa y se apresuró a empaquetar las ropas estrictamente necesarias para huir con las primeras claridades de la mañana.

Plantóse Dowler a la puerta del cuarto y declaró por el ojo de la cerradura su inapelable resolución de cortarle el cuello al día siguiente, y después de oírse en la sala un confuso vocerío, en el cual podía distinguirse la voz de Mr. Pickwick invitando a la conciliación, dispersáronse los moradores hacia sus dormitorios respectivos y reinó de nuevo el silencio.

Es probable que surja la pregunta encaminada a averiguar dónde pudiera hallarse a todo esto Mr. Weller. En el capítulo siguiente diremos dónde se encontraba.

37. EXPLICACIÓN SATISFACTORIA DE LA AUSENCIA DE MR. WELLER Y DESCRIPCIÓN DE UNA SOIRÉE A QUE FUE INVITADO. TAMBIÉN SE RELATA CÓMO LE CONFIÓ MR. PICKWICK UNA MISIÓN PRIVADA SUMAMENTE DELICADA E IMPORTANTE

—Mr. Weller —dijo la señora Craddock la mañana del azarosísimo día—, aquí hay una carta para usted.

—Cosa rara —dijo Sam—; algo debe haber ocurrido, porque no recuerdo que haya nadie entre mis conocimientos capaz de escribirme una carta.

—Puede ser que haya sucedido algo importante —observó la señora Craddock.

—Tiene que ser muy importante para que me escriba una carta un amigo mío —replicó Sam, moviendo la cabeza con aire de duda—; por lo menos, algún terremoto, como dijo el muchacho al sufrir un ataque de epilepsia. Del

padre no puede ser —dijo Sam, mirando la dirección—. Siempre escribe en letras de imprenta, porque aprendió en el libro de facturas de la administración. Lo que me intriga es de dónde podrá venir esta carta.

Al decir esto, Sam hizo lo que hace la mayor parte de la gente cuando ignoran la persona que a ellos se dirige por carta o esquela: miró el sello, observó luego el sobre por el derecho, después por el revés; lo puso luego de canto, y se fijó por último en el sobrescrito; como último recurso, se le ocurrió que convendría ver el contenido para despejar la incógnita.

—Está escrita en papel de canto dorado —dijo Sam, desplegando la esquela— y sellada en cera con la guarda de la llave. Vamos a verla.

Y, con grave continente, leyó Mr. Weller poco a poco lo que sigue:

—«Un selecto círculo, compuesto por los criados de Bath, presenta sus respetos a Mr. Weller y le suplica el honor de su compañía esta noche, en la *soirée* íntima, que consistirá en

una pierna de carnero cocida con los adornos de costumbre. La *soirée* estará dispuesta en la mesa a las nueve y media en punto».

Esta esquela iba incluida en una nota que rezaba de esta suerte:

«Mr. Juan Smauker, la persona que tuvo el gusto de conocer a Mr. Weller en la casa de su común amigo Mr. Bantam hace unos días, suplica a Mr. Weller acepte la adjunta invitación. Si Mr. Weller fuera a buscar a Mr. Juan Smauker a las nueve en punto, Mr. Juan Smauker tendría el honor de presentar a Mr. Weller.— Firmado: *Juan Smauker.*»

El sobre estaba dirigido a Mr. Weller, esquire (sin nombre), en casa de Mr. Pickwick, y en la esquina derecha leíanse las palabras «tírese de la campanilla», como advertencia al portador de la misiva.

—Está bien —dijo Sam—. Esto es verdaderamente extraordinario. Nunca oí que se llamara *soirée* a una pierna de carnero cocida. ¿Cómo le llamarían si se tratara de una pierna asada?

Mas, sin detenerse a meditar acerca de este punto, dirigióse Sam en busca de Mr. Pickwick y le pidió el permiso para la noche, permiso que le fue inmediatamente concedido. Con esta licencia, y con la llave de la puerta de la casa, salió Sam Weller un poco antes de la hora señalada y encaminóse descuidado y tranquilamente hacia la plaza de la Reina, teniendo la satisfacción, no bien llegó a ella, de ver a Mr. Juan Smauker, que apoyaba su empolvada cabeza contra un farol qué había cerca de la casa, fumando un cigarro que se hallaba al extremo de un tubo de ámbar.

—¿Cómo está usted, Mr. Weller? —dijo Mr. Juan Smauker, quitándose graciosamente el sombrero con una mano, mientras agitaba la otra en ademán deferente—. ¿Qué tal, sir?

—Vaya, no llevo mala convalecencia —replicó Sam—. Y usted, ¿cómo se encuentra, mi querido camarada?

—Así así nada más —dijo Mr. Juan Smauker.

—¡Ah!, se conoce que ha trabajado usted mucho —observó Sam—. Ya me lo temía yo. Pues eso no puede ser; no puede usted abandonarse a su temperamento diligente.

—No es tanto eso, Mr. Weller —respondió Mr. Juan Smauker—, como el vino malo; yo creo que es que hago una vida algo disipada.

—¡Oh! ¿Es eso? —dijo Sam—. Pues es mala enfermedad.

—Sí, pero ya ve usted: las tentaciones, Mr. Weller —observó Mr. Juan Smauker.

—¡Ah, lo comprendo! —dijo Sam.

—Envuelto en el torbellino de la sociedad, ya comprende usted, Mr. Weller—dijo suspirando Mr. Juan Smauker.

—¡Es terrible, verdaderamente! —repuso Sam.

—Es lo que pasa siempre —dijo Mr. Juan Smauker—; si la suerte le lleva a uno a intervenir en la vida pública y a ocupar una posición pública, es uno víctima de las tentaciones de que se hallan libres otras gentes.

—Eso es precisamente lo que dijo mi tío cuando puso la taberna —observó Sam—; y tenía mucha razón el viejo, porque se murió, a fuerza de beber, poco después de establecerla.

Mr. Juan Smauker contempló indignado a su amigo al verse parangonado con el difunto en cuestión; mas, como el rostro de Sam denotaba la más perfecta calma, lo pensó mejor y adoptó un gesto afable.

—Creo que debemos echar a andar —dijo Mr. Smauker, consultando un reloj de cobre que moraba en el fondo de un enorme bolsillo y que salía a la superficie a favor de un cordón negro, con una llave de cobre al extremo.

—Más vale —replicó Sam—, porque, si no, se les va a pasar la *soirée* y se va a estropear.

—¿Ha bebido usted las aguas, Mr. Weller? —inquirió su compañero, en tanto que caminaban hacia High Street.

—Una vez —replicó Sam.

—¿Y qué le parecen a usted, sir?

—Me parecen bastante desagradables —
repuso Sam.

—¡Ah! —dijo Mr. Juan Smauker—. ¿Le gusta a usted el gusto ferruginoso?

—Yo no entiendo mucho de eso —dijo Sam—. Yo lo que les noto es un olor muy fuerte a hoja de lata.

—Eso es lo ferruginoso, Mr. Weller —
observó Mr. Juan Smauker desdeñosamente.

—Bueno, pues si es eso, es una palabra bastante poco apropiada —dijo Sam—. Puede que sea así, pero yo estoy muy poco versado en cuestiones de química, así es que no puedo decir.

Y en aquel momento, con gran horror de Mr. Juan Smauker, empezó a silbar Sam Weller.

—Dispense, Mr. Weller —dijo Mr. Juan Smauker, terriblemente contrariado por aquel ruido tan poco señoril—, ¿quiere usted tomar mi brazo?

—Muchas gracias; es usted muy amable, pero no quiero privarle a usted de él —replicó

Sam—. Yo tengo la costumbre de meterme las manos en los bolsillos, si le es a usted lo mismo.

Y diciendo esto, Sam siguió la acción a la palabra y volvió a silbar más fuerte que antes.

—Por aquí —dijo su nuevo amigo, que pareció tranquilizarse al desembocar en una callejuela—; en seguida llegamos.

—¿En seguida? —dijo Sam, que no se inmutó lo más mínimo al ver que se aproximaban al círculo de los sirvientes distinguidos de Bath.

—Sí —dijo Mr. Juan Smauker—. No tenga usted cuidado, Mr. Weller.

—No tengo ninguno —dijo Sam.

—Verá usted hermosos uniformes, Mr. Weller —prosiguió Mr. Juan Smauker—, y puede que encuentre usted a algunos de ellos un tanto altaneros al principio, pero en seguida le tratarían con llaneza.

—Es una gran amabilidad por su parte —replicó Sam.

—Claro está —continuó Mr. Juan Smauker con aire de sublime protección—, claro está

que, como usted es forastero, tal vez se pongan un poco pesados al principio.

—¿Pero no serán muy crueles? —preguntó Sam.

—No, no —contestó Mr. Juan Smauker, sacando la cabeza de zorra y tomando un polvo con ademán distinguido—. Hay algunos guasones entre nosotros, y probablemente saltarán con alguna broma; pero no se ocupe usted de ellos, no se ocupe usted de ellos.

—Procuraré tenerme derecho contra esa avalancha de talento —replicó Sam.

—Eso es —dijo Mr. Juan Smauker, levantando a un tiempo la cabeza de zorra y la suya propia—; yo le ayudaré a usted. Llegaban entonces a una pequeña verdulería, en la que entró Mr. Juan Smauker, seguido de Sam, que, en cuanto se vio detrás de su amigo, se entregó a los más aparatosos y extraños gestos y a otras diversas manifestaciones de hallarse en un estado envidiable de alegría y regocijo.

Cruzaron la tienda, y dejando su sombrero en las escaleras del pequeño pasillo que había en la parte de atrás, entraron en un pequeño gabinete, donde se descubrió a los ojos de Mr. Weller el magnífico esplendor de la escena.

En el centro de la estancia habían puesto dos mesas juntas, cubiertas con tres o cuatro manteles, que se hallaban en muy diferentes grados de limpieza y que estaban dispuestos de manera que pareciesen de una sola pieza. Sobre los manteles yacían cuchillos y tenedores para seis u ocho comensales. Algunos de los mangos de los cuchillos eran verdes, rojos los otros y amarillos no pocos, y como los tenedores eran negros, la combinación de colores era sorprendente. Calentábanse ante el fuego seis u ocho platos y ante ellos se calentaban también los comensales. El jefe y la persona más importante de todos parecía ser un obeso personaje, que vestía librea carmesí de largos faldones, rojos pantalones y un sombrero con su cocarda, que estaba de espaldas al fuego y que debía de

haber entrado poco antes, porque, además de que aún conservaba en su cabeza el decorado sombrero, empuñaba ese largo bastón que los caballeros de su profesión suelen levantar oblicuamente sobre los techos de los carruajes.

—Smauker, amigo mío, venga esa aleta —dijo el caballero de la escarapela.

Enganchó Mr. Smauker la primera falange del dedo meñique de su mano derecha en el del caballero de la escarapela y dijo que se alegraba extraordinariamente de verle tan bueno.

—Sí, todo el mundo me dice que tengo un aspecto rozagante —dijo el hombre de la escarapela—, y es maravilloso. Durante los últimos quince días he tenido que seguir a mi vieja dos horas diarias; y si el contemplar constantemente cómo se recoge ese infernal vestido café con leche no basta para hacerle a uno desgraciado por toda la vida, que me quiten la mitad de mi salario.

Rió a esto grandemente la selecta asamblea, y un caballero de chaleco amarillo, ribeteado al

estilo de los cocheros, murmuró a uno que se hallaba a su lado, que tenía pantalón bombacho de color verde, que Tuckle estaba de vena aquella noche.

—Por supuesto que —dijo Mr. Tuckle—, Smauker amigo, usted...

El resto de la frase fue dicho por lo bajo al oído de Mr. Juan Smauker.

—¡Oh, vaya por Dios, lo había olvidado! —dijo Mr. Juan Smauker—. Señores, mi amigo Mr. Weller.

—Lamento muchísimo privarle a usted del fuego, Weller —dijo Mr. Tuckle, moviendo la cabeza familiarmente—. Supongo que no tendrá usted frío, Weller.

—De ninguna manera, señor Llamas —replicó Sam—. Tendría que ser un verdadero carámbano el que sintiera frío estando frente a usted. Se ahorraría carbón si le pusieran a usted en la parrilla de una taberna, seguramente.

Como esta respuesta parecía entrañar una alusión personal a la librea carmesí de Mr. Tuc-

kle, adoptó éste por algunos segundos una actitud majestuosa; pero, alejándose poco a poco de la chimenea, mostró una forzada sonrisa y dijo que no estaba mal aquello.

—Muy agradecido por su elogio, sir —replicó Sam—. Nos entenderemos poco a poco, creo yo. Aún espero que se me ocurra algo mejor.

La conversación fue interrumpida en este punto por la llegada de un caballero ataviado con una casaca de peluche color naranja, acompañado de otro conspicuo que llevaba una morada y unas medias de marca mayor. Luego que la concurrencia saludó a los recién llegados, propuso Mr. Tuckle que se pidiera la comida, proposición que fue acogida unánimemente.

El frutero y su mujer colocaron sobre la mesa una pierna del carnero, humeante, con salsa de alcaparras, adornada con nabos y patatas. Ocupó la presidencia Mr. Tuckle y se sentó enfrente el caballero de peluche naranja. Calzó-

se el frutero un par de guantes, para manejar los platos, y se situó detrás de la silla de Mr. Tuckle.

—Enrique —dijo Mr. Tuckle en tono despótico.

—Sir —dijo el frutero.

—¿Se ha puesto usted los guantes?

—Sí, sir.

—Entonces, levante usted la tapadera.

—En seguida, sir.

Ejecutó el frutero lo que se le decía, con aire de gran humildad, y puso amablemente en manos de Mr. Tuckle el trinchante; pero en aquel momento se le ocurrió bostezar.

—¿Qué significa eso, sir? —dijo Mr. Tuckle con aspereza.

—Perdone, sir —replicó consternado el frutero—; no lo hice a propósito, sir; anoche me acosté muy tarde, sir.

—¿Sabe usted lo que estoy pensando, Enrique? —dijo Mr. Tuckle con aire amostazado—. Pues que es usted un animal.

—Espero, señores —dijo Enrique—, que no serán ustedes muy severos conmigo, señores. Estoy muy agradecido a ustedes, por su protección y por las recomendaciones que de mí hacen allí donde se necesita un servicio temporal. Espero, señores, que quedarán satisfechos.

—Pues se equivoca usted, sir —dijo Mr. Tuckle—. Ni muchísimo menos.

—Tenemos a usted por el más irrespetuoso de los granujas —dijo el caballero de peluche anaranjado.

—Y por un vil ladrón —añadió el de los verdes pantalones.

—Y por un galopín desaprensivo —observó el de traje morado.

Inclinóse humildemente el frutero mientras que sobre él llovían estos suaves epítetos, inspirados en la más baja tiranía, y, cuando todos hubieron hecho ostentación de su superioridad, procedió Mr. Tuckle a trinchar la pierna y a servir a los comensales.

No había hecho más que iniciarse este importante acto de la velada, cuando se abrió la puerta bruscamente, dando paso a un caballero con traje azul claro y botones de plomo.

—Contra las reglas establecidas —dijo Mr. Tuckle—. Demasiado tarde, demasiado tarde.

—No, no; no ha sido culpa mía —dijo el caballero de azul—. Apelo a la concurrencia. Un asunto galante; una cita en el teatro.

—¡Hola! —dijo el caballero de peluche anaranjado.

—Sí, eso ha sido, palabra de honor —dijo el caballero de azul—. Prometí ir a buscar a la más pequeña de nuestras hijas a las diez y media, y como es una chica tan guapa, no he tenido corazón para faltarle. No quiero ofender a los presentes, sir, pero un cotillón no es cosa que se pueda desdeñar.

—Empiezo a creer que hay ahí alguna cosa —dijo Tuckle, en tanto que el recién venido ocupaba un asiento contiguo al de Sam—. He notado una o dos veces que ella se apoya más

de la cuenta en el hombro de usted al subir o bajar del carruaje.

—¡Oh!, sí, sí, Tuckle, pero no hablemos de eso —dijo el hombre de azul—. No sería correcto. Puede que yo haya dicho a uno o dos amigos que es una criatura divina y que ha rechazado uno o dos partidos sin causa justificada; pero... no, no, no, nada, Tuckle... Además, delante de extraños... no estaría bien. ¡Delicadeza, querido amigo, delicadeza!

Y sacando su pañuelo el hombre de azul y ajustándose las bocamangas de su librea movió la cabeza y frunció el entrecejo, como si quisiera significar que podría decir mucho más, pero que se reprimía por consideraciones de delicadeza.

El hombre de azul, que era de aspecto desenfadado, petulante, y que manifestaba ser un lacayo extraordinariamente avisado y de aire fanfarrón, había atraído desde el primer momento la atención de Mr. Weller; mas no bien empezó a producirse en esta forma, sintióse

Sam más inclinado que nunca a cultivar su amistad. Metióse, pues, en la conversación, con su habitual y característica independencia.

—A la salud de usted —dijo Sam—. Me gusta mucho su conversación. Es sumamente agradable.

Sonrió al oír esto el hombre de azul, cual si se tratara de un cumplimiento que estaba acostumbrado a recibir. Miró complacido a Sam, al mismo tiempo, y dijo que tenían que ser buenos amigos, porque, sin adulación de ninguna clase, demostraba Sam ser un buen muchacho, cuyas maneras y temperamento coincidían con sus gustos.

—Es usted muy bueno, sir —dijo Sam—. Es usted un chico de suerte.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el caballero de azul.

—Me refiero a esa señorita —repuso Sam—. Ella se hace cargo de lo que usted vale. Bien claro se ve.

Guiñó un ojo Mr. Weller y movió la cabeza a un lado y a otro, en forma que halagaba grandemente la personal vanidad del caballero de azul.

—Me está usted pareciendo un joven bastante malicioso, Mr. Weller —dijo el de azul.

—No, no —dijo Sam—. Eso se queda para usted. Es una cosa que le importa a usted mucho más que a mí, como decía aquel que estaba dentro de las tapias del jardín a otro que se hallaba fuera en el momento en que venía por la calle un toro desmandado.

—Bien, bien, Mr. Weller —dijo el caballero de azul—; no niego que se haya fijado en mis maneras y en mi tipo, Mr. Weller.

—Era natural, me parece, que no le pasara inadvertido eso —dijo Sam.

—¿Tiene usted entre manos algún asuntillo de ese género, sir? —preguntó el favorecido caballero de azul, sacando un mondadientes del bolsillo del chaleco.

—De esa clase, precisamente, no —dijo Sam—. En mi casa no hay hijas, pues en tal caso ya le hubiera yo puesto los puntos a alguna de ellas. Por supuesto que yo no haría nada como no fuera, por lo menos, la hija de un marqués. Pudiera ocurrir que me decidiera por una muchacha muy rica, aunque no tuviera título, si ella se enamoraba perdidamente de mí. Otra cosa, no.

—Claro que no, Mr. Weller —dijo el caballero de azul—; no podemos hacernos de menos. Y nosotros comprendemos, Mr. Weller... nosotros, que somos hombres de mundo... que un uniforme bonito, tarde o temprano, siempre hace su efecto con las mujeres. De usted para mí: es lo único por lo que merece la pena de entrar en esta clase de servicio.

—Conforme —dijo Sam—. Eso es indudable. Concluido de esta suerte el confidencial diálogo, distribuyéronse los vasos, y cada uno de los comensales pidió lo que más le agradaba, antes de que se cerrase la cantina. El caballero

de azul y el anaranjado, que eran los más exquisitos de la concurrencia, pidieron grog frío, mientras que los otros parecían apetecer mejor la ginebra y el agua azucarada. Sam llamó «miserable villano» al frutero y pidió un gran vaso de ponche, detalles que parecieron enaltecerle grandemente en la opinión de los conspicuos.

—Señores —dijo el hombre de azul con las maneras del más consumado dandismo—, propongo un brindis por las damas; vamos.

—¡Eso, eso! —exclamó Sam—. Por nuestras amitas.

Prodújose un elevado vocerío en demanda de orden, y Mr. Juan Smauker, como miembro de la reunión que había presentado a Mr. Weller, hubo de advertirle que la palabra que había empleado era algo antiparlamentaria.

—¿Qué palabra? —inquirió Sam.

—Amitas, sir —replicó Mr. Juan Smauker con gesto avisado—. Nosotros no admitimos esas distinciones aquí.

—¡Ah, muy bien! —dijo Sam—. Entonces, enmendaré la frase y les llamaré dulces criaturas, si me lo permite el señor de Llamas.

Alguna duda se produjo en la mente del caballero de los pantalones verdes acerca de si sería o no legal llamar así al presidente; más como la concurrencia parecía no cuidarse mucho de esta circunstancia, la objeción no llegó a suscitarse. Dio un resoplido el hombre de la cocarda y permaneció algún tiempo mirando a Sam, mas consideró prudente no decir nada, por miedo a tener que sentirlo.

Después de una breve pausa, un caballero de bordada casaca, que le llegaba a los tobillos, y cuyo chaleco, igualmente bordado, le llegaba hasta la mitad de las piernas, agitó enérgicamente la ginebra de su vaso, y, levantándose con un esfuerzo violento, dijo que deseaba hacer algunas observaciones a la asamblea. Y considerando el del sombrero decorado que había de agradar a la concurrencia escuchar lo

que aquél tuviera que decir, accedió gustoso a lo solicitado.

—Me siento grandemente cohibido, señores, al empezar —dijo el hombre de larga casaca—, por tener la desgracia de ser cochero y de no figurar sino como miembro honorario en esta agradable *soirée*, pero me veo obligado, señores, aunque me hallo como gallina en corral ajeno, si es admitida la frase, a dar a conocer una circunstancia aflictiva que ha llegado a mi noticia y que ha ocurrido en la esfera de acción de mi látigo, puede decirse. Señores, nuestro amigo Mr. Whiffers —todas las miradas se vuelven hacia el individuo anaranjado—, nuestro amigo Whiffers ha dimitido.

Prodújose un asombro general en el auditorio. Miráronse unos a otros, y volvieron después sus ojos hacia el cochero que les dirigía la palabra.

—No me extraña que les sorprenda, señores —dijo el cochero—. No me atrevería a poner de manifiesto las causas que han producido esta

irreparable pérdida en el servicio; pero suplico a Mr. Whiffers que las haga públicas, para ejemplo y mejoramiento de los amigos que le admiran.

Calurosamente aprobada la insinuación, procedió Mr. Whiffers a rendir sus explicaciones. Dijo que él hubiera deseado ciertamente continuar en el puesto que acababa de dimitir. El uniforme era verdaderamente bello y costoso; las mujeres de la familia eran sumamente agradables, y las obligaciones inherentes a su cargo, en honor a la verdad, nada penosas. El principal servicio que le estaba asignado consistía en mirar por la ventana del vestíbulo, hora tras hora, en compañía de otro caballero, que también había dimitido. Hubiera deseado no verse compelido a participar a la concurrencia el desagradable y enojoso detalle que iba a revelar; pero como se le había pedido una explicación, no tenía más remedio que declarar paladina y explícitamente que se le había obligado a comer carne fiambre.

Es difícil expresar el disgusto que esta declaración despertó en los pechos de los que componían el auditorio. Varias voces gritaron: «¡Qué vergüenza!», y oyéronse gruñidos y siseos por espacio de un cuarto de hora.

Añadió entonces Mr. Whiffers que tal vez hubiera contribuido a hacer posible el ultraje el natural paciente del orador y su predisposición acomodaticia. Recordaba distintamente haber consentido en tomar manteca salada; y había, además, en cierta ocasión en que hubo enfermos en la casa, olvidado su dignidad hasta el punto de transportar al segundo piso un cubo de carbón. Confiaba en que la franca confesión de sus culpas no había de rebajarle en el buen concepto de sus amigos, y esperaba que la rapidez con que había protestado contra aquella afrenta inhumana le rehabilitaría, en caso contrario, en la opinión general.

El discurso de Mr. Whiffers fue acogido con demostraciones clamorosas de admiración, y se bebió de modo entusiasta a la salud del mártir.

El mártir expresó su agradecimiento, y brindó por el nuevo amigo Mr. Weller, un caballero al que apenas conocía, pero que, por ser amigo de Mr. Juan Smauker, se recomendaba sobradamente a cualquier sociedad formada por caballeros. A este respecto, pensaba haber propuesto un brindis solemne en honor de Mr. Weller, en el caso de que sus amigos estuvieran bebiendo vino; mas, como bebían licores, por el gusto de variar, y como podría resultar, en cierto modo, inconveniente apurar una copa a cada brindis, propuso que se sobreentendiera el mencionado agasajo.

Al concluir esta peroración, todos echaron un trago en honor de Sam, y Sam, después de haber apurado en honor de sí mismo dos vasos de ponche, dio las gracias en un cumplido e impecable discurso.

—Agradezco con toda mi alma, mis buenos amigos —dijo Sam, dejando en la mesa el vaso de ponche con la mayor desenvoltura—, los cumplimientos que se me han dedicado, cum-

plimientos que me anonadan por venir de donde vienen. Mucho he oído en elogio de ustedes, como colectividad, más tengo que decir que nunca pensé que esta colectividad estuviera compuesta de hombres tan finos y distinguidos. Abrigo la esperanza de que os cuidaréis de vuestra dignidad y no habréis de comprometerla jamás, pues es cosa muy agradable de contemplar cuando se va de paseo, y siempre me ha gustado mirarla y me ha encantado contemplarla desde que era yo como la mitad del bastón de mi muy respetable amigo Llamas, aquí presente. En cuanto a la víctima de la tiranía, nuestro amarillo compañero, sólo diré que espero obtenga un acomodo tan bueno como merece, en cuyo caso estoy seguro de que no volverá a ser humillado con ninguna *soirée* fría.

Sentóse Sam con sonrisa placentera y, luego de recibir por su discurso una calurosa ovación, disolvióse la partida.

—¡Cómo! ¿No pensará usted marcharse ya, buen amigo? —dijo Sam Weller a su amigo Mr. Juan Smauker.

—No tengo más remedio —dijo Mr. Smauker—; se lo he prometido a Bantam.

—¡Ah! muy bien —dijo Sam—; eso es otra cosa. Tal vez dimitiera él si usted le faltara. ¿No se irá usted, verdad, Llamas?

—Sí que me voy —dijo el de la escarapela.

—Parece mentira que se vaya, dejándose aquí más de medio vaso de ponche —dijo Sam—. ¡Qué tontería! Siéntese otra vez.

No resistió Mr. Tuckle a esta invitación. Dejó a un lado el sombrero y el bastón, que ya tenía en la mano, y dijo que estaba dispuesto a beberse otro vaso para celebrar su buena amistad.

Como el caballero de azul intentara marcharse, como Mr. Tuckle, también se le obligó a quedarse. Cuando ya estaba a punto de acabarse el ponche, ordenó Sam al frutero que trajera ostras, y el efecto de ambas cosas fue tan maravilloso, que Mr. Tuckle, revestido de sus atribu-

tos, que eran el sombrero y el bastón, bailó la danza de la rana, entre las conchas de las ostras que había en la mesa, en tanto que el caballero de azul le acompañaba con un ingenioso instrumento musical, formado por un peine y un rizador. No bien salió al aire, Mr. Tuckle sintióse acometido del repentino deseo de tirarse al suelo, y considerando Sam que sería una lástima contrariarle, le dejó que hiciera su gusto. Como el tricornio podría sufrir deterioro, de permanecer donde estaba, decidió Sam aplastarlo sobre la cabeza del caballero de azul, y colocando en su mano el gran bastón y apoyando su cuerpo contra la puerta de su casa, tiró de la campanilla y se encaminó tranquilamente a su domicilio.

Mucho más temprano que de costumbre se levantó a la mañana siguiente Mr. Pickwick y, ya vestido y acicalado, bajó la escalera y llamó.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, en cuanto Sam acudió a su llamada—, cierra la puerta.

Mr. Weller obedeció.

—Esta noche pasada ha ocurrido aquí un suceso lamentable —dijo Mr. Pickwick—. Como consecuencia del cual teme Mr. Winkle alguna violencia de Mr. Dowler.

—Eso me ha dicho abajo la patrona, sir —repuso Sam.

—Y siento muchísimo tener que decir, Sam —continuó Mr. Pickwick con cierto embarazo—, que, por miedo de esa violencia, ha huido Mr. Winkle.

—¡Huido! —dijo Sam.

—Abandonó la casa temprano, sin decirme una sola palabra —replicó Mr. Pickwick—. Y no sabemos adónde ha ido.

—Pues debía haberse quedado, para darle una paliza —observó Sam, despreciativamente—. No hace falta mucho para zurrarle a ese Dowler, sir.

—Tienes razón, Sam —dijo Mr. Pickwick—; yo también tengo mis dudas acerca de su bravura y resolución. Pero, sea como sea, el caso es

que Mr. Winkle se ha marchado. Es preciso encontrarle, Sam. Encontrarle y traérmelo.

—Pero figúrese usted que no quiere volver, sir —dijo Sam.

—No hay más remedio que hacerlo, Sam — insistió Mr. Pickwick.

—¿Y quién va a hacerlo, sir? —preguntó Sam, sonriendo.

—Tú —replicó Mr. Pickwick.

—Está bien, sir.

Con estas palabras abandonó Sam la estancia, oyéndose a poco cerrar la puerta de la calle. A las dos horas volvió, con el aire indiferente y descuidado del que acaba de cumplir la comisión más natural y corriente, y participó a Mr. Pickwick que un individuo cuyas señas coincidían exactamente con las de Mr. Winkle había salido aquella mañana para Bristol en el coche del Hotel Real.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, estrechando su mano—, eres un muchacho admirable. Eres un

hombre inapreciable. Tienes que ir en su busca, Sam.

—Perfectamente, sir —respondió Sam.

—En cuanto le descubras, me escribes, sin perder un momento, Sam —dijo Mr. Pickwick—. Si intenta escapar de ti, le tiras al suelo o le encierras. Tienes toda mi autoridad, Sam.

—Lo tendré muy en cuenta, sir —replicó Sam.

—Le dirás —dijo Mr. Pickwick— que estoy enfadadísimo, altamente disgustado y justamente indignado por la insólita determinación que se le ha ocurrido tomar.

—Así se lo diré, sir —replicó Sam.

—Le dirás —continuó Mr. Pickwick— que si no vuelve contigo aquí, volverá conmigo, porque iré yo a buscarle.

—No dejaré de decírselo, sir —repuso Sam.

—¿Crees tú que podrás dar con él, Sam? —dijo Mr. Pickwick, mirándole con ansiedad.

—¡Oh, le encontraré, esté donde esté! —afirmó Sam con gran seguridad.

—Muy bien —dijo Mr. Pickwick—. Pues cuanto antes, mejor.

Luego de comunicarle estas instrucciones, puso Mr. Pickwick una suma en la mano de su fiel criado, y le ordenó partir para Bristol en busca del fugitivo.

Metió Sam unas cuantas prendas en un saco de alfombra y se dispuso a marchar. Detúvose, sin embargo, al llegar al fondo del pasillo, y volviendo suavemente sobre sus pasos, asomó la cabeza por la puerta del salón.

—Sir —dijo Sam.

—¿Qué hay? —respondió Mr. Pickwick.

—¿Habré entendido bien sus instrucciones, sir? —inquirió Sam.

—Creo que sí —contestó Mr. Pickwick.

—¿Puedo interpretar al pie de la letra eso de tirarle al suelo, sir? —preguntó Sam.

—Completamente —replicó Mr. Pickwick—. En absoluto. Procede como estimes necesario.

Hizo Sam un ademán de inteligencia y, retrotrayendo su cabeza, emprendió su peregrinación con el corazón animoso y tranquilo.

38. DE CÓMO AL SALIR MR. WINKLE DE LA SARTÉN, SE ARROJÓ DULCE Y CONFORTABLEMENTE AL FUEGO

El asendereado caballero que fuera causa infortunada y fatal del inaudito escándalo y de la perturbación que hubo de difundir la alarma entre los habitantes de Royal Crescent, según se ha descrito más arriba, después de pasar la noche sumido en la ansiedad y en la confusión, abandonó la casa en que aún dormitaban sus amigos y partió con rumbo desconocido. Nunca serán bastante apreciados ni encomiados con el debido calor los edificantes y nobles móviles que le impulsaron a dar este paso. «Si este Dowler», razonaba Mr. Winkle para sus adentros, «llega a poner por obra, como ha de hacerlo sin duda, sus amenazas de violencia contra mí, me vería en la precisión de llevarle al terreno. Pero tiene una esposa, una esposa que le ama y que no tiene otro amparo que el suyo. ¡Cielo santo! ¡Si yo le matara, en la ceguedad de

mi cólera, qué remordimientos no serían los míos!». Esta triste reflexión influyó tan decisivamente en el ánimo del humanitario joven, que sus rodillas entrechocaron convulsivamente y dibujáronse en su rostro los síntomas alarmantes de una honda emoción interna. Impelido por estas consideraciones, cargó con su saco de viaje y, deslizándose furtivamente por la escalera, cerró con todo el silencio posible la odiosa puerta de la casa y se lanzó a la calle. Enderezó sus pasos al Hotel Real, donde halló un coche que estaba a punto de partir para Bristol y, recapacitando en que Bristol respondía a sus propósitos tan bien como otro lugar cualquiera, montó en el pescante y alcanzó el término de su jornada tan pronto como puede permitirlo un tronco de caballos que hacen el viaje dos veces al día sin ser reemplazados.

Alojóse en El Arbusto, y aplazando el escribir a Mr. Pickwick hasta que hubiera probabilidades de que la ira de Mr. Dowler se disipara

en cierto grado, salió a la calle para ver la ciudad, que le chocó, por encontrarla un poco más sucia que todas las que viera hasta entonces. Después de curiosear por los muelles del puerto y de visitar la catedral preguntó el camino de Clifton, encaminándose a este punto luego que se le indicó la dirección. Mas como las aceras de Bristol no son precisamente las más desahogadas ni limpias de la tierra, así como tampoco son sus calles las más rectas ni menos intrincadas, llegó a desconcertarse entre el sinnúmero de revueltas y encrucijadas, viéndose precisado a buscar una tienda de mediano aspecto donde pudiera inquirir nuevas indicaciones.

Fue a dar su mirada en un establecimiento de portada recién pintada, que habíase convertido poco antes en algo intermedio entre una tienda y una casa particular, y el farol rojo que colgaba sobre la puerta no hubiera permitido tomarla desde luego como la residencia de un médico, si la palabra «Clínica» no se hallara inscrita en letras de oro sobre la ventana que en

otro tiempo correspondiera al salón principal. Juzgando el lugar apropiado para solicitar las indicaciones que deseaba, entró en la tienda de Mr. Winkle, donde pudo ver gran número de frascos y una serie de cajones rotulados con letras doradas. Como no viera a nadie en la tienda, hizo sonar repetidas veces en el mostrador una pieza de media corona, para llamar la atención de quien pudiera haber en la trastienda, aposento que se le antojaba constituir el más íntimo y característico *sancta sanctorum* del establecimiento, por haber observado otra vez la palabra «Clínica» en la puerta, pintada esta vez con letras blancas, por huir, sin duda, de la monotonía.

A la primera llamada cesó bruscamente un ruido que parecían hacer dos personas batiéndose con los férreos utensilios de la chimenea; a la segunda, un joven de aspecto estudioso, con verdes antiparras y con un inmenso libraco en su mano, deslizóse suavemente en la tienda y

llegándose al mostrador preguntó qué deseaba el visitante.

—Siento molestarle, sir —dijo Mr. Winkle—, pero si tuviera usted la bondad de indicarme...

—¡Ja, ja, ja! —mugió el estudioso joven, arrojando al aire el libro y recogéndolo de nuevo, con gran destreza, en el momento en que amenazaba convertir en añicos los frascos del mostrador—. ¡Vaya una sorpresa!

Y así era, en efecto, porque Mr. Winkle experimentó tan extraordinario asombro ante la conducta del joven médico, que retrocedió maquinalmente hacia la puerta y manifestó una gran inquietud al ver la extraña recepción que se le hacía.

—¿Qué, no me conoce usted? —dijo el joven médico.

Mr. Winkle murmuró que no tenía ese gusto.

—Hombre, entonces —dijo el joven médico—, aún me quedan esperanzas; aún puedo aspirar a la mitad de las viejas de Bristol, si es

que tengo un poco de suerte. ¡A paseo, viejo mamotreto!

Con esta abjuración, que iba dirigida al infolio, arrojó el volumen con maravillosa agilidad al otro extremo de la tienda, y quitándose las verdes antiparras produjo talmente el gesto peculiar de Roberto Sawyer, esquire, antiguo alumno en el Hospital Guy del Borough, con residencia privada en Lant Street.

—¿No querrá usted decir que no venía en mi busca? —dijo Mr. Bob Sawyer, estrechando calurosamente la mano de Mr. Winkle.

—Mi palabra que no —respondió Mr. Winkle devolviendo el saludo.

—Me extraña que no viera usted el nombre —dijo Bob Sawyer, llamando la atención de su amigo hacia la puerta exterior, en la que figuraba en letras blancas «Sawyer, antes Nockemorf».

—Pues no lo he visto —replicó Mr. Winkle.

—¡Por Dios! Si yo hubiera sabido quién era, me hubiera apresurado a salir para estrecharle

en mis brazos —dijo Bob Sawyer—; mas, por mi vida, que creí que era usted el de las contribuciones.

—No —dijo Mr. Winkle.

—Pues lo creí, realmente —respondió Bob Sawyer—, y ya iba a decir que no estaba en casa, pero que, si deseaba usted dejarme un recado, yo me lo transmitiría; porque ése no me conoce, como tampoco los del alumbrado y las aceras. Yo creo que el del culto y clero se figura quién soy, y me consta que el del agua lo sabe, porque le saqué una muela a poco de llegar aquí. ¡Pero pase, pase!

Charlando de esta suerte, condujo Bob Sawyer a Mr. Winkle a la trastienda, donde se entretenía en abrir pequeñas cavernas circulares en el tapete de la chimenea, con un hurgón al rojo, nada menos que Mr. Benjamín Allen.

—¡Bueno! —dijo Mr. Winkle—. Es un placer que no esperaba. ¡Qué lugar tan agradable tiene usted aquí!

—No está mal, no está mal —replicó Bob Sawyer—. Terminé poco después de aquella deliciosa fiesta, y mis amigos me ayudaron a implantar este negocio. Así es que me puse un traje negro y unas gafas y vine aquí, procurando adoptar el aspecto más solemne posible.

—Y debe usted tener aquí un negocio muy apañadito, ¿verdad? —dijo Mr. Winkle con gesto avisado.

—Mucho —replicó Bob Sawyer—. Tan apañadito que, al cabo de unos cuantos años, podría usted meter todas las ganancias en una copa de vino y cubrirla con una hoja de grose-lla.

—¡No es posible! —dijo Mr. Winkle—. So-lamente el almacén...

—Pamemas, querido amigo —dijo Bob Saw-yer—; la mitad de los cajones están vacíos y la otra mitad son de mentirijillas.

—¡Cómo! —dijo Mr. Winkle.

—¡Palabra de honor! —repuso Bob Sawyer, saliendo a la tienda y probando la veracidad de

su aserto dando unos cuantos tirones a los dorados boliches de los cajones figurados—. Apenas si hay en la tienda, en realidad, más que las sanguijuelas, y éstas son de segunda mano.

—¡Nunca lo hubiera creído! —exclamó Mr. Winkle, estupefacto.

—Me lo figuro —replicó Bob Sawyer—, porque entonces, ¿de qué servirían las apariencias? Pero vamos a ver, ¿qué quiere usted tomar? ¿Quiere usted hacer lo que nosotros? Perfectamente. Ben, mi buen compañero, vete al aparador y saca el digestivo patentado.

Sonrió Mr. Benjamín Allen, mostrándose propicio, y sacó de la alacena una botella negra, que estaba mediada de aguardiente.

—¿No tomará usted agua, por supuesto? —dijo Bob Sawyer.

—Gracias —replicó Mr. Winkle—. Es un poco temprano. Prefiero mezclar, si usted no se opone.

—De ninguna manera; allá usted con su conciencia —replicó Bob Sawyer, propinándose

entre tanto un vaso de licor, que bebió con gran complacencia—. ¡Ben, saca el puchero!

Mr. Benjamín Allen sacó del mismo escondite un pequeño puchero de bronce, del que dijo Bob Sawyer que le enorgullecía en gran manera porque estaba muy en carácter. Luego de hervir el agua en la profesional vasija, después de un rato largo y de varias adiciones de carbón, que hubo de extraer Mr. Bob Sawyer de un cajón practicable, rotulado «Agua de soda», adulteró Mr. Winkle su aguardiente, y empezaba a generalizarse la conversación, cuando vino a interrumpirla la entrada en la tienda de un muchacho con raída librea y sombrero galoneado, que llevaba una cesta bajo el brazo, y al que recibió Mr. Bob Sawyer diciéndole:

—Tomás: ven acá, vagabundo.

El muchacho se presentó al punto.

—¡Se conoce que te has detenido en todas las esquinas de Bristol, holgazán! —dijo Mr. Bob Sawyer.

—No, sir —replicó el muchacho.

—¡Más vale así! —dijo Mr. Bob Sawyer, con aire amenazador—. ¿Te figuras tú que va alguien a confiar en un profesional cuyo sirviente juega a las canicas en el arroyo o tira el volante en la carretera? ¿Es que no sientes tu profesión, so gandul? ¿Has dejado todas las medicinas?

—Sí, sir.

—¿Los polvos para el niño, en la casa grande de la familia nueva, y las píldoras para tomar cuatro veces al día, en la del viejo gruñón de la pierna gotosa?

—Sí, sir.

—Entonces, cierra la puerta y vigila la tienda.

—Vamos —dijo Mr. Winkle, no bien se retiró el muchacho—, las cosas parece que no van tan mal como usted quería hacerme creer. Por lo visto, se mandan algunas medicinas.

Asomóse a la tienda Mr. Bob Sawyer, para cerciorarse de que no podía oírle ningún extraño, y, acercándose a Mr. Winkle, dijo por lo bajo:

—Las deja todas equivocadas.

Mr. Winkle manifestó una gran sorpresa, y Bob Sawyer y su amigo se echaron a reír.

—¿No lo comprende usted? —dijo Bob—. El chico va a una casa, tira de la campanilla, toma un paquete de medicinas que no tiene dirección, se lo entrega al criado y se marcha. El criado lo lleva al comedor; lo abre el amo, y lee el rótulo: «Poción para tomarla al acostarse... píldoras como siempre... loción corriente... los polvos... casa Sawyer, antes Nockemorf. Prescripciones facultativas cuidadosamente preparadas». Se lo enseña a su mujer...; lee ella la etiqueta, pasa a manos de los criados...; leen ellos la etiqueta. Al día siguiente llama el chico: Lo siente mucho..., ha sido una equivocación suya..., un pedido inmenso..., un sinnúmero de paquetes a entregar... Mr. Bob Sawyer presenta sus excusas.... antes Nockemorf. El nombre se abre camino, y éste es el sistema, amigo, en cosas de Medicina. Tenga usted presente, mi buen amigo, que esto vale más que todos los

anuncios del mundo. Tenemos una botella de cuatro onzas que ha estado ya en la mitad de las casas de Bristol y que aún no se ha concluido.

—Claro, ya lo veo —observó Mr. Winkle—. ¡Qué sistema tan admirable!

—¡Oh!, Ben y yo hemos descubierto una docena de recursos parecidos —repuso Bob Sawyer con muy buen humor—. El farolero tiene dieciocho peniques por semana por tirar diez veces de la campanilla cada vez que pasa; y el chico se lanza dentro de la iglesia momentos antes de los salmos, cuando la gente no tiene otra cosa que hacer sino mirar a su alrededor, y me llama con semblante inquieto y desolado. «¡Dios mío», dice todo el mundo, «alguien se ha puesto malo de repente! Vienen a buscar a Sawyer, antes Nockemorf. ¡Qué clientela tiene ese muchacho!».

Al acabar esta revelación de algunos misterios de la Medicina, Mr. Bob Sawyer y su amigo Ben Allen retrepáronse en sus respectivas sillas

y se echaron a reír estrepitosamente. Luego de haber disfrutado a su sabor de este regocijo, derivó la conversación hacia el punto que más interesaba a Mr. Winkle.

Creemos haber dicho en alguna parte que Mr. Benjamín Allen muestra una marcada tendencia a ponerse sentimental después del aguardiente. No es singular el caso, como podemos testificar, por haber observado algunos pacientes que se sienten aquejados de igual dolencia. En este crítico período de su existencia padecía Mr. Benjamín Allen tal vez esa predisposición al sentimentalismo más acentuada que nunca. Y la causa de su enfermedad era ésta: llevaba cerca de tres semanas al lado de Bob Sawyer; Mr. Bob Sawyer no se distinguía por su templanza, ni podía envanecerse Mr. Benjamín Allen de poseer una cabeza muy segura. Y la consecuencia de todo esto era que, durante el tiempo mencionado, Mr. Benjamín Allen había estado oscilando entre la embria-

guez parcial y la embriaguez absoluta y completa.

—Mi querido amigo —dijo Mr. Ben Allen, aprovechando la ausencia momentánea de Mr. Bob Sawyer, que había acudido al mostrador para entregar algunas de las mencionadas sanguijuelas de segunda mano—, mi querido amigo, soy muy desgraciado.

Expresó Mr. Winkle su sentimiento ante aquellas palabras, y trató de averiguar si podría hacer algo para aliviar las penas del dolorido estudiante.

—Nada, amigo, nada —dijo Ben—. ¿Se acuerda usted de Arabella, Winkle? ¿Mi hermana Arabella... una muchachita, Winkle, de ojos negros... cuando estuvimos en casa de Wardle? No sé si usted se fijaría en ella; una linda muchacha, Winkle. Tal vez mis facciones puedan ayudarle a recordarla.

Mr. Winkle no necesitaba absolutamente nada para representarse a la encantadora Arabella; y no era poca fortuna que así ocurriera,

porque los rasgos de su hermano Benjamín hubieran constituido un excitante bien poco activo para su memoria. Contestó, con toda la calma que pudo, que recordaba perfectamente a la señorita y que deseaba sinceramente que gozara de buena salud.

—Nuestro amigo Bob es un muchacho encantador, Winkle —fue la única respuesta de Mr. Ben Allen.

—Mucho —dijo Mr. Winkle, acogiendo con escasa complacencia esta estrecha conexión de los dos nombres.

—Yo destinaba el uno al otro; habían sido engendrados el uno para el otro; había venido al mundo el uno para el otro; había nacido el uno para el otro, Winkle —dijo Mr. Ben Allen, dejando su vaso con énfasis—. Hay una indudable predestinación, mi querido amigo: sólo se llevan cinco años, y los dos nacieron en agosto.

Era demasiada el ansia con que aguardaba Mr. Winkle el desarrollo de la conversación para que se hallase en condiciones de demos-

trar su asombro ante la extraordinaria coincidencia, por muy maravillosa que fuera. Mr. Ben Allen, después de derramar una o dos lágrimas, procedió a declarar que, no obstante la estima, el respeto y la veneración que su amigo le inspiraba, Arabella había manifestado una evidente y decidida antipatía hacia la persona de Mr. Bob Sawyer.

—Y yo pienso —dijo Mr. Ben Allen, resumiendo—, yo pienso que ella tiene otro amor.

—¿Tiene usted alguna idea de quién pueda ser el objeto de esa inclinación? —preguntó Mr. Winkle, trepidante de ansiedad.

Apoderóse Mr. Ben Allen del hurgón, agitólo en el aire en ademán agresivo, descargó un tremendo golpe sobre un cráneo imaginario y acabó por decir, en forma harto expresiva, que lo único que deseaba era enterarse de ello; nada más.

—Ya le diría yo lo que pensaba de él —dijo Mr. Ben Allen.

Y blandió de nuevo el hurgón con más ardor que antes.

Todas estas confidencias venían, por supuesto, a mitigar las inquietudes de Mr. Winkle, el cual, después de permanecer silencioso por espacio de algunos minutos, formó el propósito de averiguar el paradero de Miss Allen, en Kent.

—No, no —dijo Mr. Allen, abandonando el hurgón y adoptando un gesto reflexivo—; no me parece apropiada la casa de Wardle para una muchacha juiciosa; y puesto que soy yo su natural protector y custodio, muertos mis padres, la he traído para aquí a pasar unos meses en casa de una anciana tía, que es un sitio bastante recogido y poco ameno. Confío en que se curará. Pero si no es así, me la llevaré a viajar un poco de tiempo, y veremos lo que pasa.

—¿Y reside en Bristol la tía? —balbució Mr. Winkle.

—No, no; en Bristol, no —replicó Mr. Ben Allen, levantando el pulgar hacia atrás por en-

cima de su hombro derecho—. Por ahí; por allá abajo. Pero, chitón, que viene Bob. Ni una palabra, amigo, ni una palabra.

Por breve que fuera esta conversación, bastó para despertar una ansiedad tremenda en el ánimo de Mr. Winkle. El presunto amor anterior de la muchacha le llenaba el corazón de incertidumbre. ¿Sería él, por ventura, el objeto de ese cariño? ¿Habría ella desdeñado por él al vivaracho y arriscado Bob Sawyer, o existía otro rival favorecido? Resolvió, pues, entrevistarse con ella a toda costa. Pero he aquí que le salía al paso una dificultad insuperable: porque aquella frase aclaratoria de «Por ahí; por allá abajo», de Mr. Ben Allen, no era posible adivinar si indicaba tres millas, treinta o trescientas.

Mas no tuvo ocasión para entregarse a sus amorosos pensamientos, porque la llegada de Bob Sawyer sólo precedió unos segundos a la de una empanada, traída de la panadería, de la que se le invitó a participar. Luego de ponerse el mantel por la mujer de un carretero, que ofi-

ciaba de ama de gobierno de Mr. Bob Sawyer, y de pedir prestado un cuchillo y un tenedor a la madre del chico de librea gris, pues el menaje de Mr. Sawyer dejaba aún bastante que desear, sentáronse a la mesa; la cerveza se sirvió, según frase de Mr. Sawyer, en su estaño nativo.

Después de comer, mandó Mr. Bob Sawyer que se le trajera el mortero más capaz de la tienda y vertió en él un brebaje humeante, compuesto de ron y de ponche; agitó y mezcló los ingredientes con una mano de almirez de marcado estilo farmacéutico. Siendo célibe Mr. Bob Sawyer, no había en la casa más que un vaso, que se destinó a Mr. Winkle, como deferencia al visitante; Mr. Ben Allen se proveyó de un embudo tapado con un corcho, y se contentó Bob Sawyer con una de esas copas de anchos bordes, grabada con gran variedad de cifras cabalísticas, en las que los químicos gradúan los componentes líquidos para las recetas. Terminados estos arreglos preliminares, consumióse el ponche, cuyas excelencias fueron al

punto proclamadas, y luego de pactarse que Bob Sawyer y Ben Allen podían beberse dos copas por cada una que apurase Mr. Winkle, continuó el ágape, con gran satisfacción y en la mejor camaradería.

No hubo canciones, por juzgarlas Mr. Bob Sawyer impropias de su condición profesional; mas para resarcirse de esta privación charlóse de lo lindo y se rió de tan buena gana, que debía oírseles desde el extremo de la calle. Esta conversación aligeró el paso de las horas y ocasionó no poca excitación al chico de Mr. Bob Sawyer, el cual, en vez de emplear la tarde en su ocupación habitual, que consistía en escribir su nombre en el mostrador para borrarlo en seguida, asomó la cabeza por el cristal de la puerta, y allí permaneció mirando y escuchando.

Poco tardó en convertirse en furiosa la alegría de Mr. Bob Sawyer; Mr. Ben Allen cayó a poco en su habitual sentimentalismo, y aún no se había consumido el ponche por completo

cuando el chico, entrando rápidamente, anunció que acababa de llegar una mujer joven para decir que fuera inmediatamente Sawyer, antes Nockemorf, a una casa cercana. Con esto se disolvió la partida. Enterado Mr. Bob Sawyer del recado, al cabo de unas veinte repeticiones, envolvióse la cabeza en un paño mojado, con objeto de serenarse, y luego de conseguirlo, hasta cierto punto, calóse sus verdes antiparras y salió. Rechazando cuantas súplicas se le hicieron para que se quedase hasta que volviera y juzgando imposible entablar con Mr. Ben Allen conversación normal acerca de la materia que tanto le interesaba, como de cualquiera otra, pidió la venia Mr. Winkle y se volvió a El Arbusto.

La ansiedad que embargaba su mente y las atropelladas meditaciones que hubo de suscitar Arabella impidieron que la parte de mortero de ponche que le había correspondido le causara el efecto que sin duda ninguna hubiérale producido en otras circunstancias. Así, pues, luego

de tomar una copa de aguardiente y soda en la cantina, penetró en el café, más desanimado que esperanzado por las ocurrencias de la tarde.

Sentado frente a la chimenea y de espaldas a él había un hombre de aventajada estatura, envuelto en un gran abrigo. Era éste la única persona que en la estancia hallara. Era una tarde fría para la estación, y con objeto de que pudiera disfrutar del fuego el recién llegado, se hizo a un lado con la silla. ¡Cuál no sería la sorpresa de Mr. Winkle cuando descubrió la figura y los rasgos del vengativo y sanguinario Dowler!

El primer impulso de Mr. Winkle fue dar un violento campanillazo, asiendo el llamador más próximo; pero éste acertaba, por desgracia, a encontrarse inmediatamente detrás de la cabeza de Mr. Dowler. Ya había dado un paso hacia el boliche, cuando se detuvo bruscamente. Entonces se volvió rápido Mr. Dowler.

—Mr. Winkle, sir, cálmese; no me pegue; no lo consiento. ¡Una bofetada, jamás! —dijo Mr. Dowler, mirando a Mr. Winkle con mucha mayor humildad de la que pudiera hacer esperar su fiereza.

—¿Una bofetada, sir? —balbució Mr. Winkle.

—Una bofetada, sir —replicó Dowler—. Cálmese. Siéntese. óigame.

—Sir—dijo Mr. Winkle, temblando de pies a cabeza—, antes de consentir en sentarme a su lado o frente a usted, sin que se halle presente un criado, necesito la garantía de alguna explicación. Usted profirió anoche una amenaza contra mí, sir, una terrible amenaza, sir.

Palideció Mr. Winkle al decir esto y paró en seco.

—Es cierto —dijo Dowler, cuyo semblante aparecía tan lívido como el de Mr. Winkle—. Las circunstancias eran sospechosas. Ya se me ha explicado. Respeto su bravura. La razón está de su parte. Tiene usted la conciencia de la in-

culpabilidad. Aquí está mi mano. Estréchela usted.

—Realmente, sir —dijo Mr. Winkle, vacilando al entregar su mano y recelando casi que se le pidiera con el designio de obtener una ventaja—, realmente, sir, yo...

—Sé lo que usted quiere decir —le atajó Dowler—. Se siente usted ofendido. Muy natural. Yo también lo estaba. Me equivoqué. Perdóneme. Seamos amigos.

Con esto, obligó Dowler a que tomara su mano Mr. Winkle, y, sacudiéndola con la mayor vehemencia, declaró que era un hombre de probado temple y que tenía de él mejor opinión que nunca.

—Ahora —dijo Dowler—, siéntese. Cuéntelo todo. ¿Cómo ha dado usted conmigo? ¿Cuándo salió usted en mi busca? Sea usted franco. Dígamelo.

—Ha sido completamente casual —replicó Mr. Winkle, un tanto perplejo ante el inespera-

do y curioso derrotero que tomaba la entrevista—; completamente.

—Encantado —dijo Dowler—. Yo me desperté esta mañana. Había olvidado mi amenaza. Me eche a reír al recordar lo ocurrido. Me sentía animado de los mejores sentimientos. Así lo dije.

—¿A quién? —inquirió Mr. Winkle.

—A la señora Dowler. «Hiciste un juramento», dijo ella. «Es verdad», dije yo. «Fue un juramento inapelable», dijo ella. «Lo fue», dije yo. «Le daré explicaciones. ¿Dónde está?»

—¿Quién? —preguntó Mr. Winkle.

—Usted —replicó Dowler—. Bajé la escalera. No se le encontraba por ninguna parte. Pickwick parecía sombrío. Movía su cabeza de un lado a otro. Dijo que esperaba no se llegase a la violencia. Lo comprendí todo. Usted se sintió ofendido. Usted había salido en busca de un amigo. Tal vez por pistolas. «Gran temple», dije yo. «Le admiro.»

Tosió Mr. Winkle, y como empezara a comprender que pisaba terreno firme, adoptó un continente orgulloso.

—Dejé una esquila para usted —continuó Dowler—. Decía yo que lo lamentaba. Era verdad. Asuntos perentorios me reclamaban aquí. Usted no había recibido satisfacción. Usted me siguió. Exigía una explicación verbal. Tenía derecho. Ya pasó todo. Mi negocio ha terminado. Vuelvo mañana. Véngase conmigo.

En tanto que Dowler desarrollaba su explicación, iba el rostro de Mr. Winkle cobrando dignidad y prestancia. El misterioso comienzo de su conversación quedaba suficientemente aclarado; en una palabra: que el jactancioso y temible personaje era uno de los cobardes más redomados, que, habiendo interpretado la ausencia de Mr. Winkle guiándose por sus propios temores, había seguido la misma táctica y puéstose en salvo hasta que la excitación hubiera pasado.

Como la verdadera naturaleza del caso se descubría con toda claridad a los ojos de Mr. Winkle, adoptó un gesto terrible y dijo que se consideraba satisfecho; pero al mismo tiempo se cuidó de decirlo en un tono tal, que Mr. Dowler no pudo menos de inferir que en caso contrario hubiera ocurrido seguramente algo espantoso y trágico. Mr. Dowler mostróse impresionado por la noble magnanimidad de Mr. Winkle, y ambos beligerantes se dieron las buenas noches con interminables protestas de eterna amistad.

Serían las doce y media cuando Mr. Winkle, sumergido haría unos veinte minutos en las delicias de su primer sueño, despertó bruscamente a consecuencia de un fuerte golpe dado en la puerta de su dormitorio, que hubo de repetirse con redoblada energía, hasta que le hizo saltar de la cama y preguntar quién era y qué pasaba.

—Dispense, sir; aquí hay un joven que dice que tiene que verle inmediatamente — respondió la voz de la camarera.

—¡Un joven! —exclamó Mr. Winkle.

—No se equivoca, sir —replicó otra voz por el ojo de la cerradura—; y si a ese interesante joven no se le franquea la entrada inmediatamente, será muy posible que entren sus piernas antes que su cara.

Dio el joven un suave puntapié a uno de los tableros inferiores de la puerta, al pronunciar esta frase, como para subrayar la intimación.

—¿Eres tú, Sam? —preguntó Mr. Winkle levantándose.

—Es completamente imposible identificar a ningún caballero de un modo seguro sin verle, sir —replicó la voz con acento dogmático.

Sin que a Mr. Winkle le cupiera la menor duda acerca de quién pudiera ser el joven, abrió la puerta; no bien lo hiciera, colóse precipitadamente Mr. Samuel Weller y, cerrando la puerta por dentro, depositó intencionadamente

la llave en el bolsillo de su chaleco y quedóse mirando a Mr. Winkle.

—Es usted un joven muy ocurrente, sir —dijo Mr. Weller.

—¿Qué significa esto, Sam? —preguntó indignado Mr. Winkle—. Fuera, sir, al instante. ¿Qué significa esto, sir?

—¿Que qué significa? —respondió Sam—. Vamos, sir, qué bueno está eso, como dijo la señorita reconviniendo al repostero por haberle vendido una empanada de cerdo que no tenía dentro más que gordo. ¿Que qué significa? Hombre, no está mal; no está mal.

—Abra la puerta y salga inmediatamente, sir —dijo Mr. Winkle.

—Saldré de la habitación, sir, en el preciso instante en que usted salga —respondió Sam, hablando con forzado aplomo y sentándose con gran serenidad—. Si no tengo más remedio que llevármelo a usted a rastras, claro está que tendré que salir un poquito antes que usted; pero me hará usted el favor de no obligarme a esa

medida extrema; y al decir esto me acuerdo de lo que le decía el señor a un caracol rebelde, al que, no pudiendo hacer salir de su concha por medio de alfilerazos, temía verse en la necesidad de aplastarlo entre la hoja y el quicio de la puerta.

Al concluir esta relación, cuya latitud parecía desacostumbrada en Mr. Weller, apoyó éste sus manos en las rodillas y miró al rostro de Mr. Winkle con una expresión fisonómica que indicaba bien a las claras no hallarse dispuesto a tolerar que se jugara con él.

—Vaya un buen amigo que es usted, sir — prosiguió Mr. Weller en tono de reproche—; envolver a nuestro querido amo en toda clase de trapiondas, cuando se trata de un hombre que todo lo hace con arreglo a principios. Es usted mucho peor que Dodson, sir, y en cuanto a Fogg, me parece un ángel al lado de usted.

Acompañó Mr. Weller estas frases con una enfática palmada en sus rodillas; cruzóse de brazos con aire contrariado y se repantingó en

la silla, adoptando la actitud del que espera un informe de defensa.

—Mi buen amigo —dijo Mr. Winkle extendiendo su mano, en tanto que sus dientes tiritaban por haber permanecido con el solo abrigo del atavío nocturno durante toda la fraterna de Mr. Weller—, mi buen amigo, respeto tu adhesión a mi excelente amigo y lamento con toda mi alma haber contribuido a aumentar sus preocupaciones. ¡Eso es, Sam!

—Bien —dijo Sam, sin abandonar su gesto regañón, pero estrechando al mismo tiempo respetuosamente la mano que se le tendía—, bien, así debe ser, y me alegro mucho de verle en esa disposición, porque, en lo que yo pueda, no he de consentir que nadie se la juegue de puño, ya lo sabe usted.

—Está bien, Sam —dijo Mr. Winkle—. Perfectamente. Ahora, vete a la cama, Sam, y mañana hablaremos más despacio.

—Lo siento mucho —dijo Sam—, pero no puedo irme a la cama.

—¿Cómo que no puedes irte a la cama? —replicó Mr. Winkle.

—No —dijo Sam, moviendo la cabeza—; no puede ser.

—¿No querrás decir que tenemos que regresar esta noche, Sam? —arguyó Mr. Winkle con cierto asombro.

—No, a menos que usted lo deseara —replicó Sam—; pero yo no puedo salir de esta habitación; las órdenes del amo son terminantes

—¡Qué tontería, Sam! —dijo Mr. Winkle—. Yo tengo que permanecer aquí dos o tres días; y es más, Sam, tú tienes que quedarte también para ayudarme a lograr una entrevista con una señorita... Miss Allen, Sam; ya te acordarás de ella... una señorita a quien es preciso que vea antes de salir de Bristol.

Como respuesta a estas proposiciones, sacudió Sam la cabeza con gran firmeza y replicó en tono inapelable:

—No puede ser.

Al cabo de una copiosa argumentación, acumulada por Mr. Winkle, y luego de relatar la entrevista celebrada con Dowler, empezó Sam a vacilar, llegándose, por último, a un acuerdo, cuyas principales condiciones eran las siguientes:

Que Sam se retiraría, dejando a Mr. Winkle en posesión de su dormitorio, a condición de que se le permitiera cerrar y llevarse la llave, con el compromiso de que, en caso de fuego, de alarma o de otra cualquiera contingencia de peligro, la puerta fuera franqueada. Que se escribiría una carta a Mr. Pickwick, por la mañana temprano, por conducto de Mr. Dowler, pidiendo se autorizase a Sam y a Mr. Winkle para quedarse en Bristol, en vista del objeto señalado, y pidiendo se enviara la respuesta en el primer coche. Si la respuesta era favorable, ambos permanecerían en la ciudad, regresando a Bath inmediatamente en caso contrario. Y, por último, que Mr. Winkle se comprometía a no escaparse por la ventana, ni por la chime-

nea, ni por ningún otro conducto subrepticio, durante la noche. Ultimadas las estipulaciones, cerró Sam la puerta y se marchó.

No bien llegó a las escaleras, paróse de repente y sacó la llave de su bolsillo.

—Se me ha olvidado lo de tirarle al suelo — dijo Sam, haciendo ademán de volver—. El amo dijo que se hiciera de una manera explícita. ¡Pero, vaya una estupidez! No importa — dijo Sam, regocijado por la súbita ocurrencia—: eso puede hacerse mañana perfectamente.

Tranquilizado con esta reflexión, introdujo nuevamente Mr. Weller la llave en su bolsillo, y bajando el resto de la escalera sin que le asaltarán nuevos resquemores de conciencia, quedó profundamente dormido, lo mismo que los demás inquilinos de la casa.